

SHEENA

Reina de la Jungla



JAMES
ANSON BUCK

JOSEPH
W. MUSGRAVE

CLÁSICOS DE FANTASÍA # 2

Créditos

Título: **Clásicos de Fantasía num. 2**

(versión gratuita en español. Prohibida su venta)

Incluye: Sheena, Reina de la Jungla

- Libro 1: La Marca de Esclavos de Sleman bin Ali
- Libro 2: Kraal del Asesino
- Libro 3: Sargazo de Safaris Perdidos
- Libro 4: Espada de Gimshai

Traducción y Edición: Artifacts, junio 2021.

Diseño de Portada: Artifacts, imágenes tomadas de Pexels y Wikipedia.

Ebook publicado en [Artifacts Libros](#)

__oOo__

Obras originales en el **dominio público**

- Slave-brand of Sleman bin Ali (Stories of Sheena, Queen of the Jungle, Spring 1951, James Anson Buck)
- Killer's Kraal (Stories of Sheena, Queen of the Jungle, Spring 1951, James Anson Buck)
- Sargasso of Lost Safaris (Stories of Sheena, Queen of the Jungle, Spring 1951, James Anson Buck)
- Sword of Gimshai (Jungle Stories, Spring 1954, Joseph W. Musgrave)

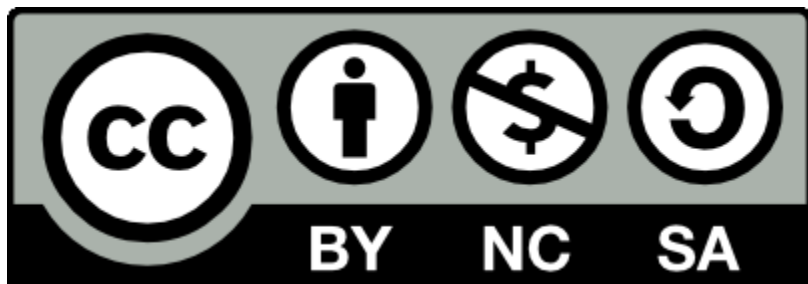
Textos en inglés producidos por Roy Glashan y publicados en 2016 en [Free Read](#)

Licencia Creative Commons

Clásicos de Fantasía num. 2 se publica bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto de la sección de Créditos de este eBook.

Licencia CC-BY-NC-SA



Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia:

Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para

una finalidad comercial.

- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Sobre la Serie

[Sheena, Reina de la Jungla](#) fue la primera heroína de comics de ficción que tuvo una serie a su nombre. Creada en la Era de Oro de los Comics, el debut de Sheena en 1938 precedió al de *Wonder Woman* en 1941.

El personaje fue creado por Will Eisner y S. M. "Jerry" Iger. Eisner dijo que la inspiración para el nombre del personaje vino de la novela *She* (1886, H. Rider Haggard) sobre la diosa de la jungla.

Sheena apareció por primera vez como personaje en el cómic *Jumbo Comics #1* de la editorial *Fiction House*, y en cada número posterior desde septiembre de 1938 hasta abril de 1953, así como en su revolucionaria serie propia de dieciocho números llamada *Sheena, Queen of the Jungle* desde la primavera de 1942 hasta el invierno de 1952, siendo el primer cómic con un personaje femenino como estrella de título.



(De izqda. a decha.) Números 4 (otoño de 1948) y 18 (invierno de 1952) de

Las aventuras de Sheena se describen en la *Enciclopedia de los Superhéroes de la Edad de Oro* de Jess Nevins: «"[...] asistida por el gran cazador blanco Bob Reynolds, Sheena lucha contra todo bajo el sol; incluido, pero no limitado a: hostiles nativos y animales, gigantes, un súper simio, el Terror Verde, tigres de dientes de sable, cultistas de vudú, hombres gorila, simios demonio, cultos a la sangre, reinas demonio, dinosaurios, ejércitos de hormigas, hombres león, razas perdidas, leopardos pájaro, cavernícolas, dioses serpiente, simios vampiro, etc.»

Vestida originalmente con un sencillo vestido rojo, fue en el *Jumbo Comics #10* cuando Sheena adquirió por fin su icónico atuendo de piel de leopardo.



(De izqda. a decha.) [Irish McCall](#), Tanya Roberts y Gena Lee Nolin protagonistas

La historia del personaje de Sheena ha tenido alteraciones con el tiempo, pero en su origen ella es la joven hija rubia de Cardwell Rivington, un explorador que recorre África, con su hija pequeña a remolque, en el momento en que él muere al beber accidentalmente una poción mágica hecha por Koba, un doctor brujo nativo. Sheena queda entonces huérfana y Koba cuida de ella como si fuera su hija, enseñándole las costumbres de la jungla y varias lenguas centroafricanas. La Sheena adulta se convierte en la "reina de la jungla" y adquiere a un mono ayudante llamado Chim.

En cierto momento, la aldea de la infancia de Sheena es destruida, dejando a la heroína con un guía de safaris blanco llamado Bob Reynolds (llamado también "Bob Reilly" o "Bob Rayburn") quien se convierte en su compañero.

En la recreación televisiva de 2007 ambientada en Sudamérica, el verdadero nombre de Sheena es Rachel Cardwell, hija de Tony y Ramona Cardwell, y el personaje ha adquirido nuevos poderes y habilidades (como el de transformar su cuerpo a voluntad en el de cualquier animal que tenga a la vista).

Sobre las historias de Shenna

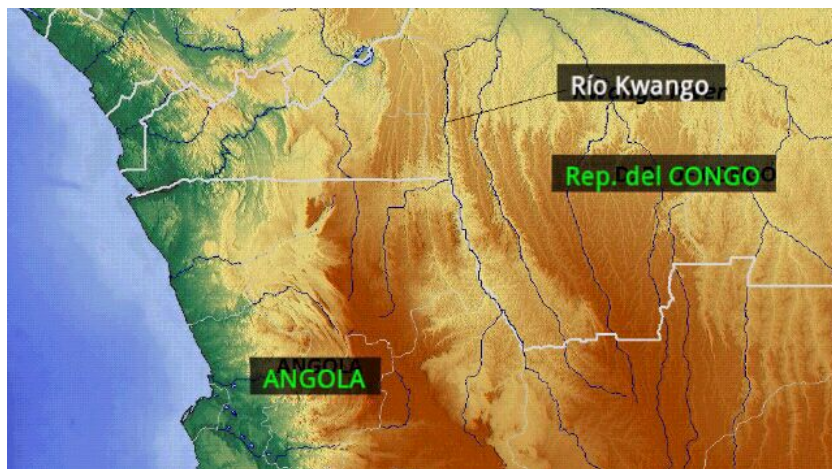
Aquí se presenta una versión al castellano de las únicas cuatro historias (libros, entre comillas) que *Fiction House* publicó sobre su heroína estrella en los "últimos días" de la misma.

Los tres primeros "libros" de este Ebook aparecieron en el número único de la revista de historias de pulpa *Stories of Sheena, Queen of the Jungle* en 1951 y el cuarto "libro" en el *Jungle Stories* vol. 5 #11 en 1954.



(De izqda. a decha) Portada del **Jungle Stories** de 1954 y del **Stories of Sheena**

Las cuatro historias son ficción, aunque se basan en la época final del África Colonial y tienen lugar en un mundo muy similar al que había en la Angola Portuguesa (Luanda, Lobito, Benguela, etc.) y el Congo Belga (Kwango, Kasai, etc.). El río Kwango es el eje geográfico de las historias.



El río Kwango tiene unos 1.100 Km de longitud y fluye hacia el Norte del Congo.

El territorio de Sheena es el Kwango y su pueblo son los abamas, una tribu ficticia de habla suajili que la adoptó de pequeña y cuyo jefe guerrero es Ekoti, aliado y protector de la Reina de la Jungla.



Estimación del **Territorio de Sheena** (trazo rojo y blanco) junto al Kwang y desemboca en el río Kasai, uno de los mayores afluentes del río Congo.

En las novelas el tutor de Sheena no es Koba, sino N'bid Ela, la anciana bruja de la tribu. Ella educa a Sheena en las artes mágicas y en las costumbres de la jungla.

Rick Thorne es un estadounidense de Montana que se gana la vida como guía de safaris para la corona portuguesa, aunque su vida cambia al conocer a Sheena. Es un apuesto joven alto y fuerte. También es un experimentado aventurero con conocimientos en primeros auxilios, manejo de armas y costumbres africanas.

Las tres primeras historias de 1951 mantienen una línea cronológica y hay que leerlas en orden. En la cuarta historia de 1954, Sheena es una chica mucho más joven e inocente. En esta se presenta a Bob Reynolds, el cazador blanco que acompaña a Sheena en las aventuras de los cómics.

Fuente: Wikipedia

Sobre el Autor

Se cree que tanto **James Anson Buck** como **Joseph W. Musgrave** son seudónimos, puede que no lo sean. En cualquier caso, no he encontrado información sobre ellos ni en la Wikipedia ni en las páginas de Project Gutenberg.

Una pena porque no escribían mal los tipos.

Sheena, Reina de la Jungla - Libro 1

La Marca de Esclavos de Sleman bin Ali

por

James Anson Buck

____oOo____

La lluvia ha abandonado el Congo. La hambruna acecha la tierra. Y los delgados y hambrientos guerreros abamas liderados por la Diosa Dorada de toda la Jungla —Sheena— marcha afanosamente contra las murallas de la poderosa Kilma para enterrar la antigua maldición de Sleman bin Ali.

Capítulo 1

SHEENA salió del estanque. Agitó el húmedo velo de su cabello dorado y se irguió, escultural, con toda su bronceada belleza reluciendo bajo una ambarina saeta de luz. El cálido rayo la acarició y libó con presteza la humedad de aquel velo brillante. Luego ella corrió veloz por el pequeño claro hasta el interior de la cabaña, la cual se posaba sobre postes a un metro y medio por encima de la tierra reptante. Sheena encogió los hombros rápidamente para entrar en la piel de leopardo y volvió hasta el umbral de la cabaña para mirar al otro lado del estanque.

Cuánto silencio había en estos ociosos días bajo los aleros de ramas de la casita. La fruta pálida pendía alta del árbol de *ajap* ^[1] ante la puerta y, más alto aún; Chim, su simio mascota, se balanceaba de rama en rama realizando asombrosas proezas gimnásticas, y refunfuñando, pues ella no reía ni gritaba su aprobación. La tiranía de doce horas del sol estaba en su receso, ejercía su violencia sobre la amarilla tierra del claro y los tapices del bosque pendían sin aliento encima de su secreto; pues aquí, en las profundidades del Congo africano, estaba la sagrada morada de Sheena, la Diosa Dorada de la Selva y de toda su tribu. Aquí ningún hombre había puesto un pie, ni siquiera aquellos cuyo blasón era de piel blanca y que ostentaban el título de Bwana. Sabios que sabían lo suficiente como para no evidenciar tabúes tribales y que los insensatos mueren rápido en los prohibidos senderos de la jungla del Congo.

La temporada de lluvias se atrasaba, el calor era opresivo en el pequeño claro aun después de la puesta del sol. Relámpagos destellaban en el horizonte, los truenos retumbaban como distantes tambores y toda la naturaleza esperaba en ahogado suspense. Pero ninguna lluvia caía y, aunque sabía que esta hacía de su hogar en el bosque un lugar húmedo y deprimente, Sheena anhelaba que llegara e interrumpiera esta meditabunda quietud, esta tensa espera a que sucediera algo.

Esta era una nueva y extraña sensación que la había estado asaltando esta estación. Un sentimiento que crecía incesantemente

en el interior de su corazón. Ya no podía creer que esto se debiera enteramente al tiempo. Tan seguro que estaba relacionado con el joven comerciante que había llegado al puesto de Kuango como lo estaba con el negro y barbudo compañero del joven.

Aunque ningún hombre blanco había puesto los ojos en Sheena, ninguno de los que entraba en sus dominios escapaba a su escrutinio. A ella siempre le gustaba mirarles a la cara de cerca cuando el sueño les había quitado la máscara de la consciencia y mostraba el alma desnuda. Por sus campamentos ella vagaba, como un fantasma en la muerte nocturna. Comerciante, cazador, explorador y misionero; ella los conocía a todos. Algunos eran sabios en la senda del exilio, e iban y venían por sus propios caminos. Otros entraban en el bosque con una mirada atrás y salían con secreto y afligido semblante. A veces uno u otro se demoraba demasiado en la jungla y; luego, como decían los abamas, "Enviaba su corazón a la oscuridad" y construía con su aislado horror y con la licencia de la soledad una perversa habitación para su alma. Tales hombres eran peligrosos, tan letales como la mamba.

Y uno de tales hombres era el Barba Negra de aros de oro en las orejas. Una cara maligna tenía, con una mueca cruel en la boca incluso en reposo. Pero el otro, el joven que se tumbaba en el catre de lona, con el pecho bronceado y musculosos miembros finamente velados por un mosquitero, no había sido desagradable de mirar. Rizos negros en contraste con el blanco de su almohada, un rostro fuerte suavizado por algo que lo hacía sonreír en sueños. No tan alto quizá como Ekoti, jefe de los abamas, pero claro, Ekoti era un gigante de hombre.

¿Era el mal que ella había visto en el rostro de uno o la turbación que sentía cuando pensaba en el otro lo que la mantenía ociosa junto a este estanque de la jungla?

Ella no conseguía saberlo. La incertidumbre la ponía de mal humor y redespertaba en ella un anhelo por los senderos largo tiempo familiares, senderos que se enroscaban y serpenteaban siempre misteriosamente alrededor de las montañas, que bajaban hasta los valles y atravesaban el bosque oscuro. Chim se dejó caer a tierra y subió de un salto al suelo de la cabaña al lado de ella. Ella le pasó una mano por el negro cabello y pronuncló en voz baja lo que tenía

en mente:

"Pronto la lluvia debe llegar, pequeño. Mañana abandonaremos este lugar hacia la cueva en las montañas."

Chim le hizo una mueca. Nunca se habían quedado en este lugar durante tanto tiempo. Él sintió el extraño humor de su ama y eso le hizo sentirse mal. No podía quedarse quieto. Volvió a subir al árbol de *ajap* y se sentó refunfuñando a su cómico modo.

El sol se hundía tras las montañas y las sombras se desbordaban por el claro. La jungla circundante no tenía viento, pero estaba llena de ruidos apresurados y del dulce y persistente canto de los cucos de los arbustos. Pronto los tambores; en el profundo y absorbente silencio del bosque, y como el clic de un telégrafo gigante; empezaron a hablar. A esta hora, en todas partes, las aldeas prestaban oídos a los rumores de la jungla.

Los tambores no tenían la misma potencia ni sus voces eran más parecidas entre sí que las voces de las personas. Sheena nunca fallaba al identificar un tambor por su voz. En el antiguo código primitivo, todos los hechos de la vida tenían sus frases, todas las aventuras y desventuras del día tenían sus anuncios; y ningún soberano, a pesar de la magia del hombre blanco, sabía más de las esperanzas y los temores de su gente, ni las sabía antes, que Sheena, la Reina de la Selva.

"¡Tu esposa ha dado a luz a un hijo!" dijo un tambor. Y en algún lugar del *veld* [2], o en las profundidades del bosque, un cazador solitario se pausaba para levantar un fuego ritual y dar gracias a sus dioses. Entonces, de la oscuridad y tan rápida como una flecha apuntada a su corazón, Sheena oyó su propio nombre, su propio nombre en tambor, y acoplado con él estaba esta frase:

"Aku está muerto. El Barbudo lo mató. ¡Ven a cruzarle las manos sobre el pecho!"

Y luego hubo un llanto en la jungla cuando un tambor, y luego otro, y otro, sollozaron la antigua y conmovedora llamada al duelo.

Bajo el inmediato impulso de esto, toda la vida en el claro pareció

quedar detenida y el corazón de Sheena pareció una fría piedra en el pecho. Ella se puso en pie de un salto, manos apretadas en puños y ojos azules ardiendo. Así que habían osado matar a uno de los suyos, a un cazador valiente y bueno. Esto había sido contra lo que su espíritu inquieto había intentado advertirla, pero ella no había hecho caso a su vocecita interior. Había visto maldad en el rostro del Barbudo y aún así no había enviado a Ekoti y a sus guerreros para expulsarlo. No, ella no había hecho eso porque... ¡porque allí en su corazón acechaba un oculto deseo de hablar con el joven! Ah, pero no estaba sorda a la vocecita ahora. ¡Que los hombres blancos tengan cuidado, pronto se van a encontrar con Sheena cara a cara!

De una percha sobre la cama tomó ella su carcaj y arco. Luego aceleró por el sendero moteado de luna hasta la aldea abama, corría tan ligera como el polvo, tan veloz como la sombra de una nube sobre el *veld*. Desde su posición en el árbol de *ajap*, Chim la vio volar por el sendero y chilló en protesta. Mantenerse fuera de los senderos de la jungla por la noche era de sentido común de mono.

Al amanecer, Sheena estaba ya sobre una eminencia rocosa mirando hacia las montañas distantes, una soberbia figura con su cabello fluyendo en el cálido viento del sureste. El ondulante *veld* salía corriendo hacia el pie de las colinas, y había oscuros charcos de sombra bajo los euforbios que señalaban con dedos de jade lácteo ante el sereno azul del cielo. Pero Sheena oteaba el familiar panorama frunciendo el ceño, desengañada de su belleza. Los arroyos que serpenteaban por la llanura mostraban ondulaciones de barro cocido por el sol, y había en el viento un hedor a pescado en descomposición. La tierra se estaba secando bajo el horneado calor del sol y el viento abrasador del desierto. Toda la caza estaba vagando al sur: el eland ^[3] y la cebra en veloz estampida para evitar que el león y el leopardo acecharan sobre sus flancos. Si la lluvia no llegaba pronto, sería malo para la gente, que cazaba y apacentaba sus rebaños en esta llanura.

A lejana distancia, las cabañas de la aldea abama liberaban humo que manchaba el azul del cielo. Sheena continuó corriendo.

La aldea rodeaba una colina y avanzaba rezagada a lo largo del río en creciente sequía, el cual la circulaba como una grandiosa pitón. Sheena había nacido entre los abamas, pero no en esta aldea. Todo

lo que sabía de su pasado le había llegado de labios de la vieja N'bid Ela, la bruja de la tribu. Y eso había sido tanto tiempo atrás que era difícil recordar lo que la anciana había dicho. Pero a veces, como ahora, cuando se acercaba a la aldea, acudía a ella una vívida imagen de N'bid Ela y veía a la anciana golpear la tierra con su bastón y decir:

"¡Esto y yo, somos muy viejos! Pronto voy al *Kloof* [4] Negro. Antes de irme, tengo palabras para ti. Tu padre y tu madre eran de la Tribu de Dios. Tu piel es blanca, pequeña. Tú, también eres de la Tribu de Dios, y no es bueno que juegues con niños negros. Le diré a la gente que nos construya una cabaña en el bosque. Te enseñaré mi oficio. Luego, cuando me haya ido, tú serás su mata-yenda, su sabia, y ellos te obedecerán."

Y así había venido a pasar. Durante mucho tiempo ella había vivido en el bosque y bebido de la oscura sabiduría de N'bid Ela hasta que había secado la fuente. Y más hermosa y resplandeciente en su juventud había crecido bajo el sol africano todos los días. Más de una vez N'bid Ela la había llevado a la aldea en el Día de las Pruebas, cuando los jóvenes de los clanes abama se reunían para demostrar su aptitud para la guerra y el casamiento. En esas competiciones ningún hombre había demostrado ser más rápido a pie ni más letal en su puntería con la lanza y el arco. El relato de la destreza y sabiduría de Sheena se había llevado de *kraal* [5] en *kraal*, y había ahora pocos jefes de aldea que quisieran aventurarse en cualquier empresa sin haberla consultado antes con ella.

A veces ella se preguntaba por las extrañas palabras de N'bid Ela. Dado que los abamas llamaban a todos los misioneros Hombres de la Tribu de Dios, ella suponía que su padre había sido misionero. Más allá de esto, ella no podía pensar. Era una tontería intentarlo, como tirar de una viña en la que no había ningún fruto sujeto.

Nadie se estaba moviendo por los polvorientos senderos que atravesaban la aldea. Cabras yacían jadeando a la sombra de una arboleda de palo fierro, y las aves posadas sobre estos extendían las alas en abanico para atrapar el aire. Las casas hongo, hirsutas con el más espeso de los techos de hojas de palmera, se agazapaban bajo la carga de luz solar, pero en la casa de asamblea había un crepúsculo permanente. Un súbito fulgor de ornamentos de cobre

había allí, y el brillo de las cabezas de las lanzas. Ojos brillantes en rostros oscuros, fantásticos tocados tachonados de botones, conchas y abalorios. El tumulto y los vehementes gestos de la controversia estaban también allí, y luego silencio cuando Sheena se acercó a ellos.

Sus ojos captaron a Ekoti, el joven jefe de los abamas. "Tengo los oídos abiertos, Ekoti," dijo ella.

"Los hombres blancos enviaron un mensajero a nuestra aldea," dijo el jefe mientras se ponía de pie, "porque querían comerciar con nosotros. Como sabes, Sheena, nosotros somos grandes cazadores y hay un marfil bajo la cama de cada hombre en esta aldea. Me pareció bueno que cambiáramos algo de este por armas. Y..."

"¿Por qué pediste armas?" intervino Sheena enérgicamente.

Ekoti miró a su alrededor con inquietud, luego respiró hondo y dijo al fin: "Nada se le puede ocultar a Sheena. Quiero las armas para ir contra la ciudad árabe. Mucho tiempo atrás atacó a nuestra gente. Atacó a nuestros hermanos, los M'Bama, robó a muchas de sus mujeres e hizo esclavos a sus hombres jóvenes. Si pienso hacer la guerra contra él, ¿es eso algo malo?"

Sheena le lanzó una gélida mirada. "Tal vez," dijo en voz baja, "Ekoti piensa demasiado en la guerra. Tal vez no sea bueno para él ser Jefe de los abamas."

Un quedo murmullo recorrió el círculo de ancianos y Ekoti bajó la mirada al suelo. Hasta que la Reina de la Selva no le sonriera de nuevo, su dominio sobre la jefatura no sería firme. Durante un tiempo, Sheena lo mantuvo en una agonía de suspense, luego, ella sonrió de pronto:

"Es bueno para un hombre hablar con su corazón aunque eso traicione su locura. Como vuestro jefe ha hecho esto sin miedo, estoy complacida con él. Pero en los tiempos de vuestros padres; los abamas, como jóvenes e insensatos toros, embistieron las murallas árabes y estas les rompieron los cuernos. Aunque tuvierais armas, el árabe sería demasiado fuerte para vosotros, Ekoti. No pienses más en la guerra con él. Ahora, continúa con tu historia."

"Envié a mi tío Aku con dos manos de dientes de marfil al *kraal* del comerciante," Ekoti retomó su historia. "Hice esto porque Aku estuvo una vez de safari con el Barbudo y conocía el habla suajili que usan los comerciantes. Envié solo a los hombres necesarios para cargar el marfil. ¡En verdad que mi cabeza estaba enferma cuando hice eso! El Barbudo no iba a dar armas a Aku. No, él engañó a Aku. Le ofreció solo ropa y adornos. Esto enfureció a Aku porque sabía que el comerciante ofrecía menos por diez dientes, dientes grandes digo, que lo que da un comerciante de la costa por uno." Hizo una pausa para respirar y luego continuó:

"Entonces Aku quiso marcharse del *kraal* del comerciante, pero el Barbudo no permitió que sus hombres tocaran el marfil. Hubo una lucha. El comerciante atacó a nuestra gente. Aku huyó hacia los arbustos, pero el Barbudo disparó su arma y Aku cayó. Entonces la gente del comerciante salió corriendo y se apoderó de cinco de los nuestros y los llevó a su *kraal*. A Aku también se lo llevaron. Sin duda está muerto. Sin duda, también, el comerciante matará a los demás si vamos contra él. Ahora te preguntamos qué deberíamos hacer sobre esto." Se sentó y todos los ojos se volvieron hacia Sheena. Ella guardó silencio durante un tiempo, luego dijo:

"Ekoti, solo has hablado del Barbudo. ¿Dónde estaba el joven Bwana cuando se hizo esta malad?"

"No lo sabemos, Sheena." Extendió el brazo y los músculos se tensaron bajo la satinada piel negra. "Todos los que volvieron se sientan aquí ahora. Y dicen que el joven blanco no estaba allí."

La sonrisa de Sheena apareció y desapareció rápidamente. Sólo por un momento hizo brillar sus ojos oscuros en la penumbra. Fue una fugaz vista de la mujer real tras el tabú que estaba siempre ante ella como un escudo. Ekoti lo vio y, adivinando astutamente qué lo había provocado, frunció sombríamente el ceño y pronunció un pensamiento engendrado por el deseo:

"Quizá haya ido río abajo hasta la costa."

Sheena negó con la cabeza. "Los tambores habrían hablado de eso," dijo antes de quedar en silencio, con los ojos nublados por el pensamiento. Pasaron los minutos sin que se produjera ningún

sonido, salvo la fatigada respiración de los ancianos. Luego:

"Se le debe mostrar al comerciante que no puede disparar y engañar a nuestra gente," dijo ella. "Lo atacaremos."

"¡Bien! ¡Bien!" aprobaron al unísono los ancianos. Solo Ekoti parecía dudar.

"¿Cómo podemos atacar, Sheena?" preguntó. "Su *kraal* es fuerte. Tienen armas. Además, tienen a cinco de nuestro pueblo detrás de su cerca."

La Reina de la Selva sonrió. "Tú eres un guerrero, Ekoti, y no tienes nada en la cabeza más que lanzas y pistolas. Ahora escúchame. También tienes mucho marfil. El Barbudo quiere marfil, así que harás un gran safari y llevarás todo tu marfil hasta su casa."

La mandíbula de Ekoti flaqueó. Durante un largo instante él se quedó mirándola con total desconcierto. Finalmente soltó un grito ahogado: "¿Está en tu mente darle el marfil a cambio de nuestros capturados?"

Sheena rió en voz baja. "Está en mi mente," dijo ella, "enseñaros a él y a ti una lección, Ekoti. Obedéceme y todo saldrá bien. Prepárate para marchar al amanecer. Deja tus lanzas. No permitas que nadie cargue nada más que su cuchillo. He hablado."

"Escucho y obedezco," dijo Ekoti.

En la puerta de la casa de asamblea ella se giró de repente y preguntó: "¿Aún cosen bien tus esposas, Ekoti?"

"Verdaderamente, Sheena."

"¡Bien! Quiero hablar con ellas ahora." Con una expresión de profundo desconcierto, Ekoti la siguió afuera hacia la luz del sol.

Capítulo 2

DURO comerciante y cazador como era, Rick Thorne se sentía perdido en este aislado puesto comercial en el lado portugués del río Kuango. No era el calor ni la soledad lo que le incomodaba, estaba acostumbrado a ambos. Era Lázaro Pero quien le había causado un grave nerviosismo. El portugués tenía un temperamento delicadamente inestable, y su cabeza calva inflamada por el sol africano, sus ojos redondos y su nariz ganchuda se combinaban para darle un aspecto depredador que sugería enormemente a las águilas calvas que Rick había observado de niño dando vueltas por las colinas de la lejana Montana. Lo peor de todo era que le habían advertido contra los ataques de rabia ciega de Pero antes de dejar la costa dos meses atrás. Y Pero estaba a punto de llegar Kuango arriba según el Agente en Jefe de la *Companhia do Nayanda*.

"Su historial no es bueno," le había dicho Freire cuando Rick había aceptado el empleo. "Seré franco. El Sr. Pero no ha pedido asistente, pero yo le voy a enviar a usted. Quiero saber lo que pasa allí y confío en que usted lo averigüe. Y le daré una justa advertencia. Cuídese usted, señor. Vigile a Pero, es un diablo de hombre."

El Agente en Jefe había dejado bastante claro que creía que Pero estaba comerciando con los bienes de la Compañía por su propia cuenta. Y ciertamente había mucho en la charla de Pero para justificar esa sospecha. Desde el primer día de su llegada, a Rick le había parecido que Pero lo había estado sondeando, insinuando en las sombras algún plan inteligente que había elaborado, un plan que haría rico en muy poco tiempo a un joven brillante que supiera cómo mantener la boca cerrada.

Y ahora estaba el problema con los abamas. ¿Por qué diablos había él elegido este día para ir a cazar? Si al viejo jefe abama le daba por actuar, habría un infierno que pagar.

El puesto estaba tranquilo ahora, dormitando en el calor de la tarde. El cielo estaba sin nubes, como un brillante cuenco de cobalto derramando marchitante fuego sobre la tierra roja del complejo.

Pero estaba holgazaneando en una silla de mimbre, bebiendo ginebra.

"¿Dónde puso a ese tipo?" preguntó Rick de pronto.

Pero señaló con el vaso en dirección a una de las cabañas que daban a la casa al otro lado del complejo. "Ahí dentro," respondió, y luego añadió rudamente:

"Morirá al atardecer. Siempre lo hacen."

Un músculo de la mandíbula de Rick se tensó, pero él dijo con calma: "Estamos sentados en un barril de pólvora, señor. Será mejor que envíe usted a esos otros tipos de regreso a su aldea antes de que..."

"¡Ya le oí la primera vez!" espetó Pero. "Y le vuelvo a decir que yo estoy al mando aquí. Yo doy las órdenes." Tocó la culata de su revólver. "Si un negro responde, fustígalo; si pone la mano en un arma, dispárale. Esa es mi regla, y cuando yo doy órdenes no hago distinción entre hombres blancos y negros. Recuerde esto, señor, y no saldrá herido."

La boca de Rick adoptó la forma de un juramento cuando él giró sobre los talones y entró en la habitación principal de la casa. Fue directamente al gran botiquín en la pared junto a la puerta. De allí sacó su propio botiquín de primeros auxilios. Cuando se enderezó, Pero estaba de pie en la puerta, ojos reducidos a rendijas.

"¿Qué va a hacer con eso?" demandó.

"Lo que pueda por ese pobre diablo al que usted baleó," le dijo Rick con calma.

"¡Cielo santo!" El rostro de Pero se tornó cargado de sangre. "¿No me ha oído decirle que se mantenga alejado de él?"

Rick dejó el maletín en el suelo con lenta deliberación. Consideró pensativamente a Pero durante un momento antes de decir: "No soy médico, pero hice un curso de primeros auxilios en Luanda. Y no me voy a quedar aquí sentado y dejar que muera ese pobre diablo solo para complacerle a usted."

"¡Bueno!" Pero escupió en el suelo, luego dijo: "Le acabo de decir que yo doy las órdenes aquí." Bajó la mano a la pistolera y luego las levantó de un tirón mientras retrocedía hacia la pared y se congelaba contra esta. "¡Cielo santo!" jadeó.

Al primer movimiento descendente de su mano, el Colt de Rick ya había salido de su funda como por arte de magia. Su cañón apuntaba hacia el cielo y la luz que relucía en su pulido metal era la reflejada por sus ojos grises.

"Cualquier vaquero de donde yo vengo podría enseñarle el juego de las armas, señor," dijo Rick en voz baja. "No sé qué tiene contra ese abama ni sé por qué lo arrestó. Sí sé que será mejor que se deshaga de esa arma. Si todavía la tiene cuando yo vuelva, entenderé que significa que quiere disparar a alguien con ella."

El Colt giró sobre su dedo y se hundió cómodamente en la pistolera. Rick recogió el maletín y cruzó la habitación. El asombro había sacado la bravuconería de Pero, quien mantuvo las manos a la altura de los hombros y se apartó del camino de Rick.

El herido abama estaba tendido en el suelo de tierra de la choza, con el rostro vuelto hacia la pared. Rick lo hizo rodar suavemente sobre la espalda y se arrodilló para examinar la herida. El nativo había resultado gravemente herido, inconsciente. Rick vio de un vistazo que el músculo deltoides se había desgarrado cerca de la articulación del hombro derecho. Los extremos del tendón se habían contraído y, si el hombre iba a recuperar el uso del brazo derecho, había que unir con pericia los extremos desgarrados del músculo. Ese era un trabajo más allá de la habilidad de Rick. El abama gimió y abrió los ojos mientras Rick sondeaba y limpiaba la herida. El miedo apareció en los ojos del hombre, pero se desvaneció cuando Rick le dio una palmada en el hombro y sonrió. Rick le facilitó las cosas con un poco de opio y, mientras vendaba la herida, el nativo dijo débilmente en suajili:

"Es duro morir tan lejos de mi aldea, Bwana."

"No vas a morir," le dijo Rick. "Te llevaré río abajo hasta la estación de la misión. ¿Cuál es tu nombre?"

"Aku, Bwana."

"Hablas bien suajili, Aku. ¿Tal vez has comerciado con Bwana Pero antes?"

"Aun así. Una vez fui su segundo. Le mostré el camino a Kilma, la ciudad árabe."

Rick se sobresaltó con tanta violencia que el rollo de vendaje se le cayó de la mano. Lo dejó rodar por el suelo de tierra y preguntó: "¿Llevasteis marfil allí, Aku?"

"¡Oh, sí, Bwana! Dientes grandes que llevamos allí."

Con un gruñido de satisfacción, Rick se arrastró tras el rollo de vendaje. Ahora lo veía todo. Pero estaba vendiendo marfil a Sleman bin Ali, quien podía enviarlo por el Congo hasta los puertos belgas sin despertar sospechas. Rick soltó una risita. Sleman bin Ali era un saqueador de la vieja escuela. Debería haber sabido desde el principio que si se podía ganar un sucio dólar en el Congo, el viejo pecador estaría echándole mano. ¡No era de extrañar que Pero no hubiera querido que él hablara con Aku! Al pensarlo, su rostro recompuso la seriedad y dijo:

"Que nadie sepa que me has dicho esto, Aku. No saldrás vivo de este lugar si lo cuentas." Luego pensó que sería mejor asegurarse de ello y le dio a Aku una dosis de opio sedante. "Ahora descansa," dijo. "Vendré a buscarte pronto."

Pero estaba sentado en la barandilla de la veranda cuando regresó Rick. Si tenía una pistola, no se la veía por ningún lado. El hombre se mesaba nerviosamente la barba mientras Rick subía los escalones. Rick se dejó caer en una silla de mimbre e, inclinándola hacia atrás, lió un cigarrillo con agravante lentitud.

"¿Y bien?" demandó Pero.

"Tiene muchas posibilidades si recibe la atención adecuada. Con su permiso, lo llevaré a São Vicente."

Un súbito miedo entró en los ojos de Pero. "Entonces... a la misión, ¿eh? ¿Qué le dijo?"

Rick se encogió de hombros y dijo: "Lo drogué y tendré que mantenerlo así hasta que supere la conmoción. Además, ¿qué iba a poder decirme? Yo no hablo su dialecto."

Un destello de satisfacción asomó a los ojos de Pero. "¡Nada, señor, nada!" dijo con evidente alivio. "Pensé que tal vez me iba usted a culpar a mí. Bueno, se me puede culpar. Verá, yo soy justo. Tengo corazón también. Llévelo a São Vicente, amigo mío. Sí, y dígale a los buenos padres que yo pagaré por todo."

La lenta sonrisa de Rick le curvó las comisuras de la boca. "Bueno, eso es generoso," dijo. "Aunque no será seguro moverse durante un par de días."

"No se demore mucho, amigo mío. Cielo santo, nunca había visto que la lluvia se demorara tanto tiempo. En otra semana habrá suficiente agua en el río para hacer flotar una canoa, y puede ser que tenga usted que volver a pie."

"Bueno, tendré que arriesgarme," dijo Rick frunciendo el ceño. "Ahora mismo el viaje mataría al pobre diablo."

"Usted lo sabrá mejor que yo," dijo Pero. "Cuando esté listo para salir, llévese a Benji y a cinco de mis suajilis. Conocen el río y le guiarán en un viaje rápido."

Rick no estaba particularmente feliz con la elección de Benji. El segundo de Pero era un *civilizado*, y su exagerada idea de los privilegios de la ciudadanía portuguesa lo llevaba a veces hacia la evidente insolencia. Pero Rick no quería ver a Pero suspicaz hasta que tuviera a Aku a salvo en el hospital de la misión y, por ello, no presentó objeciones.

Durante los dos días que siguieron, dos cosas comenzaron a preocupar a Rick. Una fue la vaga sensación de inquietud que le producía el cambio de actitud de Pero. Había algo más que el miedo de su Colt tras la repentina afabilidad del portugués, algo que Rick no podía comprender. La otra preocupación era igualmente intangible, pero tan fuerte en su sugerencia de sería amenaza que lo mantenía paseando por la veranda de la casa durante largas horas. Esta era el silencio antinatural que se había apoderado de la jungla.

No sonaba ni un tambor por la noche, y ningún nativo acudía en su canoa para cambiar el pescado sobre el flotadero de bambú que se adentraba en el ancho río. El puesto estaba aislado, los indígenas lo evitaban como si fuera el centro de una plaga.

En la mañana del tercer día estaba en la veranda mirando río arriba. El río estaba decayendo y, del lodo expuesto, cociéndose al sol, salían los efluvios de la descomposición y la corrupción. Más allá del primer recodo del río no había vista, solo la ilimitada extensión de la jungla, de aspecto más gris que verde, sin forma ni perspectiva, silenciosa, de mal augurio. El embarcadero de bambú aún estaba a flote, pero él dudaba que fuera a estarlo mañana. Decidió partir hacia São Vicente al anochecer.

Entró en la casa para anunciar a Pero su decisión, pero antes de que pudiera sacar las palabras de la boca, estalló una súbita conmoción en el recinto. Entonces Benji llegó corriendo hasta los escalones de la veranda.

"¡Safari, Bwana!" le gritó a Pero. "¡Gran safari!"

Ambos hombres blancos salieron corriendo al porche y vieron muchos remos brillando bajo el sol. Pronto se pudieron ver las formas negras de una docena de grandes piraguas moviéndose rápidamente río abajo, el ritmo de un tambor sincronizaba el golpe rítmico de las palas. Estirados en una larga línea oblicua, llegaban abalanzados hacia el flotadero. Cuando la primera canoa se deslizó al lado de este, tres grandes nativos saltaron fuera de esta. Otros cuatro comenzaron a entregar de inmediato el cargamento de la canoa en manos de sus compañeros en el flotadero. En un momento, media docena de colmillos de primera calidad yacían a sus pies. Otra canoa llegó disparada al costado, y otra, y otra, y se repitió el mismo proceso. Los ojos de Pero se ensanchaban a medida que la pila de colmillos marrón café crecía cada vez más.

"¡Cielo santo!" gritó Pero al fin. "¡Ni uno por debajo de los veinte kilos!" En su emoción, le dio una palmada a Rick en la espalda. "Señor," exclamó, "¡Toda mi vida he soñado con que me pasara algo así! ¡Jo, Benji! ¡Abre las puertas! ¡Saca un barril de ron para nuestros invitados! ¡No te quedes ahí boquiabierto, escoria de negro, corre a por ello!" Otra vez le dio una palmada en la espalda a

Rick. "Ese es el truco, señor, ¡todo el truco! Emborráchelos, trátelos como hidalgos y le cambiarán un colmillo de primera por una bobina de alambre de cobre."

"Se pondrán a su nivel un día de estos días," le dijo Rick negando con la cabeza.

Una larga fila de negros avanzaba por la pendiente del sendero hacia las puertas, no todos llevaban un marfil al hombro, pero Rick contó treinta y seis. Hizo un poco de aritmética mental y silbó ante el total. ¡O bien había cerca de cien mil dólares caminando por ese sendero o no reconocía un colmillo cuando lo veía! Entonces su atención se centró en la última canoa en llegar al flotadero. Cuatro negros grandes, uno de ellos un tipo gigantesco que llevaba el tocado de un jefe, estaban levantando algo fuera de la canoa, algo cosido en una hamaca de pieles. Con expresión de perplejidad, Rick observó a los cuatro depositar con cuidado la hamaca en el flotadero y pasar una robusta caña de bambú a través de las amarras que la rodeaban. Luego la levantaron hasta los hombros y subieron trotando por el sendero.

"¿Qué cree que tienen ahí, Pero?" preguntó, pero el portugués estaba ya dentro del recinto dirigiendo el trabajo de su equipo de suajilis. Se abrieron las puertas del gran cobertizo comercial. Pronto, todos los hombres rodaban barriles afuera, abrían rasgando fardos de tela y las apilaban en los estantes alineados en tres lados del inmenso cobertizo. Se movían rápido bajo el látigo de la lengua de Pero y el aguijón del bastón de Benji.

Capítulo 3

MIENTRAS las filas en cabeza del safari entraban en el recinto, Pero regresó al porche para recibir a su segundo. No se oía el clamor ni la emoción que solían convertir el puesto en un pandemonio durante la llegada de una caravana. Los porteadores depositaban en silencio sus marfiles en el suelo frente a la casa. Luego, como por una seña invisible, igualmente en silencio cruzaron en tropel el recinto para formar una sólida falange ante las puertas abiertas del cobertizo comercial, y quedaron mirando a los atareados y sudorosos suajilis del interior. Al observar esta maniobra, los ojos de Rick se abrieron con repentina alarma. Tocó el brazo de Pero y dijo en voz baja:

"Tenemos problemas. ¡Estos tipos no son porteadores, son guerreros!"

Pero Pero no podía apartar los ojos del marfil. "¡Disparates!" murmuró el hombre. "No hay una lanza entre ellos y... Cielo santo, ¿qué es esto?" Interrumpió su intento de señalar cuando Ekoti y sus guerreros depositaron su carga al pie de los escalones del porche.

Como en respuesta a su pregunta, el jefe abama sacó su cuchillo y echó un rápido vistazo al recinto. Luego abrió la costura del paquete de piel y Sheena salió disparada de él como una hermosa mariposa de su crisálida.

Con el arco en la mano, preparada para apuntar y disparar, se enfrentó a los dos estupefactos hombres blancos. A un gesto de su cabeza dorada, Ekoti gritó una orden. Los abamas situados cerca del cobertizo avanzaron deprisa, lanzaron su peso contra las puertas y las cerraron, atrapando a todos los hombres que el puesto podía reunir dentro.

La belleza rubia de Sheena mantuvo a Rick hechizado. Pero fue el primero en recuperarse del impacto de todo ello. Jadeó:

"¡Un saqueo! ¡Su arma, señor! Cielo santo..." Echó a correr hacia la puerta de la casa, evidentemente con su propia pistola en mente.

"¡Alto!" dijo Sheena con una voz clara y resonante. En el mismo instante sonó su arco. La flecha se clavó en la puerta del puesto justo delante de Pero, y él se detuvo con la nariz aguileña tocando el tembloroso dardo.

"¡Quieto!" ordenó la Reina de la Jungla. Con los ojos fijos en el joven comerciante, preparó otra flecha. El joven parecía estar sacudiéndose de encima la estupefacción que se había apoderado de él. Se pasó la mano por los ojos, negó con la cabeza y murmuró algo en una lengua que ella no conocía. Era casi tan alto como Ekoti, y sus ojos eran muy francos cuando estaban abiertos. No había miedo en ellos, pero había otra cosa allí, un brillo que la complacía y que, sin embargo, hacía que fuese difícil mirarlos fijamente. Él pareció sentir su desconcierto; pues una lenta sonrisa asomó a sus labios y dijo en suajili:

"Señorita, he visto muchas cosas extrañas, pero nunca algo tan extraño como su llegada, ni algo tan hermoso como lo que veo ahora. No puede ser que haya venido a robar como un bosquimano."

"¿Por qué como un bosquimano?" le espetó ella. "¿Por qué no como un comerciante blanco? Ellos son los grandes ladrones. Tu amigo ha matado a uno de los míos y se ha llevado a otros cinco. Sé que tú no estabas aquí cuando se hizo eso, ¡y eso es bueno para ti, Ojos de Latón!" Ella desvió su mirada hacia el Barbudo y sus ojos azules le espetaron. "¿Estás tan dispuesto a morir como a matar?" le preguntó.

Él emitió un extraño sonido animal con la garganta y el miedo le rezumaba como un sudor maloliente. Sus ojos recorrían frenéticamente el recinto, pero no encontraban forma de escapar. No podía hablar, tan grande era su miedo; y sus ojos tenían la mirada muda y suplicante de un perro enfermo cuando los giró hacia su joven compañero. Ojos de Latón habló por él:

"Aku no está muerto, señorita. Este hombre ha hecho maldad, pero lo lamenta. ¿No es costumbre de estos... de su pueblo realizar una asamblea cuando se les ha hecho un mal? Mi amigo está dispuesto a hablar, a pagar lo que ustedes pidan."

Sheena lo miró fijamente durante un rato. Este no tenía miedo, y solo el miedo era lo que hacía mentir a los hombres.

"¿Dónde está Aku?" exigió ella.

Él señaló una de las cabañas. Y, a un movimiento de la cabeza de Sheena, Ekoti cruzó rápidamente el recinto hacia esta. No se pronunció palabra hasta que regresó.

"Dice la verdad, Sheena," informó Ekoti en voz baja. "Aku habla bien del joven Bwana. Hay algún problema entre él y el otro, pero Aku no sabe cuál."

"¡Bien!" dijo Sheena. "Agarra al Barbudo y registra todas las cabañas en busca de armas."

El Barbudo retrocedió encogido cuando Ekoti subió los escalones del porche, y el joven parecía como si quisiera presentar pelea. Ella rió en voz baja y luego dijo: "Quédate quieto, Ojos de Latón. Somos demasiados para ti y ya no tengo en mente matar a tu amigo. Hablaremos ahora, tú y yo."

Pero gritó cuando Ekoti lo agarró. Se debatió intentando soltarse del férreo agarre del jefe abama.

"¡Señor!" apeló a Rick. "Ayúdeme, Cielo santo, no puede dejar que esta diabla..."

"Mejor vaya en silencio, Pero," le dijo Rick. "Lleva usted pidiendo algo así desde..."

"¡Habla en suajili!" le dijo Sheena bruscamente.

Entonces Ekoti perdió la paciencia con el portugués, que se retorció y gritaba. Lo golpeó una vez, luego se echó al hombro el cuerpo inconsciente de Pero como un antílope muerto. Se hizo a un lado cuando Sheena subió los escalones y entró en la casa.

El joven la siguió adentro. Ella era consciente de esos ojos, pues no la abandonaron nunca mientras ella avanzaba por la habitación y se sentaba en una de las sillas de mimbre. Él se acercó de pie y bajó la vista hacia ella con una cálidez desconcertante.

"Señorita," dijo él con su sonrisa lenta, "cuando la vi por primera vez pensé que estaba soñando. Ni siquiera ahora estoy seguro de estar despierto."

"¿Son las mujeres de piel blanca tan extrañas para ti?" Ella le sostenía esa mirada como la serpiente sostiene la del pájaro que pronto va a devorar. Y ella supo de pronto que tenía poder sobre este hombre y que aún así había una temeridad, algo salvaje en él que ella no podía evitar ver. Aquí estaba viendo un espíritu tan fuerte y libre como el suyo. Ella tenía el poder de conmovirlo, incluso de controlarlo con sus sonrisas, pero él no temblaría ante su ceño fruncido como lo hacía Ekoti. Para convertir a este en su esclavo, ella tendría que compartir la carga de sus cadenas.

"¿Quién es usted?" preguntó él en su asombro. "¿De dónde es?"

"Soy Sheena. Eso es suficiente para ti, Ojos de Latón."

"Ojos de Latón no es mi nombre," le dijo él frunciendo el ceño. "Soy Richard Thorne, cazador, comerciante, cualquier cosa mientras me mantenga en movimiento. Llámeme Rick, así me resultará más fácil creer lo que veo."

"Rick, Rick," ella repitió el nombre y sonrió, luego: "Ese es un nombre pequeño que dar a un hombre tan grande." Luego su rostro se puso serio y preguntó: "Dime por qué no debería tomar todos los bienes comerciales de aquí y dárselos a mi gente. El Barbudo los ha perjudicado y engañado. ¿No sería eso justo?"

"¡No!" respondió él con prontitud. "No, porque los bienes no pertenecen al Barbudo. Lázaro Pero es su nombre. Los bienes pertenecen a la Compañía para la que yo trabajo, y tomarlos no le hará daño a Pero. Escuche, señorita..."

"Sheena."

"Bueno, Sheena. Ahora te hablaré de Pero..."

Ella escuchó todo lo que él tenía que decir y le gustó el tono profundo y resonante de su voz. Cuando él dejó de hablar, ella quedó en silencio, dando vueltas en la cabeza a todo aquello. Ella

preguntó de pronto:

"Este hombre para el que cazas, ¿pensará bien de ti si envías río abajo hasta la costa todo el marfil que mi gente ha traído?"

Él la miró sorprendido, luego apareció su lenta sonrisa. "Ciertamente, él pensaría bien de mí," dijo él. "Me consideraría un príncipe entre los comerciantes."

"¡Bien! Entonces le diré a Ekoti que haga un trato justo contigo. Hago esto por lo que tú harás por Aku."

"Yo haría eso por cualquier hombre," dijo él. "Partimos al anochecer, como he dicho." Entonces se le turbaron los ojos y él preguntó: "¿Qué hay con Pero?"

"No temas por él. Como dices, es mejor entregarlo a su propia gente para que lo castigue. Él no sabe nada y Ekoti hará un trato justo con él cuando tú estés río abajo. Además, Ekoti vigilará este lugar hasta que vuelvas. Haz lo que quieras con Pero entonces. Ahora, yo me voy." Se levantó con un movimiento ágil y rápido y se dirigió a la puerta. Él se apresuró para interceptarla.

"¿Adónde vas?" preguntó él y la agarró del brazo. "¡No puedes entrar y salir de mi vida así!"

Con el toque de su mano ella sintió que el corazón le daba un vuelco, luego se puso rígida y lo empujó hacia atrás. "¿Estás fatigado de la vida?" ella lo golpeó con fuerza. "Ningún hombre puede tocarme. ¡Si mi gente viera que me pones la mano encima, sus lanzas se beberían tu sangre!"

La inesperada fuerza tras el empuje de su brazo había hecho retroceder al joven varios pasos, y la mirada que apareció en el rostro de este fue casi graciosa por su expresión de completo asombro.

"¿Qué eres... quién... qué diablos...?" Él tragó y se quedó mirándola, sin habla. Ella rió en voz baja, se giró y lo dejó, aún mirándola.

A la puesta de sol, desde detrás de una cobertura de arbustos, ella observó a Rick y a sus hombres cargar a Aku río abajo sobre una

estera de hierba tejida.

Cuando la canoa se convirtió en una amorfa mancha sobre el agua amarilla, con un humor compuesto de anhelos sin nombre y una extraña sensación de vacío, ella tomó el sendero de regreso a su santuario forestal.

Rick hizo buen tiempo río abajo y llegó a São Vicente un poco antes de la puesta del sol dos días después. La ciudad era típica de la frontera portuguesa: un cúmulo de casas de adobe de techo plano, rosadas y encaladas, aferradas a la orilla del río con la infatigable jungla empujándolas desde atrás. La misión de los frailes carmelitas era un edificio de piedra con paredes almenadas y frescos pasillos con arcos y sombreados por palmeras.

Mientras Aku era instalado en el hospital, Rick conversó con un hermano de la orden rechoncho y de apariencia mundana.

"La caridad cristiana es rara en estas partes," dijo el monje. "Has hecho un acto de misericordia por el cual Dios te recompensará, hijo mío."

"Bueno," sonrió Rick, "hay muchas marcas negras en mi contra, padre. Tendré suerte si me las cancelan por esto. Y, por cierto, ¿alguna vez ha oído hablar de una mujer blanca, una especie de diosa, río Kuango arriba?"

"¡Oh, sí! Los nativos tienen muchas de tales historias. Pero es prudente creer en tales maravillas solo cuando las vemos, hijo mío."

"Y no siempre es prudente hablar de las maravillas que vemos, ¿eh, padre?"

"No si queremos ser considerados sinceros, hijo mío."

"Eso es lo que yo me figuraba," murmuró Rick, "Bueno, debo partir esta noche. Deseo pagar por el cuidado de Aku ahora."

El monje dio una risita. "Ah, eres una joya. No se pide nada, no se espera nada, pero un regalo siempre es bendecido en triple," agregó mientras Rick le colocaba una bolsita de monedas en la mano. "¡Dios sea contigo, hijo mío!"

El Kuango estaba decayendo rápidamente ahora. Unos kilómetros por encima de la ciudad, Rick, Benji y sus cuatro suajilis se vieron obligados a abandonar su pesada canoa. Continuaron la caminata a pie, a través del bosque de cedros perfumados y por el caluroso *veld*.

Las manadas de cebras tronaban hacia el sur, el olor de pastos más verdes era fuerte en sus hocicos. Los nativos abandonaban sus aldeas y se dirigían a São Vicente en previsión de la hambruna.

La escasez de raciones obligaba a Rick a disparar para llenar la olla y el calor lo obligaba a realizar breves marchas nocturnas. Una caminata de no más de tres marchas en condiciones normales se prolongó hasta seis, y fue cerca del mediodía de ese día cuando entró marchando en el comercio de Kuango.

El puesto estaba desierto. El recinto vacío.

Después de pasar la primera conmoción, Rick calmó los temores de sus charlatanes suajilis.

"No ha habido combate, Benji. Bwana Pero debe de haber marchado río abajo con el marfil."

"¡Sin duda ha marchado con el marfil!" El segundo escupió en el suelo. "Pero no hasta São Vicente," añadió con una vehemencia que provocó que Rick le lanzara una mirada penetrante. Pero los suajilis se agolpaban a su alrededor con ojos saltones, y él solo dijo:

"Ven a la casa, Benji. Hablaremos de esto."

Papeles inundaban el suelo de la sala principal y el almacén había sido revuelto. Pero se había llevado todo lo que su pequeño safari podía llevar, más el marfil. Aunque había varias cajas de comida enlatada. También había una docena de mosquetes en el bastidor, y había pólvora y munición. Rick miró a su alrededor y se preguntó vagamente por qué Pero no había prendido fuego al puesto. Supuso que era porque había querido alejarse discretamente, sin llamar la atención de los pueblos nativos. Pero ¿qué había sucedido con los abamas y con Sheena, quien había dicho que iban a vigilar el puesto?

Luego, una aplastante sensación de derrota le torció la boca en una mueca de autodesprecio y apartó todo lo demás de su mente. Freire lo había enviado a vigilar a Pero, y Pero había salido de Kuango con cien mil dólares en marfil... ¡arrebataados justo delante de sus narices! Ya podía oír reír entre dientes a los veteranos sobre ello: "¿Has oído esa jugada que ese truhán de Pero le gastó al joven Thorne en Kuango?"

¡No, eso no!

Ningún hombre podía hacer quedar a Rick Thorne como un mono y salir indemne de ello. Una ira, tan intensa que le blanqueó los labios y le hizo temblar las manos, se apoderó de él. Por el trueno que iba a recuperar ese marfil. ¡Lo recuperaría aunque tuviera que poner bocabajo la jungla del Congo y sacudirla hasta que saliera! Se dio la vuelta para encarar a Benji.

"¿Sabes tú dónde se ha llevado el marfil Bwana Pero?"

Los insolentes ojos de Benji se fijaron en una botella cuadrada de ginebra posada sobre una mesa bajo la ventana. Rick sirvió una copa y el segundo la tragó de golpe.

"¿Y bien?" lo instó Rick.

"Bwana," comenzó Benji, "antes de que vinieras yo contaba los dientes. A veces el número que entraba y el que iba río abajo no era el mismo. Pero cuando se lo conté a Bwana Pero, me maldijo por tonto y me dijo que yo no sabía contar bien. Una vez me azotó, así que no volví a hablar de ello. Pero no soy estúpido y tengo vista."

"¿Y es esa vista lo bastante aguda como para encontrar la carretera hasta Kilma, Benji?"

"Conozco la carretera, Bwana. Pero solo somos seis. ¿Qué podemos hacer contra Sleman bin Ali?"

"Ya pensaré en eso cuando llegue allí. Lo único que quiero que hagas es que me muestres el camino." Se descolgó el rifle y se lo entregó a Benji. "¿Es esta una buena arma?" le preguntó.

"¡Oh, sí, Bwana!" dijo Benji manejando el rifle afectuosamente.

"Es tuya si me muestras la carretera hacia Kilma. También les daré un mosquete a cada uno de tus hombres, y pólvora y balas. ¿Irán ellos?"

"¡Oh, sí! Marcharán conmigo. ¿Qué otra cosa pueden hacer?"

"Al anochecer entonces, Benji."

"¡Al anochecer, Bwana!"

Capítulo 4

ARRIBA en las colinas, mucho más allá de la aldea, Sheena se pausó para escuchar un tambor abama. Frunció el ceño cuando el tambor pronunció su *nadan* y se separó luego en precisas extensiones de tumulto en la tranquilidad de la jungla. En menos tiempo del que habría requerido pronunciar las palabras, ella supo lo que le había sucedido a Rick Thorne, supo que ya estaba a dos marchas más allá del Kuango. Su primera reacción fue de ira, y su ira se volvió contra Ekoti, quien se había atrevido a desobedecerla, quien no había podido vigilar el puesto hasta el regreso de Rick como ella le había dicho que hiciera. Su siguiente pensamiento fue en Rick. ¡En verdad era un joven tonto e imprudente, pero espléndido en su locura al marchar contra Sleman bin Ali y todas sus armas con solo seis hombres!

Y el fallo de Ekoti era el suyo. Ella le había prometido a Rick que vigilaría el puesto y a su enemigo. Estaba claro que él era un insensato, pero ella no podía dejarlo marchar hacia la muerte por causa de la desobediencia de Ekoti. Eso era impensable. Ella debía ayudar a Rick. Pero ¿cómo? Ella no podía alcanzarlo. Otro día de marcha más lo llevaría a las profundidades del país de Sleman bin Ali. Y el medio árabe entendía el lenguaje de los tambores y enviaría hombres para capturar a Rick. Bien entonces, Sleman bin Ali había sido una espina clavada en los abamas desde hacía mucho tiempo. Quizá era hora de lidiar con él. Seguramente había una forma.

Se sentó en una roca para pensar en ello y Chim quedó en silencio de pronto. El mono se acercó para sentarse a su lado con la barbilla apoyada en las manos, imitando la pose de su ama como una grotesca caricatura de una belleza rubia envuelta en pensamientos.

Pasó mucho tiempo antes de que los ojos de Sheena se iluminaran y una leve sonrisa de satisfacción asomara a sus labios. Había una forma, siempre había una forma si pensaba en ello el tiempo suficiente. Pero primero debía castigar a Ekoti. Con gracia felina se levantó y le habló a Chim:

"Lléname la barriga, pequeño. Debemos viajar lejos y rápido."

Cuando las olas de calor descendían al atardecer y la luz del sol yacía en quebrados fragmentos sobre los senderos de la aldea, la llamada de Sheena convocó a Ekoti a salir de su cabaña. Sola en la penumbra de la casa de asamblea, Sheena se enfrentó a él.

"¡No me obedeciste!" lo acusó ella de inmediato.

Pero Ekoti no bajaba la vista al suelo ni se retorció bajo el frío y enojado resplandor de sus ojos azules. Su rostro mantenía una expresión de impasible inocencia. Y en breve él dijo:

"No te enfades conmigo, Sheena. Obedecí. Vigilé el *kraal* del comerciante hasta que no pude quedarme más. Estuve vigilando durante cuatro días, pero el joven Bwana no venía y..."

"¿Por qué te fuiste? ¿Por qué?" demandó la chica furiosa.

"Porque la caza abandonó el territorio, Sheena. Nuestras ollas de cocina estaban vacías. Somos cazadores. Debemos seguir a la caza. Pronto debo llevar a mi gente hacia el sur debido a esto. No podemos quedarnos en este lugar. Vuelve tu ira contra los Arogi, contra las brujas que retienen la lluvia. ¿Tengo que ser yo culpado por lo que ellas hacen?"

Hubo una larga pausa y luego un profundo suspiro de alivio salió de los labios de Ekoti al ver que la luz de enojo en los ojos de la Reina de la Jungla se desvanecía lentamente.

"Tú no has de ser culpado," dijo ella. Y los fuertes y afilados dientes de Ekoti brillaron en una amplia sonrisa. "Ahora hablaré de otra cosa," prosiguió ella. "Mañana marchamos hacia el sur contra la ciudad árabe."

La sonrisa desapareció del rostro de Ekoti y su expresión se convirtió en una de total desconcierto. Luego él dio rienda suelta a la lengua: "¡Eso es algo inaudito!"

"¿Tienes miedo, Ekoti?"

"¡No!" rugió el jefe exasperado. "¡No le temo al árabe y tú lo sabes

bien! Pero cuando yo había querido ir contra él con armas, tú lo llamaste locura. Y ahora quieres ir contra él con lanzas. Y en un momento como este."

"¿He dicho yo que iré contra él solo con lanzas?"

"Ciertamente, no has dicho eso. Pero sin armas o lanzas no se puede hacer eso."

"Nunca digas del árbol de *ajap* con fruto," le dijo ella en voz baja, "que no da más que hojas. ¿No pensaste lo mismo cuando dije que quería atacar al Barbudo? Haz lo que te digo ahora y todo saldrá bien."

Ekoti guardó silencio durante largo tiempo, rostro marcado con líneas graves; luego: "Los abamas siempre te han obedecido, Sheena. Es bueno para nosotros obedecer. No seríamos nada sin ti, nuestros enemigos nos habrían devorado hace mucho tiempo. Te obedeceremos ahora. Pero por mi gente pregunto por qué se debe hacer esto. "

"Porque Sleman bin Ali es nuestro enemigo y porque temo que haga daño al joven Bwana que es nuestro amigo."

"¡Aie, aie!" rugió Ekoti. "Es como pensaba. Yo pienso en la aldea donde nacimos, Sheena. Mi corazón canta al recordar los días en que jugábamos juntos y aprendimos a disparar con el arco. ¡Ay, fueron buenos días! Hablo de ellos ahora porque hay algo que preocupa mi mente, y cuando diga lo que está en mi mente sé que te va a enojar."

"En verdad fueron buenos días, Ekoti. Yo no los he olvidado. Habla y no temas mi enfado."

Una sonrisa dudosa cambió los ojos del joven jefe. Luego, como cuando un hombre está a punto de sumergirse en un frío arroyo de montaña, respiró hondo y dijo: "Hablo de algo que vi en los ojos del joven Bwana cuando te miró, Sheena. Si lo encontramos vivo, será bueno que él se vaya de este país."

"¡Bueno!" Los ojos azules de Sheena se encendieron.

"Sí, porque si intenta llevarte, los abamas lo matarán. Lo harían porque te aman, también por el tabú de N'bid Ela. Esto es magia fuerte. Incluso más fuerte que tú, Sheena. No podrías salvar al joven Bwana si mi gente pensara que te irías con él." Y, habiendo dicho lo que pensaba como un hombre, Ekoti se preparó, como si esperara que el techo de la casa de asamblea le cayera sobre la cabeza.

Pero la tormenta no estalló. Nadie conocía mejor que Sheena el poder fatal de la imaginación que operaba mediante el miedo supersticioso. Eso era un tabú que le daba el poder de mandar. Y otra cosa ella tenía. El amor de estos sencillos habitantes de la jungla que, durante la indefensa infancia de ella, la habían querido como a una de los suyos. Ella nunca había sentido el aguijón de un golpe, nunca una reprimenda cruel. Su mano cayó suavemente sobre el hombro de Ekoti.

"Has hablado bien, Ekoti," dijo ella en voz baja. "Ahora te digo: dejaré a los abamas y a este bosque cuando caigan las hojas de los árboles de *majuti* [6]."

Lo dicho llamó la atención de Ekoti. Él dejó la casa de asamblea riendo profundamente sobre ello, porque ningún hombre había visto caer las hojas de un árbol de *majuti*. Era de hoja perenne.

Rick y su pequeña banda se afanaban en ascender por las tierras de los parques de la meseta de M'bama, siguiendo el lecho seco de un río que apestaba al sol como una cloaca. Este era un territorio ondulado con un paisaje salvaje y fantásticamente roto: profundos *kloofs* y *kopjies* [7] de granito alternaban con colinas boscosas, algunas densamente cubiertas de arbustos de mimosa.

Esa noche, la tienda de Rick se instaló en un pequeño claro con vistas al valle del Simla, que se curvaba hacia el sur. La sequía había reducido a un miserable hilo de agua incluso este considerable afluente del Kuango que serpenteaba a través de las grietas de la arcilla de su lecho cocido por el sol. Pronto los fuegos para cocinar se encendieron ante el terciopelo negro de la noche. El silencio de la jungla circundante estaba compuesto por sonidos que rara vez se reconocían por separado, salvo por el zumbido de las cigarras, que llegaban raspando los pasillos de los árboles y daban al calor el filo de un cuchillo.

Cuando terminó la comida tardía, Benji dejó a sus compañeros y se sentó en cuclillas junto al fuego de Rick. Rick lo vio llenarse las fosas nasales con rapé y entornó los ojos pensativo. Por lo poco que Benji había dejado caer, Rick había llegado a la conclusión de que su segundo sabía más de las actividades de Pero de lo que quería contar. Además, sospechaba que Benji estaba trabajando hacia algún oscuro final por su cuenta, de lo contrario habría renunciado después del primer día de esta dura y seca caminata.

"Kilma está a un día de marcha de aquí, Bwana," anunció Benji de repente. "Su jefe es un medio árabe llamado Sleman bin Ali."

"Eso ya lo sé," dijo Rick.

"En los viejos días," prosiguió Benji como si no hubiera escuchado a Rick, "Sleman bin Ali llegó a este territorio con una gran caravana. Un comerciante de Zanzíbar lo envió, pero Sleman no regresó con marfil ni los bienes del comerciante. No, él atacó a los M'bamas que vivían aquí. Mató a muchos y esclavizó a otros. Luego les hizo construir Kilma y se hizo jefe de ese territorio. Tiene muchos hombres y muchas armas. Te digo esto, Bwana, porque, ahora que estamos cerca de su ciudad, me pregunto qué vas a hacer."

"Bien podrías preguntarte eso," dijo Rick con una sonrisa irónica.

Benji se rió entre dientes. "Así que no has pensado en nada. También me pregunto qué harías con el marfil si lo recuperaras, Bwana."

"La Compañía pagaría bien, Benji."

El segundo escupió en el fuego. "La Compañía te daría una palmada en el hombro y diría: «¡Buen chico! ¡Buen chico!» ¡Conozco a la Compañía! En verdad no te darían tanto como podríamos sacar nosotros al venderlo en Bampo al otro lado de la frontera."

Rick sonrió. ¡Así que era eso! Pero tenía un apto alumno en Benji. Y Benji necesitaba a Rick para algo o se habría guardado sus planes para él mismo. Rick dijo: "Primero debemos conseguir el marfil. ¿Cómo vamos a hacer eso?"

Benji sonrió con insolencia. "Por la mitad del marfil te lo diré."

«¡Estás en mala compañía, joven amigo!» se dijo Rick a sí mismo. «Un arma contra cinco. Mejor tómatelo con calma, saca lo que puedas de este iluso.» En voz alta dijo:

"Está acordado, Benji. Por la mitad del marfil."

"Bien. Haces bien en estar de acuerdo, Bwana, como verás." Se inclinó hacia adelante. "Escucha ahora. Cuando llegue la lluvia y Pero pueda conseguir porteadores, hará una caravana y marchará hacia Bampo. Son cinco marchas de Kilma, y nosotros..."

"No podemos tender una emboscada con seis armas contra una caravana," intervino Rick con rápida comprensión.

"Cierto, Bwana. Pero hay una aldea M'bama cerca. Ellos no aman a Sleman bin Ali. Harán una trampa para la caravana si uno de los Bwanas de la Compañía les dice que lo hagan. Oh, sí, será fácil." Se interrumpió de repente, se enderezó y miró de derecha a izquierda.

"¿Qué pasa?" preguntó Rick.

Benji le hizo señas para que guardara silencio. Se oyó un leve crujido que un oído descuidado podría haber tomado por el viento que atravesaba la hierba. Pero para el rápido oído de Benji era otra cosa. Estaba buscando su rifle cuando las llamas brotaron de la oscuridad circundante.

Benji se lanzó hacia adelante a través del fuego sin un grito. El Colt de Rick rugió una fracción de segundo después del impacto del mosquete. Él había disparado al destello del arma, y un grito y el sonido de un cuerpo chocando contra el arbusto le dijeron que no había fallado. Se arrojó al suelo y salió rodando fuera de la luz del fuego. No podía ver nada, pero había un susurro de movimiento a su alrededor. Los hombres de Benji estaban bañados por la luz de su fuego, inmóviles, temiendo moverse por si les lanzaban otra salva los invisibles asaltantes.

La voz de Lázaro Pero salió con rudeza de la oscuridad. "¡Está rodeado! ¡Tire el arma al suelo, señor!"

Rick lanzó el arma al suelo. Formas oscuras se deslizaron fuera de los arbustos y lo cercaron. Pero se abrió paso a través de ellos hacia el charco de luz del fuego. Rodó el cuerpo de Benji con el pie y dijo:

"Sabía que este tonto me iba a seguir, pero no pensé que usted fuera tan estúpido, señor. Cielo santo, qué hombre sería usted si fuera tan rápido con su cerebro como lo es con su arma. Tal vez haya venido a dispararme, ¿eh, señor *cowboy*?"

"De acuerdo," dijo Rick entre dientes apretados. "Puede disparar cuando le dé la maldita gana y..."

"¿Matarle?" Pero negó con la cabeza. "No veo ninguna razón para matarle. No, le llevaré a Kilma. Mi buen amigo Sleman bin Ali le mantendrá allí hasta que yo salga de este maldito país. Luego le enviará por la costa y podrá decirle a ese gordo puerco de Friere lo que le ocurrió a su marfil. ¿Un buen chiste acerca de él, eh? Lamento profundamente no estar allí para verle la cara cuando usted se lo cuente. ¡Cielo santo!" Se dio una palmada en el muslo y rió hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Rick se preguntó si valía la pena arriesgarse a una salva de las armas que le apuntaban a su alrededor para golpear a Pero solo una vez.

Pero se secó los ojos con el dorso de la mano. "Y le enviaron a usted para vigilarme," jadeó. "Cómo se enriquece esa gente es algo que no entiendo. Ah, pero veo que todo esto es muy doloroso para usted, señor. Perdóneme por hacerle quedar como un idiota también. Pero ya basta." Dio una orden brusca.

Sus suajilis se cerraron alrededor de Rick. Le ataron las manos y le pasaron un lazo de cuerda alrededor del cuello. Se dio la orden de marchar y, maldiciendo fluentemente, Rick avanzó tropezando en la oscuridad y pisándole los talones al hombre que le tiraba de la cuerda al cuello.

Capítulo 5

ERA una larga y fatigosa caminata hasta el territorio de los M'bama. Día tras día, los abamas se abrían paso por los viejos senderos tribales. Guerreros delgados y hambrientos iban en fila a ambos flancos de la larga y desordenada hilera de ancianos, mujeres y niños, y era un hombre afortunado el que traía carne para que su esposa la asara. La caza estaba muy al sur. Las aldeas a lo largo de su ruta estaban desiertas, un cúmulo de chozas y jardines de tallos secos del maíz de Guinea crujían a la calurosa brisa. Verdadero bosque, un claro desierto, una franja de bosque de nuevo. En los claros, la luz del sol era un río de fuego entre los muros del bosque. La jungla no era fuerte pero estaba cerca, el camino era estrecho y la luz rota y el color roto les golpeaban los ojos. Las mujeres, niños y ancianos estaban fatigados tras un corto tiempo de tal marcha. El ritmo era lento.

Había maíz y mandioca para recoger de los jardines abandonados, pero ese bocado no le sentaba bien a los estómagos abama. Eran cazadores y guerreros, y el *jilo*, el hambre de carne, les roía el vientre con fuerza.

Muy por delante del cuerpo principal, Sheena, Ekoti y Chim estaban en un *kopji* [8], con vistas al valle de Silma.

"Esto es malo," dijo Ekoti. "Pronto no habrá agua. Deberíamos seguir la caza hasta el lago, pienso yo."

"Hay agua y carne en Kilma," le dijo Sheena.

"También hay murallas y armas en Kilma," gruñó Ekoti. "No puede ser que pienses que el árabe va a abrir sus puertas a los abama."

"Él las abrirá," dijo la Reina de la Selva con confianza. De repente se tensó, escudriñando más adelante hacia la neblina de calor que danzaba y brillaba haciendo que la visibilidad fuera casi nula. Un grupo de buitres giraba con perfecta gracia sobre los pintados bosques. Un brazalete de cobre brilló al sol cuando ella señaló y dijo:

"¡Mira allá!"

"¡Sí, carne!" exclamó Ekoti, expresando el pensamiento más importante en su mente.

Pero otro pensamiento había pasado por la mente de Sheena ante la primera vista de los pájaros carroñeros. Con un involuntario grito de miedo e ira mezclados, corrió colina abajo, su cabello dorado fluía tras ella al viento. Chim salió corriendo con ella, seguido por el jefe abama. Pero ninguno podía igualar la velocidad de centella de la Reina de la Jungla. Ambos quedaron pronto muy atrás.

En cualquier otro momento, Sheena se habría acercado al lugar con sumo cuidado, sabiendo bien que alguna bestia había expulsado a los buitres de su obscuro festín, pero en su temor por Rick, en su ansiedad por deshacerse de este temor, o por saber lo peor, se olvidó de la precaución e irrumpió de repente en el claro. Vio fugazmente al leopardo agachado sobre los restos del cuerpo de Benji, y luego vio que la rugiente furia se abalanzaba sobre ella. Pero en Sheena, la increíble rapidez de la bestia felina se combinaba con la inteligencia humana, con un cerebro tan rápido y claro como un arroyo de montaña. Porque Sheena no temía ni a hombre ni a bestia.

A diferencia de las criaturas perseguidas de la jungla cuya supervivencia depende de la respuesta de fracción de segundo al impulso de huir, ella no se desvió en su paso, sino que se lanzó de cabeza bajo el vientre blanco del leopardo. La bestia dio un zarpazo hacia abajo al pasar por encima de ella. Sus garras, afiladas como cuchillas, le rozaron el cabello y le arrancaron el carcaj de flechas del hombro derecho. El salto llevó al leopardo hasta la mitad del claro y, cuando sus zarpas delanteras tocaron la tierra, Sheena se puso en pie de un salto y giró para enfrentarlo.

La desconcertada bestia se agachó mientras la cola azotaba el suelo, los ojos amarillos se fijaron en la diosa rubia con una mirada inquebrantable. La piel de leopardo de Sheena estaba rasgada en el hombro. Las garras de la bestia le habían rozado la carne y un fino hilo de sangre corría por su pecho derecho expuesto. Ella tenía el arco en la mano, pero el carcaj estaba en el suelo fuera de su alcance. No osaba moverse ni apartar los ojos del animal medio

muerto de hambre que, apoyado sobre el vientre, se acercaba ahora a ella, centímetro a centímetro. Ella llevó la mano hacia su cuchillo, los delgados flancos del leopardo temblaban y la bestia mostró sus colmillos con un rugido mientras se preparaba para saltar. Y en ese momento, Chim entró botando en el claro. Llegó detrás del leopardo, lo vio y dejó escapar un chillido casi humano antes de saltar hacia el árbol más cercano.

Sobresaltado por el grito, el leopardo se dio la vuelta para enfrentarse al nuevo enemigo. En ese instante, con un movimiento fluido, la Reina de la Jungla se abalanzó sobre su carcaj. La bestia sintió, más que vio, el movimiento. Giró tan rápido como un relámpago, como una mancha rojiza en un remolino de polvo y hojas secas, y saltó. El arco de Sheena tañó justo cuando la bestia abandonaba el suelo. Ella saltó a un lado cuando el gran felino se torció en el aire antes de caer de espaldas, rodando una y otra vez, gruñendo y mordiendo la flecha clavada en el pecho. Entonces Ekoti entró jadeante en el claro y un golpe de su lanza con filo en forma de hoja puso fin rápidamente a la lucha de la bestia.

Cuando él miró a su alrededor, Sheena estaba moviendo los horripilantes restos del cuerpo de Benji, la belleza del rostro de la reina de la selva se arruinó con una mueca de disgusto.

"Queda suficiente," dijo ella, "para decir que su piel era negra."

"Muchos hombres acamparon aquí," observó Ekoti examinando el suelo. "El rastro no está frío, ¡mira!" Se puso en cuclillas señalando huellas de las botas en un trozo de tierra arenosa. "Dos hombres blancos y muchos negros."

Siguieron el rastro hasta que Sheena estuvo convencida de que los conducía a Kilma; entonces ella dijo:

"Yo continúo. Tú vuelve con tu gente. Diles a tus guerreros que Sheena dice que hay carne para ellos en Kilma."

Ekoti se frotó la rizada cabeza. Era un guerrero y no era un insensato de hombre, pero por su vida no podía ver cómo sus lanceros podían irrumpir en Kilma, y su perplejidad era profunda. Pero lo que Sheena decía no se podía poner en duda. Aunque había

jugado con ella cuando era niño, y aunque por fuera ella parecía ser como otras mujeres, él nunca había dudado de que Sheena era algo más que una mortal y de que poseía poderes más allá de su comprensión. Había convicción y asombro en el rostro de Ekoti cuando dijo:

"Creo que veré una gran magia en Kilma."

El hambre y la muerte rodeaban Kilma. La peste bovina había llegado al paso de la prolongada sequía, y en las llanuras los buitres se atiborraban sobre los cadáveres de ganado muerto, extendiendo sus alas mientras metían sus feas cabezas en la fétida masa, con las puntas de las alas y el pecho manchados de grasa. Pero dentro de la propia ciudad de murallas de adobe había abundancia. Sus silos con techo de paja y pilotes estaban llenos de grano, y un arroyo subterráneo burbujeaba hacia sus pozos y alimentaba la fuente en los secuestrados jardines de la casa de Sleman bin Ali.

Como la mayoría de las ciudades africanas nativas, todas ellas parecían tener el *kraal* zulú, con su *boma* [9] de arbustos espinosos como prototipo, tan impenetrable como una alambrada de espino. Kilma tenía dos puertas, una frente a la otra en los extremos opuestos de una amplia calle central. Los muros abarcaban un área de no más de veinte kilómetros cuadrados, y en este espacio se amontonaba al azar una increíble cantidad de casas de adobe con un laberinto de estrechas callejas que se retorcían entre las casas. La casa de Sleman bin Ali encaraba la carretera principal, y su jardín amurallado; con su estanque y fuente, con pasto verde e hibiscos y jazmines de fuerte aroma; era como un oasis en un desierto de olores que hacía que Rick se estremeciera cada vez que ponía un pie fuera de la puerta con arco que daba a la carrerera de tierra.

Se le permitió a Rick la libertad de la ciudad. El hambre era su carcelero, y el carcelero de Lázaro Pero también; pues hasta que llegara la lluvia, el largo viaje a través de la frontera hasta Bampo era una empresa imposible. Sleman bin Ali le había dado a Rick una habitación en su propia casa, y a menudo Rick comía con el venerable medio árabe, que parecía más un santo que el viejo pícaro que sin duda era. A su manera, Ali era un hombre devoto, estricto en su observancia al pie de la letra, si no del espíritu, de los preceptos establecidos en el Corán; y su larga barba cana, la

impecable túnica blanca y la austeridad que mostraba sugerían tanto al patriarca bíblico que Rick dudaba que que aquello fuera totalmente inconsciente. Era un anfitrión cortés y generoso, y eso facilitaba el olvidar los crímenes y crueldades del mismo.

A medida que pasaban los días, y aún sin lluvia, Pero echaba humo y se inquietaba. Rick lo evitaba, pues siempre que se encontraban, el portugués no dejaba de burlarse de él para recordarle que pronto debería volver a la costa y contarle a Freire cómo Lázaro Pero le había sacado con tan hábil engaño una pequeña fortuna en marfil.

El paradero del marfil había intrigado a Rick desde el primer día de su llegada a Kilma. No había ningún edificio en la ciudad lo bastante grande como para albergarlo. Sabía que había sido una antigua costumbre de los jefes nativos enterrar sus tesoros para protegerlos de la rapacidad de bien armados asaltantes; y al final llegó a la conclusión de que el marfil debía de estar escondido en algún lugar de las colinas que rodeaban la ciudad.

Hacia la puesta del sol del quinto día de su estancia en Kilma, una tribu de nativos bajó desde las colinas hasta la llanura. Desde el plano tejado de la casa de Sleman bin Ali, Rick los vio salir de un estrecho hueco en las colinas y desembocar en el *veld* como el corte de una negra franja a través de la alta y plumosa hierba. Pero estaba de pie al lado de Sleman bin Ali, quien tenía un viejo telescopio de latón sujeto a un ojo. De pronto, el árabe exclamó:

"¡Alá misericordioso! Es Sheena, esa hija de Shaitan."

"¡Sheena! ¡Seguro que te equivocas, amigo!" dijo Pero. "¿Qué iba a querer ella de nosotros? No el marfil. El comercio fue justo."

Los ojos de Sleman bin Ali se desviaron en dirección a Rick mientras le entregaba el telescopio a Pero. "Wallai," le dijo, "eres un gran insensato si no puedes adivinar a qué ha venido."

"Cielo Santo, ¿quién lo hubiera pensado?" murmuró Pero a su barba; luego dijo: "No tienen armas, una salva de disparos los ahuyentará."

"¡No!" dijo el árabe enérgicamente. "Si no atacan, no disparamos."

Puede que ella solo quiera a nuestro joven amigo de aquí. ¡Por Alá que si eso es todo, ella puede llevárselo! No quiero problemas con esa diablo. Mira, están acampando." Se volvió y llamó a gritos a uno de sus esclavos. Un muchacho M'bama respondió a su llamada, y Sleman dijo: "Ve y dile a Ahmed que doble todos los guardias. Que me informe cuando esté hecho." A Pero le dijo: "Esas bolsas de agua de piel de cabra que ves allí en los postes pronto estarán vacías. Sabremos lo que ella quiere más pronto que tarde y, si Alá quiere, se habrá ido por la mañana."

Afuera, en el campamento abama, Sheena llamó a Ekoti a su fuego.

"Hay mucho que hacer antes de que se ponga el sol," le dijo ella, y luego extendió el brazo en un gesto que abarcó las colinas circundantes. "En algún lugar, allá afuera, el árabe ha escondido su marfil. Que toda la gente, incluso las mujeres si es necesario, salgan a las colinas a buscarlo."

"¿De qué sirve el marfil?" gruñó Ekoti. "No podemos comerlo." Entonces su rostro se iluminó y una profunda carcajada le retumbó desde la boca del estómago. "¡Jo, jo!" dijo él. "Creo que veo lo que tienes en mente ahora, Sheena. ¡Harás que el árabe comercie carne por su propio marfil! ¡Jo, eso es bueno!"

"Tal vez comercie su ciudad por eso, Ekoti."

La risa del jefe terminó en un gruñido de incredulidad. "Él no es tan tonto, Sheena."

"Ya lo veremos," le dijo la Reina de la Jungla con una sonrisa. "Cuando encuentres el marfil, no lo llesves al campamento. Déjalo donde lo encuentres. Ahora hay otra cosa. Yo voy a la ciudad esta noche. Cuando oscurezca, tú llevarás a tus guerreros cerca de la puerta de allá. Haz mucho ruido para que el árabe piense que estáis a punto de atacarlo."

Ekoti miró a través de la llanura hacia los altos muros de la ciudad y las torres de vigilancia de techo de paja que se alzaban sobre estos. Sacudió la cabeza. Toda esta charla sobre el comercio de ciudades por marfil era muy desconcertante, y él se negó a desconcertarse más. Silencioso y con un rostro tallado en madera,

fue a organizar la búsqueda del marfil.

Pronto, los abamas abandonaron en grupitos el campamento para explorar las colinas. Sheena permaneció en el campamento vigilando la ciudad. En ese momento, dos figuras estaban en el techo de la casa de Sleman bin Ali y el sol relucía en el latón del tubo que una sostenía ante los ojos. Ella los observó con una leve sonrisa en los labios. El árabe, sabía ella, adivinaría lo que estaba buscando su gente; y el Barbudo echaría humo y sudaría porque era un hombre que no podía controlar sus pasiones. Ese querría salir corriendo y atacar a los abamas, pero no Sleman bin Ali. El árabe era cauteloso y esperaría hasta conocer el resultado de la búsqueda.

Una mujer le trajo una olla de *bangu*, una mezcla de maíz y verduras nativas. Ella lo aceptó agradecida, comió y luego durmió hasta que la despertó el ruido de los cazadores abama que regresaban al campamento. El sol estaba bajo y la sombra de las colinas occidentales se extendía por el *veld* como una negra mano abierta de seis largos dedos. Las dos figuras habían vuelto a subir al techo de la casa para observar a los recién llegados grupos de búsqueda. El rostro de Ekoti era agrio cuando llegó para informar:

"El árabe es un zorro y no lo esconde todo en un único agujero. Hemos encontrado algunos dientes. Los hemos dejado donde los encontramos como tú nos dijiste."

"¿Cuántos, Ekoti?"

"Sólo dos manos, Sheena. Pero son dientes grandes," añadió a la defensiva.

"Eso es suficiente. Lo has hecho bien. Ahora manda descansar a tus guerreros hasta la mitad de la noche."

Había una luna brillante esa noche, y eso convertía Kilma en una ciudad fantasma. Chacales hambrientos, atraídos por la carroña que apestaba en la llanura, aullaban lúgubrementemente en la linde de la maleza, y de vez en cuando un perro dentro de la ciudad ladraba una medio respuesta al reto del *veld*. Cuando la luna estuvo por encima inundando la llanura con la abundancia de su luz, Ekoti y sus guerreros salieron del campamento.

Capítulo 6

ENTRE una gran ostentación de armas y cuernos, avanzaron por el espacio al raso, a plena vista de los guardias de las torres de vigilancia. Una arma destelló, y otra, y entonces la ciudad dormida despertó con la profunda y retumbante alarma de un gran tambor. Pronto, muchas armas destellaban desde los muros. Los abamas continuaron su ruidoso avance hacia la puerta oeste hasta que las balas empezaron a silbar a su alrededor; luego, a un grito de Ekoti, todos se hundieron en el mar de hierba y se abrieron en abanico. Y donde un momento antes había habido griterío y tumulto y fulgor de luz de luna en las lanzas, ahora no había nada a la vista ni ningún sonido, salvo el susurro de movimiento a través de la alta hierba.

Mientras tanto, Sheena y Chim se agazapaban en un área de sombra en el lado opuesto de la ciudad. La sombra era proyectada por una de las torres de vigilancia. Su plataforma de madera, sujeta por vigas en ángulo hundidas en el adobe, sobresalía del muro. Un brillante rectángulo de luz de luna asomaba entre el puntiagudo techo de la torre y la cerca de bambú de altura hasta el pecho que encerraba el espacio cuadrado en su interior. La silueta de la cabeza y los hombros del guardia se mostraba negra ante el cielo. La atención del hombre fue atraída hacia la puerta oeste por un repentino estallido de fusiles, dando la espalda a Sheena. Ella avanzó como una flecha hasta veinte pasos del muro. Allí quedó de pie un instante, preparada, con la cuerda del arco tensa rozándole la oreja. Al sonido de la cuerda, el alado peligro aceleró certero hacia su objetivo. La flecha atravesó el brazo del guardia que sostenía el arma y el impacto envió al hombre contra la barandilla de bambú, dejándolo inconsciente.

Debajo de la plataforma, Sheena desenrolló un largo trozo de cuerda de rama trenzada y la ató alrededor de la cintura de Chim.

"¡Arriba, pequeño!" ordenó ella dando una palmada en el muro.

Había grietas en el adobe cocido por el sol, pero era una subida

difícil incluso para un simio, y Chim estuvo a punto de caer dos veces antes de agarrarse y balancearse desde una de las vigas en ángulo bajo la plataforma. Sujetando el otro extremo de la cuerda, Sheena corrió rápidamente hacia el otro lado de la viga y volvió a palmear el muro, llamando a Chim, quien empezó a bajar por el mismo camino que había subido; pero, a una enérgica palabra desde abajo, se detuvo. Volvió encima de la viga y saltó arriba y abajo regañando a Sheena. Él estaba muy enojado. La noche estaba llena de ruidos fuertes y aterradores. No estaba de humor para jugar a esta tontería y se sentía más seguro donde estaba. Pero cuando vio que su ama se volvía como para irse, bajó deprisa y la siguió de un salto. Fue un simio muy sorprendido y asustado cuando la cuerda, que sin él saberlo se había enrollado sobre la viga, se tensó de pronto y tiró de sus pies.

"¡Bien, pequeño! ¡Bien!" Sheena lo acarició y lo tranquilizó mientras desataba la cuerda. "¡Ve ahora!" le siseó. Y justo entonces una salva de disparos se estrelló contra los muros y Chim atravesó la hierba como una raya negra.

Un momento después, la Reina de la Jungla balanceaba sus largas y bien formadas piernas por encima de la barandilla de la plataforma. Una escalera, un tronco de árbol con listones atados a través, le facilitó el descenso a la ciudad.

Fue en la oscuridad de esa noche cuando Rick despertó con el sonido de un mosquete cantando en sus oídos. Cuando se hubo vestido y atravesó el jardín y salió a la carretera central, la calamidad corría suelta en Kilma. Cuando salió por la puerta con arco, un grupo de suajilis semidesnudos pasaba corriendo y gritando como demonios. Otros llegaban deprisa, mosquetes en mano, desde las chozas que flanqueaban la carretera, y los gritos de sus mujeres se elevaron a un agudo *crescendo* cuando una salva irregular se estrelló contra el muro cerca de la puerta oeste.

Con la espalda apoyada contra la pared del jardín de Sleman bin Ali, con todos los hombres de la ciudad capaces de portar armas corriendo hacia la puerta oeste, la mente de Rick saltó a la conclusión obvia. Los abamas atacaban con fuerza. Su primera idea fue la de escapar y, al abrigo de la sombra de la muralla, comenzó a moverse contra la corriente hacia la puerta este de la ciudad. En el

fondo de su mente estaba la vaga idea de que si podía salir de la ciudad, los abamas podrían ayudarlo a llevar a cabo el plan que Benji había sugerido. Pero escapar era la idea dominante en ese momento: escapar de la burla de Pero y de la persistente sensación de derrota que no dejaba de golpear su alto espíritu como la estocada de un *vorslaag* ^[10].

La oscuridad cerraba todos los carriles que daban a la carretera principal. Los disparos contra las murallas habían disminuido y solo el ocasional destello de un arma se abría paso bajo el cielo iluminado por las estrellas. Evidentemente, los defensores habían llegado a sus puestos a tiempo para rechazar el primer ataque y ahora un ahogado y expectante silencio se instalaba en la ciudad. Rick estaba cruzando la negra abertura de uno de los carriles cuando escuchó un silbido, y luego su nombre pronunciado en voz baja.

"¡Sheena!" Él se volvió rápidamente y vio la sombría silueta de Sheena contra la pared de una choza.

Sheena le hizo una seña, él se internó en las sombras y se quedó muy cerca de ella. Los ojos de Rick eran muy brillantes y él preguntó con voz ronca:

"¿Has venido a ayudarme?"

"He venido a resolver una vieja disputa con Sleman bin Ali," le dijo ella con frialdad. "Ha matado a muchos de mi gente y ha hecho esclavos a otros. Puede que podamos ayudarnos el uno al otro."

"Ya veo," dijo él. Pero la mirada de decepción que acompañó a un ligero fruncimiento de ceño le dijo a Sheena que él no veía nada y entendía aún menos. Ella sonrió por dentro y dijo:

"El ataque es un truco para mantener a los tontos mirando hacia otro lado mientras salimos de este lugar. Si quieres irte, debemos hacerlo rápido. Tendrás que correr rápido. Aun así, una bala puede que te encuentre."

"Me arriesgaré," dijo él. Luego señaló la puerta este. "Hay una puertecita en la puerta grande. Esa es la salida más fácil si puedo

acercarme sigilosamente al guardia."

Ella sonrió en la oscuridad. Él estaba más acostumbrado a dar órdenes que a recibirlas. Sheena dijo: "Vamos a pasar por el mismo camino que yo vine. ¡Ven!" Y giró y corrió rápidamente por el carril.

Ella lo condujo directamente a la torre de vigilancia y subió la escalera en una rápida carrera que hizo que Rick se quedara embozado un momento. Luego, mientras él escalaba hasta la plataforma de la torre, los suajilis en la muralla del fondo estaban gritando burlas a los abamas, llamándolos mujeres porque no querían mostrarse. En la llanura parpadeaban las hogueras del campamento abama.

Rick se acercó a la barandilla de la plataforma y miró hacia abajo. Sheena vio su perplejidad y se oyó una leve burla al reírse.

"A veces yo sigo adonde me lleva un simio," le dijo ella. Él le mostró una mirada de extrañeza y perplejidad antes de ver al aturdido guardia con la flecha en el brazo. Sheena saltó de la plataforma a distancia de un brazo, atrapó entre los pies la cuerda que colgaba y se deslizó rápidamente hasta el suelo. Rick era muy ágil y pronto se dejó caer suavemente hasta el suelo junto a ella.

"¡Corre hacia los fuegos!" le dijo ella.

"Tú primero," dijo él.

Ella lo miró con atención. ¿Estaba asustado? No, no había ni una sombra de miedo atenuando el brillo de esos ojos, que ahora brillaban de emoción. Y ella supo de pronto lo que él tenía en mente. ¿Quería hacer de escudo con su cuerpo para proteger a Sheena, Reina de la Selva! ¿Es que no había fin para la locura de este hombre? ¿Pensaba él que ella era como una de las mujeres de rostro pálido de la costa, una boba que los hombres podían acariciar y mimar? Estaba claro que él tenía mucho que aprender, pero ahora no era el momento de enseñarle. Sin decir otra palabra, ella se disparó hacia adelante y atravesó como una centella el espacio abierto del que se había despojado la hierba en más de cien metros.

De nuevo Rick se quedó mirando un momento, luego, murmurando una oración, comenzó a correr. Hubo un disparo. Una bala le salpicó tierra cerca de sus pies voladores. Con un escalofrío de miedo, notó que su casco y su camisa blancos debían de parecer una llamarada sobre la oscuridad del suelo. Plomo caliente le pasó siseando al lado de los oídos cuando él se sumergió en la hierba y, jadeando por aire, se dejó caer a cuatro patas. Gateó el resto del camino hasta el campamento abama.

Sheena lo estaba esperando junto a uno de los fuegos. Allí de pie, erguida y alta, con la luz de la hoguera resaltando la bronceada perfección de su cuerpo, parecía de hecho una diosa. Varias mujeres nativas estaban agrupadas a su alrededor, desnudas salvo por algunos fajos de hierba. Cuando Rick se acercó, ellas se retiraron.

"Señorita, es usted más rápida que el viento," dijo él.

Ella le dedicó una enigmática sonrisa, pero no habló. Él trató de intererarse por el contenido de una olla que burbujeba sobre el fuego, pero su mente no estaba en la comida. Sus ojos siempre volvían a ella. Ella se descubrió deseando no haberles dicho a las otras mujeres que abandonaran el fuego. Retrocedió hacia las sombras. Era imposible saber qué podía impulsarlo a hacer a continuación la locura juvenil de este hombre.

Pero pronto Ekoti y sus guerreros regresaron rezagados del ataque simulado. Aún eran guerreros de aspecto hambriento, armados con lanzas de punta en forma de hoja y escudos pintados. Algunos nunca habían visto un hombre blanco y se acercaron señalando y examinando a Rick. Luego, un tambor comenzó a vibrar y los espectadores se alejaron para unirse a la danza.

"Te conozco, Bwana," saludó Ekoti a Rick con su profundo bajo.

"Te conozco, Jefe," respondió Rick. "En mi corazón hay esperanza de que ninguno de tus guerreros cayó en la lucha."

El jefe dio una risita. "No hubo lucha, Bwana. Esos perros suajili hicieron mucho ruido con sus armas, pero ni una bala nos tocó." Luego miró a Sheena y añadió: "Quizá mañana será diferente. Dime, Sheena, ¿jugamos a la guerra mañana o los atacamos de verdad?"

"Los atacamos," respondió ella y miró hacia el cielo, ahora con el gris del falso amanecer. "Descansa ahora, Ekoti. Tú, Rick, debes venir conmigo."

Salieron del campamento y se movieron veloces a través de la hierba. Había luz cuando subieron a una colina boscosa y miraron hacia la puerta oeste de la ciudad. Vastos bancos de nubes, de panzas rojas por los primeros rayos del sol, ocultaban los picos de las montañas distantes y rodaban hacia el norte con las alas de un refrescante viento. Esa era la primera verdadera esperanza de lluvia y la frescura de la brisa los bañaba borrando los recuerdos del calor, el hambre y la fatiga. Sheena estaba de pie junto a Rick con el torso subiendo y bajando mientras ella bebía profundamente la frescura de la mañana. Sheena dijo:

"Debes ayudarme ahora, porque no creo que Ekoti entienda lo que tengo en mente." Señaló el hueco entre las colinas, "Mira bien el territorio que tienes delante."

Ambos estaban encima de un sendero que conducía a la puerta oeste. Los ojos de Rick siguieron el camino a través de la ciudad y de la llanura hasta donde el sendero entraba en el hueco en las colinas. Allí se unía a la antigua carretera de caravanas hacia Bampo y volvía a aparecer como una mancha roja en la loma de una baja colina al noreste de la ciudad antes de perderse de vista en un *kloof* densamente arbolado.

Sheena volvió a dirigir su atención al estrecho hueco. "Te daré veinte hombres," dijo ella. "Llevarán por ese hueco el marfil que encontramos. Debes hacerlos marchar despacio despacio para que el primer hombre tenga tiempo de volver corriendo entre los arbustos y salir a la carretera antes de que el último haya cruzado el hueco. Luego..."

Una fuerte exclamación de Rick la interrumpió. Y él dijo algo en su propia lengua, pero ella vio la luz del entendimiento entrar en sus ojos. Ella continuó:

"Sleman bin Ali pensará que hemos encontrado todo su marfil. Pensará que estás marchando hacia Bampo con él y enviará a sus hombres a atacarte. Luego, Ekoti y sus guerreros, que estarán

escondidos cerca de este lugar, bajarán deprisa y entrarán en la ciudad."

Rick estudió con atención el paisaje, comparando las características con el recuerdo de la escena tal como él la había visto desde el techo de la casa de Sleman bin Ali. Su nivel había estado por encima del techo plano; sin embargo, a través del hueco entre las colinas, solo podía ver la sección de la carretera de Bampo arquearse sobre la colina baja. Desde el techo de la casa de Ali se podía ver aún menos. Era un escenario perfecto para lo que Sheena tenía en mente. Él dijo:

"Es como arrastrar un antílope para atrapar un león."

"Eso es verdad," dijo ella, y luego añadió con una leve sonrisa: "Ahora ya sabes por qué tenía que sacarte de la ciudad." A Sheena la expresión de asombro en el hombre le recordó a Ekoti, y eso no la agradó en absoluto. Luego la lenta sonrisa del joven aparecía y se iba mientras él decía:

"Y un monje, un hombre santo, me dijo que no creyera en milagros."

"No hay milagro," le dijo ella con el ceño fruncido. "Los hombres estiran la mano hacia lo que quieren. En este país es el marfil lo que más quieren, por lo que el árabe extenderá la mano para agarrar su marfil. En otros lugares puede ser diferente, eso no puedo saberlo." Y con eso ella lideró el camino de regreso al campamento.

Capítulo 7

A LA mañana siguiente, Sheena contemplaba el amanecer sobre las colinas del este. Los abamas habían levantado el campamento y, al amparo de la noche, habían escondido a sus mujeres y niños en un valle boscoso lejos de la ciudad. Rick estaba con sus veinte porteadores en la carretera de Bampo esperando que saliera el sol de la tierra. Detrás de Sheena, en el arbusto que bordeaba el sendero, estaban agachados Ekoti y sus guerreros, mirando hacia la ciudad dormida con ojos hambrientos.

Cuando el sol empezaba a levantarse sobre las colinas como un enorme disco de cobre en el borde, la atención de Sheena se centró en el hueco entre las colinas. De pronto, el metal captó los rayos del sol y aparecieron por la carretera unas figuras negras ante el cielo rojo. Rick estaba guiando a sus hombres con el marfil sobre el arco de la carretera. Apareció un hueco en la fila de puntos negros que se movían lentamente y el pulso de Sheena se aceleró con alarma. Pero pronto aparecieron otros puntos detrás de ellos. Todo parecía exactamente como si una gran caravana se estuviera moviendo en dirección a Bampo. Los abamas detrás de Sheena señalaban y proferían suaves exclamaciones de asombro. En verdad su mata-yenda poseía poderes más allá de todos los demás magos.

"¡Mirad!" murmuraban. "Ella envió solo dos manos de nosotros a las colinas, ¡y ahora son tantas como las estrellas! ¡Esto es una gran magia!"

Entonces, el sonido de un mosquete rompió el silencio de la mañana. Tras un rato, aparecieron dos figuras en el techo de la casa de Sleman bin Ali. El blanco del casco de Pero y de la túnica de Sleman resplandecía sobre el tostado marrón de las colinas. Sus movimientos eran rápidos, agitados y, en un momento, ambos hombres habían desaparecido. Sheena sonrió. El antílope se estaba arrastrando y el león había olido el viento del mismo.

Entonces los tambores empezaron a latir de pánico en muchas lenguas. Mientras su urgente e incesante clamor sonaba y resonaba

entre las colinas, Sheena vio a muchos suajilis vestidos de blanco apiñándose en la carretera central de la ciudad. Se oyó entonces un gran grito cuando la puerta oriental se abrió de par en par y salieron todos en tropel a través de la llanura, con Sleman bin Ali y Pero en la vanguardia. Recta como una flecha, la columna se dirigía hacia el hueco entre las colinas.

Ekoti golpeó con la culata de su lanza el tronco del árbol de *majuti* que sus hombres habían talado y cortado, y miró a sus guerreros de rostro sombrío e impaciente por abalanzarse sobre la ciudad, ahora débilmente defendida.

"¡Jo, hijos míos! ¿Oléis las ollas de carne de Kilma?" tronó su voz profunda.

Un gruñido le respondió y una docena de hombres saltaron hacia adelante para levantar el tronco a la altura de los hombros. Sheena esperó hasta que la columna de Sleman hubo entrado por el hueco y desaparecido de la vista. Luego, con el grito de guerra abama en los labios, avanzó con un salto. Los abamas se hicieron eco del grito y bajaron por la ladera pisándole los talones a la Reina de la Jungla.

Como una ola negra atravesaron la llanura y el ruido de su paso por la hierba alta y seca fue como un fuerte viento en la jungla. Algunos mosquetes destellaron mientras se acercaban a la puerta. Las balas golpeaban contra sus compactas filas. Varios guerreros cayeron, pero nada podía detener a los abamas hambrientos de carne. Se dirigían en masa ante la puerta. Más hombres cayeron cuando el tronco fue empujado contra la barrera de troncos. Un tronco se astilló, luego otro. La puerta se abrió de golpe bajo el peso del número cuando, a un grito de Sheena, todos se lanzaron contra esta.

Los pocos suajilis que quedaban defendían el camino. Una salva se disparó sobre los abamas cuando estos se precipitaron hacia dentro pisando los escombros de la puerta. Vacilaron, pero los rugidos de toro de Ekoti los animaron y estos cargaron y barrieron a los suajilis antes de que pudieran recargar sus armas y disparar otra salva.

Después de unos minutos de lucha cuerpo a cuerpo, aquellos de los suajilis que no habían sido ensartados con lanzas en la primera avalancha arrojaron sus mosquetes, y Sheena fue la dueña de Kilma.

Y fue bueno para los suajilis que Ekoti no fuera su conquistador porque él ansiaba inflingir sangrienta venganza a los odiados esclavistas, y se necesitó todo el poder y el prestigio de Sheena para evitar una masacre general.

Mientras tanto, a la primera alarma, Rick y su pequeña banda habían tomado los arbustos y ahora estaban circulando la ciudad para guiar a las mujeres y niños abama hacia la seguridad de sus murallas. Sleman bin Ali y su columna habían avanzado varios kilómetros por la carretera de Bampo en persecución de la esquiva caravana que parecía haberse fundido en el polvo ante sus ojos. Incluso con el sonido de los disparos, no comprendió él de inmediato lo que había sucedido. Y cuando se volvió y miró de nuevo su fortaleza, vio a Rick y a las mujeres y niños abama entrando en la ciudad por la puerta occidental.

"¡Alá misericordioso!" jadeó. "¡Esa hija de Shaitan... que arda en el infierno!" Y luego se apoderó de él un paroxismo de rabia que lo dejó en un estado de colapso hasta que se le pasó.

Al anoecer, Sleman bin Ali acampó en la llanura a tiro de bala de las murallas de la ciudad. Y luego comenzó un asedio que, si no único en los anales de la guerra, fue una extraña y rara inversión de los ejemplos clásicos, pues mientras los sitiados se atiboraban de *biltong* ^[11] en los almacenes de la ciudad y bebían de fuentes claras, los sitiadores pasaban hambre y sed en el *veld* cocido por el sol. Sleman bin Ali tenía las armas, pero no suficiente pólvora y balas para arriesgarse a un asalto a la ciudad y Sheena no tenía fuerza en hombres para arriesgarse a una batalla campal en la llanura. Y no era necesario que lo hiciera, ya que no estaba en la naturaleza de las cosas que el asedio pudiera durar mucho.

Con calma, esperó la inevitable sumisión a su voluntad de Sleman bin Ali. En el jardín del árabe estaba ella tendida boca abajo a la luz de la luna. Fuera de los muros circundantes, la noche se llenaba con el retumbar de los tambores y el canto de victoria de los abamas. Ella parecía estar dormida, y ningún gato de la jungla dormido podría haber estado más quieto. Su cabello le caía en brillantes olas sobre los hombros y rostro, pero a través del velo dorado ella estaba mirando a Rick, quien estaba sentado en una losa de piedra cerca del estanque donde la fuente gorgoteaba y el loto brillaba con el

lustre de las perlas a la luz de la luna.

Las cejas de la Reina de la Jungla se juntaron por un ceño fruncido. Algo había cambiado la actitud de Rick hacia ella. Desde el ataque a la ciudad, él había guardado un extraño silencio y no la miraba como solía hacerlo. Ni siquiera ahora, cuando él podía darse un festín para la vista en secreto, no la estaba mirando, sino que mantenía los ojos fijos en las estrellas. Su distanciamiento era como el pinchazo de la punta de un cuchillo. Su cerebro le decía que había un reproche tácito detrás de ese silencio, pero su corazón de mujer le susurraba que podría ser otra cosa, y ella se sentía extrañamente tumultosa al pensarlo. Impulsivamente, ella decidió tranquilizar tanto a su mente como a su corazón y se puso en pie con un ágil y rápido movimiento.

Él se levantó de su asiento cuando ella se acercó contoneándose hacia él. Sheena sonrió y preguntó en voz baja:

"¿Por qué estás enojado conmigo, Rick?"

Él pareció sorprendido y respondió deprisa: "Yo no estoy enojado, Sheena."

"Entonces, ¿por qué no me miras?"

La lenta sonrisa asomó a sus labios y él juntó las manos a la espalda. "Tú deberías saberlo sin preguntar, Sheena. ¿No dijiste tú que los hombres estiran la mano hacia lo que quieren?"

Ella sonrió. No, ella no había perdido su poder sobre él. Este era muy fuerte ahora, el brillo en esos ojos y esos labios fuertemente comprimidos se lo decían. Ella también sentía el poder de él, se preguntó cuán fuerte era ese poder, y el corazón pareció saltarle a la garganta y dejarla sin aliento con sus salvajes latidos. De repente, ella solo era consciente de la cercanía de él y del primitivo himno de los tambores batiendo en la sangre. Como en un sueño, se oyó a sí misma decir:

"¡Bueno! Pero tú mantienes las manos a la espalda, Ojos de Latón. ¿Es para decir que no me quieres?"

Ella observó la mirada de asombro aparecer en esos ojos, y luego esos brazos la rodearon, un cálido beso en los labios. Por un momento ella se aferró a él olvidándose de todo lo demás, entonces, de repente, le vino a la mente que el poder de este hombre para conmovérla a ella era tan grande como el suyo para conmovérla a él. Súbitamente alarmada, ella quedó rígida entre sus brazos y trató de apartarlo. Pero él reforzó su agarre alrededor de la cintura, y esos brazos eran fuertes, apretándola contra él. Ella sintió que la voluntad de resistirse se le escapaba y, medio enfadada, medio aterrorizada, sacó el cuchillo del cinturón y le clavó la punta en la parte carnosa del antebrazo. Con un grito de sorpresa él la liberó. Ella saltó hacia atrás y se quedó mirándolo.

Él estaba muy enfadado, tan enfadado que no pudo hablar durante un momento. Luego dijo en voz baja y tensa:

"¡Tú, bruja! ¡Tú pediste esto, y yo te domaré aunque sea lo último que haga en la tierra!"

"¡Apártate de mí!" advirtió ella.

Durante un largo momento se quedaron mirándose el uno al otro. Gradualmente, la ira en él murió. Él sacó un trapo de un bolsillo y se lo ató alrededor del antebrazo.

"Siento haber hecho eso," le dijo ella. "Pero no querías soltarme."

Él miró la mancha roja que se extendía en el trapo, negó con la cabeza y dijo: "En un jardín de la jungla, arranqué una flor y una espina me sacó la sangre. Ese es un viejo dicho en suajili."

"No intentes arrancar otra," le dijo ella. "Las lanzas abama son más afiladas que las espinas. Sal pronto de este país."

Él la miró fijamente con ojos muy brillantes. "Me iré," dijo. "Pero me iré solo tras el tiempo que sea necesario para llevar ese condenado marfil hasta la costa. Luego volveré a buscarte, Sheena."

Ella negó con su cabeza dorada. "¡En verdad que no hay fin para tu locura!" dijo ella. "Y te digo ahora, como le dije a Ekoti, que me emparejaré contigo, o con cualquier hombre, cuando caigan las

hojas de los árboles de *majuti*. Ese es mi propio dicho."

"Y yo he oído a otras decir lo mismo," dijo él.

"¿Otras? ¿Qué otras... quién...?" Se contuvo al ver la lenta sonrisa aparecer en esos labios. Furiosa consigo misma, se dio la vuelta.

"Te hablaré de ellas, muchacha mía," murmuró Rick mientras ella pasaba rápidamente por debajo de la puerta arqueada que daba al jardín. "Algún día, cuando estemos de buenas y cómodos, y tú no tengas ese cuchillo."

Un poco antes del mediodía del segundo día del asedio, Rick fue llamado al techo de la casa de Sleman bin Ali. Sheena estaba allí mirando hacia la llanura. Señaló y Rick vio que el árabe y Pero avanzaban hacia la puerta. Llevaban un trapo blanco sobre un poste.

"Vamos a encontrarnos con ellos," le dijo Sheena con frialdad.

Ella abrió el camino abajo. Rick corrió a su habitación, agarró el cinturón de su pistola, y corrió detrás de Sheena abrochándose el cinturón a la cintura por el camino.

Juntos salieron por la puerta, se detuvieron a unos cincuenta pasos de esta y esperaron a que Pero y el árabe se acercaran a ellos. El sol en todo su meridiano vigor golpeaba la llanura. Los objetos distantes se veían borrosos por las olas de calor, de modo que las cimas de las colinas parecían desconectadas de sus bases y suspenderse temblando en el espacio.

El porte de Sleman bin Ali era digno, su expresión tranquila. Pero sonreía, pero la ira contenida en esos ojos era tan ardiente como el suelo bajo los pies de Sheena. Él fue el primero en hablar. Se dirigió a Rick:

"Truco inteligente el que ha hecho, señor. Yo me reí de su ingenio, pero no me estoy riendo ahora."

"Yo nunca he tenido lo necesario para hacer algo así," le dijo Rick con una sonrisa. "Tengo la suerte de estar en el lado correcto de la cerca."

Sleman bin Ali guardaba silencio, se tiraba de la barba y miraba a Sheena con ojos negros e inteligentes.

"Somos hombres razonables, Sleman y yo," prosiguió Pero. "Ofrecemos veinte *fraslas* ^[12] de marfil y salvoconducto a la costa."

"El marfil no es tuyo," le dijo Sheena con frialdad. "Y Rick dejará este país cuando esté listo. Sin duda te llevará con él a la costa donde tu propia gente te castigará."

"¡Cielos santo, el gallo en silencio mientras la gallina cacarea!" exclamó Pero con una maliciosa sonrisa.

"¡Cállate!" La voz de Sleman intervino bruscamente. "Sheena, yo no soy un insensato como este. Sé cuando me han vencido. ¿Cuál es tu voluntad?"

"Liberarás a tus esclavos. Entregarás el marfil que robó este hombre y entregarás tus armas para que no puedas saquear más aldeas."

"¡Wallai!" ^[13] exclamó el árabe y alzó los ojos al cielo. "A las dos primeras condiciones estoy de acuerdo. A la última no puedo estar de acuerdo. No puedo dejar a mi gente desarmada entre salvajes. Haz lo que quieras conmigo; pero, en el nombre de Alá, pido misericordia por las mujeres y los niños que me llaman jefe. "

Rick tocó el brazo de Sheena y susurró algunas palabras. Ella asintió y dijo en voz alta: "Haré lo que me pides, Rick, para demostrar que no hay ira en mi corazón ahora." Luego le dijo a Sleman: "Mi amigo dice que si juras sobre tu libro sagrado, mantendrás tu palabra. Jura que no saquearás ningún otro *kraal* y puedes quedarte con tus armas."

Una vez más, Sleman bin Ali alzó los ojos al cielo y extendió los brazos. "¡Alá es omnisciente, omnisciente!" entonó piadosamente. "¡In sha Alá! ^[14] Juraré sobre el Corán, Sheena."

"Entonces que así sea," dijo Sheena con frialdad. "Los guerreros de Ekoti permanecerán en la ciudad hasta que Rick haya hecho dos marchas hasta la costa, luego nos iremos en paz. Comida y agua se enviará a tu campamento. He hablado."

Justo cuando ella se volvía para irse, Pero se ocultó tras el árabe mostrando los dientes con un gruñido de rabia y odio. Rick vio con el rabillo del ojo que la mano del portugués descendía rápidamente hasta el mango de la pistola. Rick desenfundó a una mano y el rugido de su Colt se mezcló con el sonido del gran revólver de Pero. El portugués se tambaleó, se agarró a la túnica de Sleman y arrastró al anciano hacia abajo mientras caía.

"¡Alabado sea Alá!" jadeó Sleman mientras Rick lo ayudaba a ponerse de pie. "¡Su bala podría haberme alcanzado, si él no hubiera encontrado la tuya!" Miró a Pero. "Perro de un Nazaraní. Idiota." Levantó el pie para patear el cuerpo, pero la voz de Sheena lo detuvo.

"¡Habla suavemente de los muertos!" dijo ella.

"¡La paz de Alá sea con él y contigo, Sheena!" dijo deprisa Sleman bin Ali. "Y que la marchita mano de la vejez nunca toque tu hermosura." Ante lo cual, en voz baja, Rick añadió un ferviente "¡Amén!"

Por fin llegó la lluvia y al día siguiente Rick salió de Kilma. Desde el tejado de la casa de Sleman bin Ali, Sheena observó hasta que la caravana se desvaneció en la bruma de lluvia que ahora se cernía sobre la carretera hacia Bampo. Luego ella bajó lentamente al jardín.

De nuevo la asaltó la extraña sensación de vacío. Las palabras de despedida de Rick habían sido: "¡Hasta que nos volvamos a encontrar!" Y de verdad que él era lo bastante loco como para atreverse a todo. Distraídamente, ella arrancó una flor de un arbusto mientras se dirigía hacia la fuente y se sobresaltó con una profunda inhalación cuando una espina le pinchó el dedo. Sonriendo levemente, sacó la espina y vio una gota de sangre brotar de la pequeña herida. Al oír un leve sonido, miró a su alrededor.

Ekoti había venido a montar guardia para vigilarla. Cerca de la entrada se apoyaba en su lanza con ojos vigilantes, oscuro rostro impassible. La mano de la Reina de la Selva apretó la flor que aún sostenía. Un trémulo suspiro le separó los labios y ella arrojó la flor aplastada al estanque.

FIN

Sheena, Reina de la Jungla - Libro 2

Kraal del Asesino

por

James Anson Buck

____oOo____

Feroz e invariable era la lealtad de la Jungla a la diosa blanca de pies alados —todos excepto Yamo Galagi, afamado agitador de la tierra de los antiguos kalundas, quien no hace reverencia a ninguna ley salvo a la de su insidioso yu-yu.

Capítulo 1

SHEENA se dejó caer de las ramas de un gigantesco y extenso baobab, y comenzó a escalar el rocoso *krantz* [15] saltando suavemente de roca en roca. Ella estaba tan bien equilibrada que parecía fluir, sin movimiento particularizado, en cualquier dirección que su energía proponía. Y se movía con increíble rapidez, sus bronceados miembros relucían al sol, su cabello dorado ondulaba tras ella.

En la cima de la colina se descolgó el arco y el carcaj mirando alrededor en busca de un lugar para descansar. Seleccionó un lugar donde una mimosa crecía en una hendidura de yerba y, con gracia felina, se tumbó extendida bocabajo en el estanque negro de su sombra. Con la barbilla en la mano, miró hacia el primer recodo del río.

La jungla era la misma, oscura sin fin al otro lado del río. El río era el mismo, barriendo hacia el oeste su masa de aguas rojizas, hacia São Vicente y hacia su encuentro final con el "Padre de todos los Ríos," como su gente, los abamas, llamaban al Congo. Más allá de la verde extensión de la jungla, *Tula Mbogo*, la Montaña Búfalo, elevaba sus cornudos picos y un cojín de nubes blancas hacía de ella el asiento de un dios perezoso. De verdad que la jungla y el río eran lo que debían de haber sido durante mil años. Solo las personas cambiaban, externa e internamente, y estos sutiles cambios les hacían ver las cosas de manera diferente, les hacían incluso actuar insensatamente.

Así debía de ser. Si fuera de otro modo, ella no estaría aquí soñando despierta junto al río. ¿Por qué cuando los tambores le habían dicho que Rick Thorne estaba en el río había ella ido tan lejos para encontrarse con él? ¿Por qué no había permanecido en su santuario forestal y había enviado a Ekoti, el jefe abama, para hacerlo volver? Tal había sido su primer impulso, pero ella no lo había obedecido. ¿Por qué no?

Frunciendo el ceño, se comunicó consigo misma y pronto encontró

una respuesta menos inquietante en sus implicaciones. Ella estaba aquí porque sabía que él no se volvería atrás ante las órdenes de Ekoti. Rick era un loco temerario. Podría incluso aventurarse a poner un pie en el prohibido sendero hacia su santuario y perseguir su locura hasta la muerte. Oh, sí, era porque ella sentía lástima por él. Una gran pena que uno tan joven y valiente desperdiciara su hombría buscando y esforzándose por fruta fuera de su alcance. Había que hacerle entender que, aunque la piel de ella era blanca, Sheena pertenecía a la jungla y a los abamas, mientras que él pertenecía al misterioso mundo de los hombres blancos que ella nunca había visto ni tenía deseos de ver. Había que hacerle entender que ella no era para él. Que el beso de Sheena era el beso de la muerte para cualquier hombre que osara desafiar el fuerte tabú de su madre adoptiva, N'bid Ela, un tabú hecho inviolable por una erizada *boma* de lanzas abama.

Así que, aquí estaba ella, escuchando los tambores, un pulso ora cerca, ora lejos, pero siempre articulado, increíblemente preciso. Pero nada ahora, solo los rumores de la jungla. Ella dejó ociosa su mente. Su humor cambió de nuevo y sus pensamientos se volvieron menos definidos y más mezclados con la bruma azulada. Más allá en su línea de visión volaban pájaros con colas como un estallido de llamas; otros, lastrados por enormes picos rojos, aleteaban torpemente de árbol en árbol. Una alta garza gris en las aguas poco profundas se dio un festín y se elevó pesadamente para posarse en una rama encima de la cabeza de Sheena, y volvió a elevarse con un graznido de pánico cuando Chim, el simio mascota que dormía en esa rama, despertó de pronto para regañar al intruso.

A medida que la azulada vista se desvanecía y el sol se mezclaba con las nubes y las hacía brillar, la distancia se volvía más íntima, más reveladora. Ella era vagamente consciente de la tensión que se acumulaba en su interior.

Esta evocó recuerdos de su último encuentro con Rick y, de pronto, ella lo estaba reviviendo todo, cada palabra, cada gesto, como si aquello hubiera sucedido ayer. Y con la visión venían conmovedores anhelos, que medio se expresaban en su conciencia, y que luego eran abrumados por la fuerte excitación del núcleo y la magia de aquella hora.

Y de repente ella tuvo miedo. Para ella había habido peligro en este encuentro. Él no había querido escucharla. ¡No! Él había querido mirarla con ese desconcertante fulgor en los ojos. Él había querido sonreír con esa lenta lenta sonrisa y había osado... ¡Ella no había querido quedarse! Había querido enviar a Ekoti. Sheena se puso de pie de un salto.

Y justo en ese momento, las notas de trueno de un tambor rompieron el silencio: "¡Bum-tac-tac-bum! Tac-tac-bum-tac..."

La Reina de la Jungla se tensó, escuchando. Su expresión cambió rápidamente desde el concentrado interés hacia la molestia, hasta adoptar por fin una expresión de profunda perplejidad. Ella nunca fallaba al identificar un tambor por su tono, pero la voz de este era tan elusiva como extraño era el código a sus oídos.

"Bum-tac-bum-tac-bum-tac..." El indescifrable mensaje llegaba desde todas partes a la vez: lejos, difuso, una agitada cascada de sonido que parecía derramarse desde las nubes inmediatamente encima de su cabeza, y sin embargo, cada nota era distinguible.

Y entonces silencio, sin una ramita o una hoja en movimiento. Pues al caer el sol el viento amaina y un momento de absoluta quietud llega a la jungla. El antílope queda hechizado junto a un estanque. Las crueles garras del leopardo se enfundan, su resorte se detiene como por arte de magia. El canto de los pájaros se acalla y la melodía de la corriente de agua se hincha como un órgano en *fortissimo* y un himno se eleva hacia los asientos de alta montaña de dioses paganos.

Ningún tambor de aldea respondía a la misteriosa llamada. Era como si las retumbantes notas hubieran llenado la jungla con malas noticias, impactándolo todo hacia un espantoso silencio. El efecto de todo esto fue tan fuerte que la Reina de la Jungla permaneció completamente inmóvil con la mirada fija en la Montaña Búfalo y olvidando su repentino impulso de huir.

Lentamente, el cielo perdía su fulgor rojo sangre. El trueno retumbaba bajo tras las montañas. Una fría brisa bajaba resbalando por sus laderas, y los altos juncos a lo largo de las riberas del río susurraban y temblaban con repentina agitación. Y a Sheena le

pareció, mientras profundizaba la zona de sombras, que las montañas devenían en formas fantasmales cuyo aspecto adquiría algo de remoto secretismo y algo de amenaza.

Un quejido de Chim rompió el hechizo. Ella alzó la vista y le habló con voz suave, como era su hábito:

"Bueno, pequeño. ¿No te gusta esta extraña voz en la jungla?" Chim le hizo una mueca y se columpió hacia una rama más alta. Pero ella aplaudió, llamándolo para que bajara. "¡Ven!" llamó. "Debemos cruzar el río antes de que oscurezca."

A poca distancia por debajo del *krantz*, el río entraba en un desfiladero, rugía durante un kilómetro entre pináculos rocosos y salía para verterse, de un blanco pluma, sobre inclinadas terrazas de roca. Un puente de lianas nativo, de aspecto tan delicado como una telaraña, atravesaba el desfiladero en su punto más estrecho. Sheena sabía que Rick acamparía debajo de los rápidos. También sabía que él abandonaría allí su pesada canoa y avanzaría hasta la primera aldea abama por encima del desfiladero para comerciar por otra canoa. Se le ocurrió que ella podía bloquearle el posterior progreso dentro del territorio abama diciéndoles simplemente a los aldeanos que no comerciaran con él. Y cuanto más pensaba en esta nueva idea, más le gustaba. Podía evitar encontrarse con él cara a cara y, al mismo tiempo, ponerle todo tipo de obstáculos en el camino si él intentaba abrirse paso a pie a través de la jungla. En verdad, pensó con una sonrisa divertida, tal caminata pondría a prueba la fuerza del deseo de Rick. Oh sí, pronto llegaría a maldecir el día en que había puesto los ojos en Sheena, la Diosa Dorada de todas las Junglas.

Con pie tan seguro como el de un simio, comenzó a cruzar el puente colgante. Ella se estaba meciendo a quince metros por encima de los rápidos, cuando, débilmente y sobre el sonido del rugido del agua, oyó un disparo, luego otro y otro. Los ecos aún estaban rebotando de un lado a otro del desfiladero cuando ella llegó a la orilla opuesta y descendió veloz por el inclinado sendero como una flecha áurea.

Cerca del primer límite de visión, vio el pico de una tienda que brillaba en blanco entre los bajos arbustos de un pequeño claro. Sin

pausar su zancada, saltó hacia la rama baja de un árbol. Luego, con la facilidad de un mono, atravesó el compactado follaje que rodeaba el claro, a veces saltando de la rama de un árbol a otro, a veces columpiándose por el aire en lianas tan gruesas como su muñeca y tan duras como un cable trenzado de alambre. Oyó gritos al pararse en una retorcida rama de un árbol de *ajap*. Su elevada posición le daba una vista clara del campamento, y sus ojos asimilaron la escena de abajo con un veloz vistazo, incluyéndolo todo.

Rick Thorne estaba luchando por su vida, rechazando a golpes el ataque de media docena de nativos que no cesaban de dar vueltas a su alrededor y apresurarse hacia él, ora uno, ora otro, para empujar con una lanza o golpear con un pesado garrote de madera con un nudo en la punta. Él iba armado solo con un garrote, que evidentemente le había arrebatado a uno de sus atacantes, y luchaba con la desesperada ferocidad de un leopardo herido. Pero ellos lo estaban obligando lentamente a retroceder hacia la alta ribera del río. Había tres tiendas en el claro, pero ninguno de los sirvientes estaba allí para ayudarlo. Pronto sería conducido hasta caer por la orilla hacia su muerte en las rocas de abajo.

La Reina de la Jungla se descolgó el arco. Pero mientras colocaba la flecha, vio a Rick irse al suelo bajo el terrible golpe de un garrote que le aplastó el puntiagudo casco con un feo sonido sordo. El atacante, un tipo rechoncho de aspecto poderoso y con un extraño tocado de plumas de tucán, lanzó un grito de triunfo y giró el garrote alrededor de la cabeza para golpear de nuevo. Y entonces sonó el arco de Sheena y el extraño guerrero cayó transversalmente sobre el cuerpo de Rick y con la flecha entre los hombros hasta la pluma. Sus compañeros, que habían estado chillando y se abalanzaban para la matanza como perros salvajes del *veld*, quedaron de pronto silenciosos e inmóviles, como hombres de madera blandiendo armas en poses de ataque. Hubo un momento de boquiabierto asombro antes del mortífero tañido del arco de nuevo, y otro de ellos jadeó, se aferró a la flecha en el pecho, trastabilló hacia atrás y cayó por la orilla con un prolongado chillido.

Durante un breve tiempo, los demás se quedaron medio agachados mirando a su alrededor con la boca abierta y los ojos rodando como

bolas blancas en las cuencas. No podían ver enemigo alguno y, cuando una muerte alada golpeó de la nada a un tercer hombre, emprendieron frenética huída hacia la cobertura de los arbustos.

Sabia en las costumbres de la gente del bosque, Sheena no bajó de inmediato. Mucho tiempo atrás había aprendido que cuando el peligro acecha en la jungla, ninguna criatura es sorprendida con la guardia baja dos veces. Esperó hasta ver una canoa salir disparada de la orilla del río y avanzar peligrosamente río abajo con los irregulares golpes de las palas de sus ocupantes, presos del pánico. Entonces ella se dejó caer al suelo y cruzó corriendo el claro hacia Rick. Apartó a rastras al nativo muerto de la espalda de Rick con una asombrosa demostración de fuerza, dio la vuelta a Rick y cayó de rodillas a su lado.

Capítulo 2

LOS OSCUROS rizos de Rick estaban manchados de sangre, su respiración era tan débil que al principio ella estuvo segura de que no podría vivir más de unos minutos. Pero cuando acercó la oreja a su pecho y oyó el fuerte latido de su corazón, supo que su casco había absorbido el impacto del golpe y que su cráneo no estaba roto. Sheena consideró que era seguro moverlo, y pronto lo tuvo bajo el mosquitero en su catre de lona.

Dejando a Chim para vigilar a Rick, fue a recoger las hojas del baobab, la raíz de la mebila y otras hierbas. De regreso al campamento, hizo una pasta con estas como N'bid Ela le había enseñado, omitiendo solo los encantamientos que la anciana solía murmurar ante sus ollas burbujeantes. Rick no abrió los ojos mientras ella limpiaba y ponía cataplasma en la herida. Cuando terminó, estaba oscuro y ella salió a echar un vistazo por el campamento desierto.

La comida a medio cocer en las ollas, y el hecho de que todo se había dejado allí, le dijeron que los sirvientes de Rick se habían ido con mucha prisa, probablemente a la primera vista de problemas. Y, como seguramente serían hombres de una de las aldeas de la costa, eso no la sorprendió. Ella compartía el desprecio de los abamas por los cobardes de la costa. Lo más importante en su mente era la pregunta: ¿Quiénes eran estos guerreros que se habían atrevido a atacar un safari en su lado del Kwango? ¿De dónde habían venido? Ciertamente no eran vecinos de los abamas. Habían parecido kalundas, un pueblo antaño poderoso que vivía más allá de las montañas, pero cuya estirpe estaba ahora degradada por el mestizaje con el pueblo pigmeo que se extendía por las junglas entre el Kwango y la Montaña Búfalo. Pero no podía estar segura de esto porque solo una vez se había aventurado al territorio kalunda y había visto una de sus aldeas, y eso desde una gran distancia. Sus chozas, recordaba ella, no estaban colocadas en círculo como era el estilo entre la gente de habla bantú, sino en largos y rectos pasillos, y se decía que eran devoradores de hombres, a veces incluso se comían a sus propios muertos. Por esta razón, los abamas no

querían tener nada que ver con ellos.

Un gruñido y una súbita ráfaga de sonidos en el arbusto le envió un cosquilleo por la espalda. Chacales, con el olor a muerto en el hocico. Ella no quería que estuvieran aullando por el campamento toda la noche y fue a hacer rodar los cuerpos por la orilla del río. Estaba regresando a la tienda de Rick cuando le llamó la atención el destello del acero entre la hierba. Se inclinó para recoger un cuchillo que, evidentemente, se le había caído a uno de los hombres que habían atacado el campamento. La hoja era de doble filo, curvada y tenía el doble de largo que su mano. Tenía un mango de marfil hábilmente tallado y ella lo llevó al fuego para examinarlo mejor.

En el mango había figuras talladas, hombres vestidos como Rick, pero con curiosas piernas delgadas. Y había un extraño antílope, encabritado, con una barba como de cabra y un solo cuerno asomando directamente entre los ojos. Y algo que parecía una canoa de la que crecían altos árboles, árboles extraños, porque todas las ramas crecían sobre los troncos sin torcerse ni doblarse hacia abajo. Pensó que era extraño que alguien que sabía tallar hombres con tanta habilidad hiciera una semejanza tan pobre de un árbol. Cualquier niño podría hacerlo mejor, pero era un buen cuchillo.

Ella lo estaba enfundando en la banda de piel de leopardo a la cintura cuando Rick la llamó por su nombre. Pero cuando ella entró corriendo en la tienda y se inclinó sobre él, él no la conocía. Seguía gritando su nombre, y luego trató de levantarse, lo cual requirió todas las fuerzas de Sheena para mantenerlo tumbado. Ella le habló suavemente y la voz pareció llegarle hasta las oscurecidas cámaras de la mente, pues él dejó de luchar y yació callado de nuevo.

Ella no sabía qué más podía hacer para ayudarlo, se levantó y bajó la mirada de ojos preocupados hacia ese hermoso rostro. Su madre adoptiva habría dicho que estaba poseído por un demonio y habría hecho una magia para expulsarlo. Pero mucho tiempo atrás, algo profundo en la naturaleza de Sheena se había rebelado contra las prácticas más oscuras de su gente. Ella tenía fe en sus remedios sencillos porque había visto sus efectos curativos, pero no tenía fe en la brujería porque, con demasiada frecuencia, la había visto

fallar. Y además, N'bid Ela le había enseñado muchos trucos fraudulentos.

Al día siguiente, al ponerse el sol, como antes, ella volvió a oír el tambor, pero estaba demasiado preocupada por Rick para ser más que vagamente consciente de ello. El tambor volvió a hablar el tercer día, y de nuevo las aldeas abamas escucharon en silencio. Ninguna llamada de respuesta, ninguna pista del mensaje que el gran tambor gritaba hasta el borde del horizonte. Y se le ocurrió a Sheena que el hombre del tambor debía de estar usando algún código fetiche conocido solo por los médicos brujos.

Minutos después, cuando entró en la tienda fue para mirar profundamente a los ojos grises de Rick. Estaban muy brillantes, y no era solo los efectos de la fiebre lo que los hacían así, porque él se incorporó sobre un codo y esa lenta sonrisa asomó a sus labios.

"Ha sido una larga caminata, *imbali sana, sana!*" [16] dijo él en suajili. "Pero sí me abrí camino luchando contra todos esos diablos negros. Sí logré llegar hasta ti."

"En verdad," dijo ella en voz baja. "fue una dura lucha, y ahora debes descansar."

Él se pasó la mano por los ojos. "Estoy un poco mareado aún," murmuró; luego: "¿No enviaste a tus abamas contra mí, Sheena?"

"¡No no!" Ella dio un respingo con una negación demasiado vehemente.

"¡Ah!" Él la sondeó con los ojos. "Pero sabías que yo estaba llegando, los tambores te lo habrían dicho. ¡Viniste a encontrarte conmigo, Sheena!"

"¡Yo no he dicho eso! Y tú debes volver a la costa cuando estés bien."

Él hizo ademán de levantarse, luego cayó hacia atrás con una fuerte inspiración. En un momento ella estaba de rodillas a su lado. "¡Quédate quieto! ¡Quédate quieto!" rogó ella. La mano de Rick le enrolló el cabello en un dorado remolino y le atrajo los labios hacia

los suyos. La debilidad de él era su fuerza. Ella no se atrevió a alejarse por miedo a hacerle daño, y no era desagradable ni peligroso ceder solo durante un momento mientras no había fuerzas en él.

"He recorrido un largo camino para esto," dijo él por fin antes de hundirse en la almohada. Ella permaneció con él hasta que cayó dormido, con una sonrisa aún en los labios y una respiración profunda y regular.

A la mañana siguiente, él se comió todo lo que ella le dio y pidió más. Cuando hubo comido lo suficiente para dos hombres, se sentó erguido en el catre, presionándose la cabeza entre las palmas de sus manos.

"Ningún dolor," anunció él con una sonrisa. "Buen y sólido hueso."

"¿Recuerdas ahora lo que pasó?"

Él quedó en silencio un momento, frunciendo levemente el ceño; luego: "Sí, mis muchachos, seis Lobitos ^[17], estaban cocinando la cena. Yo estaba en este catre, y un tambor —un gran tambor— estaba hablando en alguna parte de la jungla. Yo estaba casi dormido y fue solo un tiempo después cuando fui consciente del silencio. Los muchachos no estaban parloteando como de costumbre. Salí y no había ningún hombre a la vista. Grité. No obtuve respuesta, así que disparé al aire algunos tiros. Y entonces esos tipos me saltaron por detrás. Me arrancaron el arma de la mano y todos estaban a mi alrededor. Lo siguiente que recuerdo es verte, y pensé..."

"Eran kalundas, creo," intervino ella. "Uno de ellos se dejó esto." Sacó el cuchillo de su cintura y se lo entregó con un poco halagador comentario sobre la habilidad del artista tallando árboles.

"No son árboles," dijo él después de girar el mango de marfil en su mano durante algún tiempo. "Es una canoa muy grande, tal vez lo bastante grande para contener a todos los guerreros que Ekoti pudiera reunir. Y de estos postes se cuelgan muchos *dotis* ^[18] de tela para que cuando sople el viento se mueva por el agua. Mira, uno de los hombres lleva una corona, y este antílope se llama

unicornio en el habla de mi gente. Y eso nos dice que este marfil no fue tallado por un artesano bantú. El cuchillo es viejo, tres veces más viejo que yo, creo. "

"Entonces el hombre debe haberlo cambiado en la costa," dijo ella con rápida comprensión; "y esto no puede decirnos nada sobre ellos."

"Cierto," coincidió él. Luego se inclinó hacia ella y preguntó: "¿Qué te trajo aquí, tan lejos de la aldea de Ekoti, Sheena?"

Ella vio el revelador destello en esos ojos y rápidamente se apartó del alcance de Rick. "Vine," le dijo con frialdad. "Eso es suficiente que sepas. Y como he dicho, debes volver a la costa."

"Me gusta estar aquí.."

La Reina de la Jungla no estaba acostumbrada al desafío y presintió que había mucho que desafío tras esa lenta sonrisa, y también una sugerencia de otra cosa. Sin duda, él estaba recordando el momento en que ella había cedido a la debilidad de Rick, pensando tal vez que la debilidad era de ella y que él podría salirse con la suya con ella de nuevo.

"Se debe poner fin a esta locura," dijo ella enojada. "Si tú no vas de buena gana, entonces Ekoti te llevará río abajo. ¡He hablado!" Y con eso, ella lo dejó.

Rick la dejó marchar sin una palabra de protesta. Era un hombre más sabio que cuando había subido por primera vez el Kwango hacía casi ocho meses. Y la mayor parte de ese tiempo lo había pasado investigando en los viejos registros de Benguela en un vano intento de levantar el velo de misterio que envolvía a esta adorable chica cuya inteligencia era del más alto orden, pero cuyo conocimiento del mundo fuera de sus junglas igualaba escasamente al de una niña blanca de cinco años. Pero aunque sus investigaciones no habían arrojado ninguna pista sobre la identidad de Sheena, había descubierto tanto concerniente a los abamas que le había hecho reflexionar.

Según el registro, los abamas habían huido de los terrores del

sangriento gobierno de Chaka casi setenta años atrás, y habían viajado por las sendas hacia el norte bajo el liderazgo de Yamo Galagi. A diferencia de los generales zulúes, Dingaán, Moselekatse [19] y otros, este jefe estaba acostumbrado a liderar a sus *impis* [20] en persona, y su marcha a lo largo de los tramos más altos del Zambesi había sido una odisea de batallas, privaciones y súbitos cambios de fortuna. No obstante, al final había logrado vencer toda oposición, y la captura de innumerables rebaños de ganado había permitido a su pueblo retomar su vida de pastoreo en el exuberante *veld* entre la cuenca del Zambesi y el Congo.

Luego, Yamo Galagi, un líder de hombres nato y una de las personalidades más fuertes de la historia africana, había centrado su atención en la organización de su reino y en la ampliación de sus fronteras a través de los afluentes del Congo que fluyen hacia el norte tan lejos como hasta el Kwanza.

Su gobierno había sido despótico, despiadado y cruel, pero fuerte y eficiente. Desde su capital, Massumba, el Gran Campamento, sus caravanas habían descendido en sus operaciones hasta el puerto portugués de Benguela. En el apogeo de su poder él había comandado no menos de tres mil guerreros armados con mosquetes de chispa y tres veces más arqueros. Una vez visitó la corte del rey portugués en Lisboa y, a partir de entonces, las crónicas lo habían denominado Dom João da Silva, Conde de Lunda. Pero una oscura disputa había llevado al noble negro a rebelarse contra su señor. Juró que arrojaría a los portugueses al mar, y bien podría haber tenido éxito si una bala no hubiera puesto fin a su sangrienta carrera ante la muralla de São Salvador.

Tras la muerte de su hombre fuerte, el reino de Lunda, esencialmente de carácter feudal, se había dividido rápidamente en fracciones bélicas, pero Yamo Galagi había inaugurado una Edad de Oro, y los bantúes no lo habían olvidado. Su nombre vivía en la tradición y la fábula. Era un hombre verdaderamente admirable, decían. Un hombre tan valiente y de una crueldad tan infalible que una orden batida en su gran tambor se cumplía velozmente. Pero el tambor no hablaba ahora; pues, ¿quién debería tocar el tambor de tan gran hombre? Seguramente la mano se marchitaría y se tornaría la mano de un hombre muerto. Y a la voz del tambor muchos

recordarían y llorarían. O, por acaso, sus corazones volverían a fortalecerse; pues, ¿no susurraban los Antiguos entre ellos que cuando el tambor fuese oído de nuevo sería con la voz fantasma de Galagi llamando a sus guerreros a la batalla y a los bantúes a la grandeza?

Y hasta este día, los gobernadores portugueses habían mantenido oídos atentos a tales conversaciones. Más de uno había gastado mucho tesoro y no poca sangre en vanos intentos de apoderarse del tambor de Yamo Galagi. Siempre presente en sus mentes estaba el temor de que algún aspirante a jefe menos supersticioso que sus compañeros pudiera desenterrar el fabuloso tambor, o un facsímil funcional del mismo, y llenar las junglas con su sedicioso clamor.

Y había una característica de la constitución del antiguo reino de Lunda que tenía un interés peculiar para Rick. Esta era la reina consorte, la Mateyenda. La parte rara de esta gobernanta era que no era la esposa del rey, sino un miembro de la línea real que poseía su propia corte y sus propios ingresos. Además, tenía el poder de decidir la elección de un nuevo Galagi, como se llamaba ahora a los jefecillos en posesión ahora de todo lo que quedaba del reino de Lunda. Parecía que a ella se le permitía casarse, pero a sus maridos se les llamaba "esposas" y, en términos generales, no tenían ninguna influencia en absoluto. Así el reino había tenido dos jefes en existencia al mismo tiempo que no habían sido ni mutuamente excluyentes ni en mutua hostilidad.

Por lo que Sheena le había contado de su pasado, Rick razonó que N'bid Ela había sido una vez Mateyenda del reino de Lunda, y que la anciana había legado su alto cargo a la niña adoptiva blanca que ella había cuidado desde la infancia. Esto explicaría la extraordinaria influencia que Sheena tenía sobre los clanes abamas.

Pensando sobre todo esto, Rick había llegado a un mejor entendimiento de a lo que se enfrentaba en la encantadora persona de Sheena. Pero eso no había tenido el efecto de enfriar su ardor ni de debilitar su determinación de llevarse a la chica a la costa con él algún día. Estaba dispuesto a conceder que eso iba a tardar más tiempo de lo que había anticipado cuando se le había ocurrido la idea por primera vez. Aunque usualmente él caminaba donde los ángeles temían pisar, podía ser tan tímido como un dik-dik [21]

cuando se indicaba precaución, y había vivido entre africanos el tiempo suficiente para saber que era prudente hablar en voz baja en presencia de sus dioses.

"Tómalo con calma, joven," se aconsejó a sí mismo. "Ella es más salvaje que una jaula llena de guepardos, y el doble de peligrosa. Deja que se acostumbre a verte por ahí. Puede que te lleve diez años, pero valdrá la pena."

No había carne fresca en el campamento y, antes del amanecer, Sheena estaba recorriendo como un fantasma las sendas de caza que serpenteaban por el bosque y, a la salida del sol, ella estaba de vuelta en el campamento con un gordo antílope. El aire de la mañana era suave con el olor a carne asada cuando Rick salió de la tienda para sentarse sobre sus talones al otro lado del fuego. Ella lo miró de reojo y preguntó:

"¿Tu cabeza está mejor ahora?"

"Como nueva. Y ahora está en mi corazón decir..."

"Lo que hay en tu corazón no me preocupa," lo detuvo ella rápidamente. "Lo que hay en tu cabeza sí. Mañana yo dejo este lugar. ¿Cuándo partes tú por el río?"

"Demasiado que cargar para un solo hombre," dijo él. "No tengo porteadores."

"No he olvidado que cuando un Bwana blanco camina por los senderos debe tener a sus sirvientes para abrirle el camino," dijo ella con gentil desdén. "Tendrás porteadores, nunca lo dudes. Y ellos verán de que su Bwana no confunda su dirección."

"Hay que obedecer a Sheena," dijo él con una leve sonrisa. Y ella le lanzó una afilada mirada. Sumisión silenciosa no era lo que ella había esperado. Eso no estaba en la naturaleza de él y ella se sintió incómoda. Entonces se le ocurrió que él podría no estar tan bien como decía. Ella sonrió y dijo:

"Te haría bien descansar aquí hasta que cambie la luna."

"Seis días de gracia, ¿eh?" dijo él.

Capítulo 3

ELLA FRUNCIÓ el ceño ante lo dicho. Había muchas palabras en el habla suajili que no tenían ningún significado para ella porque el dialecto abama no tenía palabras que las igualaran.

"¿Qué es gracia?" Preguntó ella.

Él quedó en silencio, haciendo equilibrios con una respuesta en su mente. "Es *ze minga*," decidió. "Algo dado, como cuando los abamas sacrifican para que llueva y luego llega la lluvia."

"¿Y? Pero yo no te he dado nada."

Él le dirigió una larga y fija mirada, luego: "Yo creo que sí. Estoy pensando en cierta noche en el jardín de Sleman bin Ali."

"¡Te di una herida de cuchillo también!" le recordó ella enérgicamente, pero bajo esa mirada fija ella sintió que la sangre le subía a la cabeza y le latía en los oídos. Para ocultar su confusión, Sheena se puso en pie y, mientras lo hacía, una voz de tono grave gritó su nombre. Ella se giró rápidamente y vio a Ekoti cruzar el claro corriendo, las colas de su *kroos* [22] de piel de leopardo aleteaban en las negras y musculosas piernas. Se plantó frente a ella, su gran pecho palpitaba mientras él recuperaba el aliento. Cuando Rick se puso en pie, los agudos ojos del joven jefe se centraron en él. Una severa desaprobación estaba escrita en su rostro, y su saludo fue fríamente formal:

"¡Te conozco, Bwana!"

"¡Te conozco, Jefe!" devolvió Rick.

"No pensé encontrarte aquí aún," dijo Ekoti, pero miró a Sheena en busca de una respuesta.

"Kalundas atacaron su campamento," le dijo la Reina de la Selva. "Fue herido en la lucha y no podía caminar."

"¡Ah, bueno!" Ekoti pareció aliviado, luego: "Envié a Leta a tu lugar de morada en el bosque. Ella no pudo encontrarte y cuando regresó dijo que estaba segura de que el joven Bwana se había llevado..."

"¡Tus esposas parlotean como loros!" intervino bruscamente la Reina de la Jungla. "Y si me querías ver, ¿por qué están en silencio tus tambores?"

Los ojos de Ekoti se inquietaron. Miró hacia el cielo y luego hacia el suelo. "Vine a hablarte de eso," dijo al fin. "Nuestros tambores están en silencio porque los médicos brujos dicen que ningún tambor debe sonar ahora después de la puesta de sol."

"¿Qué médicos brujos? ¿Quién se atreve a silenciar mis tambores?" Sheena estaba furiosa y pareció que Ekoti esperaba que la tierra se abriera y se lo tragara.

"Todos los médicos brujos lo dicen, Sheena," gruñó Ekoti. "¿No has oído el tambor?"

"Lo he oído. ¿Qué más?"

Ekoti parecía grave. "Hay mucho más y todo está mal, Sheena. Cuando el tambor habló por primera vez, los médicos brujos fueron a un lugar secreto de reunión y, cuando volvieron a sus aldeas, le dijeron a la gente que el tambor era la voz fantasma de Yamo Galagi. Que era una gran magia, dijeron, y que todos los jóvenes guerreros debían prepararse para caminar por los senderos hasta el territorio kalunda."

"¿Y? Pero tú no dejaste marchar a los jóvenes, ¿no, Ekoti?"

El jefe se tomó su tiempo para responder, y que lo peor estaba aún por llegar quedaba claro por su vacilación y la forma en que pisaba de un pie al otro. "Yo traté de detenerlos," dijo al fin. "Llamé a los Ancianos al consejo, y fue hecho tabú para cualquier hombre ir un día de caminata más allá de su aldea. Pero la llamada del tambor fue más fuerte que nuestro tabú. Cuando volvió a hablar, algunos jóvenes se escabulleron mientras todos estaban durmiendo. A la noche siguiente, unos pocos más. Y así ha sido todas las noches. Aie, en verdad fue como si un fantasma entrara en las aldeas, tocara

a cada hombre en el hombro mientras yacía en la cama y dijera: «¡Sígueme!» Pronto no quedarán jóvenes para cazar y cuidar del ganado, y he venido a preguntarle qué debo hacer sobre esto."

"¡Los médicos brujos mienten!" la Reina de la Jungla le fulminó con la mirada. "Eso no puede ser el tambor de Galagi. Lo enterraron con él y nadie sabe dónde."

"Puede que ellos digan la verdad, Sheena." Rick, quien había estado escuchando con gran atención, le tendió la mano.

"¡Y qué!" dijo ella cáusticamente. "¡El Bwana blanco también cree en los fantasmas!"

"Déjame ver otra vez ese cuchillo," dijo Rick en voz baja. Ella se lo dio y él examinó el mango de marfil con el ceño fruncido. Luego asintió con un gruñido de satisfacción y dijo: "Ahora sé el significado de estas tallas. Cuentan una historia de tiempos pasados. Escuchad..."

Y entonces Rick contó un relato completo de todo lo que había aprendido de los abamas en Benguela. Al principio, Sheena no podía entender cómo podía él saber tanto sobre su gente sin haber vivido nunca entre ellos, pero a medida que él se adentraba en la historia, ella empezó a recordar ciertas cosas que N'bid Ela le había contado, ya hacía tanto tiempo de ellas que las había olvidado hasta ese momento. Y una vez, Ekoti, con los ojos abiertos de asombro, interrumpió: "¡Eso es cierto, cierto! He oído a los viejos hablar de esos días. Se dice que..."

Pero Sheena lo silenció con un gesto rápido de la mano y Rick continuó: "Mirad, las tallas cuentan la historia de la visita de Yamo Galagi al rey portugués. Puede ser que el hombre al que se le cayó este cuchillo lo consiguiera en un cambio," concluyó él. "Pero yo no lo creo. No, el tambor llama a los guerreros abamas a Massumba, eso creo."

Sheena se quedó en silencio durante un momento, dándole vueltas a todo eso en la mente. Su agudo cerebro fue rápido en comprender el significado de lo que Rick le había dicho.

"Si esto es así," resumió ella, "el tambor habla de mucho mal que se está gestando en Massumba. Debe ser silenciado, Ekoti," agregó volviéndose hacia el jefe.

Ekoti bajó la vista al suelo, luego: "Los abamas no te ayudarán, Sheena. Los médicos brujos los han asustado, y temo que..."

"¿He pedido yo su ayuda, Ekoti? Si tú no le tienes miedo a los fantasmas, nosotros dos iremos a Massumba..."

"Nosotros tres," intervino Rick en voz baja, y ella se volvió para mirarlo de arriba abajo con una sonrisa divertida.

"Será una dura caminata para ti," le dijo ella. "No habrá sirvientes para llevar la tienda de Bwana, para traerle agua ni cocinarle la comida." Vio un músculo tensarse en la mandíbula de Rick, pero un momento después su lenta sonrisa había relajado la tensión, y él dijo:

"Dondequiera que tú vayas, yo puedo seguirte."

Ahore le vino a la mente a Sheena que, con los abamas excitados por la llamada fetiche del gran tambor, no podría conseguir que los portadores llevaran a Rick a la costa. Y hubo un pensamiento más mezquino: le vendría bien a él aprender que hacer un viaje de safari era una cosa y otra muy diferente caminar por los senderos con Sheena, Reina de la Jungla. En verdad tal viaje pondría fin, de una vez por todas, a toda idea que él pudiera tener de vivir en la jungla con ella. Sheena rió suavemente y dijo:

"Que así sea, Bwana. ¡Sígueme entonces!" Recogió su arco y su carcaj, le dedicó a Rick una deslumbrante sonrisa y luego cruzó veloz el claro sin mirar atrás.

Los labios de Rick se redondearon en un juramento, y habría comenzado a correr tras ella si Ekoti no lo hubiera agarrado del brazo.

"No podrías atraparla, Bwana," le dijo el jefe. "Ningún hombre podría. Ella siempre estará en los árboles por delante de nosotros. Tú y yo la seguiremos por el suelo, como debe hacer la gente real."

Rick miró, frotándose la nuca con la mano, hacia el sendero de caza, hacia el brumoso verde en el que Sheena ya se había desvanecido. Murmuró algo en voz baja que habría hecho arder los oídos de la Reina de la Jungla si ella lo hubiera oído, luego se volvió hacia Ekoti y dijo con gravedad:

"Será bueno caminar con el jefe de los abamas."

"Será bueno caminar con el destructor del Barbudo," respondió Ekoti con un destello de dientes blancos. Luego miró la pistolera vacía de Rick y preguntó: "Pero ¿dónde está el Padre de los Seis?"

"Debe estar por aquí en alguna parte," dijo Rick y comenzó a buscar su Colt por el claro. Ekoti lo vio pronto brillando en la hierba donde había caído tras ser golpeado fuera de la mano de Rick. Lo recogió y se lo dio a Rick.

"Si tuviera un arma así y pudiera disparar tan rápido y directo como tú, no temería a nadie," dijo Ekoti.

"Hay otra en mi tienda," le dijo Rick. "Cuando estaba en la costa pensé en mi amigo Ekoti y le compré el arma. Pensé en enseñarle a disparar con ella."

"¿De verdad?" Los ojos del joven jefe se ampliaron.

"De verdad," dijo Rick, y fue a su tienda a buscar el arma. Pero cuando regresó, el rostro del jefe abama adoptó severas arrugas. Él dijo:

"Hay algo en mi mente, Bwana. Será bueno hablar de ello antes de aceptar tu regalo. Sé lo que hay en tu corazón. La piel de Sheena es blanca, tu piel es blanca. Sería bueno para ti emparejarte con ella, piensas tú. Puede que así sea. ¡Pero te digo ahora que si intentas llevarla contigo a la costa, esta lanza se beberá tu sangre!"

Durante un tiempo, blanco y negro, ambos perfectos ejemplares de su raza, se quedaron mirando profundamente a los ojos del otro. Rick dijo:

"El jefe abama habla claramente como debería hacer un guerrero. Yo hablaré con la misma claridad. Me llevaré a Sheena a la costa

conmigo, pero solo cuando ella me lo pida. Mientras tanto, deseo ser tu amigo. Libremente te doy esta arma, y te enseñaré a disparar con ella aunque la primera bala que dispares encuentre mi corazón."

"¡Aie!" exclamó el jefe y sus ojos oscuros se iluminaron con un destello de aprecio. "¡Eres un hombre, Bwana, un compañero adecuado para Sheena!" Luego añadió con una risa gutural, "Pero si esperas a que ella te lo pida, como dices que harás, creo que seremos amigos durante mucho tiempo. ¡Oh, sí, seremos demasiado viejos para pelear entonces!"

"¡Quizá no estés muy lejos en eso!" murmuró Rick con una sonrisa irónica, y luego fue a preparar su mochila.

Capítulo 4

DESDE un punto sobresaliente de roca que dominaba una amplia extensión de derruidas tierras altas, sabedoras de la compresión y la torsión de la convulsión volcánica, Sheena observaba a Rick y Ekoti abrirse camino entre inmensas rocas y grupos de espínosa maleza de mimosa. Ambos estaban ahora en las profundidades del territorio kalunda, pero aún a lo lejos, el cabezo inmóvil de la Montaña Búfalo se alzaba ante un cielo de líneas en vaporoso azul. En la media distancia había extrañas formaciones de arenisca desmoronada con bandas del espectral blanco del cuarzo, extrañas pilas diseñadas por los dioses con humor sardónico. Hacia el norte había una gran falla a través de la cual serpenteaba el río, con sus riberas rodeadas de matorrales de espínoso bambú más impenetrables que cualquier maraña de alambre de espino. Más allá se elevaban las lindes de la verde jungla perenne, altos árboles de resina unidos por fantásticas enredaderas o puntiagudas plantas de ratán [23].

Solo una vez se había aventurado Sheena en este territorio. Sabía que en este valle vivían los pigmeos, los kobi de pelo lanudo y enteramente desnudos. Pero esos eran carnívoros, devoradores de hombres que cazaban con diminutas flechas de puntas venenosas. Ella juzgó que los jóvenes de los clanes abama que caminaban hacia Massumba se alejarían de este tramo de jungla por ese motivo, y esto significaba que, siguiendo el río, ella podría estar en Massumba al menos dos marchas por delante de ellos. Pero sería necesario que Rick y Ekoti acamparan aquí y construyeran una balsa ligera.

Con esto asentado en su mente, la atención de la Reina de la Jungla se centró en el aplastado casco de Rick que oscilaba arriba y abajo de un arbusto, y se le nublaron los ojos por la preocupación. Aunque durante los últimos dos días ella había marcado un ritmo duro, su intento de desanimarlo parecía albergar pocas esperanzas de éxito. Por el contrario, él había seguido pegado a sus talones con la tenacidad de un guepardo tras el rastro de un antílope herido, mostrando poderes de resistencia y una habilidad en la jungla no inferior a la suya. Su persistencia la molestaba, pero aún así ella no

era insensible al alto tributo que esta determinada persecución prestaba a su feminidad, ni a la leve agitación de placer que acompañaba tal pensamiento.

"Fue cruel burlarse de él, pequeño," le murmuró a Chim mientras él saltaba a la roca a su lado. "Y fue una locura, porque ahora no puedo enviarlo de regreso solo."

Cuando el par quedó a la vista, ella los saludó con la mano, indicándoles el camino que ella tomaría por el río, y luego se abrió camino vertical a través del pálido verde de la mimosa atrofiada. Siguiendo un sendero de caza, llegó a un terreno arenoso abierto, reluciente de mica al sol. Aquí el río ondulaba sobre un lecho de guijarros y se curvaba hacia la orilla para formar un gran embalse de agua. El bambú crecía por todas partes, sus tallos verdes de anillos blancos estaban protegidos por grandes escudos de corteza alrededor de la base. Se arqueaban con gracia sobre el embalse, sus hojas temblaban en el aire y velaban la luz. Había dos elefantes al otro lado, una madre y su cría, aleteando las orejas y meneando trompas y colas para mantener alejadas a las moscas. Aquí y allá grandes y sólidos árboles de *marula* se elevaban sobre la enredada masa de vegetación, y algunos de sus troncos, a la propia altura de Sheena sobre el suelo, estaban todos arañados y surcados con crueles mellas; pues estos eran los árboles usados por los grandes felinos de la jungla para estirar las zarpas y afilar las despiadadas garras después de su largo sueño en el calor del día.

Los elefantes entraron retumbando en el bosque en cuanto recuperaron el aliento, y monos negros subieron corriendo por la orilla opuesta con sus colas rectas en el aire mientras Chim entraba dando brincos en el claro, haciendo muecas feroces y gruñendo un desafío para todos.

"¡Silencio, pequeño!" reprendió ella. "Eres muy valiente, lo sé. Pero está mal asustar a una gente tan pequeña."

Ella encendió un fuego y las sombras profundizaban cuando Rick y Ekoti entraron en el claro. El rostro de Rick bajo la barba negra, notó ella mientras él bajaba por la empinada orilla, estaba manchado e hinchado por picaduras de mosquito. Sus rodillas, expuestas por sus pantalones cortos, eran como trozos de carne

cruda allí donde se las había arañado. Su camisa estaba rasgada y mostraba muchas cicatrices, algunas recientes y sangrantes, allí donde los ganchos espinosos habían desgarrado cruelmente su carne. Ella fue consciente de una súbita punzada de remordimiento. ¿Qué le había hecho tratarlo tan mal? En verdad que ella debía de estar poseída por Nako-loshi, como llamaban los abamas al travieso espíritu que se metía en las camas de sus mujeres y las convertía en brujas insoportables de la noche a la mañana.

Él apoyó el rifle en un árbol, se descolgó la pesada mochila y giró para encararla. Palabras impulsivas, cálidas y llenas de contrición tomaron forma en la mente de Sheena —y allí estaba de nuevo, esa lenta sonrisa atormentadora, siempre desafiante, siempre insinuando cosas que era mejor mantener olvidadas. Ella se tragó las palabras con una bocanada de aire y simplemente asintió en respuesta al saludo de Rick.

Ekoti estaba bajando al agujero de agua para beber. Ella giró para hablar con él y, justo cuando él se dejó caer de rodillas, ella vio que lo que había parecido un palo negro se enrollaba de pronto y se transformaba en una muerte siseante. Aun mientras sonaba el grito de advertencia de Sheena, la serpiente atacó y cayó hacia atrás.

El Colt de Rick había rugido cuando Ekoti se puso en pie de un salto. La pesada bala había atravesado las espirales de la serpiente, pero no la había matado. Los ojos de Ekoti rodaron siguiendo la rápida y repante retirada de la serpiente hacia el arbusto, y fue entonces cuando él se miró la pierna y, al levantar la cabeza para mirar a Sheena, su rostro era el de un hombre condenado. Había una mirada suplicante en esos ojos y ella supo lo que él estaba pensando, que ella tenía el poder, la magia para curar. Ella lo miraba atónita, su mente se negaba a aceptar lo que había visto. Esto no podía suceder, no a Ekoti, quien había sido su compañero de juegos, su amigo desde que ella podía recordar. Un sonido extraño le salió de la tensa garganta. Y entonces el jefe abama recordó su hombría. Enderezó la espalda y cerró la mandíbula de golpe. luego dijo:

"Es bueno que un guerrero muera por el empuje de una lanza, pero no importa cuándo o cómo muera si muere bien." Luego se movió hacia un árbol y se sentó de espaldas a él para esperar lo inevitable

con la tranquila dignidad y fatalismo de su raza.

Con un grito de angustia en los labios, Sheena recogió un tizón en llamas, corrió hacia él y se arrodilló. Pero antes de que pudiera aplicar sus labios a los dos pequeños pinchazos mortales en la pierna de Ekoti, la mano de Rick le echó la cabeza hacia atrás. La ira se desbordó de ella y lo habría golpeado si no le hubiese él empujado en la mano la empuñadura de un cuchillo y le hubiese dicho con frialdad:

"Calienta la hoja hasta que esté roja."

Entonces ella vio que mientras ella había estado de pie indefensa, él había desabrochado su mochila y la caja de medicinas que siempre llevaba estaba abierta en el suelo a su lado. Y luego recordó que había sido su habilidad lo que había salvado a Aku, el tío de Ekoti, de una herida de bala.

"¡Sálvalo!" chilló ella impulsivamente, "¡Y luego pide qué quieres de mí!"

Rick asintió distraídamente mientras apretaba un torniquete sobre la parte afectada. «Esa era una mata ovejas, una de las culebrinas,» estaba pensando él. «Veneno que afecta a los centros nerviosos y da lugar a parálisis. ¿Antídoto? Antitoxina y adrenalina para estimular la acción del corazón y prevenir el colapso. Incisar para promover el sangrado, cauterizar», sí, todo estaba claro en su mente. Cien por ciento efectivo en la mayoría de los casos. Una prueba más del valor de ese curso al que había asistido en Benguela. ¡Maldita sea, si tuviera él que elegir entre un rifle cargado y una hipodérmica cargada con antitoxina, sería la hipodérmica sin pensarlo! Los terrores más pequeños de la jungla eran los más mortíferos; un hombre nunca tenía la oportunidad de sacar ni una cuenta del rosario con ellos. «Ahora, un poco de anestésico...»

Mientras él trabajaba, Sheena observaba con concentrados ojos azules cada uno de sus movimientos. Ekoti se preparó cuando la hoja del cuchillo al rojo vivo bajó sobre su carne, y luego su mandíbula se abrió y él jadeó:

"¡Bwana, mi pierna ya está muerta! No siento más que el pinchazo

de una espina."

"Pronto desearás no tener pierna, guerrero," le dijo Rick cuando terminó. "Pero cuando empiece a doler, yo la haré dormir de nuevo."

"¡En verdad que todos los blancos son magos!" dijo Ekoti con la voz descendiendo a los graves tonos de la absoluta convicción.

Sheena siguió a Rick hasta el fuego. Ella lo observó limpiar cuidadosamente sus instrumentos y volver a llenar la hipodérmica de una de las muchas botellitas de su estuche de cuero.

"¿Vivirá?" preguntó ella de pronto.

"Nunca lo dudes," le aseguró él, y se sentó sobre los talones para amarrar su maletín. "Se le hinchará la pierna, pero en dos días podrá caminar."

Hubo una larga pausa, y luego preguntó ella, casi inaudiblemente: "¿Qué quieres de mí?"

Rick la miró y sus ojos se aferraron a su magnífica figura. «Tómalo con calma, ¿recuerdas?» Se advirtió a sí mismo y quedó absorto en las correas de su mochila. Apoyó la rodilla en esta y tiró de las correas antes de responder: "Nada, nada en absoluto."

"¿Entonces?" murmuró la Reina de la Selva antes de quedar en silencio con un ceño fruncido en la cara.

Llegó la noche y las estrellas ardían a través del frondoso techo por encima. Bajo su árbol, Ekoti dormía profundamente y Rick estaba echado en el suelo a su lado. La Reina de la Selva estaba más acostumbrada a pasar las noches en los árboles, y se sentía extrañamente incómoda sentada junto al fuego, oyendo los lascivos gruñidos y resoplidos que salían del bosque. En los pasillos entre los árboles, las luciérnagas tejieron fantásticos patrones hasta que salió la luna para atenuar sus danzas y extender una gasa de plata sobre el claro de arena. Las sombras iban al ritmo del balanceo de los bambúes, y el ruido del río era tan insinuante como el sueño y excluía todos los demás sonidos. La cabeza dorada de Sheena estaba

hundida hacia los brazos cruzados sobre las rodillas.

Se despertó sobresaltada, con todos los sentidos alerta al instante. De las ramas de un árbol cercano llegaban ruidos suaves y persistentes, y supo que Chim había visto o sentido algún peligro. Con la fluida y silenciosa facilidad de un animal, se levantó y empezó a rodear el fuego y, como un animal, permaneció inmóvil, olfateando el viento. Por encima del gorgoteo del río no podía oír ningún sonido; pero, impulsado por una repentina ráfaga de viento, el untuoso olor de los cuerpos sudorosos era muy fuerte y ella tuvo una fugaz imagen mental de hombrecitos moviéndose a través de la oscuridad a su alrededor.

Su primer impulso fue saltar hacia la rama más cercana. En cualquier otro momento habría estado fuera de peligro en un instante, en lo alto de los protectores brazos de los árboles, pero en vez de eso dudó, luego se movió rápidamente al lado de Rick, quien despertó con el primer toque de su mano y ella susurró:

"Los kobi nos atacan. No te levantes. Arrástrate hasta el río. Podemos cruzar antes de que se abalancen sobre nosotros."

Rick rodó sobre el vientre con una baja palabra de asentimiento. Ella pasó por encima del cuerpo prono de Rick y, justo cuando se agachaba para tocar el hombro de Ekoti, un hombre le cayó sobre la espalda desde un árbol. El súbito y abrumador peso del hombre la dejó plana en el suelo y el impacto de esa huesuda rodilla en la parte baja de la espalda hizo que el aire en los pulmones de Sheena saliera en un grito ahogado. La pistola de Rick le explotó cerca de la oreja y, durante un momento, ella quedó totalmente sin fuerza.

Sheena contuvo el aliento en un jadeo doloroso y luego su ágil cuerpo se torció y retorció como en una convulsión y, como una gata de la jungla, ella luchó con garras y dientes.

El hombre estaba de rodillas, a horcajadas encima de ella tratando de sujetarle los brazos. Estaba gruñendo con el esfuerzo y era muy fuerte. No era un pigmeo. Ella arqueó la espalda, levantándolo y, con un rápido giro, se zafó de su agarre en las muñecas.

Él chilló y tiró de su cuerpo hacia atrás cuando ella le arañó la cara

con los dedos torcidos y al momento siguiente era él quien estaba de espaldas. El acero brilló al instante en la mano de la Reina de la Jungla y él murió sin un grito cuando el cuchillo fue clavado por debajo de la axila izquierda.

Ella se levantó como un rayo. El claro estaba lleno de gritos y la luz de luna parpadeaba en las armas blandidas. Figuras sombrías, enzarzadas en combate, se balanceaban a través de una balsa de luz de luna. Rick estaba luchando allí. Y luego ella vio a Ekoti de pie de espaldas a un árbol y rechazando con su larga lanza de punta en forma de hoja el ataque de cuatro hombres. Ekoti vio a Sheena y lanzó el grito de guerra abama. Ella saltó hacia él, pero mientras su cuchillo se elevaba en un arco mortal, un garrote de guerra la golpeó en la base del cráneo. Ella cayó, rodó sobre la espalda, vio un trozo de cielo estrellado girar y convertirse en una deslumbrante rueda de luz, y nada más.

Capítulo 5

DESPERTÓ con la luz del sol en los ojos. La luz llegaba a través de una malla de ramas y hojas de palmera tejidas en un frágil refugio sin lados. Ninguna atadura restringió sus tentativos primeros movimientos y ella se sentó erguida. Un hombre estaba de pie mirándola desde arriba, pero la tamizada luz del sol se le clavaba a Sheena en los sus ojos como puntas de cuchillo. No veía nada con claridad y se sentía mareada. Se oía el sonido de voces y movimientos a su alrededor; y, cuando su visión se aclaró, el hombre apareció enfocado a la visa.

Era un rechoncho guerrero de facciones llanas, ciertamente no era un kobi. Tenía la columna tan recta como la lanza que sostenía en la mano. Llevaba un tocado de plumas de garcetas y unas bandas de cuentas le cruzaban el profundo pecho y sujetaban una especie de faldilla y un cinturón con un cuchillo de hoja larga y curva enfundado en él. Los músculos se ondularon bajo su piel negra cuando levantó la mano a modo de saludo, y ella pensó que sus ojos tenían una mirada preocupada.

"¡Te conozco, Sheena!" Dijo con una voz que le daba un ronroneo extraño a las palabras bantúes.

Ella no respondió de inmediato, sino que miró por el campamento. De un vistazo vio que estaba en el mismo claro donde habían acampado la noche anterior. Veinte o más escudos ovalados negros yacían sobre la hierba junto a lanzas largas clavadas en el suelo. En las sombras se veía reflejos de luz en brazaletes de cobre donde sus portadores, todos rechonchos guerreros musculosos, estaban sentados en cuclillas y hablaban en voz baja durante la comida de la mañana. Rick y Ekoti estaban sentados junto al árbol, rodeados por media docena de guerreros con las lanzas preparadas. Ella posó los ojos en Rick, se demoraron en aquel rostro hasta que él alzó la vista y sonrió, y entonces ella volvió la vista al hombre que tenía delante. La mirada preocupada se había vuelto más pronunciada durante el largo silencio, y él dijo:

"Soy Sibitane, *induna* [23] de los Escudos Negros. Y pido perdón por la violencia que te han hecho. El hombre que dio el golpe no volverá a golpear."

"¿Quién es tu jefe?" preguntó ella con frialdad.

La expresión del *induna* se volvió perpleja. "Yamo Galagi," le dijo.

"¿Qué quiere él de mí?"

La perplejidad de Sibitane se profundizó y respondió con una pregunta: "¿No has escuchado el tambor de mi maestro, Mateyenda?"

"Es verdad que lo he oído."

"Entonces debes saber, Hija de N'bid Ela, que Yamo Galagi ha renacido y que el día de su elección al asiento de sus padres está cerca. Además, debes saber que todos escuchan y obedecen su tambor. Todos los jóvenes abamas se reúnen en Massumba. Pronto serán tantos como... "

"Eso lo conozco," intervino la Reina de la Jungla con una leve sonrisa. "Pero lo que no conozco a este hombre que se hace llamar Yamo Galagi renacido. Y yo no creo que los muertos renazcan. ¡Creo que tu maestro es un gran mentiroso, Capitán de los Escudos Negros!"

Sibitane jadeó y la conmoción y el horror se imprimieron en sus llanas facciones. Se apartó de la Reina de la Jungla como si esperara verla desintegrada en el acto, pero como no pasó nada, se recuperó lentamente, tragó saliva y dijo:

"Aie, debe de ser que deseas probar mi lealtad. ¡Sí, sí, veo que debe de ser así!" se tranquilizó a sí mismo. "La Mateyenda sabe que nadie más que aquellos en cuyas venas fluye la sangre real se atreven a tocar el tambor de Yamo Galagi, de lo contrario sus manos se marchitarían y quedarían como las manos de un mono muerto. Pero el espíritu de Yamo Galagi se ha apoderado del cuerpo de mi amo. Hace hablar el tambor y no le ha pasado nada, como pronto verás, Mateyenda."

La sonrisa de Sheena fue peligrosa. "Entonces," dijo, "has venido a llevarme a Massumba. ¿Quizá tengas en mente atarme también, Sibitane?"

"¡No no!" protestó el *induna*, y pareció sorprendido de nuevo. "Es voluntad de mi amo que seas tratada con todo el debido honor a la Mateyenda de Lunda."

"Enviar a sus sirvientes a atacar mi campamento es una extraña manera de mostrar honor, ¿no; Sibitane?"

La angustia interior se mostró en el rostro del *induna*. "La culpa es mía, Mateyenda. Yo pensaba en llevarte sin luchar, pero ese loco..."

"¿Por qué viniste en la noche como enemigo?" Preguntó Sheena.

Extendió las manos en un gesto desesperado. "Mateyenda," dijo, "soy un simple capitán de un *impi*. Los Grandes hablan, yo obedezco. No puedo saber lo que estaba en la mente de mi amo. Solo sé que envió hombres a tu territorio para llevarte a Massumba.. Pero tú mataste a tres de ellos y, cuando él supo de eso se enfadó mucho. Así que me envió a mí." Sacudió la cabeza. "Espero que no me crees problemas por lo que ese loco..."

Y en ese momento el retumbar del gran tambor de Yamo Galagi llegó temblando sobre las copas de los árboles. Había estado en silencio durante dos días, y con sus primeras notas retumbantes, el aplomo de la Reina de la Jungla se tensó. Había levantado la cabeza y la había girado hacia las montañas. Tenía las manos fuertemente apretadas a los lados y sus ojos azules ardían mientras se le aceleraba el pulso ante el desafío del tambor. No sería fácil tratar con este hombre que se hacía llamar Galagi renacido. Era una mano poderosa la que se había extendido desde esas montañas para sacar a Sheena de sus propias junglas, y era un cerebro astuto el que había combinado tan hábilmente las tradiciones de los abamas y sus profundamente arraigadas supersticiones. Con solo tocar un tambor, él había quebrado la autoridad de Ekoti y se la había dado a los médicos brujos, ¡quienes ahora se aprovecharían de los temores de los abamas como los buitres espirituales que eran! Peor aún, ella misma estaba ahora enredada en su sutil red de mentiras. Ella debía ir a Massumba porque, tal como lo veían los abamas, ella era la

Mateyenda y era su derecho y su deber afirmar o negarle a este Galagi renacido su reclamación de la realeza de todos los clanes abamas.

¿Y qué quería él de ella? ¿Veía él en ella, la hija adoptiva de N'bid Ela que una vez había poseído el poder de hacer reyes, una útil herramienta? Oh sí, sin duda él creía que podía doblegarla a su voluntad. ¡Ah, pero pronto aprendería que entre ellos había guerra hasta el cuchillo y el cuchillo hasta la empuñadura!

Una enérgica orden de Sibitane interrumpió sus acelerados pensamientos. Uno de los guerreros kalundas corría hacia un pequeño tambor que estaba cerca del refugio de Sheena. Mientras la voz del gran tambor se apagaba en ecos temblorosos, el *induna* le habló al tambor en un dialecto desconocido para Sheena. Y luego la voz hueca del ranurado tronco repitió esas palabras bajo el mesurado ritmo de los palos del tambor.

Cuando volvió el silencio al claro, Sibitane dijo: "Mi amo se impacienta, Mateyenda. Si te agrada, daré la orden de marchar."

Los ojos de Sheena se posaron en Rick y se nublaron con pensamientos. "Estoy ansiosa por ver el rostro de tu maestro," dijo ella tras una larga pausa, "pero no creo que le complazca que un hombre blanco vea tantos guerreros reunidos en Massumba. Lo que el joven Bwana no vea no podrá contarle a los portugueses."

Los ojos del *induna* brillaron y su mano apretó el mango de la lanza. "¡Eso es verdad!" respiró.

Sheena le dedicó una deslumbrante sonrisa. "He olvidado lo que ocurrió anoche, Sibitane," dijo ella.

Una mirada de infinito alivio apareció en el rostro del *induna*. "Mateyenda," dijo él afectuosamente, "¡Soy tu verdadero y fiel sirviente!"

Una vez más, los ojos de Sheena se posaron en Rick, y ella dijo: "El jefe abama ha sido mordido por una serpiente y será bueno que regrese a su propia aldea. Hazle una litera, Sibitane, y deja que seis de tus guerreros vayan con él. El Bwana blanco no sabe nada, así

que déjalo ir con Ekoti. Pero puede ser," añadió, y un destello de humor cambió sus ojos; "que el Bwana no quiera ir. Si no quieres problemas, apresátelo rápido y átalalo."

"¡Escucho y obedezco!" Sibitane se volvió y gritó guturales órdenes a los hombres que custodiaban a Rick y a Ekoti. Hubo un momento de vacilación; luego, como un solo hombre, dejaron caer las lanzas y se abalanzaron sobre Rick.

El ataque fue tan rápido e inesperado que Rick cayó de espaldas y fue inmovilizado antes de que tuviera la oportunidad de asestar un golpe. Ekoti dejó escapar un bramido de sorpresa y rabia antes de agarrar una lanza que uno de los guardias había dejado caer. Pero una palabra brusca de Sheena lo detuvo, y él se dejó caer de espaldas en el árbol con un rostro casi cómico por la expresión de completo desconcierto. En cuestión de minutos, Rick estaba completamente indefenso, atado de pies y manos. Sheena se acercó y bajó la mirada hacia dos furiosos ojos.

"No tienes nada que temer," le dijo ella. "Hay muchas cosas que no puedes entender. Hago esto porque sé que me seguirías hasta la muerte. Así que no te enfades."

"Tú... tú..." La rabia en él lo ahogó y se le inundó el rostro de sangre mientras se debatía con las ataduras. Luego, las palabras crepitaban entre sus labios blancos. Fueron palabras extrañas y de áspero sonido, pero esos ojos ardientes y su vehemencia la hicieron sentir el agujijón de las mismas. Ella sabía que lo había herido profundamente, que le había dado un tajo a su orgullo y se sintió avergonzada de repente. No quería que él pensara tan mal de ella y, con la idea de sosegarlo, le favoreció con la más dulce de sus sonrisas y dijo suavemente:

"Quizá nos volvamos a encontrar pronto en la aldea abama." Pero sus palabras no tuvieron el efecto deseado, de hecho solo sirvieron para aumentar su rabia.

"Nos volveremos a encontrar," jadeó él. "Y cuando lo hagamos, pagarás por esto, y no será en cacahuètes, tú... ¡Diabla!"

"¡Diabla!" repitió ella. Sintió su propia ira aumentar hasta igualar la

de él. "¿Te pedí yo que volvieras?" chilló ella apasionadamente. "No, no lo hice. Pero ya veo cómo es esto para ti. Soy una diabla porque no puedes salirte con la tuya conmigo. Ahora te digo yo esto, como me esperes en la aldea abama, ¡en verdad que será una diabla la que vendrá a encontrarte allí!" Y con eso ella giró y corrió veloz a través del claro hacia donde Sibitane estaba reuniendo a sus hombres. Pasó como el rayo junto al *induna*, quien se quedó mirándola un rato, luego gritó una orden y, un momento después, el *impi* salió del claro en compacta formación pisándole los talones a la Reina de la Jungla.

La jungla estaba sin viento, sin sol y vociferosa. Su estridencia se mezclaba con el raspeo de diminutos insectos, el bajo lamento de los cazadores carnívoros y los extraños aullidos de mono que salían del vaporoso verde. Este tramo de jungla era el más fuerte que Sheena había visto en su vida. Le habría llevado al *impi* muchos días abrirse camino a través de esta de no ser por que una manada de elefantes se movía en la misma dirección. La manada se dirigía a las montañas donde los jóvenes brotes de bambú eran ahora succulentos y verdes, y su marcha era irresistible, el sendero que abrían a pisotones a través de la enmarañada masa de bambúes y espinosas lianas eran tan ancho y firme como una carretera de aldea.

Al segundo día de la caminata salieron a un cegador y deslumbrante panorama después de la penumbra del bosque que abrasadora tras su frescura. El territorio que atravesaban ahora era plano, pero con paredes de roca partida que retrataba el caos como había quedado tras el desgarró de alguna agitación pasada. La tierra no se alzaba ni se elevaba en laderas mientras se aproximaban a la Montaña Búfalo; pues, en este extraño territorio de las tierras altas, las montañas crecían en el *veld* como gigantescos hormigueros. Pronto estaban marchando por campos nativos, descuidados jardines irregulares con las viñas en flor de la calabaza arrastrándose por todas partes.

Impaciente por el retraso, Sibitane extendió a lo amplio su *impi* dentro de una aldea de aspecto miserable —la única que habían visto hasta ahora— pero la gente salió corriendo con ofrendas de leche y comida. Había muchos gritos y risas. Y perros ladrando y niños desnudos ansiosos por echar un vistazo a la extraña mujer de cabellos dorados y su simio. Los niños aún corrían a sus flancos

mucho después de que la aldea quedara oculta por la nube de polvo que se elevaba bajo los pies de los *impi* en rápido movimiento.

Estaban marchando a la sombra de las montañas en forma de cono antes de la puesta del sol, y Massumba se asomaba negra sobre el horizonte. Uno de los conos parecía haber sido cortado cerca de la base para formar los cimientos de la antigua fortaleza de Lunda apilada encima de él. La carrerera de caravanas giraba a su alrededor, pero estaba llena de hierba y maleza y ya no resonaba con los pisotones de los pies en marcha. Sin embargo, la ciudadela parecía estar observando en busca de caravanas, ricamente cargadas de tributos y del saqueo de la guerra exitosa, sin saber que estas ya no existían. Las paredes derrumbadas parecían sombrías, sin vida — o con vida solo en la mente del falso Yamo Galagi que soñaba con poder y gloria entre de ruinas cubiertas de viñas.

Un sendero en espiral que los esclavos habían arrancado toscamente de la masa de arenisca, con rocas que caían a lo lejos en inmensos escalones rotos, conducía abruptamente hacia la meseta amurallada. En un punto había un vertedero y aquí los mellados salientes estaban blancos con el guano de las aves carroñeras, y perros lacios y medio muertos de hambre gruñían y peleaban por los despojos de un pueblo inmundo y sus animales.

Y Sheena pensó que si había un lugar en África donde el hedor alcanzaba su mayor magnitud, tal distinción debía pertenecer a Massumba, la antaño orgullosa capital de Lunda.

Una puerta destrozada daba a un estrecho sendero entre casas cuadradas de techo de ramas. La gente se asomaba en las puertas para mirar, gritando y señalando. El tumulto creció y murió al pasar y, mientras avanzaban, el *impi* de Sibitane se mezclaba en los carriles transversales, pues cada hombre se dirigía a su propia casa. Sheena y el *induna* estaban solos cuando salieron a una plaza abierta.

Las casas la cercaban y sus techos planos y contiguos sostenían desmoronados muretes de barro y caña cocidos al sol. Algún tiempo atrás se había techado toda la extensión de la plaza, pero un fuego la había destruido, pues los tocones de pilares chamuscados formaban un pasillo ante un ancho tramo de escalones que subían a

una amplia terraza de piedra y a una chata torre cuadrada. Sheena supuso que esa torre era el alto asiento de Galagi, y, vista desde el otro lado del recinto mientras la luz cambiaba con el ángulo del sol y sombreaba sus líneas cuadradas y definidas, sus ventanas parecían cuencas para los ojos, su puerta cuadrada unas fauces negras y el conjunto sugería notablemente un cráneo humano.

En silencio, Sibitane la condujo por el recinto hasta lo alto de la empinada escalera. La cavernosa boca se abrió ante ellos y ambos pasaron hacia la penumbra del interior de la torre. Unos pasos más allá de la entrada, Sibitane se detuvo ante una puerta acortinada por una estera de hierba trenzada.

"Espera," dijo él en voz baja, y luego, inclinándose casi por la mitad, se agachó para cruzar la cortina. Pasó el tiempo mientras, desde dentro, llegaba el bajo murmullo de voces. Por fin, el brazo de Sibitane apartó la cortina y Sheena entró en una cámara fragante de aroma a incienso ardiendo.

Un rayo de sol fluía al interior a través de una ventana alta y redonda y, bañado por su resplandor dorado, Galagi estaba sentado con las piernas cruzadas en una especie de estrado debajo del símbolo de la realeza africana: una gran sombrilla de tela a rayas con flecos rojos y amarillos.

Capítulo 6

ÉL LLEVABA un ajustado casco de piel de leopardo, con un largo tallo sujeto del que brotaba un racimo de plumas blancas como la cañas de papiro. Su túnica, con incrustaciones de abalorios, era voluminosa y cubría completamente su persona, pero su pesada papada, su boca laxa y la regordeta mano que levantó para detener todo acercamiento sugerían un hombre corpulento de mediana edad. A sus pies se sentaba una mujer, una muy anciana mujer. Su cara marchita se mostraba oscurecida bajo un velo blanco y vaporoso que la cubría de la cabeza a los pies, y sus ojos parecieron arder a través de él cuando se inclinó hacia adelante para examinar el rostro de la Reina de la Jungla. Galagi fue el primero en hablar:

"¡Por los dioses, Sibitane, no mentías!" exclamó él con voz aguda y sibilante. Y la codiciosa vitalidad de su mirada hizo que Sheena sintiera como si algo la recorriera reptando por toda ella. Su boca laxa se torció en una repulsiva sonrisa mientras continuaba: "Mateyenda, cuando me hablaron por primera vez de tu belleza no pude creer lo que mis sirvientes habían visto. ¡Ahora no puedo creer lo que yo veo!"

Esa mirada lasciva avivó la hostilidad de Sheena. La sonrisa en ella fue francamente despectiva. "Cuando oí por primera vez que Galagi había renacido," replicó ella, "no pude creer lo que oía. Y ahora mis ojos son testigos de la grandeza de la mentira."

Él juntó los dientes con un fuerte chasquido y abrió los pesados párpados de par en par para fijarlos en ese rostro con una fría mirada. "Di esas palabras una vez más," dijo con suave amenaza, "¡y haré que te arranquen la lengua de la boca!"

La risa de la Reina de la Jungla fue suave, burlona. Ella dijo: "Pronto todos los clanes abamas estarán reunidos aquí, y me pregunto qué harán cuando llamen a su Mateyenda en busca de consejo y descubran que ella no tiene lengua para aconsejarlos."

"¡Ellos no harán nada!" la voz se elevó hasta convertirse en un bramido. "¡Mi tambor los aconsejará y ellos obedecerán!" Pero su

fanfarronada fue un poco incierta, sus ojos mostraban inquietud. Y Sheena, al ver el miedo en él, se apresuró a aprovecharlo.

"Como te atrevas a hacerme daño," dijo ella con calma, "el grito de guerra de los abamas acallará tu tambor. Sacudirá esta ruina y derribará los muros sobre tu cabeza. ¿Crees que habría venido yo aquí sola si no hubiese sabido esto?"

La pregunta hizo que él frunciera el ceño, pero antes de poder responder, una mano, negra como una garra, salió de debajo del velo de gasa a sus pies y le tocó la rodilla. Él inclinó la cabeza y el par consultó en susurros durante algún tiempo. Después la anciana habló y el sonido de su voz fue como el crujir de hojas secas bajo los pies.

"¿Por qué provocas la ira de mi hijo, Mateyenda?" le preguntó la anciana. "¿Por qué niegas su derecho de nacimiento?"

La Reina de la Selva permaneció tranquila y serena, sopesando una respuesta en su mente, luego: "Porque no veo nada más que maldad y guerra en ese corazón. Haría esclavos de los abamas para reconstruir estas viejas murallas. Sería un gran rey, pero ni su corazón ni su mente son lo bastante fuertes para gobernar sabiamente."

La boca de Galagi se afeó, sus ojos fulminaban, pero antes de que pudiera dar rienda suelta a la rabia que había en él, la mano de la anciana volvió a tocarle la rodilla y ella dijo con energía:

"¡Paz, hijo mío! Déjanos, tú también, Sibitane."

El hijo se puso en pie y Sheena vio que su grandeza no era la grandeza de la grasa, sino de la fuerza. Él se quedó mirándola durante un momento con un tic en la esquina de la boca, luego, sin una palabra, salió de la sala por una puerta detrás del estrado. Sibitane saludó ahuecando las manos, primero a la anciana, luego a Sheena, y se marchó rápidamente.

Cuando desaparecieron de la vista, la anciana soltó una carcajada. "Los hombres son bobos," dijo, "siempre pateando el suelo y bramando como novillos cuando hay mujeres cerca." Se quitó el

velo de la cabeza, revelando una calavera con la piel como las ondas de barro en el lecho de un arroyo seco. Solo sus ojos parecían estar vivos, extraños ojos negros, brillantes con inteligencia. Al mirarlos, Sheena presintió que había visto a esta vieja harpía en algún lugar.

"Acércate, Mateyenda," invitó la otra. "Nosotras podemos hablar sin enfados."

Entonces, cuando Sheena se acercó a sentarse a su lado en el estrado, la anciana levantó un nudoso palo que tenía a mano y golpeó el suelo con él.

"¡La tierra y yo, somos muy viejos!" dijo ella. Y los ojos de Sheena se abrieron de par en par con asombro. La anciana dio una risita, muy complacida con el efecto de sus palabras, luego:

"Te preguntas cómo sé el dicho favorito de N'bid Ela, Mateyenda. Bueno, el dicho era de nuestra madre antes de que nacióramos. Oh sí, fuimos hermanas N'bid Ela y yo. Nuestra madre era Mateyenda en los viejos tiempos y ella vivió en esta torre y tuvo muchos hijos. Pero de todos los que estuvieron con nosotros entonces bailando arriba y abajo a la luz de la luna o del sol, solo quedo yo. Los otros hace mucho tiempo que duermen. Es verdad que soy Neda, antaño primera esposa de Yamo Galagi, y mi hijo es su hijo. ¿Qué dices ahora, hija adoptiva de N'bid Ela?"

La sonrisa de Sheena fue francamente incrédula. Ella dijo: "Cualquier madre kalunda podría reclamar lo mismo para su hijo."

"¡Cierto!" admitió la anciana con una mueca desdentada que evocó solo remotamente una sonrisa. "Pero ¿conocería tal mujer el lugar secreto del entierro de Yamo Galagi? ¿Osaría su hijo tocar el tambor de mi esposo? ¿Conocería el código fetiche que ni siquiera N'bid Ela te enseñó a ti? ¿Quién, digo yo, sino la primera esposa de Yamo Galagi sabría estas cosas?"

Sheena guardó silencio. Había mucho en qué pensar al respecto. ¿Quién, de hecho, sabría estas cosas sino una nacida de la casa real de Lunda? Las afirmaciones de la anciana no podían ser silenciadas con una simple negación. No mientras el tambor de Galagi les

gritara a los oídos de todos los abamas. Pero ¿por qué el tambor había estado en silencio durante tanto tiempo?

"Si esto es así," preguntó Sheena, "¿por qué no se lo hiciste saber a los abamas hace mucho tiempo?"

La vieja Neda escupió en el suelo y sus ojos se iluminaron con una repentina llamarada de ira. "¡Pregúntale eso a la Portuguesa!" le siseó. "Mi hijo era un muchacho cuando su padre cayó en São Salvador. Pero temían la sangre que corría por sus venas y nos cazaron como perros salvajes. Durante mucho tiempo no pudieron atraparnos, pero al final lo capturaron y lo enviaron a la costa a trabajar en las minas. Yo viví en una choza cerca de ese lugar. No era una anciana entonces, pero cuando dejaron marchar a mi hijo yo era como me ves ahora."

"Pero Galagi tuvo muchos hijos," dijo Sheena dubitativa.

"¡Ah, verdad! Pero hubieron malos tiempos entonces. Hermano mató a hermano en la lucha por el asiento de su padre. Como he dicho, de la casa real de Lunda solo mi hijo y yo quedamos. Hemos estado tan lejos que hemos vuelto a nuestro país como extraños. Pocos son los que nos conocen por lo que somos, pero cuando todos los abamas estén reunidos aquí, mi hijo les mostrará la cara, el tambor de Galagi hablará por él, y ellos lo conocerán. como Yamo Galagi renacido. Ahora, te pregunto de nuevo, ¿por qué niegas el derecho de mi hijo? ¿No hay piedad en tu corazón por la hermana de N'bid Ela?"

Una vez más, la Reina de la Selva guardó silencio durante mucho tiempo. Su clara mente ya había barruntado el hecho de que el así llamado Galagi era una mera herramienta en las manos largas de su madre, muy parecidas a las garras de un buitre. Vio todos los sueños codiciosos y todo el odio y la lujuria de venganza ocultos tras la astuta apelación de Neda a sus instintos de mujer, y quedó desengañada. Ella dijo con frialdad:

"No voy a negar el nacimiento de tu hijo, pero cuando los clanes abamas estén agrupados no les aconsejaré que se unan a sus *impis*. No haré esto porque pienso que harás de ellos cazadores de esclavos. Además, sé que la Portuguesa sabrá pronto de tus planes.

Ellos enviarán soldados... "

El bastón de la anciana golpeó el suelo con fuerza, ella acercó la cara a la de Sheena y siseó: "¿Y cómo lo sabrá la Portuguesa? ¿Quién va a decir...? ¡Ah, el joven Bwana blanco es un espía de la Portuguesa!"

"¡No!" La Reina de la Jungla se puso en pie de un salto, aprensiva. Luego, al notar que se había traicionado a sí misma, trató de ocultar su preocupación por Rick tras una sonrisa de desdén. Pero esta fue transparente y la vieja bruja demandó:

"¿Qué es entonces? ¿Qué es él para ti?"

"Él no es nada," Sheena se encogió de hombros. "Lo he despedido..."

"Ah, ¿no piensas nada de él, entonces? Jo jo, pero cuando los hombres de mi hijo lo atacaron, ¡mataste a tres de ellos! ¿Cómo es esto?"

"Él es un cazador," replicó Sheena rápidamente. "Le dimos permiso para cazar marfil en nuestro territorio. Además, los abamas están en paz y no permitiremos que los extraños hagan la guerra en su territorio."

"¡Yahhh!" Sus extraños ojos parecieron clavarse en el cerebro de Sheena y atravesarle la parte posterior del cráneo. Y luego brillaron con un destello de satisfacción, y una carcajada llenó la cámara.

"¡Mientes, hija adoptiva de N'bid Ela!" dijo la anciana cuando recuperó el aliento. "Veo la imagen del joven Bwana en tu corazón... ¡Jo, jo, esto es bueno saberlo!" Luego golpeó el suelo con su bastón, gritando a Sibitane al mismo tiempo. Cuando el *induna* entró e hizo una ceremonial reverencia, ella cruzó las manos sobre el bastón, apoyó la barbilla en ellas y miró a Sheena con un brillo malévolo en los ojos.

"La Mateyenda ha viajado lejos, Sibitane," dijo la anciana al fin, "y quiere dormir. Llévala a su cámara." Luego, cuando Sheena se volvió para seguir al *induna*, añadió: "Pronto tendrás compañía de tu gusto, Mateyenda."

Cuando la cortina de yerba cayó susurrando tras ellos, Galagi llegó desde detrás del estrado del trono. Lanzó una mirada llena de odio a las cortinas, aún moviéndose, y dijo:

"Un cuchillo en el corazón o un poco de haba de Calabar [25] en la comida nos libraría de todos estos problemas rápidamente, madre mía."

El bastón de Neda golpeó el suelo de piedra con impaciencia. "Ella tiene poder sobre los abamas, hijo mío. Ellos la obedecerán y..."

"¡Obedecerla!" Él escupió en el suelo y se golpeó el pecho con el puño. "Yo soy Galagi. ¡Es a mí a quien deben obedecer!"

"¡Verdad! Y pronto serás un gran hombre, hijo mío," le dijo con dulzura. "Pero ahora eres un hombre pequeño, un rey sin esclavos, y con solo un *impi* para cumplir sus órdenes. Los abamas eran la fuerza y el escudo de tu padre, y serán tuyos si eres paciente y me escuchas. Necesitamos este poder de la Mateyenda blanca para ganarnos a los clanes abamas, y cuando eso esté hecho ellos te saludarán como su rey."

Los ojos en él brillaron y el hombre pareció hincharse visiblemente. En su mente vio a todos los guerreros abamas reunidos en la gran plaza: Escudos Negros y Escudos Blancos, plumas blancas y negras agitándose al viento, vio el sol destellar en un bosque de lanzas y oyó su atronador grito de aclamación, el antiguo saludo real: "¡Bayete! ¡Bayete!" hincharse y rodar por el *veld*. Durante un tiempo quedó transportado, y luego su rostro perdió su absorta expresión y se instaló en un ceño fruncido.

"¡Pero ella no querrá hacer eso!" gruñó él. "Ella dice que..."

"No importa lo que ella diga," intervino la madre con su risa seca, "¡Lo hará! Su piel blanca la traicionará. Oh sí, aprendí mucho sobre los blancos de la costa. Son como los monos, solo toman una compañera. Déjala ver al joven Bwana. Déjala sentir la fuerza de sus brazos alrededor de ella y ella será como arcilla húmeda en nuestras manos."

"Eres muy sabia, madre mía. Y puede que sea como tú dices,"

concedió él dubitativo. "Pero mientras ella viva, el poder será suyo, y ella es joven."

"¿No te he dicho que su piel blanca la traicionará? ¿Has olvidado el tabú de N'bid Ela, hijo mío? En su corazón lleva ella una semilla que crecerá hasta destruirla. Ella lo dará todo por este Bwana blanco. Toca tu tambor, hijo mío. Trae al Bwana aquí. Ella pronto querrá irse con él y luego nosotros susurraremos en los oídos de los médicos brujos y..."

"¡Aie, aie!" La luz del entendimiento amaneció en los ojos. "¡En verdad eres sabia! Podría ser bueno que los dejara escapar juntos, entonces no tendríamos miedo de los médicos brujos..."

"¡Idiota!" siseó la vieja Neda. ¡Déjalos escapar y correrán hacia la Portuguesa y le contarán todo lo que saben! Soy vieja, hijo mío. Sólo el deseo de llevarte al asiento de tu padre me ha mantenido con vida. Déjate guiar por mí y todo irá bien. Pero es suficiente por ahora. Toda esta charla me ha fatigado. Quiero descansar ahora, y hay mucho en lo que pensar."

"No hay mucho tiempo," dijo él frunciendo el ceño. "Sólo faltan tres días para el cambio de luna."

"Eso es tiempo suficiente. Toca tu tambor, hijo mío."

Capítulo 7

LA CÁMARA a la que Sibitane condujo a Sheena estaba en el fondo de la torre. Había agujeros de ventilación redondos, no más grandes que un puño, en las gruesas paredes de piedra. El aire era estancado y mohoso. Los últimos rayos del sol se filtraban por las grietas de una estera que separaba una alcoba en la que había una cama de pieles. Se oyó unos chilliditos de rata. Una serpiente siseó en las sombras antes de salir disparada por el suelo —como un destello naranja y negro a la tamizada luz del sol— y desaparecer en un hueco entre dos bloques de piedra tosamente encajados en la pared.

Después de que Sibitane se hubo marchado, la Reina de la Jungla se plantó en el centro de la alcoba con actitud tensa y expectante. Permaneció así durante algún tiempo hasta que retumbó el gran tambor. Una contienda de sonido inundó todo espacio vacío. La vieja torre vibraba al ritmo palpitante, de modo que el polvo y el adobe descascarillado caían del techo de arriba. Sheena permaneció de pie, tapándose con fuerza los oídos con las manos, mientras el tambor lanzaba su mensaje hacia el profundo silencio de la jungla.

Luego, el silencio antes del débil tac-tac de la respuesta de un tambor a la llamada —o la transmisión de las órdenes Galagi, ella no sabía decirlo, y tampoco importaba. Sabía que el mensaje llegaría a los kalundas que Sibitane había dejado con Rick y Ekoti. También sabía que si el grupo kalunda viajaba día y noche, Rick estaría en Massumba antes de que se llenara la luna. Y todo esto porque, en un momento de descuido, los ojos curiosos y astutos de la vieja bruja Neda habían adivinado una verdad que Sheena había tratado de ocultar incluso a sí misma.

Hasta bien entrada la noche se paseó ella por su alcoba como una leona enjaulada. En un momento se estaba diciendo a sí misma que no era responsable de lo que le pudiera pasarle a Rick; que la insensatez de ese joven no tenía fin y que esto era el fruto de la misma; pero al siguiente, la voz de la vieja Neda resonaba hueca en sus oídos: "¡Espía de la Portuguesa!" Y el miedo en ella le subía a la garganta y la hacía jadear por aire.

Por fin, completamente agotada, se echó sobre la cama de tablillas y durmió hasta que una chica kalunda de ojos brillantes la despertó.

La luz del sol entraba por los agujeros de ventilación de la alcoba de la torre y yacía en el suelo como brillantes discos de cobre. Sheena se apartó las mantas de pieles y se puso en pie antes de apartarse de la cara el dorado velo de su cabello. La chica kalunda, una simple niña, la miró fijamente durante un momento de ahogado asombro antes de echar a correr presa del pánico cuando la Reina de la Jungla le sonrió y dio un paso hacia ella.

La niña había colocado en la habitación exterior una calabaza de leche y algunos plátanos sobre una estera. Mientras Sheena se sentaba sobre sus talones, Chim llegó pidiendo su parte de la comida. Ella se estaba bebiendo la leche cuando Sibitane apareció en la puerta y realizó una ceremonial reverencia.

"Si te complace," dijo él tímidamente, "Neda, la Reina Madre, hablará contigo ahora, Mateyenda."

"Me complace," dijo Sheena con una leve sonrisa antes de levantarse para seguirlo. En todos estos altisonantes títulos, en toda esta muestra exterior de respeto, había un hueca burla, pensaba ella. Y sin embargo, algo extraño y triste cobraba vida. Algo que también era despreciable y maligno. Algo que pertenecía a los muertos, como Neda.

Siguió al *induna* por un oscuro pasadizo que terminaba en un estrecho tramo de escaleras.

"Conducen a la cima de la torre," le dijo Sibitane haciéndose a un lado para dejarla pasar. "Le diré a la Reina Madre que la esperas allí."

Sheena subió y lo primero que vio al elevar la cabeza por encima del nivel del suelo de piedra fue el gran tambor de Yamo Galagi. La cima de la torre estaba abierta al resplandor del sol. Un bajo murete de piedra encerraba el espacio cuadrado, en el centro del cual se encontraba el tambor bajo un puntiagudo techo de ramas sostenido por cuatro postes. El tambor capturó nada más verlo la atención de la Reina de la Jungla, y ella avanzó por la plana azotea de la torre

para examinarlo más de cerca.

Era un tronco hueco recortado en forma ovalada y los extremos estaban tapados con madera más blanda. La ranura medía el espacio de una mano en el extremo ancho y se estrechaba hasta una mera rendija en el extremo estrecho. Era la diferencia en el grosor de los bordes de la hendidura a lo largo del tambor lo que le daba al hombre tambor sus dos notas: el borde grueso que era la voz masculina y el borde delgado la voz femenina. Excepto por el tamaño y las extrañas tallas que llenaban sus agrietadas superficies, aquello no se diferenciaba de los grandes tambores de guerra que ella había visto en las aldeas abamas.

Ociosamente, se preguntó qué pensarían los médicos brujos si ella hacía que el tambor pronunciara su *nadan*, su nombre tambor, y luego enviaba un retumbante y estruendoso mensaje por la jungla. En un impulso, metió la mano en la ranura en busca de las baquetas, pero la sacó rápidamente ante el sonido de la cacareante carcajada de Neda. Sheena se giró y vio a la anciana renquear hacia ella sostenida por Sibatane y su bastón.

"¡Cuidado, Mateyenda!" le advirtió Neda. "Solo los de la sangre real pueden tocar el tambor de Galagi. ¡Y no hay una gota de eso bajo tu piel blanca!"

Había desafío en los ojos de la anciana, y la expresión de Sheena se volvió pensativa. ¿Creía de verdad la vieja bruja que se le iba a marchitar mano si ella, una mujer blanca, recogía los palos? Puede que así fuera, pues pesar de todos los fraudes, la mayoría de los médicos brujos creía en sus propios poderes mágicos. Y entonces una idea le pasó por la mente. Sheena entornó los ojos mientras dejaba que esa idea madurara.

Sibatane se retiró a una distancia respetuosa y la vieja Neda se sentó en el taburete que él le había colocado a la sombra de las ramas del techo.

"¡BATE el tambor si te atreves, hija adoptiva de N'bid Ela!" la desafió Neda.

"No me apetece batirlo," dijo Sheena distraídamente.

"¡Eso es bueno para ti!" dijo la anciana con su seco cacareo. "Pero yo he venido a hablar de otra cosa. Hemos atrapado al espía de la Portuguesa. Los tambores dicen que estará aquí en la mañana de luna llena."

Sheena se encogió de hombros y dijo: "Es una locura traerlo aquí. Él tiene muchos amigos en la costa y, si le pasa algo, pronto lo sabrán. Él no es nada para mí, pero tú te vas a crear muchos problemas, creo yo."

Neda mantuvo fijos sus extraños ojos en el rostro de la Reina de la Selva y continuó como si no hubiera oído las palabras de Sheena: "Cuando yo era joven, los enemigos de mi esposo fueron llevados a esta torre después de que los médicos brujos los hubieran olisqueado bien. ¿Ves allá?" Neda señaló con su bastón y Sheena, mirando en la dirección indicada, vio un largo tronco de árbol, recién desramado, equilibrado sobre el parapeto de piedra. Su extremo estaba amarrado a herrumbrosas grapas de hierro que se hundían en el techo de piedra, y había un largo rollo de cuerda de ratán al lado.

"En los viejos tiempos," continuó Neda con los ojos aún fijos en el rostro de Sheena, "los que se atrevían a desobedecer a Yamo Galagi se bajaban hasta perros salvajes desde un poste como ese. Yo vi morir a muchos de ese modo, pero ninguno rápidamente, pues la cuerda los mantenía a mitad de altura sobre las rocas y los perros debían saltar para desgarrarles la carne. Oh, sí, al amanecer muchos vivían aún, pero con poca carne en las piernas."

El color había dejado el rostro de la Reina de la Jungla. La anciana dio una carcajada y prosiguió: "El joven Bwana es muy fuerte, dice Sibitane. Vivirá mucho tiempo, creo yo. Sí, él morirá de viejo si la Mateyenda ve en mi hijo a un verdadero Galagi." "

Sheena experimentó la vaga sensación de náuseas que siempre llegaba con el súbito cumplimiento del miedo, por muy esperado que este fuera. Los músculos de sus piernas se tensaron cuando una impulsiva energía la indujo a saltar y hundir el cuchillo en la garganta de su atormentador. Pero matar a Neda no iba a salvar la vida de Rick ni a los abamas de la esclavitud. Y había otro modo. Siempre había un modo.

"¿Qué dices ahora, Mateyenda?" la voz de la anciana interrumpió sus pensamientos.

"Cuando la luna esté llena hablaremos de esto otra vez," respondió Sheena con engañosa calma.

Los ojos de la anciana la fulminaron venenosamente, pero Neda se limitó a asentir y decir: "¡Bien! Habla con el joven Bwana sobre ello cuando llegue. Nosotros queremos ser vuestros amigos. No negamos vuestro derecho y, si algún daño le ocurre a tu Bwana blanco, será por tu propia mano. Piensa en eso, Mateyenda. No hay esperanza para él si hablas en contra de mi hijo."

La sonrisa de Sheena fue enigmática. "Nunca digas del árbol de *ajap* con fruto que no da más que hojas," murmuró antes de dar media vuelta y bajar los escalones.

Abajo en la terraza, Sheena se detuvo para otear el *veld*. Un grupo de guerreros abamas ya estaba acampado a la sombra de Massumba. No había viento, y el humo de sus fuegos de cocina se elevaba recto el aire estropeando la vista de la carretera de las caravanas, pero a través de la neblina ella podía ver el destello de la luz del sol en el metal, y eso le decía que otra banda pronto aumentaría el número en el campamento bajo las murallas.

Frunciendo el ceño, fue a su habitación y se sentó en la cama para resolver los detalles del osado plan que se le había ocurrido en la azotea de la torre. A medida que este plan se aclaraba, ella lo contemplaba con una especie de estremecimiento mental. Se preguntó qué pensaría Rick del plan y, al instante, decidió que no iba a contarle nada. Él pronto lo sabría y tendría buenas razones para llamarla diabla después de la salida de la luna mañana por la noche.

Era avanzada la tarde y el fantasma de una luna llena se cernía sobre el *veld*, Sibitane llegó para decirle a Sheena que Rick y Ekoti habían llegado a Massumba.

"Si te complace, te llevaré con ellos ahora, Mateyenda," dijo él con su tono difidente.

Ella lo siguió afuera hasta la terraza. En su primera mirada a su alrededor, Sheena vio que el gran tambor se había bajado de la torre y yacía ahora sobre una plataforma de troncos a corta distancia de lo alto de los escalones, donde estaría a plena vista de los abamas cuando estos se congregaran en la gran plaza. Una leve sonrisa de satisfacción apareció en los labios de la Reina de la Jungla mientras seguía al *induna* por la terraza hasta el lado opuesto de la torre. Dos de los Escudos Negros se apoyaban en sus lanzas ante una puerta abierta. Sibitane se hizo a un lado, hizo una reverencia y Sheena entró en una cámara exactamente igual a la suya.

Ekoti estaba agachado sobre los restos de una comida, y Rick llegó cruzando la cortina de la alcoba cuando el jefe abama pronunció el nombre de Sheena. Rick la saludó con una intrigante sonrisa y dijo:

"Debíamos volver a encontrarnos en la aldea abama, pero parece que has cambiado de opinión."

"No he cambiado de opinión," dijo ella con frialdad. "Y habla en suajili. Estas paredes oyen."

Rick alzó la ceja izquierda. "Estamos en problemas, ¿eh?" Pero él no parecía estar muy preocupado al respecto, y eso la molestó y ella dijo bruscamente:

"Si te quedas en este país siempre causarás problemas, a ti y a tus amigos."

"Bueno, sé cómo resolver de mis propios problemas," replicó él.

"Ah, ¿eso crees?" El tono en ella fue cáustico, y prosiguió: "Eso está bien, debo hablarte de este problema para que puedas resolverlo rápidamente." Ella se sentó sobre los talones y le dio un claro y conciso relato de todo lo que había sucedido, omitiendo solo los detalles de su última charla con Neda. Lo dejó parcialmente consciente de su peligro, pero ella no pudo decirle más de sí misma de lo que consideraba bueno que él supiera. Cuando hubo terminado, él miró hacia el techo, silbó suavemente y luego buscó a tientas en los bolsillos la pipa y el tabaco. El rostro de Ekoti tenía un ceño fruncido, y luego el jefe abama dio lengua a la pregunta

que tenía en su mente:

"¿Harás lo que dice esta bruja, Sheena? ¿Harás que este perro kalunda sea el jefe de todos los abamas?"

"No voy a traicionar a los abamas," respondió Sheena y le lanzó a Rick una mirada penetrante. Pero si él sentía miedo, no se le notaba en el rostro. Él solamente asintió en señal de aprobación y siguió metiendo tabaco en el cuenco de su pipa. A ella le gustó su calma, y pensó que su barba, negra y rizada ahora, mejoraba su imagen, le daba un aspecto más serio y acentuaba su virilidad. Ella sonrió y agregó como una ocurrencia tardía: "Y no voy a traicionar a mi amigo."

Rick levantó la vista rápidamente, frunció el ceño y luego: "Hiciste todo lo posible para mantenerme fuera de este lío. Yo tendré que arriesgarme a partir de ahora. Hablaré con Galagi. Tal vez pueda convencerlo de..." "

"Si haces eso me causarás problemas," se apresuró a intervenir Sheena. "Te pido que no hables con nadie y que no salgas de esta habitación antes de que salga la luna. Prométeme que harás esto por mí."

Su lenta sonrisa vino y se fue. "Señorita," dijo, "nunca tendrá usted que pedirme nada dos veces. Pero tienes algo en mente. ¿El qué?"

Ella lanzó una significativa mirada hacia la puerta abierta y negó con la cabeza. Luego extendió la mano y dijo: "Dame un poco de tabaco."

La perplejidad en él se reflejó en su rostro cuando ella transfirió parte del tabaco de la bolsita de Rick a la bolsa unida a sus pantalones cortos de piel de leopardo. Ella ignoró la pregunta en esos ojos y se volvió hacia el jefe abama.

"La hinchazón ha desaparecido de tu pierna," observó ella.

Ekoti sonrió, estiró la pierna y flexionó los poderosos músculos de la pantorrilla. "Hay una gran magia en las pequeñas botellas de Bwana, Sheena," dijo Ekoti. "Siempre que nuestra gente es mordida

por la mataovejas, se muere. Sería bueno que Bwana viviera en mi aldea durante un tiempo y te enseñara su magia."

Ella lanzó una mirada de soslayo en dirección a Rick. «Así que,» pensó ella, «se ha ganado a Ekoti hacia su forma de pensar.» El rostro de Rick mostraba solo impasible inocencia, pero detrás de esa barba ella sabía que él estaba sonriendo con aire de suficiencia, muy complacido de su astucia. Ella ignoró la sugerencia de Ekoti y dijo:

"Al salir la luna, Galagi tocará su tambor y se mostrará a los abamas. Recuerda, hasta entonces, has prometido no hablar con nadie. Yo me voy ahora."

"¡Un momento!" Rick se interpuso rápidamente en su camino. "No sé lo que tienes en mente, Sheena," prosiguió él con gravedad. "Pero sea lo que sea, puede que no salga como piensas. En el sendero te llamé diabla y, antes de que te vayas, tengo en el corazón decirte que lamento haberlo dicho."

Ella le dirigió una mirada larga y firme, luego "Si supieras lo que está en mi mente, no lo lamentarías, creo yo. Tú no me conoces bien aún, Rick Thorne." Y con eso y una leve sonrisa, ella lo dejó.

De vuelta en su propia alcoba, la Reina de la Jungla tomó el tabaco de su bolsa de *dacca* [26] y, con una boca torcida, lo masticó hasta convertirlo en una pasta húmeda. Luego recogió un poco de la leche que había reservado en la calabaza y la vertió cerca del hueco entre las piedras por el que había visto desaparecer la serpiente color naranja. Entonces retrocedió varios pasos y se sentó en los talones a esperar. Chim saltó desde la cama hasta su lado. Él le dio un tirón en el pelo y corrió hacia la puerta, pero como ella no lo siguió, él saltó arriba y abajo, regañándola.

"¡Silencio, pequeño!" le dijo ella. "Sé que no te gusta este lugar. Nos iremos pronto. ¡Ahora silencio!"

Chim le hizo una fea mueca y volvió enfurruñado encima de la cama. Pasaron los minutos y poco después la serpiente salió de su agujero y reptó lentamente hacia la leche. Sheena frunció los labios y empezó a silbar suavemente tres notas agudas repetidas una y

otra vez. En ese momento, la serpiente levantó la cabeza, que tenía forma de flecha, y una lengua bífida y temblorosa entraba y salía de la boca. Pronto la serpiente se meció como una caña al viento al ritmo de las peculiares notas, y Sheena se acercó con cautela. Luego, con felina eficacia, extendió la mano para agarrar la serpiente por la nuca y, con la rapidez de un rayo, le escupió el jugo de tabaco dentro de la siseante boca.

Ese era un viejo truco que N'bid Ela le había enseñado, y uno que, cuando lo realizaba un médico brujo experto, nunca dejaba de asombrar a su audiencia, pues el efecto de la nicotina era casi instantáneo, los músculos de la serpiente se abultaban y la criatura se quedaba rígida. Entonces el médico brujo declaraba que la había convertido en un palo. Y luego, después de un tiempo, para total y absoluto asombro de los espectadores, frotaba la serpiente entre las palmas de las manos y la devolvía a un estado de furiosa y letal animación.

Había una luz fría en los ojos azules de la Reina de la Jungla cuando llevó a la serpiente paralizada hasta su cama y la tapó con una de las pieles. Verdaderamente ella era una diabla, pensó Sheena. Pero la astucia debe igualarse con astucia, y el mal debe combatirse con el mal.

Durante el resto del día ella se quedó sentada en la cama en melancólico silencio. No habló cuando la chica kalunda le trajo la cena, y tampoco tocó la comida.

Una vez se levantó para exprimir un poco más de pasta de tabaco en la boca de la serpiente, cuando esta mostró signos de recuperarse de su letargo.

Cuando Sibitane vino a buscarla, ella levantó la piel de la cama y se la echó sobre los hombros como un *kroos* nativo. Ningún signo de la tensión interior que sintió se mostró en su rostro mientras seguía al *induna* hacia la terraza.

Una luna grande y fría había salido al *veld*. Esta inundó la gran plaza con abundante luz y guiñaba en las puntas de las lanzas de los Escudos Negros, quienes estaban escudo con escudo, hilera sobre hilera, en la escalera ante la torre. Sus lanzas formaban una erizada

barrera que contenía a los emocionados abamas congregados en el recinto, y que ahora avanzaban a empujones para tener una mejor vista de la ceremonia de creación del rey.

Un gran griterío se elevó cuando Sheena avanzó por la terraza y se detuvo cerca del tambor. Pronto salieron Rick y Ekoti escoltados por Sibitane y media docena de guardias kalundas. El *induna* los detuvo en el lado opuesto de la terraza y luego se irguió, tan derecho y rígido como el asta de una lanza, para mirar hacia la entrada principal de la torre.

Se hizo el silencio cuando Galagi salió a la luz de la luna, una espléndida figura con su tocado de plumas y sus ropajes de abalorios. Fue seguido de cerca por Neda, que parecía un fantasma con su velo blanco y vaporoso. La anciana buscó a Sheena con la mirada y se acercó renqueando al tambor. Apoyándose en su bastón, miró a la cara de la Reina de la Jungla y dijo en un sibilante susurro:

"Ha llegado la hora, Mateyenda, de que digas si el joven Bwana vive o muere. ¡Mírale, hija adoptiva de N'bid Ela! ¡Ay ay, que alto y guapo! Mátalo y su cara te atormentará para siempre!"

Sheena bajó la mirada hacia los ojos de la vieja bruja y pensó que nunca había visto un rostro más malvado ni se había enfrentado a un espíritu más inflexible. Aquellos extraños ojos parecían poseer una cualidad de resistencia que hacía inútil oponerse y, por primera vez, la duda golpeó su resolución. Sheena se estremeció como helada por el aire nocturno y debajo de su capa de piel pareció frotarse los brazos. Mirándola con atención, la vieja Neda dijo con su seco carcareo:

"En los brazos de ese que está allá no tendrías frío, Mateyenda."

Los ojos de la Reina de la Selva ataparon y reflejaron la luz de la luna en una fría llama azul.

"¡Hueles a muerte, vieja bruja!" la fulminó Sheena. "¡Apártate de mí!" Hizo un rápido movimiento como para golpear, y la anciana retrocedió con asombrosa agilidad.

Y en ese momento Galagi levantó ambas manos por encima de la cabeza. Su imponente figura llamó la atención de todos y, cuando se hizo el silencio, envió lejos su voz por encima de las cabezas de la multitud en la plaza.

Capítulo 8

"HIJOS MÍOS, os he llamado a Massumba en esta hora sagrada para que podáis mirar el rostro de vuestro rey. Yo soy Galagi, el Hijo del Elefante, el Agitador de la Tierra. El hijo de Yamo Galagi, quien os hizo grandes en la guerra y ricos en ganado y esclavos. Su espíritu es el mío. Su voz está en este tambor. Vosotros lo habéis oído y los médicos brujos os han dicho estas mismas cosas. Sin embargo, entre vosotros puede haber quienes no crean lo que han oído. Aunque ningún hombre es tan insensato como para no creer lo que ven sus propios ojos. Así, esta noche y en presencia de todos, haré que el tambor hable el código fetiche de los Galagi." Hizo una pausa para que se asimilaran sus palabras y luego prosiguió:

"Es bien sabido que los Galagi pusieron una maldición en su tambor. También es bien sabido que solo aquel en cuyo cuerpo mora el espíritu de Yamo Galagi puede tocar este tambor y vivir. Si hay alguno entre vosotros que dude de esto, que dé un paso al frente y toque el tambor!"

Un murmullo como el del viento en altas cañas surgió de la masa de abamas, pero ningún hombre se movió ni levantó la voz para responder al antiguo desafío del rey de Lunda. Y entonces Sheena arrojó su capa sobre el tambor y avanzó hacia el lado de Galagi. Su voz sonó clara y distinguible:

"¡Guerreros abamas, él dice la verdad! Esto es como dice él, nadie sino uno digno de comandaros puede tocar este tambor. Yo he viajado muy lejos para aconsejarlos sobre esto. Oíd mi consejo entonces: si este hombre que está ante vosotros toca el tambor y ningún mal le ocurre, saludadlo como vuestro rey. ¡Ahora, dejad que el Galagi toque su tambor!"

La vieja Neda se acercó sigilosamente a su hijo. "¡Jo jo!" cacareó ella. "¿No te dije que lo haría? Esta es tu hora, hijo mío. Toca el tambor. ¡Tócalo te digo!"

Sheena no había dejado de retroceder en dirección a Rick y a Ekoti. Se pausó y apretó los labios mientras el Galagi echaba a un lado su

capa y buscaba los palos dentro del tambor. Un instante siguiente dejó escapar un chillido y se tambaleó hacia atrás mirándose el dorso de la mano.

Todos los ojos estaban fijos en él y, entre sobrecogido silencio, todos lo vieron caer de rodillas gimiendo de miedo. Sibitane, los guardias, Rick y Ekoti, todos estaban de pie como hombres convertidos en piedra. Y entonces sonó el grito de Neda, agudo y penetrante. La plaza se llenó de una repentina agitación y la calamidad estaba suelta.

Sheena estaba cerca de Rick ahora y, como un rayo de luz, se abalanzó sobre Sibitane. Lo inesperado de su ataque hizo al *induna* tambalearse hacia atrás hasta chocar con uno de sus hombres, y luego Rick y Ekoti despertaron de su trance. Rick derribó a uno de los guardias de un terrible puñetazo. Ekoti aplastó a otro y, arrebatando la lanza de la mano del hombre mientras caía, pronunció el grito de guerra abama y hundió la lanza en el pecho de un tercero. Y ahora la vieja Neda estaba señalando al suelo y chillando:

"¡Fue una serpiente... ¿véis? ¿Mirad! ¡Un truco! ¡Matadla! ¡Matadla!"

Sibitane y dos de sus hombres se abalanzaron sobre Sheena.

Ella saltó atrás para evitar el ataque de sus lanzas, tropezó con el cuerpo de uno de los guardias caídos y cayó de espaldas. Vio la lanza de Sibitane destellar, y luego a Rick llegar cargando para embestir al *induna* en el estómago con la cabeza gacha. Rick se recuperó rápidamente y, con la luz de la batalla en los ojos, se interpuso entre Sheena y las lanzas de los kalundas. Con las manos desnudas, rechazó el primer ataque, dándole tiempo a ella para ponerse en pie. Cuando Sheena se enderezó, Ekoti entró rugiendo en la refriega y los dos kalundas cayeron bajo sus veloces ataques de lanza.

En estos momentos de conmoción y confusión, el éxito del cuidadosamente elaborado plan de la Reina de la Jungla estaba en precario equilibrio. Nadie conocía mejor que ella el poder que la imaginación operaba en los miedos supersticiosos. En cualquier

momento, el pánico desbandaría a los abamas, dejando a Rick y Ekoti a merced de Neda y de los Escudos Negros de Sibitane.

Durante un instante quedó indecisa y luego cruzó la terraza hacia el tambor. Un instante después, la gran voz del tambor retumbaba el *nadan* de Sheena. El efecto sobre los abamas fue como magia. Vieron a su dorada Mateyenda, reconocieron que estaba en peligro y oyeron el tambor de Galagi pronunciar sus órdenes. Respondieron a su llamada con el grito de guerra abama y cargaron hacia los escalones. Los Escudos Negros se quebraron bajo la furia de tal embestida y los abamas subieron rugiendo por la escalera en una ola negra que lo expulsaba todo a su paso. Neda y su hijo estaban directamente en el camino de los Escudos Negros, ahora presos del pánico, y cuando la marea de la batalla se extendió por la terraza, dejó sus pisoteados y quebrados cuerpos a su paso.

Expulsados hacia un rincón con sus espaldas a la torre, los Escudos Negros soltaron sus lanzas y suplicaron piedad. Ekoti regresó caminando hacia donde Sheena y Rick estaban junto al gran tambor.

"¿Cuál es tu voluntad con estos perros kalundas, Sheena?" preguntó Ekoti.

"Déjalos vivir," dijo la Reina de la Selva. "Solo vinimos para silenciar este tambor, Ekoti. Que se construya un fuego debajo de él, y luego reúne a tus guerreros en la plaza. Tengo palabras para ellos."

Mientras él iba a cumplir sus órdenes, los ojos de Sheena se fijaron en algún objeto distante y ella dijo en voz baja:

"Es bueno para mí que hayas venido en este viaje, Rick Thorne. De no ser por ti, la lanza de Sibitane me habría enviado al Kloof Negro." Ambos se alejaron cuando dos abamas llegaron para prender fuego al tambor, y él no respondió hasta que estuvieron a la sombra de la torre. Entonces:

"Tuve una charla con Sibitane después de que nos dejaras," dijo él con cuidado. "Creo que, sino hubiese sido por ti, yo habría sido alimento para los perros en poco tiempo."

La consternación abrió los ojos de la Reina de la Jungla y ella puso un ligero tartamudeo en su discurso. "Tú prometiste... tú... ¿qué más te dijo?"

Él cruzó los brazos sobre el pecho y miró a la luna. "Nada," dijo. "Nada en absoluto." Pero la sonrisa estaba ahí, provocativa, desafiante. Ella preguntó:

"Volverás a la costa ahora."

"No tengo eso en mente," dijo él complacientemente. "Volveré a la aldea abama con Ekoti y su gente."

Ella lo miró fijamente, preguntándose cuánto le habría contado Sibitane, pero el rostro de Rick era inescrutable y no le decía nada, y antes de que pudiera fisgar más profundamente, Ekoti fue a decirle que los abamas estaban esperando ahora oír sus palabras.

El tambor de Galagi estaba ardiendo brillantemente, crepitando y escupiendo chispas. Sheena se colocó a la luz de las llamas y, en respetuoso silencio, los abamas esperaron a que ella diera a conocer su voluntad.

"Guerreros abamas," les dijo, "lo habéis hecho bien. Un gran mal creció aquí en Massumba, pero vosotros lo habéis arrancado de raíz con vuestras lanzas. Ahora volved en paz a vuestras aldeas. Si sois sabios, diréis a vuestras mujeres que expulsen de sus aldeas a los méedicos brujos que os engañaron con palos. Marchad ahora, pueblo mío, y que los dioses que vigilan el cruce del río hagan que el camino de regreso a casa sea rápido y fácil para vosotros. ¡He hablado!"

Hubo un momento de absoluta tranquilidad, y luego el saludo real brotó espontáneamente de los abamas:

"¡Bayete! ¡Bayete!"

Lanzas destellaron hacia arriba y de nuevo el atronador grito de aclamación sacudió la vieja muralla de Massumba.

La elegante Reina de la Jungla estaba bañada por el resplandor rojizo del tambor en llamas, con la cabeza levantada y los ojos

azules encendidos, era una Diosa dorada envuelta en una llama de orgullo.

Y viéndola así, Rick se quedó mirándola y se preguntó qué era lo que le había hecho pensar que esta soberbia criatura, que tenía mil lanzas a sus órdenes, se iba a bajar alguna vez de su alto lugar para seguir a un pobre cazador blanco hasta la costa.

FIN

Sheena, Reina de la Jungla - Libro 3

Sargazo de Safaris Perdidos

por

James Anson Buck

____oOo____

Tambores salvajes envían la advertencia de Sheena por el bosque hasta los oídos de invasores blancos. Sabios que no evidencian tabúes tribales y que saben que los insensatos mueren rápido en los prohibidos senderos de la jungla del Congo.

Capítulo 1

EL LEÓN tenía a Sheena acorralada. Un león viejo, cicatrizado y melencólico, de planos y quietos ojos amarillos, y solo la punta de su cola moviéndose. Un león viejo, pero aún así peligroso, mantenía a raya a Sheena y a Chim, el mono, en un nicho triangular en la roca.

Chim se movía inquieto gimiendo un poco y Sheena, sin apartar los ojos del león, dijo: "Silencio. No te muevas."

Ella habló con calma, manteniéndose rígida.

Sheena, por supuesto, no había previsto del todo esta emergencia. Había cruzado un claro de camino a un embalse de agua donde podría encontrar antílopes para comer. Había habido leones entre la hierba alta a unos cien metros de distancia, apenas algo que pudiera dar problemas a Sheena, la Reina de la Selva. Había pasado junto a ellos con el viento a favor. Era el final de la tarde, y para el final de la tarde la mayoría de los leones tenían la barriga llena, sobre todo cuando yacían tranquilamente al sol.

Pero el viejo león aún no se había alimentado.

"¡Corre, por aquí!" le había gritado a Chim. Había habido un *kopje* más adelante, un montículo rocoso de quizá unos diez metros de altura.

Ella podía haber disparado flechas a la bestia en ese mismo momento, pero había sabido que los finos dardos no serían certeros si se lanzaban tan deprisa y a un blanco en movimiento. Posiblemente ambos podrían escalar por la roca a tiempo y dejar atrás al león. O como poco hacerlo dudar de seguirlos, se quedaría quieto y sería un blanco más fácil antes de que entrara en el nicho.

El león, sin embargo, los había seguido de inmediato y, cuando ella había llegado al nicho, Sheena se había percatado de que no había tiempo para trepar más arriba y se había dado la vuelta para enfrentar a la bestia.

Ahora esta dio un paso adelante y Sheena vio que cojeaba. Miró a la pata delantera izquierda y vio las púas de puercoespín y la fea hinchazón. Entonces lo entendió. Un león nunca aprende con los puercoespines y es incapaz de resistirlos; entonces, con una garra llena de púas, el león era incapaz de perseguir a las bestias más veloces. De ahí que buscara a las criaturas bípedas más débiles.

Sheena sonrió un poco. Comenzó a hacer un suave ronroneo. El león ladeó la cabeza, intrigado. Lenta y deliberadamente, ella se descolgó del hombro el arco de madera de *nahete*. Estiró la mano hacia el otro hombro y sacó una flecha del carcaj.

El disparo tendría que contar. Las flechas pequeñas no tenían la potencia de impacto de una lanza o una bala, y la primera tendría que perforar el corazón. Si no lo hacía, bueno, había otra oportunidad entonces, el puñal árabe de empuñadura de marfil a su lado.

Estas eran las armas de Sheena, estas y sus rápidos sentidos y su sabiduría de la jungla. Con ellos, la hija huérfana de un explorador blanco había crecido entre las bestias y los nativos del vaporoso Congo para convertirse en la indisputable reina de la selva. Ella ya era una vista familiar para muchas tribus y seres salvajes. La veían como una alta y joven diosa, delgada y bronceada, que caminaba a grandes zancadas a través de la hierba del león con la cabeza y los hombros en alto, o que dibujaba un borrón dorado sobre la verde jungla al acelerar entre las copas de los árboles. Su piel de leopardo se le pegaba al torso mostrando cada graciosa curva. Muñequeras, aretes y ligeros brazaletes de oro puro eran sus adornos, aunque ella habría sido lo bastante hermosa sin ellos.

Ahora colocaba la flecha con cuidado en el arco. Los ojos del león destellaron: al instante siguiente saltaría.

Sin esfuerzo, Sheena tensó el arco rápidamente hasta que la punta de la flecha tocó la madera. Se oyó un chasquido sordo. No fue en absoluto el fuerte tañido de la flecha al alejarse volando —la cuerda se había roto. La flecha colgaba flácida en su mano.

Chim, aterrorizado, chilló: "¡Chii-chii-chii-chii-chii!"

El león saltó.

Sheena saltó también. Torciendo en el aire violentamente, cayó encarada hacia adelante sobre el lomo del león. Sacó el largo cuchillo árabe a su costado.

Agarrando el cuchillo con el pulgar y el índice, comenzó a hundirlo entre las costillas de la bestia justo detrás de su hombro izquierdo. Estaba atacando en busca del corazón, ojalá pudiera aguantar el tiempo suficiente. El león se debatía y arañaba y lanzaba aterradores gritos de rabia, pero ella le enganchó el cuerpo con las rodillas y se sujetó firmemente a su melena con la mano libre.

El león, encabritándose salvajemente, se estrelló contra la pared de roca del nicho justo cuando Sheena había retirado el cuchillo para otro golpe. La mano de Sheena golpeó la roca. La punta del cuchillo quedó enganchada durante un instante en el granito y, cuando el león descendió de nuevo, a Sheena el arma se le había caído de la mano.

Agarró rápidamente la melena del león con la otra mano y se aferró con más fuerza. Miró el flanco del león y vio que estaba manchado de sangre. Quizá en un momento se cansaría y hundiría la rodillas. Quizá su corazón ya había sido perforado.

Echando un vistazo por el rabillo del ojo, vio que Chim había subido a la cima del *kopje* ahora y estaba allí de pie, saltando arriba y abajo y parlotando. Entonces ella vio sus flechas caídas allí en la punta del nicho.

"¡Chim!" chilló ella. "¡Las flechas!"

El mono parlotaba y saltaba arriba y abajo.

Sheena apretó los labios. A veces Chim la entendía y a veces no. Y claro, cuando entendía olvidaba lo que había empezado a hacer antes de llegar a mitad de camino.

"¡Flechas, Chim! ¡Flechas!" chilló ella de nuevo. Soltó su agarre el tiempo suficiente para señalarlas.

Chim bajó la vista y la levantó de nuevo. Parecía desconcertado.

El león trataba ahora de morder y arañar a la cosa bípeda que había en su espalda. Sheena tiraba de la melena en la otra dirección cada vez que él hacía eso. Sin embargo, sabía que no podía seguir así para siempre. El poderoso rey de las bestias probablemente tendría más resistencia que Sheena, cuyos suaves músculos de elástico acero podían cargar a un hombre adulto por una liana *ngoji* hasta la copa de un árbol.

"¡Flechas, Chim!" exclamó ella con energía.

Chim se rascó la cabeza, avanzó hasta la mitad de la pared rocosa, se detuvo, miró las flechas que habían caído del carcaj de Sheena durante su salto giratorio y miró a Sheena de nuevo.

Se oyó un súbito "¡tuang!"

Como por arte de magia, una flecha apareció en el flanco del león a centímetros del hombro de Sheena. La bestia se revolvió violentamente para morder el dardo. Las patas se volvieron repentinamente inestables. El león se desplomó.

Sheena miró hacia la cima de la roca. La flecha había salido desde esa dirección. No vio a nadie. Frunció el ceño. Tuvo en ese momento un curioso recuerdo de otra época en la que alguien le había salvado la vida al dispararle a un león abalanzándose sobre ella, solo que había sido con una bala, no con una flecha. En aquel entonces ella se había enfrentado a la bestia solo con su cuchillo, un rifle había tronado dos veces y el animal había muerto en el aire. Entonces había aparecido un hombre blanco que se había llamado a sí mismo Rick Thorne. No como otros hombres blancos que ella había conocido: él había sido alto, y su cabello negro como el ala de un cuervo, y sus ojos como la niebla gris. Había despertado en ella un extraño sentimiento. Desde entonces ella había vagado por muchos senderos de la jungla con Rick Thorne, pero en este momento él se encontraba en el lejano territorio de los bilinas llevando a la civilización el cargamento anual de colmillos de marfil de la tribu. Parecía haber pasado demasiado tiempo desde que él se había ido, y últimamente Sheena se había estado preguntando si dirigirse o no en esa dirección.

Entonces, de repente, el león cayó y rodó de costado. Sheena se liberó de un salto. La bestia se estremeció, sus patas traseras se movieron varias veces y, después de eso, estaba muerta.

Chim, parlotteando por todo lo que le era querido y haciendo muecas con los labios abiertos, llegó corriendo hasta Sheena con una de las flechas caídas en la mano.

Ella negó con la cabeza tristemente, tratando de no sonreír. "Ahora ya no la necesito, tonto," le dijo.

Entonces recordó la flecha que había salido de la nada y miró rápidamente a la cima de la roca. Una cabeza asomó lentamente por el borde y apareció a la vista. Estaba sonriendo. Perteneecía a un hombre negro de enormes mejillas como manzanas de ébano, y tres o cuatro gordas papadas. Llevaba el casco de garra de un subjefe.

Chim vio al recién llegado y montó un escándalo de inmediato.

El negro dio una carcajada. Fue una risa rica y grave que salió de sus inmensas profundidades. Señaló al mono. "La chica blanca," dijo, "tiene más valor que su hermano pequeño."

No había malicia en el comentario. Una broma así iba con intenciones amistosas. Sheena le devolvió la sonrisa y dijo: "Chim no tiene miedo. ¡Solo quiere protegerme de las criaturas de aspecto extraño que aparecen de la nada!"

El gordo soltó una carcajada. Se deslizó pesadamente por el borde de la roca y, con muchos gruñidos y gemidos, comenzó a bajar.

Chim empezó a imitar los gruñidos y gemidos.

"Silencio, Chim," dijo Sheena. Luego al negro, "Hablas la lengua de los bilinas."

Ahora él estaba frente a ella y aún sonreía. "Así es. Soy K'ando, subjefe de los bilinas. Y tú eres Sheena."

Ella arqueó una ceja. "¿Cómo lo sabes?"

Él agitó los dedos, que eran gruesos pero ágiles y elegantes, y dijo:

"Hasta las olas de los dos océanos lejanos conocen a Sheena."

Sheena sonrió entonces. "Y le has salvado la vida a Sheena. Sheena te debe una deuda."

"Hay un modo de pagar esa deuda," dijo K'ando. "De hecho, busqué a la Reina de la Selva en muchos *kraales* antes de que me enviaran por aquí."

"¿Sí?" dijo Sheena en voz baja y esperó.

K'ando bajó los ojos. "Hay un gran problema entre mi gente, los bilinas." Medio entonaba con esa voz rica y profunda suya mientras hablaba. "¿Conoces a los Hombres Espíritu?"

Ella pensó. Había oído rumores de los Hombres Espíritu de vez en cuando, aunque en realidad ella nunca se los había encontrado. Eran un grupo secreto con miembros dispersos en lugares extraños, algo así como la Sociedad Leopardo que antaño aterrorizó a toda África. Se suponía que ellos conocían todos los secretos de la magia.

"¿Qué pasa con los Hombres Espíritu?" preguntó ella.

"Están entre nosotros," dijo gravemente K'ando. "El hijo de nuestro jefe, Poko Na, regresó de una larga visita a lugares lejanos donde aprendió algunas de las costumbres del hombre blanco, pero también encontró la maldad de los Hombres Espíritu. Ahora él y los guerreros de la sociedad reciben mucho tributo, especialmente en marfil. Como sabes, las tierras de los bilinas hace mucho tiempo que se han vuelto infructuosas de grano y de ganado, y la tribu vive solo de su marfil, el mejor de todos. Debido a los Hombres Espíritu, muchos están débiles, muchos mueren de hambre entre las aldeas. "

"Pero ¿qué puedo hacer yo para ayudar?" preguntó Sheena.

K'ando frunció el ceño. "Yo no tengo ningún plan. Sin embargo, mi gente conoce el nombre de Sheena y piensan en Sheena como una diosa blanca, una diosa de la magia misma. Tal vez podamos hacer que la magia de Sheena sea más fuerte que la de los Hombres Espíritu."

Sheena tuvo una idea de pronto. "El cazador blanco, Rick Thorne;

¿ya ha dejado el territorio de los bilinas?"

"Él estaba esperando que reunieran el marfil cuando me fui," dijo K'ando. "Solo había una pequeña carga este año, y él comentó sobre eso."

Sheena miró por un momento el cálido cielo sin fin y las nubes altas.

"Sheena piensa," dijo K'ando.

"Sí." Ella asintió lentamente. "Sheena piensa que algo de magia, tal vez, es obra de los espíritus. No la de los médicos brujos ni la de los Hombres Espíritu, sino la magia de la jungla misma. Sheena ha visto cosas extrañas. A veces una tiene una sensación extraña en el estómago, y esta sensación parece advertir que no se emprenda un determinado viaje."

"¿Sheena tiene esa sensación ahora?"

"No lo sé," dijo ella en voz baja. "Es muy difícil saberlo." Y luego, abruptamente, sonrió, se apartó los rubios mechones de la cara y dijo: "Iré contigo, K'ando. Juntos veremos qué podemos hacer con estos Hombres Espíritu."

Capítulo 2

RICK THORNE atravesaba la espesa jungla tomando un atajo hacia el ancho río que pocos cazadores blancos se habrían atrevido tomar. Había encontrado un rastro de caza que la mayoría de los ojos habrían pasado por alto: era simplemente un lugar donde la jungla estaba un poco menos enredada. El gran negro Tawani de su safari iba delante de él cortando el camino con un machete. Unos veinte porteadores los seguían. Una docena de ellos llevaban marfil, un colmillo cada uno. Los colmillos eran enormes y magníficos, duros y blancos hasta la médula como siempre se sabía que era el famoso marfil de los bilinas. Cada año, en esta época, los bilinas enviaban un cargamento de marfil a la costa, confiando solo en Thorne para que se ocupara de esto, y luego depositaban las ganancias en los fondos tribales. Se les pagaba una parte en dinero, pero sobre todo en bienes de cambio, y con estos la tribu compraba comida, ganado y otras necesidades a sus vecinos más afortunados y con mejores tierras.

El territorio de los bilinas estaba en una larga y árida ladera que ascendía hasta una cadena montañosa. Era difícil de encontrar, aún más difícil de atravesar, y solo los cazadores blancos como Rick Thorne lo habían visto alguna vez. La mayoría de las fabulosas artes de la jungla de Rick, de hecho, se habían desarrollado en largas caminatas con Sheena. Él miró un poco a su alrededor y medio deseó que la Reina de la Selva estuviera allí con él ahora mismo.

Todo estaba demasiado silencioso, pensó Rick. El susurro de la brisa en las copas de los árboles se había detenido. Los loros ya no graznaban. Parecía como si los mismos insectos hubieran dejado de zumbar alrededor de la cabeza y hombros.

Rick se volvió, miró a los negros y vio que ellos miraban a su alrededor intranquilos también.

"Deprisa. ¡Paso más rápido!" les exclamó Rick tranquilamente. Confiaba en llegar a un cierto riego pantanoso antes de que oscureciera. Ahora estaba a solo dos marchas de la aldea principal

bilina, al haber salido temprano esa mañana antes de lo peor del calor del sol. Unas horas más allá del pueblo había entrado en la jungla. Hacía calor y humedad aquí bajo los árboles, pero al menos los rayos directos del sol no le daban en la cabeza y los hombros.

El muchacho en cabeza se dio la vuelta, apuntó a los árboles con el machete y dijo: "¡Yuyu bikitelo, Bwana!"

Rick sintió ganas de sonreír, pero no lo hizo. Tampoco reprendió al negro por decir que los espíritus y la magia se estaban reuniendo. Hacía mucho tiempo que había aprendido a no regañar ni burlarse de esos sentimientos. Coincidió a cambio. Dijo en el mismo dialecto congoleño: "Sí, la magia se reúne, pero si somos rápidos, podremos escapar de ella antes del anochecer."

Los demás murmuraron entre ellos sobre esto durante un momento y luego decidieron seguir adelante. El muchacho en cabeza empezó a cortar la maleza de nuevo.

Rick no dejaba de mirar a su alrededor, alerta, pero lo hacía con disimulo y poco movimiento para que los demás no se alarmaran. Tenía que admitir que él también sentía algo extraño en el aire. Algo más que el pesado silencio, algo que no se veía ni se oía, pero que hacía que le picara el dorso de las manos. No espíritus, por supuesto, pero tal vez algo igualmente digno de atención. Rick había caminado entre la selva el tiempo suficiente para saber que existían instintos y premoniciones.

El sendero se estrechó poco después. Las columnas de luz del sol entraban por el moteado techo de la jungla en una inclinación más pronunciada, y la vida de la jungla adquiría la irreal tranquilidad del anochecer del Congo. De repente, casi sin previo aviso, el pequeño safari entró en una zona pantanosa donde los árboles eran menos densos y crecían en estanques de agua negra. Una rana asustada, del tamaño de un perro pequeño, saltó de un tronco podrido y se oyó un gran chapoteo, y una serpiente de agua de color marrón oscuro reptó fuera del sendero a centímetros del pie de Rick.

Él se volvió, sonrió y levantó la mano para dar el alto. "Hemos llevado un buen ritmo. ¡Aquí descansamos esta noche!"

Los portadores, devolviéndole la sonrisa, empezaron a descargar los colmillos.

Un disparo y un rebote cortaron el denso silencio. Una astilla de corteza voló del árbol justo al lado de Rick a la altura de la cabeza.

"¡Al suelo!" les gritó Rick a los portadores.

Él siguió su propio consejo. Se tiró al suelo al instante y, en el mismo movimiento, arqueó el rifle Mauser hacia el hombro. Rodó de modo que este apuntara en la dirección del disparo. Al otro lado del pantano, donde la jungla llegaba a su linde, podía flotando ver un plumoso remolino de humo gris. Mantuvo la mira firmemente esperando a que algo se moviera.

Pero en lugar de ver algo, oyó algo. Fue una voz fuerte y aguda, y hablaba inglés con un cierto acento que él no pudo ubicar del todo. "¡Perdón, viejo!" exclamó. "¡No te vi con los mendigos al principio! ¿Puedo mostrarme?"

"¿Quién eres tú?" exclamó Rick enojado.

"Lavic es el nombre. Ferdinand Lavic, solo estaba cazando por aquí." Y entonces, un hombre alto con pecho de barril, vestido con pantalón caqui salió de entre los árboles. Sostenía en diagonal delante de él un Mannlicher-Schöenauer construido según el estándar. Llevaba un sombrero de fieltro sudafricano a su estilo, con un ala sujeta a la corona a un lado, y botas de cordobán pulidas como espejos incluso aquí en la jungla más profunda. El hombre tenía tal vez cuarenta años. Su rostro estaba toscamente afeitado, rojizo y marcado de viruelas. Llevaba un bigote ocre, peinado hacia arriba en las puntas, y sus ojos eran de un intenso azul brillante.

Rick se levantó. "Debería tener más cuidado donde dispara esa elegante arma suya," le dijo al hombre.

Lavic, acercándose ahora, dio una carcajada. "Perdóneme, amigo mío. Esta jungla me ha estado poniendo de los nervios. No hemos visto nada de caza desde que dejamos el río."

"¿Hemos?"

"La condesa Narcissa y yo," dijo Lavic. Incluyó hacia un lado la cabeza. "Tenemos un pequeño campamento a un par de kilómetros de aquí, donde hay un arroyuelo. Me sentiría honrado si compartiera la cena con nosotros. ¿Y su nombre, señor?"

"Rick Thorne," dijo Rick. No dejaba de mirar al hombre que se hacía llamar Lavic. Había decidido que el hombre o bien era un inútil paleta inglés en la selva o estaba aquí por algo diferente a la caza. Este no era un territorio de caza en absoluto. Un hombre tenía suerte si encontraba agua para sus porteadores en esta parte de la jungla.

Rick dijo: "No puedo retrasarme mucho. Estoy ansioso por llegar río abajo antes de que comiencen las lluvias."

"Le aseguro, Sr. Thorne, que no le retrasaremos. Tenemos una caja de té de la India que puede que le tiente. Y..."

El recién llegado dejó de hablar de golpe. Su inquieta mirada había visto los colmillos que yacían en el suelo.

"Marfil," dijo Rick con un leve sarcasmo.

"¡Sí, juraría que lo es!" Los ojos de Lavic se agrandaron. Dio un paso adelante, se arrodilló, pasó las manos por uno de los colmillos y silbó.

"Parece que reconoce el buen marfil cuando lo ve," dijo Rick.

Lavic se puso en pie y volvió a sonreír. "Oh, me dedico a coleccionar cosas, ¿sabe?. Tengo un conocimiento superficial del marfil y de la joyería y de esa clase de cosas."

Rick sonrió. "También conoce bastante bien la jungla, diría yo. Ya puede decirle a esas otras personas que salgan de los arbustos y dejen de cubrirle."

La sonrisa de Lavic desapareció. Su rostro decayó. Fue como si se le hubiera caído una máscara; por un instante, hubo maldad profundamente grabada en esa expresión. Luego él se tornó afable una vez más. Hizo una media reverencia. "Debo felicitarle por su extraordinaria vista, Sr. Thorne. No se ofenda, por supuesto, solo es

precaución ordinaria." Se volvió hacia el lugar por donde había aparecido y gritó: "Está bien, Narcissa."

Una mujer, acompañada de tres negros, entró en el claro. Esta vez fue Rick quien sintió ganas de silbar. Ella estaba quizá a veinte metros, pero incluso a esa distancia él podía ver que era notablemente hermosa. Era oscura; su piel era olivácea. Tenía el pelo negro azabache recogido en la cabeza y atado por la espalda. Llevaba un sombrero de fieltro como el de Lavic, con un suave velo de mosquitera colgando de un lado y bajo la barbilla hasta el hombro opuesto. Su holgado pantalón caqui no podía ocultar su forma de andar grácil y ligera, casi felina.

"Narcissa," dijo Lavic, medio inclinándose de nuevo; "permíteme presentarte al Sr. Rick Thorne. Sr. Thorne, esta es la condesa Narcissa."

"¿Cómo está, Sr. Thorne?" La voz era profunda, gutural, y ella se acercó a él con la mano extendida. Llevaba esmalte de uñas rojo oscuro. A Rick le recordó las garras de un leopardo, manchadas después de una matanza. "Por favor, perdone nuestra excesiva precaución, Sr. Thorne. Disparamos porque solo vimos a sus negros y pensamos que podrían ser nativos hostiles." Su voz tenía aún más acento que el de Lavic, pero de nuevo, Rick no podía dictaminar qué clase de acento era.

"No se preocupe," dijo Rick. "Estas cosas pasan." Tomó la mano ofrecida y la notó firme, pero gélida como el hielo. Ella sonrió provocativamente al retirarla

Lavic dijo: "¿Cenará con nosotros entonces?"

"Sí. De acuerdo," dijo Rick. "Y gracias." Habría preferido la compañía de sus propios negros y de la jungla, pero estos eran, después de todo, otros blancos, y a cientos de kilómetros de la nada parecía cortés aceptar.

"Mira el extraordinario marfil que el Sr. Thorne ha adquirido, querida," dijo Lavic a la condesa.

Ella avanzó hacia uno de los colmillos caídos. Se arrodilló y lo

acarició. Rick medio esperó que ella ronroneara.

"El marfil no es mío," dijo Rick. "Solo lo estoy llevando de parte de los bilinas. Ellos hacen un envío anual del material y ese es su único medio de subsistencia."

"¿Los bilinas?" dijo la condesa. El tono le pareció a Rick demasiado inocente.

Rick dijo: "Le contaré todo sobre ellos por el camino. Bien podríamos ir a su campamento ahora. Oscurece rápidamente por estas partes."

"Sí, por supuesto," dijo ella sonriendo.

Rick se giró hacia sus porteadores y les dio las nuevas instrucciones. Ellos frunció el ceño mientras se echaban al hombro los pesados colmillos de nuevo; pero, como de costumbre, no cuestionaron una decisión de Bwana Rick. Detrás de él, Rick oyó a Lavic murmurar a sus propios tres negros, pero no prestó mucha atención a ello en ese momento. Momentos después, todo el grupo serpenteaba por un segundo sendero de caza con el gran Tawani abriendo paso al frente a machetazos, y Rick le estaba hablando a Lavic y a la Condesa sobre los bilinas y su envío anual del marfil que obtenían de alguna misteriosa fuente.

No habían caminado ni cinco minutos cuando Rick notó que solo dos de los nativos de Lavic estaban presentes. Él frunció el ceño. "¿Dónde está su otro muchacho?"

"¿Qué otro muchacho?" dijo Lavic inocentemente.

"Había tres cuando la condesa entró en el claro..."

"Oh, sí, claro. Por supuesto." Lavic habló apresuradamente ahora. "Envié uno por delante para anunciar nuestra llegada. Para que avise a los guardias del campamento, ya sabe."

Rick miró a Lavic con dureza, pero el rostro del hombre estaba en blanco. Rick no pudo decidir si el hombre era muy perspicaz o muy insensato. Lavic caminaba por la jungla con una especie de zancada militar —hombros atrás y erizado bigote hacia adelante— y se

sugería una decadente aristocracia en sus maneras. Solo que esta no era del todo real, no sonaba del todo verdadera.

Rick había retrocedido un poco ahora, de modo que caminaba junto a la condesa Narcissa. Ella le sonrió cálidamente. "Yo diría, Sr. Thorne," dijo, "que esos inmensos colmillos de marfil son toda una tentación."

"¿Se refiere a robárselos a los bilinas?" Él rió. "Aunque quisiera, yo no sería capaz de venderlos. El gobierno regula eso."

"Pero hay formas de ir más allá de las regulaciones, ¿no?"

"Supongo que las hay. No he hecho un estudio al respecto. He pasado casi todo el tiempo en la jungla."

"Ah, entonces quizá haya visto a los elefantes de donde provienen estos colmillos. ¡Deben de ser bestias tremendas!"

Rick negó con la cabeza. "Dudo que algún hombre blanco los haya visto, o los vaya a ver alguna vez. Por lo que puedo deducir, están en una especie de valle oculto que solo conocen los bilinas."

"Sí, creo haber oído un rumor en ese sentido," dijo la condesa. Rick la miró de reojo y vio que ella miraba hacia adelante con una expresión profundamente pensativa. Ella lo miró abruptamente. Esos ojos oscuros se movieron de un lado a otro, examinándole el rostro. Ella bajó la voz. "¿Es posible, verdad, que un hombre como usted que conoce mucho de la jungla pueda encontrar ese valle oculto?"

Rick se encogió de hombros. "Podría llegar a él. Aunque no tengo intención de intentarlo."

"Pero con una riqueza como esa podría usted tener todo lo que quisiera en las mejores ciudades del mundo. Tal vez quiera formar una... asociación con alguien que le divierta y le agrade. Yo no soy poco atractiva, ¿verdad?"

Esta vez él la miró con leve sorpresa.

Ella se rió de él. "¿Por qué sorprenderse? Puede que sea una

condesa, pero tengo que vivir como todo el mundo. Prefiero vivir bien si puedo. No me creo por encima del uso de los encantos naturales con los que pueda contar para hacerlo..."

En este punto, Lavic retrocedió un poco, posiblemente sospechando de la queda voz de la condesa. Él sonrió a la dama como un lobo, y luego a Rick. "La condesa," dijo él; "siempre encuentra a los nuevos huéspedes interesantes."

Ella lo ignoró y caminó a grandes zancadas con el rostro perfectamente inescrutable.

Rick olió el humo de la fogata en ese momento. El sendero se ensanchaba aquí. Delante podía ver pirámides de palos y bidones de gasolina convertidos en teteras que siempre marcaban una parada de safari. Notó vagamente que Lavic se había movido a su lado y se estaba pegando demasiado. Le recorrió un súbito escalofrío de instintiva advertencia. Esto tampoco estaba del todo bien, nada de eso...

Salvas ensordecedoras llegaron de pronto desde el follaje a ambos lados del sendero. Todo sucedió en un instante. Hubo dispersas flores de fuego, cada una palpitando durante un momento en la cada vez más profunda oscuridad de la jungla, y había virutas de humo gris por el sendero. Rick giró en redondo y vio a sus porteadores detenerse y caer. Supo en esa misma fracción de segundo que Lavic era el responsable de la emboscada.

Giró en redondo hacia Lavic. El hombretón, al primer sonido de los disparos, ya había saltado sobre Rick, y ahora le agarraba el rifle Mauser con ambas manos e intentaba arrebatárselo. Rick se debatía violentamente pero Lavic aguantaba. Rick tiró del rifle e hizo perder el equilibrio al cazador de elegante atuendo, de modo que chocaron entre sí. Lavic era pesado y duro. Fue Rick quien tropezó hacia atrás. Dobló las rodillas de repente y Lavic le pasó por encima, pero el rifle se les escapó a ambos y cayó con un ruido sordo hacia un lado.

Rick se puso en pie de un salto, giró y vio que Lavic, detrás de él, había hecho lo mismo. Los dos hombres se enfrentaban ahora buscando una abertura. La máscara de amistad de Lavic había

desaparecido y había ahora una expresión de fría y concentrada codicia. Ambos hombres llevaban pistolas, pero no hubo tiempo para desenfundar. Justo antes de que Lavic se abalanzara, Rick vislumbró a los nativos que les habían disparado y que ahora saltaban desde el follaje hacia el sendero. Vio que iban vestidos con pantalones cortos y camisetas, como askaris, y que cada uno llevaba una carabina barata y un cinturón de municiones colgado al bies al hombro. De modo que Lavic había traído su propio pequeño ejército al territorio de los bilinas. La gente no traía ejércitos solo por deporte de caza mayor.

Lavic se abalanzó dando puñetazos. Sus brazos eran como enormes grúas surcando el aire. Rick se agachó bajo el primer golpe y envió un fuerte directo al abdomen de Lavic. Allí había un bloque de músculo. Lavic resistió el golpe con facilidad. Rick intentó un rápido gancho ascendente a la mandíbula, pero Lavic juntó los codos y lo bloqueó.

Entonces el hombre colocó uno de esos salvajes derechazos. Alcanzó a Rick en el lado de la cabeza, causándole luces parpadeantes ante los ojos, haciendo que la jungla se meciera de un lado a otro. Rick se dobló, y empezaba a levantarse cuando vio que se acercaba otro martillazo. Logró esquivarlo por los pelos y decidió embestir con los hombros las rodillas de Lavic. Lavic cayó al suelo. Rick se colocó en cuclillas y saltó, llegando hasta Lavic con los brazos abiertos. Se sentó a horcajadas sobre él, le cercó con las rodillas y comenzó a sujetar y a golpear, sintiendo el impacto de sus propios puñetazos en las muñecas y los nudillos en cada golpe. A Lavic comenzó a nublársele los ojos.

De pronto, unas manos fuertes y rudas tiraron de los hombros de Rick. Él se giró. Al parecer, varios askaris habían terminado de matar a los porteadores y ahora se estaban volviendo contra él. Él trató de zafarse, intentó soltarse de las manos y ponerse en pie de nuevo para enfrentarlos. Fue inútil. Lo apartaron de Lavic como si fuera un muñeco de trapo y lo pusieron en posición vertical.

Rick pateó y luchó como un demente. En cierto punto se liberó de verdad, pero volvieron a cercarle. Momentos después lo tenían inmovilizado en el suelo. Fueron necesarios cuatro para retenerlo allí.

Lavic se asomó sobre él ahora. Lavic estaba sonriendo, pero no afablemente.

Rick lo miró serenamente y dijo: "Así que no eres más que un furtivo de marfil, ¿eh, Lavic? No creerás que vas a salirte con la tuya, ¿verdad?"

"Pues claro que me saldré con la mía, amigo mío," dijo Lavic riendo. "Nadie sino nosotros sabrá nunca lo que ha sucedido. Verás, esto es una especie de póliza de seguro. No estoy convencido de poder encontrar este valle oculto de donde vienen los enormes colmillos, pero al menos puedo regresar con este pequeño cargamento tuyo. Eso compensará algunos de los problemas y gastos que he asumido."

Así que por eso Lavic estaba en el territorio de los bilinas, pensó Rick. El tipo debía de haber oído algo sobre valle oculto y sobre los elefantes gigantes que vivían allí, y había razonado correctamente que si un hombre podía llevar tan solo cincuenta de esos tremendos colmillos, tendría una fortuna considerable. Y Lavic, como había sugerido la condesa, probablemente sabía cómo mercadearlos sin entrar en conflicto con las autoridades. Solo había una intrigante pregunta. "¿Cómo supiste que los bilinas tenían un valle escondido de donde provenía su marfil?" Preguntó Rick.

Lavic sonrió. "Cuando uno da la vuelta al mundo como yo he hecho," dijo crípticamente, "hace amigos."

"Y enemigos," dijo Rick mirándolo fijamente.

"Quizá. Pero no me preocuparé por usted, Sr. Thorne.

"Si estás pensando en matarme," dijo Rick, "no lo recomendaría. Mucha gente me conoce en el territorio. Si no llego a tiempo con ese envío de marfil, mucha gente van a empezar a buscarme. Si me encuentran asesinado, te perseguirán dondequiera que vayas."

Esta vez Lavic se rió enormemente. Se volvió hacia la condesa y dijo: "Este me subestima, ¿no es así?" La condesa frunció el ceño, pensativa. Lavic miró a Rick de nuevo. Sacudió la cabeza. "No, amigo mío," dijo, "no seré tan rudo como para dispararte. Eso sería un lío, ¿no? Lo que tengo en mente es muy simple. Te ataré

firmemente y con cuero sin curtir a uno de estos grandes árboles. Morirás de hambre, o tal vez seas presa de alguna bestia merodeadora, pero para cuando te encuentren, el cuero sin curtir se habrá podrido y habrá desaparecido; no dura mucho sin cuidado en la jungla húmeda. Por tanto, simplemente te encontrarán muerto y sin pruebas de haber sido retenido a la fuerza. ¿Qué opinas de eso? Bastante inteligente, ¿no crees?"

Rick no respondió. No había nada que hacer ahora salvo reservar las fuerzas y esperar un cambio de algún tipo.

Lavic se volvió bruscamente hacia sus askaris y bramó una serie de ásperas órdenes.

Un momento después, estos habían apoyado a Rick contra un árbol de bambú de grueso tronco y estaban enrollando tiras de cuero sin curtir firmemente a su alrededor. Rick no dijo nada. Ni siquiera hizo un sonido cuando el cuero le mordió más fuerte de lo necesario aquí y allá.

La condesa se acercó a él, lo miró un momento y luego se encogió de hombros. "Lo siento," dijo ella. "Ferdinand tiene razón, por supuesto. Es necesario que nos llevemos tu marfil en caso de que falle nuestro otro plan. Lástima que tengamos que dejarte así, pero así es como suceden las cosas a veces, ¿eh?"

Rick seguía sin responder ni cambiar su llana expresión, pero ahora que ya no podía depender de que la condesa cambiara de parecer o de padecer, sintió que su última brizna de esperanza había desaparecido de golpe.

Capítulo 3

ERA CERCA de la puesta del sol cuando Sheena, Chim y el gordo jefe K'ando entraron en la aldea principal de los bilinas. Las sombras eran alargadas detrás de las chozas y de las estacas de la empalizada. La luz sobre todo era rojiza y vagamente irreal. Los guerreros bilinas formaban en hileras a ambos lados del claro central, pues los tambores habían informado de la llegada de Sheena y de K'ando, y los bilinas se había preparado para darles la bienvenida.

Sheena caminaba como siempre, con los hombros hacia atrás y la cabeza alta. Había realeza en cada paso. Los guerreros por los que ella pasaba sentían esa realeza y se erguían un poco más. Eran guerreros altos, estos bilinas; magníficamente formados y sin las habituales cicatrices y marcas de tatuajes que estropeaban sus esbeltos cuerpos. Llevaban escudos hechos con tiras del famoso marfil de los bilinas; sus lanzas eran de hoja ancha, brillantes y afiladas. Algunos llevaban tocados de plumas que agregaban medio metro más a su altura.

Al final del claro, otro alto nativo estaba sentado en una algo insolente postura sobre un ancho cojín tapizado de piel de leopardo. Incluso a esta distancia, Sheena podía ver que sus ojos estaban fijos en ella. Eran profundos ojos color café y parecían acechar desde cuevas excavadas en un rostro cincelado en basalto. Este hombre llevaba como adornos laterales dos colmillos de marfil en miniatura que comenzaban en su diadema y se curvaban a lo largo de los lados de las mejillas como afiladas fauces.

K'ando, solo un paso detrás de Sheena, le susurró. "Ese es Poko Na, el jefe de los Hombres Espíritu, quien espera para recibirte. Esto es malo. Solo el Supremo Jefe debería recibir a Sheena."

Sheena asintió, avanzó un poco más y luego, bruscamente, Poko Na alzó una mano con la palma hacia afuera. Su voz era chillona pero penetrante. Y para sorpresa de Sheena, él hablaba un inglés de Oxford que sonaba doblemente incongruente viniendo de este

salvaje bárbaramente adornado. "Perdón," dijo el hombre. "Tendrás que detenerte y arrodillarte. En señal adecuada de respeto y todo eso. Muy necesario para mantener mi posición con estos salvajes."

Sheena se tomó un instante para alzar las cejas con sorpresa, luego se recuperó rápidamente. Con sutil desprecio, respondió en dialecto bilina, en lugar de inglés. "Sheena," dijo ella, "no le pide a nadie que se incline ante ella. Ni se inclina ante nadie tampoco."

Ahora fue Poko Na quien arqueó las cejas. "Querida, querida," dijo él. "Esperaba que no fueras terca, ¿sabes? Me temo que debo insistir. Y si te niegas..." Miró hacia los guerreros en hilera a ambos lados.

A modo de respuesta, Sheena siguió avanzando.

"¡Kaa-ti! ¡Lai-e-te!" les bramó Poko Na a los guerreros. Su orden iba dirigida a cuatro negros excepcionalmente altos que lo flanqueaban.

Los guerreros saltaron hacia Sheena. Sheena se movió tan rápido que no fue más que algo borroso. Ella saltó hacia adelante y se encontró con el primero de los guerreros antes de que él hubiera recorrido la mitad de distancia hacia ella. El guerrero no tuvo ocasión de levantar la lanza. Sheena se dobló veloz, embistió con los hombros al guerrero en la cintura y luego, agarrándolo por las piernas y el cuello, se lo colocó sobre los hombros. Sheena giró tres veces, con los pies rutilando con gracia como en una pirueta. Al final del tercer giro, dejó que el gran guerrero saliera volando de los hombros y se estrellara horizontalmente contra los dos siguientes, derribándolos a todos.

El cuarto guerrero se quedó allí sorprendido, indeciso. Con desgana, levantó un garrote de púas, como para lanzarlo.

Sheena recogió del suelo la lanza caída del primer guerrero. La agarró cerca de la hoja con las manos ligeramente separadas, dio unos raudos pasos y clavó el mango en el suelo. Su propio impulso la llevó hacia arriba y hacia adelante, como en un salto con pértiga. Balanceó los pies hacia adelante mientras surcaba así el aire, y sus talones, muy juntos, se estrellaron contra la mandíbula del cuarto guerrero con un crujido audible.

El guerrero se tambaleó hacia atrás antes de caer desplomado.

Sheena se puso en pie con ligereza, giró en redondo y levantó ambos brazos. Todo había ocurrido en unos segundos y los restantes guerreros estaban boquiabiertos por la sorpresa. "¡Escuchad, guerreros bilinas!" chilló ella. "¡Sheena solo viene en ayuda y nunca en cólera! Una gran magia protege a Sheena. ¡Solo hay muerte y tristeza para cualquiera que quiera hacerle daño!"

Los negros se miraron unos a otros nerviosamente, y varios murmuraron entre ellos. Sheena se volvió de nuevo hacia Poko Na, quien estaba sonriendo. "Muy bueno, en verdad, Sheena. Digamos que has ganado... este asalto al menos. No me interesa hacer de este asunto un problema ahora mismo."

"Demuestras sabiduría," dijo Sheena con una pizca de sarcasmo.

Poko Na se giró a la izquierda y aplaudió. Varios negros se apresuraron hacia el área detrás de las chozas. "Debes de estar cansada del viaje. Haremos un festín. Entonces podrás decirme a qué has venido. Aunque..." y aquí miró a K'ando; "Me atrevo a decir que puedo adivinarlo."

Otro cojín de piel de leopardo fue traído para Sheena y ella se sentó allí, esperando pacientemente mientras Chim se subía a su hombro y miraba a Poko Na, quien evidentemente le había desagrado al instante. Un momento después, mujeres y hombres mayores empezaron a aparecer de detrás de las chozas portando copas con largo mango hechas de troncos de bambú ahuecados. A cada uno de los guerreros se le entregó una, y Sheena notó que todos bebían con avidez. Tragaron la sustancia y luego tiraron las copas al azar para que las mujeres y los ancianos las recogieran.

Poko Na la vio observando y sonrió. "Cerveza cafre [27], ya sabes, como la que encuentras en cualquier *kraal*, pero con una ligera diferencia. La sazono con alcohol de mijo. Tienen prohibido acercarse a la pequeña destilería que he instalado fuera en la jungla. Creen que tengo un poder mágico que convierte la cerveza en una «bebida de valor» como ellos la llaman. Inteligente, ¿eh?"

Sheena lo miró a los ojos. "Sí. Supongo que es inteligente. Y

supongo que hay una razón detrás de eso."

"Puede que la haya," admitió Poko Na alegremente. "Aunque eso no es asunto tuyo, ¿verdad?"

"Lo que les ocurre a los bilinas o a cualquier otra tribu siempre es asunto de Sheena," dijo ella tranquilamente. "K'ando me ha dicho que has organizado un grupo de Hombres Espíritu dentro de la tribu que piden tributo a los demás. Eso no me gusta."

"Eres bastante entrometida, ¿no?" dijo Poko Na mirándola a los ojos. "Había oído hablar de Sheena antes de regresar, algunos misioneros, bastante bobos por cierto, me proporcionaron educación, ¿sabes?, pero francamente no esperaba esta clase de interferencia."

"Hablando de interferencia," dijo Sheena, "¿dónde está el jefe supremo?"

Poko Na adoptó una voz piadosa. "Tuvo un accidente de lo más desafortunado en la jungla. Un leopardo, creemos."

"O sea, lo asesinaste," dijo ella llanamente.

Poko Na sonrió, pero no respondió.

"¿Y quién se convierte en jefe ahora?"

"Nominalmente, tu amigo K'ando," dijo Poko Na. "Pero no puede recibir el *kaross* ^[28] de su oficio hasta la próxima luna llena."

"Que será en unos días."

"Sí. Cierto. Y, por supuesto, cierto que pueden pasar muchas cosas en unos días, ¿verdad?"

"Ya veo," dijo Sheena. Una de las mujeres le puso delante un cuenco humeante de budín de maíz, pero Sheena no hizo ningún movimiento para tocarlo. Ella seguía mirando a Poko Na. "Otra pregunta. ¿Qué hay de Rick Thorne, el cazador blanco, y del cargamento de marfil de la tribu? ¿Ha habido alguna noticia?"

"Un mensajero regresará aquí e informará cuando él llegue al río," dijo Poko Na. Luego sonrió un poco misteriosamente y dijo: "Si es que llega al río."

Sheena ya tenía claro que estaban sucediendo muchas cosas entre bastidores; algo de lo cual lo podía deducir y algo de lo cual solo lo podía suponer. Que Poko Na tenía la intención de gobernar la tribu de una forma u otra era bastante evidente. Al parecer, mientras el jefe supremo aún viviera, él era incapaz de detener el cargamento de marfil que debía llevar a la costa, pero Sheena estaba convencida de que Poko Na no tenía ninguna intención de permitir que ese marfil llegara a la costa ni que la tribu obtuviera los beneficios de esa venta. Dedujo que Poko Na tenía intención de hacerse con toda la riqueza de la tribu y luego abandonar la jungla y regresar a la civilización con su nueva fortuna.

Mientras Sheena pensaba en estas cosas, se oyó un repentino clamor en la puerta de la empalizada tras ella. Todos los guerreros volvieron la cabeza en esa dirección y Poko Na se levantó. Sheena giró también. Dos ancianos que hacían de guardianes de los portones abrían tirando de las grandes puertas y, mientras lo hacían, un alto guerrero, reluciente de sudor, entró tambaleándose. Estaba jadeando. Se dirigió directamente a Poko Na, se arrodilló, extendió las manos ante él y mantuvo la cabeza gacha.

"¡Habla!" Ordenó Poko Na.

"¡Hombres blancos se acercan, oh, Jefe Espíritu!" dijo el negro. Señaló hacia el noroeste. "Los vimos desde la Colina de los Tambores seguidos por porteadores y askaris, cruzando la Llanura Amarilla."

"¿Vienen en esta dirección?" Poko Na estaba frunciendo el ceño.

El negro negó con la cabeza. "Se mueven hacia las montañas sagradas."

Poko Na recorrió el claro con la mirada aún fruncida entre sus pensamientos. Finalmente miró de nuevo al mensajero y dijo: "Esta noche pregunto a los espíritus. Ellos aconsejarán."

Sheena y K'ando intercambiaron miradas. Algo andaba mal aquí, el comportamiento normal habría sido que Poko Na formara un grupo de guerra e investigara de inmediato a los recién llegados. La propia Sheena miró hacia la puerta abierta y luego, cuando volvió a mirar a K'ando, vio que el gordo jefe le había leído la mente. Obviamente, él también pensaba que sería una buena idea investigar el safari de este hombre blanco. Solo que era probable que Poko Na, por alguna razón, no quisiera que Sheena se marchara y realizara tal reconocimiento.

Ella decidió no esperar el permiso de Poko Na.

Justo cuando el mensajero se estaba levantando para retroceder respetuosamente, Sheena se movió. Saltó de su cojín casi demasiado rápido para que el ojo la siguiera, ciertamente demasiado rápido para que el cerebro del guerrero reaccionara. Recogió una lanza de uno de los guardias personales de Poko Na y corrió a lo largo del claro con su cabello rubio ondeando tras ella y Chim aferrándose precariamente a su cuello. Los guardianes de las puertas se recuperaron de su sorpresa en ese momento y empezaron a cerrar los grandes portones de bambú. Sheena, aún corriendo, arrojó la lanza, la cual pasó entre las puertas que se cerraban asustando a los porteros y haciéndolos alejarse a ambos lados. Sheena oyó la voz áspera de Poko Na gritando detrás de ella: "¡Cerradlas! ¡Idiotas, cerrad las puertas!" Pero fue demasiado tarde. Ella ya había llegado a las puertas y estaba atravesando la delgada abertura. Lanzas volaron en el aire. La linde de la jungla estaba un poco más adelante y, a solo unos pasos de distancia, una colgante liana *ngoji* conducía a las frondosas alturas de un árbol gigante.

Sheena saltó, se curvó con gracia en el aire y se agarró a la liana. Usando solo las manos, subió veloz por la rama con Chim aún colgando de ella como si su vida le fuera en ello y, un momento después, ella desapareció en el denso follaje. Entonces corrió entre las copas de los árboles saltando, columpiándose en lianas, corriendo por las ramas más robustas y, minutos después, los gritos de los guerreros bilinas, los Hombres Espíritu, quedaron ya muy atrás.

Pero otro sonido la alcanzó. Antes de que pasara otro minuto oyó el excitado poc-poc-poc-poc-poc de los tambores de guerra y luego,

ante ella, otra especie de tamborileo, grave y retumbante. Miró ella varias veces entre los huecos despejados de las copas de los árboles y vio la vaporosa nube por delante elevándose sobre un tramo de jungla. Era una de esas tormentas rápidas vespertinas que comenzaban justo antes de la temporada de lluvias. Vio que tendría que atravesarla para llegar hasta las montañas sagradas.

Rick sintió en las mejillas las primeras y frías salpicaduras de la lluvia y movió hacia arriba fatigados ojos de pesados párpados. Solo podía ver moteados tramos de cielo a través del frondoso dosel de la jungla, pero ahora veía que esos moteados tramos eran grises. Los rayos del sol habían desaparecido. Estaba oscureciendo más. Un relámpago brilló de pronto, latiendo en forma de una gran sábana fantasmal durante solo un instante, luego desapareció. Segundos después llegó el trueno, que retumbó como una estampida de búfalos gigantes a través de la jungla. Rick levantó los labios con avidez hacia la lluvia. Tenía los labios resecos y agrietados ahora, y sentía la lengua hinchada. Había pasado amarrado al árbol una larga noche y un día caluroso y húmedo. Durante la noche, y durante las primeras horas de la mañana, había logrado quedar despierto, manteniéndose lo más quieto y tranquilo posible para reservar las fuerzas. Sabía que era inútil luchar con las ataduras. Aferrarse a la consciencia y a la vida misma era lo único que podía hacer.

Aunque antes de que la mañana se hubiera ido, el gris, y luego la negrura, habían descendido. En algún momento del día, el sol en movimiento había enviado un rayo de calor abrasador sobre su cabeza, haciéndola palpar tan dolorosamente que se había despertado durante un rato.

Pero aquí estaba el agua, el agua dadora de vida, derramándose encima de él, despejándole la cabeza. Nueva fuerza surgía a través de él y su visión dejó de ser borrosa.

Oyó un sonido de risa demente a su derecha. Giró la cabeza en esa dirección. Hienas. Las feas bestias rayadas se estaban alimentando de los cuerpos de los porteadores que la emboscada de Lavic había derribado a tiros. Las hienas cortaban y desgarraban la carne muerta, gruñendo, peleando entre ellas y atiborrándose como si nunca fueran a ver otra comida en sus vidas.

Una vez que una de las bestias más grandes giró la cabeza, curvó los labios ensangrentados y le mostró a Rick los colmillos durante un momento. Él se sabía a salvo mientras durara ese festín en el sendero de la jungla.

Se estremeció al ver sus ásperas melenas y sus feos cuerpos jorobados. Luego sintió un extraño y suave movimiento en las ataduras que lo sujetaban al árbol. Desconcertado, bajó la mirada. El cuero sin curtir comenzaba a estar resbaladizo con la lluvia que lo empapaba.

Una súbita esperanza lo invadió. La lluvia estiraría el cuero sin curtir, tal vez lo suficiente para que él se liberara. Los lazos ya parecían algo más flojos. Se tensó contra ellos con todo el cuerpo, apoyando en el árbol la espalda y los talones, y las ataduras resbalaron un poco, pero aún no lo suficiente como para soltarlo. ¡Tenía que salir de ellas de alguna manera, y ahora, porque si se quedaba aquí después de que la tormenta se fuera, el cuero sin curtir, al secarse, encogería hasta un férreo agarre que lo aplastaría hasta la muerte!

Renovó sus esfuerzos. Estaba débil y entumecido, pero se obligó, con la fuerza de un demonio, a empujar el cuero sin curtir que lo rodeaba. Gimió una vez de dolor por el esfuerzo. Se mordió los labios y la sangre le bajó por la barbilla.

De nuevo uno de esos histéricos y dementes ladridos de hiena. Rick miró en esa dirección. La gran bestia, que parecía ser el líder de la manada, había dado varios pasos hacia él y lo miraba con curiosidad. Sus horribles nasales negras temblaban. El notable sentido del olfato del animal había detectado la sangre fresca en la barbilla. Observando los ojos de la bestia y sus propios movimientos, casi podía leerle la mente. Aquí había algo que no se movía con el odiado olor del hombre herido. Algo que parecía indefenso y que podría ser devorado. Pero aún así, el olor a hombre siempre significaba que había que tener precaución.

Rick se quedó tan quieto como le fue posible. La hiena avanzó unos pasos más, ladeando la cabeza y resoplando suavemente esta vez. Su vientre ya estaba hinchado por la comida, pero la hiena es una de las pocas bestias de la jungla que se atiborra siempre que sea

posible, incluso hasta el punto de devorar hasta su estupor. Rick trató de respirar con tranquilidad para que la subida y bajada del pecho no se notara. Esto era difícil con su corazón laténdole con fuerza en las costillas. Porque Rick tenía un plan: una gran posibilidad de que pudiera funcionar, o no.

La lluvia seguía cayendo. Al otro lado de la espesura de la jungla llegaba un aguacero constante, pero bajo el frondoso dosel la lluvia llegaba en arroyos dispersos allí donde las hojas y las ramas la atrapaban y la lanzaban a cántaros. El cuero sin curtir se estaba estirando mucho ahora. Rick podía sentir que le regresaba la circulación a las muñecas y tobillos con un doloroso hormigueo. Ahora, mientras observaba, el hocico de la hiena se adelantó y olisqueó el cuero sin curtir. Rick ni siquiera se atrevió a mover los ojos.

De repente, un leve sonido llegó a sus oídos. Estaba amortiguado y parcialmente tapado por el rugido silencioso de la lluvia, pero parecía provenir de las copas de los árboles en alguna parte a su izquierda, y era, juraba él, un sonido que había oído antes. Un sonido familiar. Para la mayoría de los oídos, podría haber sido simplemente el grito de una grulla de la jungla. Ciertamente había pretendido sonar como tal, pero había un tono individual en este grito, uno que Rick --si había oído correctamente-- reconoció. Había sido la llamada de Sheena, la que usaba para convocar a Chim sin anunciar su propia presencia.

"¡Yu-iihhhhh... uihhhhh!" Él oyó de nuevo, más fuerte, más cercano e inconfundiblemente el de Sheena.

En este momento, la hiena laceró brutalmente con los colmillos. Mordió profundamente el cuero sin curtir, debilitándolo. Rick hizo un fuerte esfuerzo, tensándose hasta que le latieron las sienes y las ataduras se separaron. Él cayó del árbol. Tenía los pies y tobillos entumecidos y era completamente incapaz de ponerse en pie.

Con el primer movimiento de Rick, la hiena se sobresaltó, de modo que dio un salto hacia atrás erizando los escasos pelos de su encorvado lomo. Ahora miró al indefenso hombre-cosa y rió horriblemente. Le babeaba saliva por los lados de la boca. Avanzó de nuevo. Otras de la manada, al ver a su líder, se acercaron al trote

también.

Rick levantó la cabeza. De sus labios salió entonces el agudo grito de una grulla de la jungla: "¡Yu-iihhhhh... uiihhhhh! Las bestias se retiraron de nuevo, pero solo durante un momento. En ese instante se oyó el sonido de la lluvia y el trueno ahora distante, pero no hubo respuesta a la señal de Rick.

Las hienas se adelantaron una vez más.

"¡Buu! ¡Fuera!" les gritó Rick, esta vez no prestaron atención. Seguían acercándose. "¡Yu-iihhhhh... uiihhhhh!" Él hizo el grito de nuevo, un poco desesperado ahora.

La más grande de las hienas ya estaba sobre él. Rick podía sentir su caliente aliento fétido en el rostro. Luchó por levantarse, pero no tenía fuerza en las piernas y los pinchazos de la sangre al volver a la circulación eran una auténtica agonía. Sabía que no podría escapar. Sus manos también estaban rígidas por el tenso cuero que las había mantenido a los lados durante tanto tiempo, pero ahora lo único que le quedaba por hacer era intentar usarlas. Las levantó para agarrarse a la garganta de la hiena. Las otras hienas comenzaron a reunirse alrededor, gruñendo y haciendo histéricos chillidos.

Una esbelta figura ocre descendió abruptamente de las copas de los árboles. ¡Sheena! Sus miembros relucían con la lluvia de la jungla e incluso cuando ella golpeó el suelo comenzó a cortar con su puñal árabe.

Las hienas gritaron y trataron de escabullirse. Sheena recogió a la más grande de ellas y se la arrojó a las demás. Segundos después, los devoradores de carroña habían desaparecido por completo y, solo entonces, Sheena se volvió hacia Rick.

Ella no tenía la civilizada costumbre de desperdiciar palabras. Sonrió solo un poco, se arrodilló rápidamente al lado de Rick. Buscó los ojos gris ahumado de Rick y dijo: "Dime qué ha ocurrido."

Él esbozó brevemente sus aventuras desde que había dejado la aldea de los bilinas con la carga de marfil y los ojos de Sheena vagaron mientras él hablaba, viendo las hebras de cuero sin curtir y el rastro

por todas partes, y confirmando el informe con la vista. Ella asintió cuando él hubo terminado. Entonces le contó que K'ando había acudido a ella en busca de ayuda y que habían encontrado a Poko Na en el poder de la aldea. "Cuando se informó del safari, que serían esos amigos tuyos, Lavic y la condesa," dijo Sheena, "no llamó a una partida de guerra. Algo no iba bien en eso."

"Sí." Rick frunció el ceño pensativo. Chim había aparecido y en ese momento estaba saludando a Rick mordisqueándole suavemente una oreja y alborotándole el pelo. Rick soltó una risita y acarició al mono. Luego miró a Sheena. "Lavic parecía seguro de que encontraría el valle oculto de donde vienen los grandes colmillos. Ese no estaría tan seguro a menos que tuviera alguna ayuda en la propia tribu."

Sheena asintió. "Ese fue también mi pensamiento."

"No podemos dejar que se salga con la suya, Sheena. Hay algunas cosas en la jungla que es mejor dejar ocultas. Si permitimos que un hombre las invada, otros lo seguirán."

"Verdad." Sheena asintió de nuevo.

"Además," dijo Rick, "tengo una cuenta que saldar con ese Lavic." La sensación estaba volviendo a sus extremidades ahora y pudo levantarse tembloroso. La tormenta había pasado, pero la oscuridad estaba cayendo. En las copas de los árboles, algunas de las hojas se volvían de un amarillo suave a la luz de la rolliza y cerúlea luna creciente que se elevaba sobre las montañas prohibidas del este.

"Lavic cruza la Llanura Amarilla ahora," dijo Sheena. "Yo iba de camino a examinar su safari, para ver qué podría descubrir."

"Haremos eso juntos entonces," dijo Rick. "Pero me temo que será mejor que coma primero..."

Sheena sonrió brevemente, luego se levantó abruptamente y dijo: "Espera aquí." Antes de que él pudiera responder, ella dio media vuelta y desapareció en la jungla como por arte de magia. Un minuto después Rick oyó el agudo tañido de un arco. Y al minuto siguiente ella apareció sosteniendo por las patas traseras un

pequeño antílope.

Cuando Rick hubo comido y se sintió más fuerte, partieron por la jungla hacia la gran llanura utilizando el método que habían empleado en un centenar de senderos del bosque. Sheena lideraba el camino por la ruta de las copas de los árboles, llamando de vez en cuando para mantener a Rick en contacto, y Rick se abría paso por el suelo, subiendo él mismo a las copas de los árboles solo cuando la maleza se volvía demasiado espesa para pasar. La luna ya estaba muy por encima del horizonte cuando finalmente emergieron a la inclinada pradera que conducía hacia las escarpadas montañas.

Aquí Sheena trepó a un árbol alto y miró a su alrededor. Había suficiente luz de luna para que sus agudos ojos detectaran en la llanura cualquier cosa en movimiento más grande que un chacal. Cuando volvió a bajar, tenía el ceño fruncido. "Rick," dijo, "no hay ningún safari a la vista."

"Eso es extraño," dijo. "Quizá ya han llegado a las montañas y hayan encontrado un campamento para pasar la noche."

"No han tenido tiempo de llegar a las montañas. Si hubieran acampado, su fuego sería visible."

Rick se rascó la cabeza. "Bueno, eran bastante reales cuando me tendieron una emboscada y masacraron a mis porteadores."

Él estaba de pie junto a un gran arbusto de hojas rojizas y puntiagudas del que colgaba un fruto bulboso de color amarillo pálido. Tomó distraídamente uno de los bulbos, lo arrancó y se lo llevó a la boca.

Chim comenzó a parlotear como loco. Saltó sobre Rick. Golpeó la fruta fuera de su mano y saltó emocionado sobre los pies y nudillos.

"¡Ey! ¡Chim!" dijo Rick. "¿No quieres que coma postre?"

Sheena se inclinó rápidamente y tomó la fruta de la mano del mono. La examinó, luego a Rick. Sheena sonrió un poco. "Será mejor que le des las gracias a Chim," dijo en voz baja. "Te acaba de salvar la vida."

"¡Qué!"

Ella le entregó la fruta. "Karatonga. Crece mucho por aquí. Los médicos brujos cortan y secan el bulbo, luego hacen polvo que usan para envenenar a sus enemigos. Chim, como todos los monos, tiene instinto para estas cosas. Hace mucho tiempo, cuando yo aún podía perderme en la jungla, me acostumbré a seguir a las tribus de monos y babuinos y comer solo lo que ellos tocaban."

Rick, sonriendo, se volvió hacia Chim, hizo una reverencia y dijo: "Mis disculpas, muchacho." Chim sonrió y tapó los dientes con los labios, saltó arriba y abajo y dijo: "¡Chii! ¡Chii! ¡Chii! ¡Chii! ¡Chii!"

"Bueno," dijo Rick volviéndose hacia Sheena de nuevo. "Supongo que lo que hay que hacer es cruzar esta llanura ahora y hacer una buena búsqueda de Lavic y de su escurridiza amiga."

Sheena pareció pensativa, negó con la cabeza y dijo: "Hay un modo mejor. K'ando conoce cada palmo de este territorio. Me dijo que de niño incluso encontró la senda hacia el valle oculto. Ahí puede ser donde Lavic y su safari han desaparecido. Mejor será ir a buscar a K'ando ahora y buscar a esas personas por la mañana."

"Lidera el camino," dijo Rick.

Antes de estar a un kilómetro de la aldea de los bilinas, Sheena y Rick supieron que algo andaba mal, muy mal. Podían ver la luz roja parpadeando sobre la empalizada y tiñendo el cielo sobre ella, y podían oír el latido de una sinfonía de tambores. Los tambores más pequeños emitían un repiqueteo rápido que contrastaba con el retumbar más lento y grave de los troncos para dar señales.

"Ve despacio y mantente en las sombras," le advirtió Sheena a Rick.

Capítulo 4

ELLA dejó abruptamente el lado de Rick y se lanzó hacia las copas de los árboles, con Chim corriendo tras ella. Momentos después, estaba de cuclillas en silencio junto al hueco de una rama en un alto gigante de la jungla que dominaba la empalizada. Aquí los tambores eran fuertes y salvajes en los oídos. Varias hogueras enormes en el centro del claro lanzaban sobre todo una danzante luz carmesí. Los guerreros bilinas estaban en dos hileras arrastrando los pies, bailando hipnóticamente, yendo y viendo al son de los tambores. Pero esta noche, en lugar de usar un simple atuendo de guerrero, cada uno iba vestido con una burda imitación de algún animal: había capas de chacal, cabezas de leopardo, cuernos de búfalo, colmillos de elefante; las variaciones eran infinitas. Poko Na, con una sonrisa sarcástica en sus finos labios, estaba sentado de nuevo en su cojín al fondo del claro.

Los guerreros cantaban suavemente. Sheena captó las palabras necesarias para comprender que se trataba de una ceremonia de los Hombres Espíritu, y que se suponía que el espíritu del animal que imitaba moraba en cada guerrero. Mientras ella observaba, los tambores se detuvieron de nuevo y unas asustadas mujeres se apresuraron a sumergir las copas de bambú en la tina de cerveza cafre junto a la cabaña principal. Corrieron con sus libaciones hacia los guerreros, quienes bebieron y continuaron bailando.

Sheena le susurró a Chim: "Él no los está excitando así sin razón."

Chim no entendió, pero asintió y gruñó como si lo hubiera hecho.

Ella examinaba todo el claro ahora, buscando la voluminosa forma de K'ando. Él no estaba en ninguna parte. Y entonces vio a los dos guardias de pie ante la entrada de una pequeña choza al otro lado de la aldea, cerca del plano de cultivo. Ella pudo deducir el resto. K'ando se habría opuesto a Poko Na en lo que fuese que este estuviera tramando, y Poko Na se había encargado de eso encarcelando a K'ando, probablemente con alguna endeble excusa.

Se oía el suave croar de una rana arborícola debajo de ella y Sheena

supo que Rick había llegado al lugar debajo de su árbol y bajó de nuevo. "K'ando ha sido encarcelado," dijo suave y rápidamente. "Esto es lo que haremos." Le describió rápidamente el plan.

Poko Na pensó que era de lo más extraño lo que sucedía en la aldea bilina esa noche. Poko Na, Jefe de los Hombres Espíritu, sospechaba la causa de todo ello, pero no podía ventilar sus sospechas a los demás. Eso habría tambaleado la fe en él.

Aquello comenzó cuando el Guerrero Leopardo entró en el espacio libre entre las dos hileras para hacer su solo de danza. En cuanto estuvo en el claro y apenas hubo dado tres pasos, el grito sobrenatural de un leopardo llegó desde la tranquila y oscura jungla.

Los tambores se detuvieron, todos miraron en la dirección del grito.

"¡Tocad! ¡No paréis!" rugió Poko Na a los tambores.

Estos empezaron de nuevo. el Guerrero Leopardo terminó y volvió a su lugar en la hilera.

El Guerrero Búfalo se adelantó. Comenzó a mover los pies. Esta vez fue el bramido de un búfalo herido lo que sonó, sobresaltándolos.

Nuevamente los tambores se detuvieron y Poko Na les gritó que continuaran. Pero ahora los guerreros miraban con temor hacia la jungla al otro lado de la empalizada.

Cuando el tosido rugido de un león recibió la aparición del Guerrero León, fue demasiado para ellos. Y para Poko Na también. Él estaba claramente conmocionado. Se puso en pie, señaló hacia la jungla y dijo: "¡Cazad a las bestias! ¡Cazadlas!" Los guerreros agarraron sus lanzas, salieron de la empalizada y comenzaron a batir ruidosamente la maleza. En un árbol alto, Rick bajó las manos ahuecadas que había usado para hacer chillar al león y sonrió.

En el lado alejado de la empalizada se produjo un veloz borrón ante el verde oscuro de la jungla y una delgada figura aferrada a una liana *ngoji* voló con gracia por encima de los puntiagudos troncos y se dejó caer dentro de la aldea. Los dos guardias en la puerta de la

choza prisión apenas tuvieron tiempo de girar y ver a Sheena. Abrieron los ojos con sorpresa, pero ella ya estaba sobre ellos.

Ella agarró al primero por la muñeca, giró y lo lanzó por encima del hombro. El guerrero golpeó el suelo con un ruido sordo, dejándolo sin aliento. El otro echó atrás la lanza para clavarla. Sheena se deslizó por debajo de la lanza, la agarró y se la arrebató al hombre. Ella mantuvo el agarre cerca de la hoja y blandió el arma trazando un arco. El mango golpeó al guerrero en la sien y lo derribó.

No había tiempo para desatar los nudos de cuero que sujetaban la puerta de la prisión de K'ando. Sheena los cortó con su cuchillo. Dio una patada a la puerta y vio al gordo subjefe allí de pie en medio de la choza, mirándola boquiabierto de asombro.

"¡Vamos!" dijo Sheena.

Él la siguió, aún medio desconcertado. La liana *ngoji* aún colgaba flácida de la pared de la empalizada. Sheena se las arregló para ayudar a K'ando a llevar su enorme masa hasta lo alto de la muralla, agarrar la liana y balancearse hacia el otro lado. Él se la devolvió y ella subió rápidamente por la rama, luego se dejó caer con ligereza a su lado.

Ella abrió el camino y, un momento después, ambos desaparecieron en la jungla.

Los Guerreros Espíritu, un tiempo más tarde, regresaron de su cacería con las manos vacías y encontraron a los guardias aturcidos y la prisión abierta. Poko Na se vio obligado a aceptar que probablemente aquello había sido obra de fuerzas oscuras y cosas invisibles de la jungla nocturna. Pero ahora él había decidido que Sheena, cuando la atrapara, iba a morir. Un adversario tan capaz era demasiado peligroso para tenerlo cerca.

K'ando no tardó en explicarles a Sheena y a Rick lo que había sucedido, y lo que ahora había descubierto de los planes de Poko Na. Después del rescate y de que los guerreros hubieran regresado a la empalizada; los tres, con Chim, partieron de nuevo hacia la inclinada llanura y hacia las montañas sagradas. En deferencia a K'ando, tomaron la ruta que rodeaba la jungla. Él resoplaba junto a

ellos, moviéndose rápidamente y con sorprendente gracia sobre sus gordas y cortas piernas, y su resistencia nunca parecía vacilar.

"Él me habló con libertad, pues estaba seguro de que yo iba a morir," le dijo el gordo jefe a Sheena. "Primero afirmó que, al traer a Sheena, yo había enfurecido a los espíritus y que esa era la causa del safari del hombre blanco que había invadido la tierra de los bilinas. Por tanto, fui encarcelado hasta que hubiera una señal de culpa o inocencia. Más tarde, él habló conmigo en la choza prisión. A Poko Na no le importa la tribu, solo quiere las riquezas del hombre blanco para poder regresar a la civilización del hombre blanco y ser poderoso."

"Eso ya lo sospechaba," dijo Sheena.

"Su plan es llevarse todo el marfil de los bilinas del valle oculto que puede cargar. No sé exactamente de qué modo, pero ha hecho un trato con el hombre blanco al que tú llamas Lavic, quien ahora mismo desciende hacia el valle oculto.."

Rick entendía suficiente dialecto interior para captar el significado de las palabras de K'ando y le dijo a Sheena: "Eso podría explicar cómo desapareció el safari tan rápido."

"Poko Na mismo," continuó K'ando, "no podría vender el marfil sin que los hombres del gobierno hicieran muchas preguntas. Lavic tiene mayor sabiduría en este asunto, por tanto, él es necesario para el plan. Poko Na le reveló a Lavic el sendero hasta aquí y el pasadizo hacia el valle, el pasadizo que vosotros veréis también dentro de poco. Se ha dispuesto que Poko Na guiará a los Hombres Espíritu en un falso ataque contra Lavic, y permitirá que Lavic escape con cualquier marfil que haya robado para entonces. Así nadie culpará a Poko Na por la incursión del hombre blanco. Por eso Poko Na alargó la danza y la bebida del líquido mágico esta noche, para que Lavic no sea atacado demasiado pronto. Y para que, cuando llegue el ataque, los guerreros estarán fatigados y drogados."

Rick miró a Sheena con sequedad y dijo: "Un hombre con el talento de Poko Na podría tener éxito en la civilización."

Siguieron adelante en silencio durante un rato después. Sheena fruncía el ceño pensativa todo el tiempo y Rick, que había estado a punto de hablar con ella en varias ocasiones, guardó silencio. Sabía por experiencia que ella estaba planeando su próximo movimiento ahora.

El paseo por la llanura de hierba, interrumpida por pardas espinas de punta plana y pequeñas colinas aquí y allá, era largo y monótono, y cuando la luna llegó a la mitad del cielo, Sheena sugirió que se detuvieran y descansaran. "Habrá muchas cosas que hacer mañana," agregó ella crípticamente.

A la mañana siguiente retomaron la marcha antes de que el sol estuviera alto y mientras la bruma seguía fluyendo desde las tierras bajas a su izquierda. Se habían estado moviendo en diagonal a través de las llanuras todo este tiempo, de modo que habían estado ascendiendo gradualmente, y ahora estaban más cerca de las montañas dentadas, que crecían como el enorme espinazo de un cocodrilo a lo largo de la tierra.

Llegaron poco después a un bajo *kopje* coronado por un afloramiento rocoso parecido a la cabeza de un elefante con las orejas extendidas.

"Esta es la entrada al valle oculto," dijo K'ando deteniéndose.

Rick miró a su alrededor. "¿Dónde?"

K'ando sonrió, luego trepó con notable agilidad por el lateral del *kopje* hasta llegar al afloramiento. Hizo una seña a Rick y a Sheena. Ambos lo siguieron y vieron que una estrecha entrada de cueva excavada en la roca, hábilmente oculta por zarzas de espinas y un montículo de tierra ante esta.

K'ando abrió el camino por un largo y oscuro pasadizo y, en ese momento, ni siquiera Sheena, cuyos ojos estaban acostumbrados a la noche de la jungla, pudo ver a su guía más adelante. Ella siguió el leve sonido de los pasos de K'ando. Parecía que descendían a medida que avanzaban, pero Sheena sabía que se trataba de una ilusión de la mayoría de los túneles. Después de un rato, apareció delante un punto de luz. Siguieron, el punto creció y Sheena vio que

era el otro extremo del túnel.

Salieron a una pequeña plataforma de roca, tal vez de la mitad del tamaño del porche de una casa. Sheena se acercó al borde, miró hacia abajo y respiró hondo. Estaba en la cima de un acantilado que descendía unos trescientos metros.

Miró detrás de ella y vio que una fina cadena de montañas bloqueaba este lugar de la vista de cualquiera que estuviera afuera. Se arrodilló y volvió a mirar hacia el profundo valle. Abajo había frondoso follaje que cubría el suelo de la cuenca como una gruesa alfombra, y su color era de un curioso verde brillante y venenoso, nada parecido al verde opaco de la jungla ordinaria. También se elevaba bruma, y aquí y allá ella captaba el reflejo de agua pantanosa.

K'ando estaba examinando el suelo. Llamó a Sheena y, cuando ella se acercó a él, señaló en silencio. La huella de una pesada bota era clara en la tierra amarilla. "El hombre blanco ha pasado por aquí," dijo K'ando.

Sheena miró a su alrededor. "Pero ¿adónde ha ido?"

K'ando sonrió entonces y caminó rápidamente hacia el otro lado de la plataforma. Hizo una seña, ellos lo siguieron y pronto vieron un robusto artilugio de bambú colocado en el suelo detrás de una peña. Era un torno, diseñado para sujetar una tremenda bobina de cuerda de liana. La cuerda llegaba por encima del borde y Sheena vio que estaba anudada a intervalos. K'ando dijo: "Es la única forma de entrar y salir del valle. Por aquí descendemos y por aquí cargamos los colmillos a la cima. El pantano de abajo engendra enormes elefantes: muchos mueren y sus huesos se encuentran en muchos lugares. No es necesario buscarlos y matarlos."

Rick, inclinado sobre el borde, miró hacia abajo y frunció el ceño. "Apenas puedo distinguir el fondo. Lavic y sus amigos no parecen estar cerca."

"Estarán explorando el valle, probablemente," dijo Sheena. "Este sería un buen momento para descender. Si podemos bloquearles el camino para salir del valle, tal vez podamos evitar que se lleven el

marfil de los bilinas." Se volvió hacia el jefe. "Abre el camino, K'ando."

Él negó con la cabeza entonces. "Sería mejor que yo regresara y vigilara la aldea. Desde allí puedo espiar a Poko Na y saber qué movimiento está a punto de hacer a continuación."

"Muy bien entonces," dijo Sheena asintiendo. "Pero Rick y yo regresaremos para ayudar antes de que anochezca. ¿Cómo te encontraremos?"

"En la segunda aldea hacia donde se pone el sol habrá quienes conozcan mi paradero," dijo K'ando. De repente, levantó la cabeza y luego la inclinó en actitud de escuchar.

"¿K'ando escucha?" preguntó Sheena.

Él frunció el ceño, arrugando sus poderosas cejas. "Parece que los tambores se acercan. No estoy seguro." Luego sonrió y se encogió de hombros: "Ahora ve, amiga mía. K'ando te saludará de nuevo y compartirá carne."

Cuando él había desaparecido por el túnel, Sheena abrió el camino por la pared del acantilado. Rick la siguió y Chim fue detrás de él parlotando. Chim no necesitaba la cuerda en todo el camino. Varias veces se giraba y se aferraba a la misma pared, parlotando y sonriendo mientras Rick lo observaba con asombro.

Sheena podría haber descendido un poco más rápido, pero mantenía el paso para beneficio de Rick. Cuando estuvieron varias decenas de metros por debajo de la cima, la cuerda comenzó a mecerse peligrosamente con el peso. "Agárrate fuerte," dijo Sheena.

El viento gimió de pronto, silbando a lo largo del acantilado, y tiró de Sheena mientras ella se aferraba a la cuerda anudada. Pero, a pesar del viento, ahora el aire era más cálido. Era más pesado, más lento, y se captaba el comienzo de un olor extraño y espeso, una mezcla de vegetación podrida y pantano estancado.

Y ahora la bruma se espesaba y ellos atravesaban una fina capa de nubes y, tras un rato, se encontraron al nivel de las copas de los

árboles. Sheena miró a su alrededor. Los árboles eran diferentes a todos los que ella había conocido: no crecían con troncos sólidos ni brotaban ramas, sino en gruesos racimos de frondas que se extendían a medida que ascendían. En efecto, no eran árboles en absoluto; eran helechos gigantes.

La tierra era esponjosa y húmeda, de modo que cedía ligeramente bajo el peso de Sheena. A unos treinta metros del acantilado ella vio que la mayor parte estaba cubierta del agua de un pantano. También aquí comenzaba a jungla de grandes helechos.

Oyeron el metal de un machete y la charla de los porteadores askaris a cierta distancia a la izquierda.

"El pantano," dijo Sheena señalando.

Ella abrió el camino bajando por la corta pendiente del talud al pie del acantilado y se adentró en la densa vegetación de esos curiosos árboles. Había pequeñas crestas e islas de marga blanda que proporcionaban lugares para caminar. Los tres se internaron en el oscuro y perfumado miasma del lugar, apiñados detrás de uno de los árboles, cuyo tronco estaba lleno de escamas entrecruzadas más que de corteza. Desde ahí observaron en silencio.

Un askari llegó primero al pie del acantilado. El machete manchado de verde que tenía en la mano mostraba que había estado cortando el camino. Seguía al askari una fila de porteadores de ojos atemorizados, cada uno renqueando bajo un tremendo colmillo. Estaba claro que Lavic había encontrado el alijo de marfil muerto de los bilinas.

Ahora llegaban los askaris con sus toscos uniformes. Incluso estos cargaban colmillos. Cuando cada portador llegaba al pie del acantilado, arrojaba su carga con evidente alivio cerca de una gran canasta de mimbre sujeta a la cuerda por la parte superior.

Lavic y la condesa Narcissa fueron los últimos. Estaban ruborizados, sonrientes: este era un momento de triunfo para ellos. Los ojos de Sheena se entornaron un poco al ver a la condesa. Con más que un mero interés pasajero, contempló el ágil andar de la mujer, su piel oscura y tersa, sus ojos oliváceos y la forma en que se las arreglaba

para lograr un total equilibrio. Sheena miró a Rick de soslayo y supo, por la cuidadosa mirada del hombre, que él encontraba a la condesa un interés más que pasajero. Su instinto de mujer le decía que así sería con cualquier hombre. Sheena sintió, sin comprender muy bien por qué, un intenso deseo de enzarzarse en combate con esta tigresa, de batallar tanto con ingenio como con fuerza para vencerla.

Pero reprimió ese sentimiento y se obligó a concentrarse en el asunto entre manos.

Lavic, con pulidas botas relucientes dondequiera que el barro del pantano no las había tocado, se acercó a la pila de marfil, hizo un gesto con un látigo enrollado y bramó órdenes. Los porteadores levantaron dos colmillos y los colocaron transversalmente dentro de la canasta. Lavic señaló hacia arriba entonces y llamó a otros dos. Inmediatamente, estos saltaron hacia la cuerda y empezaron a trepar, uno tras otro.

Sheena le susurró a Rick. "Va a levantar el marfil hasta la cima con la manija giratoria, luego el resto lo seguirá y abandonará el valle."

Rick dijo: "¿Y si los atacamos?"

"Nada de atacar," susurró Sheena rápidamente "Tengo un plan mejor." Rauda y silenciosa, se descolgó del hombro el arco de madera de *nahete* y colocó una flecha. Luego se giró y miró hacia el verdoso pantano tras ellos. Señaló: "Tú y Chim debéis ir más atrás para que no os encuentren si comienzan a buscar."

"¿Qué vas a hacer?" Preguntó Rick.

Ella negó con sus rubios cabellos. "No hay tiempo para explicar ahora. Muévete rápido."

Rick se encogió de hombros, tomó a Chim de la mano y se abrió camino treinta metros más hacia el pantano. Echando un vistazo hacia atrás antes de alejarse; vio que Sheena estaba trepando como el rayo por el árbol de tronco escamoso. Unos metros más arriba se perdió de vista, pero había otro árbol aquí en el pantano que parecía fácil de escalar, un crecimiento retorcido y en espiral como

una liana gigante. Rick lo remontó haciendo señas a Chim para que lo siguiera. En las ramas superiores que se doblaban y se balanceaban bajo su peso, descubrió que podía ver el grupo de Lavic y la pila de marfil junto a la cesta elevadora, y que también podía ver el árbol cerca del borde del pantano al que Sheena había trepado.

Hubo un leve movimiento en el follaje a la derecha de Rick. Él giró la cabeza y se encontró mirando una cabeza de reptil meciéndose encima de un cuello largo y ondulado. Era más grande que la cabeza de un caballo. Dientes afilados como los del cocodrilo se superponían a los pliegues de la boca. Sus ojos eran pequeños, fríos y brillantes.

Rick la miró boquiabierto. No podía creerlo aunque lo estaba viendo allí frente a él. ¡Era incuestionablemente un monstruo saurio que debería haberse extinguido hacía varios millones de años!

Las mandíbulas del monstruo se separaron mostrando dos hileras de afilados dientes de sierra y el febril rosado de la boca.

Capítulo 5

FERDINAND LAVIC enderezó un poco los hombros y sonrió muy levemente para poder disfrutar de la sonrisa él mismo sin mostrar a sus porteadores y askaris la debilidad del buen humor. Miró los dos primeros colmillos que habían sido cargados en la canasta, y luego el montón de colmillos más grande al lado. Magníficos colmillos. La mayoría de ellos al menos dos veces más grandes que los mejores dientes del Bosque Tala en Rhodesia. Dispersos a lo largo de la costa y en los puertos del norte de África había corruptos traficantes griegos y árabes que se iban a frotar las manos con este contrabando.

Lavic se volvió hacia la condesa. Usó el pulgar para peinarse las puntas del bigote; un gesto que ahora se había convertido en una segunda naturaleza para él. "He estado pensando, querida," dijo, "en este barato hombre medicina de Poko Na."

La condesa sonrió. "Lo sospechaba. Me atrevería a decir que empezaste a preguntarte cómo traicionarlo desde el primer minuto que nos habló del marfil."

Lavic soltó una risita. "Nos entendemos el uno al otro." La tomó de la mano, la acarició y luego frunció un poco el ceño ante la rapidez con la que ella la apartó. Entornó los ojos. La condesa, al parecer, se estaba cansando de su compañía. Él no se hacía ilusiones. Si ella tuviera la oportunidad, lo traicionaría tan rápido como ambos traicionaban a todos los demás. Pero a la larga era mejor así, donde no había bobas expectativas amistosas, tampoco había decepciones.

"Bueno," dijo ella finalmente, "¿Has decidido qué hacer con Poko Na?"

"Sí. También bastante ingeniosamente, creo que lo admitirás." Volvió a peinarse el bigote. Extendió las botas mientras se ponía de pie, haciendo una postura. Lavic siempre vibraba de energía, e incluso de encanto, y era muy consciente de ello y sabía cómo utilizarlo en su beneficio. Siguió hablando, disfrutando del sonido de su propia voz. "Como sabes, el plan original era que Poko Na se

uniera a nosotros después de haber marchado varios días fuera de su territorio. Él es lo bastante inteligente como para no fiarse de nosotros con el marfil, por supuesto. También fue inteligente en la organización de los guerreros de su tribu en esa sociedad secreta de Hombres Espíritu, o lo que sea. Eso le dio suficiente poder y control para evitar que interfirieran con nuestra pequeña operación de aquí. También le proporcionó una especie de guardaespaldas en caso de que decidiéramos deshacernos de él del modo rápido y fácil."

"Eso me suena como," dijo la condesa, "si Poko Na se hubiera cubierto las espaldas admirablemente. ¿Cómo vas a deshacerte de él?"

Lavic sonrió. "Del modo rápido y fácil. Naturalmente."

"¿Sí?" Ella arqueó las finas cejas.

"¿No ves la inteligencia de esto?" Él se sacudió un polvo imaginario de la chaqueta. "Poko Na, con sus Hombres Espíritu allí para protegerlo, se siente seguro. Tiene la guardia baja. Lo último que esperará en el mundo será un ataque directo a su aldea por parte de mis askaris. Por tanto, yo tengo la ventaja del factor sorpresa. Viajaremos a su aldea principal mañana por la mañana, mientras aún está oscuro. "

Ella frunció el ceño. "¿Estás seguro de que esto va a funcionar?"

"Va a tener que funcionar," dijo Lavic riendo. "Ya he dado instrucciones al respecto a los askaris y porteadores."

Sheena, agachada entre las hojas verde brillante del árbol del pantano, estaba escuchando esta conversación. Se sonreía mientras la oía. Sostenía el arco con una flecha lista. Agarraba el arco con ligereza y aún no lo había tensado. Miraba hacia arriba de soslayo, junto a Lavic veía las dos diminutas muñecas de los porteadores aferradas a la cuerda en lo alto. Parte de la bruma se había despejado y la cima del acantilado era apenas visible. Los ojos de Sheena, entrenados por la jungla, podían ver a los porteadores desaparecer por encima. Ahora operarían el torno, y el elevador de la canasta, con su cargamento de marfil, comenzaría a subir.

Echó un vistazo a la pared del acantilado evaluando, revisando su plan. Era una roca lisa y pura, de color rojizo y ligeramente translúcida, como el alabastro. Había pocas roturas o salientes a modo de reposapiés. Que Sheena supiera, la cuerda era la única salida del valle y K'ando lo había confirmado. En cualquier caso, su plan dependía de este hecho.

La cuerda se tensó de repente y comenzó a ascender lentamente, balanceándose y retorciéndose un poco a medida que avanzaba.

"¡Allá va!" exclamó la condesa a Lavíc.

La canasta se balanceó pesadamente, abandonando el suelo un metro, luego dos, luego tres. Comenzó a elevarse de manera constante mientras los porteadores de arriba operaban el torno con un ritmo más suave. El resto de los porteadores y askaris observaba en silencio el contenedor que se elevaba, a pesar de haber visto ya el torno, aún les parecía algo mágico ver moverse la canasta.

Sheena tensó el arco, lo levantó siguiendo la cuerda con cuidado. El elevador había ganado velocidad ahora: cuatro, cinco, seis metros sobre el suelo. Ella apuntó a un lugar en la cuerda justo por encima de la canasta. Diez metros de altura ahora.

La flecha de Sheena mordió la cuerda precisamente donde ella había apuntado. Tan pronto como tañó el arco, ella echó mano por encima del hombro, seleccionó otra flecha, la colocó y tensó, todo en un movimiento continuo. ¡Tuang! La segunda flecha también mordió la cuerda. ¡Tuang! ¡Tuang! Una tercera y una cuarta.

Las hebras se separaron haciendo girar la cuerda un poco. La pesada cesta de colmillos colgaba precariamente. Las cuatro flechas habían llegado tan rápidamente que solo ahora reaccionaban Lavíc y los demás. Lavíc gritó y corrió hacia la oscilante canasta. En ese momento, la cuerda se partió y la canasta se vino abajo con un "crash." Lavíc saltó fuera del camino y la esquivó por un pelo.

El mercenario giró entonces en redondo para encarar las copas de los árboles desde donde habían salido las flechas. Tenía la pistola desenfundada. La levantó furiosamente y la vació en el follaje. Los disparos resonaron con fuerza en la cara lisa del acantilado.

Sheena oyó las balas atravesar las hojas y las ramas a su alrededor y, mientras retrocedía para bajar por el otro lado del árbol, oyó a Lavic gritar órdenes desesperadas a sus askaris.

Ella aún estaba sonriendo. Lavic y su grupo no podrían salir del valle sin esa cuerda. Los negros del torno tardarían horas, o incluso días, en encontrar otra. Pero Sheena sabía cómo salir. Y en cuanto estas personas se hubieran calmado un poco, negociarían con ellos.

Llegó al suelo blando y arcilloso y giró para adentrarse más en el pantano y encontrar a Rick. En ese momento se oyó un largo y extraño grito, algo así como el gruñido de rabia de un cocodrilo, pero dos veces más fuerte y diez veces más horrible.

Rick, a pesar de su dureza curtida en la jungla, se había congelado momentáneamente al girar y encontrar al enorme reptil primero mirándolo y luego abriendo sus fauces. Al instante siguiente, cuando recuperó su capacidad de reflexión, se percató de que congelarse así probablemente le había salvado la vida, al menos por el momento. El monstruo volvió a cerrar las fauces. Mecía la cabeza adelante y atrás rozando ligeramente el follaje. Estudiaba a Rick con inexpresivos ojos sin pupilas.

Pasaron minutos que parecieron horas. Rick estaba empezando a entumecerse por su rígida posición en el árbol. Aún así, no se atrevía a moverse, pues el movimiento era lo único que probablemente atraería al monstruo, lo que probablemente haría que esas fauces se abrieran de nuevo, se adelantaran y mordieran con un "clap."

Los dedos, agarrados a una rama, comenzaron a entumecerse ahora. Algo los hacía sujetarse, no un músculo, ciertamente, sino más bien algo que era en parte fuerza de voluntad y en parte pura suerte. Entonces recordó que Chim estaba en el mismo árbol en algún lugar detrás de él, y confió fervientemente en que al mono no se le ocurriera moverse ni hacer un sonido que atrayese al reptil. La única posibilidad ahora era mantener a aquel bicho así de perplejo, si es que esa tenue reacción podía llamarse perplejidad.

Tan pronto como se le ocurrió esta idea, se oyó un crujido detrás de él. La cabeza del monstruo dejó de moverse de nuevo. Sus redondos

ojos miraron a su alrededor. Los agujeros en mitad de su hocico comenzaron a dilatarse. Un aceitoso temblor le bajó por el cuello y penetró en el viscoso cuerpo de abajo.

"¡Chii-chii-chii-chii-chii!" llegó la voz de Chim.

La cabeza serpenteó hacia adelante, fallando a Rick por un pelo. Rick oyó el chasquido de las fauces. Fue como el sonido de un hacha golpeando dura caoba. Rick se movió rápido lanzándose sobre la nuca del saurio. Aquí se aferró él con cada gramo de su fuerza.

El monstruo chilló. El grito fue aterrador. Rick sintió la estridente vibración en el largo cuello al que se aferraba.

El monstruo comenzó a moverse entre el espeso follaje, derribando enormes helechos y arbustos con su ancha y pesada cola. Gritó de nuevo cuando Rick sintió que se le resbalaban un poco los dedos sobre el húmedo cuello liso y renovó su agarre.

Sheena estaba a punto de aparecer a la vista cuando oyó este segundo grito. Había corrido hacia el sonido del primero sin molestarse en rodear las balsas pantanosas, sino salvándolas con tremendos saltos y ahora, mientras contemplaba al monstruo agitándose con Rick aferrado a su cuello, se descolgaba del hombro el arco de nuevo.

¡Tuang! ¡Tuang! ¡Tuang! Lanzó tres flechas seguidas con un movimiento borroso.

Cada una se hundió hasta las plumas en el cuerpo del monstruo, pero no tuvieron ningún efecto. Era dudoso que el monstruo las sintiera siquiera.

"¡No te sueltes, Rick! ¡Aguanta!" le exclamó ella ese breve ánimo. Luego miró hacia los árboles. "¡Chim!"

Dos helechos se separaron y apareció la cabeza del mono. Parecía tan desesperadamente desconcertado que, en otras circunstancias, Sheena podría haberse reído. Ella saltó hacia el árbol del mono. "¡Chim!" le hizo un gesto. "Haz lo que yo hago. Por allí. Y allí."

Chim pareció comprender.

Parleteó, graznó, se giró hacia el monstruo que se agitaba y comenzó a gritar en voz alta para atraer su atención. El enorme lagarto bramó: un momento después vio a Chim. Ahora, durante un instante pareció olvidar a la extraña criatura que se aferraba a su cuello. Lanzó la cabeza hacia adelante. Las grandes fauces se cerraron con fuerza y Chim se apartó danzando del camino, pero no del todo. Permaneció a la vista, aún moviéndose, aún haciendo ruido y llamando la atención.

Mientras tanto, Sheena tomó una liana colgante. Lo cortó con su puñal y tiró de ella y, trabajando con ágiles dedos, formó un lazo deslizante en un extremo.

"Ahora por aquí, Chim. ¡Tráelo por aquí!" exclamó ella.

Chim echó a correr a lo largo de una de las pesadas frondas, luego saltó y navegó por el aire. La cabeza del saurio giró siguiéndolo. Durante solo un segundo quedó el saurio despejado, libre de la vegetación circundante. Sheena giró el lazo y lo lanzó. Este se instaló alrededor de ese largo cuello. Ella lo tensó y ató rápidamente el otro extremo al árbol.

Fue como Sheena había sospechado. El monstruo tenía un cerebro demasiado pequeño para asociar la delgada liana con la nueva sensación de opresión en su cuello. El reptil tiró hacia el otro lado y el lazo se apretó. Luego trató de girar la cabeza para golpearlo y, después de eso, comenzó a agitar la cola de nuevo, asustado, molesto.

Rick comenzó a saltar fuera del cuello del monstruo.

"¡Aún no!" advirtió Sheena. Volvió a llamar a Chim: "¡Más, Chim, más!"

El mono comenzó a brincar arriba y abajo y a saltar entre las ramas. Siguió con su loco parloteo. El lagarto se abalanzó sobre él y volvió a atacarlo. Sheena tomó otra liana, la cortó y le puso un lazo de la misma manera. Esperó hasta que la cabeza del saurio estuvo despejada de nuevo y lanzó este segundo lazo.

El monstruo estaba atrapado desde dos direcciones ahora. Estas lianas, similares a las gruesas cuerdas de la jungla ordinaria, eran verdes y fuertes. El reptil intentó aullar de nuevo, levantando la cabeza en alto, pero eso solo apretó las sogas. El bramido fue interrumpido.

"¡Ahora!" exclamó Sheena a Rick.

Rick saltó y logró llegar a duras penas hasta un árbol cercano. Se subió a él, se movió hacia otro árbol y volvió a dejarse caer al suelo. Sheena y Chim lo encontraron allí. Ella le tocó el brazo un momento y, al mismo tiempo, buscó esos ojos grises. Solo una leve sonrisa en los labios de Sheena. Eso fue todo necesario para mostrar el profundo afecto en ella en este instante.

"Será mejor que salgamos de este pantano," dijo Rick. "Lavic y su amiga deben haber oído el grito de ese reptil. Estarán aquí en un momento..."

"Vamos a esperarles," dijo Sheena.

"Pero..."

Rick no pudo terminar. Una salva de disparos estalló a poca distancia a su izquierda, donde el monstruo, enganchado por las lianas enrolladas, aún se agitaba. Mirando entre los árboles, Rick vislumbró los cuerpos en movimiento de los askaris, y luego la forma alta de Lavic. La figura elegante y esbelta de la condesa apareció un momento después. Se oía gritos y chillidos mientras mataban al reptil.

Y luego Lavic entró en el pequeño claro donde estaban Rick y Sheena. Su rifle estaba nivelado. Mostró sorpresa, absoluta sorpresa durante un instante. Luego se recompuso.

"Parecería," dijo Lavic suavemente, "que este lugar está lleno de sorpresas."

"Sí, eso parecería," dijo Rick. Tuvo que forzar las palabras para que pasaran entre los labios apretados. Apenas podía contenerse para no abalanzarse sobre Lavic y golpearle, sin importarle siquiera el

elegante rifle que Lavic tenía listo.

La condesa se acercó a Lavic y los askaris aparecieron a la vista alineándose en ambos flancos. Ahora, además del rifle de Lavic, seis carabinas apuntaban a Rick y Sheena. Rick miró a Sheena con ansiedad. Los ojos de Lavic se movían de arriba abajo ahora mientras contemplaba a Sheena. La condesa miró a Lavic de soslayo y no le pasó desapercibido ese detalle. Rick vio la veloz nube cruzar la frente de la condesa. Entonces Lavic habló de nuevo. "Supongo que tú debes de ser Sheena, ¿no? He oído hablar de ti. Debo confesar que no creía que existieras de verdad, pero pareces bastante real. Y... eh... bastante atractiva también, diría yo. ¿Fuiste tú quien cortó la cuerda de elevación con esas flechas?"

Sheena dijo: "Sí. ¿Adivinas por qué?"

"En eso estoy perdido." Lavic se inclinó a medias. Ahora había adoptado una actitud galante y artificial, unos modales automáticos que aparecían cada vez que él encaraba a una mujer hermosa.

"Puedes bajar esas armas," dijo Sheena señalando. "No te conviene dispararnos. Si lo haces, nunca saldrás de este valle."

"¿Y por qué no, puedo preguntar?" Lavic enarcó una ceja.

"Porque no hay otra salida. K'ando nos lo ha dicho. Sus porteadores están arriba en la cima del torno. Pero aún no pueden bajar la cuerda como para que alguien de aquí abajo pueda alcanzarla. No creo que puedas encontrar otra cuerda para atar al extremo. En cualquier caso, no puedes permitirte la duda de que lo vayan hacer."

La sonrisa de Lavic se desvaneció un poco. "Pero puedo indicar que tú y Thorne tampoco podéis salir del valle."

Sheena negó con la cabeza. "Todos podremos salir del valle. Pero solo yo sé el modo de hacerlo. Por eso no te atreves a disparar."

La condesa, con ojos enojados, dio un paso adelante. "¡Esa está faroleando!"

"Silencio, Narcissa," dijo Lavic con una molestia que no pudo ocultar. Seguían mirando a Sheena. "¿Cuál es ese modo tuyo de

salir?"

"Es simple." Sheena miró al mono a su lado. "Ninguno de nosotros puede escalar la pared del acantilado. Pero Chim puede. Recogeremos suficientes lianas para hacer una cuerda larga. Chim la llevará hasta la cima, la atará a la cuerda grande, y así podemos tirar de ella hacia abajo." Sus ojos se alzaron. "Pero hay condiciones. Primera: no debes llevar contigo marfil bilina. Segunda: arrojas todas tus armas al agua más profunda del pantano."

"¿Qué?" exclamó Lavic.

Sheena se encogió de hombros. "Tú decides."

Lavic miró a la condesa, pero ella estaba mirando a Rick. Lavic finalmente se volvió hacia Sheena de nuevo, extendió las manos en un gesto de resignación y dijo: "Haremos lo que dices."

Les tomó casi media hora reunir todas las lianas necesarias para una segunda cuerda. Sheena supervisó esta parte y Rick fue con Lavic y varios askaris para tirar las armas; Rick se quedó con un rifle. Casi una hora después, la cuerda cuidadosamente enrollada y bien anudada estaba lista. Sheena la ató a la cintura de Chim mientras miraba la cuerda perplejo.

Ella se arrodilló a su lado, habló rápidamente y señaló la parte superior. Luego señaló la cuerda y siguió los movimientos de atar.

"Pero ¿puede hacerlo? ¿Sabrá cómo hacer un nudo?" preguntó Rick.

Sheens dijo: "Lo ha hecho varias veces. Recemos para que lo recuerde cuándo llegó a la cima."

Lavic, frunciendo el ceño, dio un paso adelante y empezó a decir: "Mira, esto es..."

Sheena se volvió hacia él. Sus manos se movieron tan rápidamente que, al segundo siguiente, tensaban una flecha a través del arco apuntando a Lavic. "Ninguno de vosotros debe acercarse, ¿entendido?"

Lavic frunció el ceño y retrocedió de nuevo.

Sheena repitió sus instrucciones a Chim una vez más. El mono miró hacia arriba esta vez, se rascó la cabeza, botó un poco arriba y abajo, y luego tiró de la liana alrededor de su cintura. Con paciencia, Sheena le dijo por tercera vez lo que él debía hacer. Ahora, finalmente, Chim pareció entender. Corrió hasta el pie del acantilado, encontró un asidero y comenzó a impulsarse hacia arriba. Sus dedos encontraban pequeñas mellas e irregularidades en la roca, por lo demás lisa; un ser humano no habría podido soportar todo el peso con tan poco apoyo.

Después de un poco de tanteo experimental, Chim comenzó a alejarse con mayor rapidez y seguridad. Los demás miraban arriba y lo vieron desaparecer.

Capítulo 6

POKO NA, príncipe de los bilinas y líder de la organización de Hombres Espíritu de esa tribu, miró desde la penumbra a un par de negros que, parcialmente ocultos por una peña, estaban operando un gran torno de bambú.

Poko Na se volvió hacia el guerrero detrás de él, levantando las cejas para formar una pregunta. El guerrero, que llevaba un *kaross* de piel de cebra sobre los hombros, se encogió de hombros. No conocía a estos negros extraños.

Poko Na frunció el ceño, los miró de nuevo, pero esta vez había una pequeña sonrisa en sus labios. Sabía bastante bien que estos extraños negros eran miembros del safari de Ferdinand Lavic, y que Lavic y los demás estaban en el valle. El acuerdo había sido, por supuesto, que él no interferiría, salvo debido a un ataque simbólico después de que Lavic hubiera obtenido el marfil y ya estuviera en camino de vuelta al río. Pero la aparición de Sheena, y luego su huida, habían cambiado un poco las cosas. Poko Na lo había repensado todo cuidadosamente ahora. Estaba claro que era mejor que investigara, y ese era su propósito aquí. Había traído consigo solo media docena de guerreros, pues si tropezaban con su plan, podría encontrar el modo de deshacerse de un número tan pequeño.

Por el momento, lo mejor parecía seguir un rumbo que les pareciera natural. Poko Na señaló en silencio a los dos porteadores y asintió. El guerrero del *kaross* de zebra asintió en respuesta, le susurró algo al hombre detrás de él y luego le pasó el consejo.

Unos segundos después, los siete salieron silenciosamente de la boca del túnel con pasos felinos. hacia la pequeña cornisa. Uno de los porteadores se volvió un instante antes de que Poko Na estuviera sobre él. Poko Na vio la congelada sorpresa antes de batear con un pesado y nudoso garrote con todas sus fuerzas. El porteador, con la sien agrietada, cayó por el precipicio. El otro giró en redondo. Dos de los Hombres Espíritu saltaron, le inmovilizaron los brazos a la espalda y lo sujetaron.

Poko Na se cernió sobre el porteador, sus furtivos ojos negro café bajaron hacia los orbes de anillos blancos del nativo. Los labios del nativo se movieron cuando él intentó hablar, pero no salió ninguna palabra.

"¿Que hacéis aquí?" espetó Poko Na. Habló en congoleño del río, el idioma que probablemente entenderían los negros. Los guerreros no lo entenderían, por supuesto, y por tanto, no importaba lo que dijera el negro sobre Lavic, no sabrían que Poko Na pretendía traicionar a su propia tribu.

"El hombre blanco me envió aquí," tartamudeó finalmente el negro con voz débil.

Poko Na sonrió. Le tendería una trampa a este nativo ignorante: eso sería divertido. "Ayudas al hombre blanco a robar el marfil de los bilinas, ¿no es así?"

"No no no. ¡Por los espíritus del bosque, lo juro!" mintió el nativo sacudiendo la cabeza presa del pánico.

Poko Na lo agarró por la garganta. Apretó hasta que al negro le salió la lengua, hasta que sus ojos parecieron estar a punto de salir de sus órbitas. Luego, de repente, lo soltó de nuevo. El negro se quedó sin aliento. "Ahora," dijo Poko Na, "tendremos la verdad. El hombre blanco quiere robar el marfil, ¿no es así?"

El negro movió la cabeza, el gesto en el Congo para "Sí."

"El hombre blanco robaba como el chacal, en silencio, y se marchaba antes de que lo vieran. ¿No es cierto?" La expresión de Poko Na era feroz, pero él se estaba riendo por dentro.

Esta vez el nativo dijo: "No."

"¿Qué?" Poko Na volvió a agarrarle la garganta. "¿Mentirás más?"

"Lo juro. ¡Lo juro, gran jefe! El hombre blanco no se marchará en la oscuridad, sino que atacará la aldea de los bilinas y..."

"¿Qué? ¡Repíte eso de nuevo!" A Poko Na ya no le hacía gracia. Sus dedos apretaron la garganta del negro.

El negro intentó hablar y no pudo.

Poko Na lo soltó una vez más. "¡Habla, chacal!"

"Perdóname la vida, gran jefe, y hablaré..."

"¡Habla!" rugió Poko Na.

El negro se tragó la sequedad de la garganta. "El hombre blanco atacará la aldea de los bilinas al amanecer. Será quemada. Todos en ella serán masacrados."

Poko Na se volvió hacia el guerrero de piel de cebra y le tendió la mano. "Tu lanza." El guerrero le entregó el arma. Con calma y sin cambiar de expresión, se volvió una vez más, puso la punta de la lanza en el centro del porteador y, mientras el negro aún estaba mirándola, la empujó hacia adelante. El porteador cayó, pataleando y gritando y sujetándose la herida. El guerrero de piel de cebra lo silenció con un brutal golpe en la cabeza.

"Ahora," dijo Poko Na. "esperamos." Señaló el borde del acantilado. "En poco tiempo aparecerán blancos y otros chacales de río. Cuando se hayan reunido aquí, atacaremos. Pero no os mováis hasta que yo dé la señal."

Los otros guerreros regresaron inmediatamente a la penumbra de la boca del túnel, y Poko Na se unió a ellos allí.

Allí esperaron. Se agacharon en silencio, inmóviles como el basalto, y mantuvieron los ojos en el lugar donde aparecería su presa. Respiraban tan suavemente y con tal control, que no se oía ningún sonido. El águila, al pasar, no los habría descubierto sin mirarlos directamente, y posiblemente tampoco entonces.

A pesar de la expresión dura y sin emociones de Poko Na, él estaba lleno de emoción en su interior. Debería haber sabido que no debía confiar en Lavic, el hombre blanco de lengua inteligente y sonrisa demasiado dispuesta. Debería haber confiado en primer lugar en su sentimiento interior, que era odiar a todos y cada uno de los hombres blancos. Era el hombre blanco quien, con su parloteo piadoso, lo había sacado de la jungla y lo había enviado a una

escuela misionera cerca de la costa; su padre no solo lo había permitido, sino que incluso lo había instado a hacerlo. Y luego al director de la escuela había llegado a apreciar a Poko Na porque era brillante, rápido con las palabras y los números. Un chico así en la tribu de Poko Na habría sido objeto de desconfianza y posiblemente incluso ejecutado como alguien lleno de espíritus malignos, pero estas cosas le agradaban al hombre blanco. Había habido una beca, y Poko Na había avanzado en la escuela, luego había viajado a las ciudades del hombre blanco y vestido la ropa del hombre blanco.

Bueno, él ya había terminado con todo eso. Nunca, nunca jamás entraría en un plan de importancia con el hombre blanco, aunque aún tratara de encontrar un modo de vivir en la civilización y la comodidad del hombre blanco que él prefería. En lo que respectaba al marfil de los bilinas, encontraría a otros para deshacerse de él. En las ciudades costeras habría comerciantes sirios, mercaderes árabes, granujas estadounidenses, aventureros griegos; habría otros que él podría utilizar. Pero la próxima vez mantendría un seguimiento más cuidadoso de su socio.

Mientras observaba, la cabeza de un mono apareció por el borde del acantilado.

Esto sorprendió a Poko Na; le sorprendió a pesar de sí mismo. La sorpresa fue como la rápida lámina de un relámpago, y luego él recordó a esta criatura, recordó a la ágil y rubia diosa de la jungla que la había traído a su *kraal*. Entoces el guerrero tras él le tocó el brazo y asintió hacia el mono, y Poko Na se llevó el pulgar al labio para pedir silencio. Quería seguir mirando por el momento.

El mono actuaba como ningún otro que había visto. Su comportamiento era casi humano. Mientras Poko Na observaba, la criatura comenzó a arrastrar una delgada cuerda hecha de lianas trenzadas, Poko Na vio ahora que estaba atada alrededor de la cintura del mono. Y tan pronto como tuvo suficiente holgura, este saltó al torno, encontró el extremo de la gran cuerda anudada y procedió a atarle la propia liana.

Poko Na se volvió. Miró a sus guerreros tras él. Los ojos que vio tenían miedo, era una magia extraña que la criatura peluda de las copas de los árboles pudiera hacer cosas como esta. Consideró por

un momento explicarles que la diosa de la jungla debía de haber entrenado al animal, pero decidió no hacerlo. Podrían temer aún más a una mujer blanca que podría lograr tanto con una criatura de la jungla.

Pero ahora, con su tarea terminada, el mono volvió a desaparecer por el borde del acantilado. Un segundo después el torno comenzó a girar soltando la cuerda de escalar atada.

Una vez más, Poko Na y sus guerreros esperaron pacientemente. Pero los guerreros se movían inquietos esta vez, se miraban fruncieron el ceño y luego miraron a Poko Na como si esperaran una explicación. Poko Na sintió que no decir nada sería el curso más sabio por el momento. Más tarde, en la aldea, distraería a los guerreros con una ceremonia y les embotaría el ingenio con especiada cerveza cafre. Eso evitaría que hicieran demasiadas preguntas sobre su relación con Lavic.

Mientras Poko Na estaba sentada esperando, Sheena estaba muy abajo comenzando la escalada del valle. La cuerda estaba reparada y Sheena había indicado que ella escalaría primero, luego Lavic y la condesa y los nativos de su safari, y finalmente Rick. Así el partido de Lavic estaría vigilado en ambos extremos.

Sheena sintió una fuerte sensación de precaución mientras aceleraba hacia arriba, mano tras mano. Lavic había estado muy callado; varias veces lo había sorprendido intercambiando miradas con la condesa. En cuanto a la propia condesa, esa estaba demasiado interesada en Rick como para devolverle todas las miradas a Lavic. La mujer en Sheena podía ver esto con bastante facilidad.

Ella se distanció de los dos blancos y de los askaris y de los portadores que subían tras ella. Llegó a la cima del acantilado cuando aún los demás aún se mecían en la cuerda muy por debajo. Trepó tranquilamente a la plataforma nivelada, sin esperar problemas de ningún tipo. Miró hacia abajo, vio que todo iba según el plan y luego se volvió hacia el túnel por el que habían llegado por primera vez a este lugar.

Hubo tiempo para un hormigueo de advertencia a lo largo de la

columna. Provenía de algo más allá de los sentidos ordinarios, tal vez el instinto de la jungla, porque ella no veía ni oía nada extraño. Solo la boca oscura del túnel y el sol cayendo sobre la arena y la roca a unos pocos metros de la entrada. Sin embargo, algo la hizo moverse; algo la hizo saltar repentinamente hacia la derecha.

Una lanza de hoja pesada salió disparada del túnel. Podría haber empalado a Sheena en el pecho si ella no la hubiera esquivado. Tal como volaba le rozó el hombro, luego navegó hacia el borde del acantilado y cayó en una larga curva. Ella sintió la punzada de dolor, pero sabía que era solo una herida superficial.

Mientras Sheena saltaba y la lanza la rozaba, ella estaba tratando de alcanzar su arco. A estas alturas, solo quedaban tres flechas en su carcaj. Se descolgó el arco del hombro, girándolo levemente al hacerlo. Moviendo el pie derecho un poco hacia atrás, de repente no tenía nada debajo. Trató de lanzarse hacia adelante, lejos del borde del acantilado y recuperar el equilibrio, pero ese pie derecho cayó hacia abajo y la vertiginosa sensación de la caída le produjo una repentina y aguda punzada en la boca del estómago.

En ese mismo y borroso instante vio la forma alta de Poko Na emerger del túnel. Vio esos oscuros y nerviosos ojos mirándola desde ambos lados de aquella nariz ligeramente aguileña, y todo esto enmarcado por los colmillos a lo largo de ambos lados de la cabeza.

Sheena soltó el arco y se agarró al borde del acantilado al caer. Sus dedos resbalaron una fracción de centímetro, luego aguantaron. Ella apretó con todas sus fuerzas para quedar allí sujeta. Sondeó el acantilado con las piernas, buscando desesperadamente un punto de apoyo. No había ninguno. Entonces se impulsó hacia arriba, superando el borde con una fuerza tremenda que desmentían los flexibles músculos de sus brazos y hombros. Llegó de nuevo al nivel de la plataforma y avanzó reptando sobre ella.

Tuvo intención de levantarse de un salto entonces, pero no se le concedió esa oportunidad. Unos fuertes brazos negros bajaron y la pusieron en pie de un tirón.

Fue como si todos los nervios y músculos del cuerpo de Sheena

hubieran explotado de repente. Ella se zafó de los agarres, giró en redondo, se agachó, giró, pateó y golpeó. Era una leona rodeada de chacales. Dio un puñetazo al guerrero cebra en la barbilla, el golpe fue rápido y preciso en lugar de aplastante, pero no obstante lo envió tambaleándose hacia atrás. Inmediatamente, ella movió el brazo hacia el otro lado, cruzándole a otro guerrero un golpe en el puente de la nariz con su pesado brazaletes de oro. Un tercer guerrero apareció tras ella levantando un garrote nudoso. Ella presintió su presencia. Soltó una patada por detrás que le impactó en el medio y lo envió rodando por el borde del acantilado. El aullido de terror se desvanecía mientras caía...

Todo esto sorprendió considerablemente a Poko Na y a sus guardaespaldas. Habían venido a capturar a una mujer y se habían encontrado con algo salvaje. Algo demoníaco cuyos movimientos apenas se podían seguir con la vista y cuya fuerza era la de mil diablos. Aquí había más que sorpresa, también había desconcierto. En un instante, Sheena podría haberse separado de ellos por completo, pero en esa misma perplejidad, al menos tres de los Hombres Espíritu bateaban sus garrotes sin ton ni son. Se oyó un fuerte crujido, fuerte pero sordo, como el sonido de un machete mordiendo la corteza. Sheena lo oyó como una extraña y lejana explosión al mismo tiempo que vio una cascada de coloridos destellos ante los ojos.

Después de eso, ella sintió una profunda negrura y la sensación de flotar en un espacio frío e infinito.

Oyó los tambores y la música extraña y estridente mucho antes de abrir los ojos. Incluso en este estado de semiconsciencia, su instinto de la jungla le decía que se quedara quieta.

Un momento después, el olor a vegetación podrida y humo de leña le dijo que estaba en la aldea principal de los bilinas. Abrió los ojos y esperó a que se enfocaran. Lo primero que vio fueron las estacas de bambú a su alrededor, estaban clavadas en el suelo y amarradas a la parte superior para hacer una especie de jaula. Ella yacía en el suelo. Volvió con cautela la cabeza y vio otras jaulas junto a la suya, otros cautivos en ellas: Lavic de pie junto a los barrotes de una, luciendo ahora despeinado y con ojos desorbitados. La condesa un poco más allá, y por extraño que pareciera, aún parecía serena,

serena. Rick en la jaula más lejana. Rick estaba sentado en el suelo con los brazos cruzados sobre las rodillas flexionadas. Podría haber estado descansando un momento tras un largo safari, si no fuese por que nada escapaba a sus ojos.

Ahora Sheena miró hacia el claro. Los porteadores y askaris de Lavic no se veían por ninguna parte, y ella supuso que probablemente habían sido masacrados rápidamente antes de traer aquí a los blancos. En cualquier caso, en el claro, Poko Na y los Hombres Espíritu se congregaban para lo que obviamente era algún tipo de ceremonia.

Todos estaban dispuestos en dos hileras que flanqueaban el claro. Entre las chozas de paja más allá de ellos, otros aldeanos miraban con silencioso terror, en su mayoría ancianos y ancianas y niños que aún no habían alcanzado la edad de guerreros.

En el otro extremo del pueblo se estaba reuniendo una orquesta nativa. Había tambores de diferentes tamaños, xilófonos de ébano y madera de palo de hierro tirados en el suelo, y flautas de caña tanto pequeñas como enormes.

Poko Na estaba en el medio. Ahora llevaba un *kaross* de piel de leopardo y una diadema de garras en la cabeza. Tenía los hombros echados hacia atrás y mantenía su agulieña nariz alta y arrogante. Se volvió hacia la choza más grande, la choza del consejo, y parloteó bruscamente. Un grupo de mujeres allí comenzó a sumergir copas de juntas de bambú ahuecadas en una enorme tina junto a la esquina de la choza. Era la cerveza cafre que Poko Na había convertido en una bebida de valor para sus guerreros. Cada mujer, después de haber hundido una copa, corría hacia el claro y le pasaba la ración a un guerrero. Los guerreros bebían rápidamente, algunos de un trago, y cuando terminaban arrojaron las copas a un lado con altivez. Las mujeres se apresuraban a recogerlas.

Sheena se puso en pie ahora. Le palpitaba la cabeza, pero se obligó a ignorar el dolor. Lavic, en la jaula adyacente, la vio cobrar vida y su voz chillona, que ya no era suave y segura, la llamó. "¡Sheena! ¡T-tienes que hablar con ellos! ¡Debes sacarnos de aquí! ¡Pagaré lo que sea... te haré rica!"

La condesa lo interrumpió. "Oh, cállate imbécil," dijo con fatiga. "Muere con valor ahora, eso es lo menos que puedes hacer."

Sheena los ignoró a ambos y llamó a Rick en la jaula más lejana. "Rick, ¿estás bien?"

Él respondió con una sonrisa. Un poco tembloroso, pero sonrió. "Por ahora," dijo, "si eso es de alguna ayuda."

"¿Dónde está Chim?"

"No lo sé, Sheena. Desapareció en la confusión. Puede que él..."

Los tambores interrumpieron a Rick. Comenzaron con un lento ritmo *staccato*. Los guerreros enderezaron su fila y comenzaron a seguir el ritmo de los tambores golpeando el suelo con las lanzas. Arrastraron los pies hacia los lados, dando varios pasos, inclinándose, cambiando de dirección, todo al unísono.

Entraron los instrumentos. ¿Tintineo? ¿gemidos?, una curiosa e hipnótica melodía se enroscaba como una serpiente alrededor de la fila de tambores. Los Hombres Espíritu comenzaron a cantar: "Yo, yo. Mani sokayo. Yo. Yo. Mani sokayo." Sheena reconoció el cántico de la muerte.

Los aldeanos, medio ocultos entre las chozas, seguían mirando.

El cántico continuó monótonamente durante unos veinte minutos. De pronto, Poko Na entró en el centro del claro, levantó la mano y gritó otra serie de órdenes. Los bailarines se detuvieron. Por segunda vez, las ancianas salieron corriendo con copas de cerveza. Esta vez, los guerreros sostuvieron sus copas con rigidez en lugar de beber de inmediato. Sonó un solo tambor. Poko Na levantó su lanza en una mano, su escudo en la otra. "¡Los espíritus de los animales salvajes entran en nuestros corazones!" gritó.

"¡Yo!" cantó el resto y bebió.

"¡El espíritu valiente del león, el espíritu astuto del leopardo, el espíritu veloz del antílope y el espíritu fuerte del elefante!"

"¡Yo!" Bebieron de nuevo.

Esto se repitió con variaciones varias veces. Cuando hubieron vaciado las copas, volvieron a tirarlas con desprecio y dejaron que las ancianas las recogieran. Una vez más se reanudó la danza.

Sheena supuso que era probable que esta ceremonia continuara durante algún tiempo. El sol ya estaba bajo por el oeste, tiñendo de naranja y rojo la neblina amarilla sobre la jungla. Bailaron después de que el sol se hubiera ido, bailaron hasta bien entrada la noche. Y uno a uno sus cautivos morirían.

Dos guerreros se separaron de pronto de la hilera y se dirigieron a grandes y decididas zancadas hacia la jaula que contenía a la condesa Narcissa.

"¡No!" gritó Lavic agarrando las barras de bambú de su propia jaula hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

La condesa mantuvo la cabeza alta. Encaró a los guerreros que se acercaban y no dijo nada; solo una leve palidez de sus mejillas daba alguna indicación de cómo se sentía. Cruzó los brazos sobre el pecho y salió con firmeza cuando abrieron la jaula, ignorando por completo sus firmes agarres sobre sus brazos.

Poko Na exclamó otra orden. Los guerreros formaron un círculo de unos diez metros de diámetro y levantaron sus lanzas. La oscuridad estaba cayendo ahora y las ancianas comenzaron a arrojar leña sobre los fuegos dispersos en el claro, elevando las llamas, de modo que los reflejos rojos danzaran en las anchas puntas de las lanzas.

Los dos guerreros llevaron a la condesa hacia el círculo de lanzas.

Ella se zafó de su agarre con un tirón. Había estado demasiado tranquila hasta este momento y ellos no se lo habían esperado. Ella se liberó y echó a correr hacia la jungla. Pero estaba condenada de antemano y Sheena sospechaba que ella debía de haberse dado cuenta de esto desde el principio. La condesa corrió quizá diez pasos antes de que la primera de las lanzas llegara silbando hasta ella. Tres la golpearon en la espalda al mismo tiempo; una la traspasó por completo. Ella corrió a trompicones varios pasos más antes de caer.

Capítulo 7

LOS GUERREROS corrieron para rodear a la mujer muerta y clavarle las lanzas en el cuerpo una y otra vez. Y cuando se cansaron de eso, Poko Na pidió más copas de bambú llenas.

Fue mientras bebían de nuevo el trago ceremonial que Sheena oyó desde la jungla cercana el parloteo de un mono. Para cualquier otra persona habría sonado como el griterío de cualquier mono, pero para Sheena la voz le resultaba tan familiar como la suya. Con cuidado, sus ojos recorrieron el muro de la jungla allí donde esta se detenía en el borde de la aldea. Ladeó la cabeza y escuchó.

Ahora, un susurro cauteloso desde el otro lado del muro detrás de su jaula llegó a sus oídos. "¡Sheena!" La voz era profunda y rica, y al oírla, ella casi pudo ver la enorme y resonante masa de K'ando detrás de la misma.

"¡K'ando!" exclamó ella en respuesta. "Sí, te oigo." Sheena no se giró hacia él, sino que miró hacia el claro donde los guerreros habían comenzado a bailar de nuevo y donde el sonido de la música y los tambores les impedía oír esta conversación.

"Oí que Poko Na había llevado a la aldea blancos capturados," susurró K'ando. "Vine aquí, y entonces Chim se bajó de los árboles para recibirme. Está conmigo y tiembla de miedo."

"Escucha con atención, K'ando," dijo Sheena; "Te es imposible entrar en la empalizada. Te verán de inmediato. Pero hay alguien que puede entrar. Chim es pequeño. Él puede trepar por el muro y mantenerse en las sombras. "

"Sí," dijo K'ando, "pero este peludo no tiene la fuerza para vencer tantas lanzas."

"No se va a necesitar fuerza," dijo Sheena rápidamente. "Sólo algo de la jungla. Tú deberías ser capaz de encontrarlo muy rápidamente. Cuando lo hagas, instruirás a Chim."

Sheena habló rápidamente y le esbozó su plan. Mientras lo hacía, la música crecía y los tambores aumentaban la furia de su ritmo. La noche había descendido por completo ahora: el cielo era de un negro profundo y las estrellas eran duros diamantes aplastados y arrojados sobre este. Las llamas de los fuegos de la aldea se elevaban alto, compitiendo con los bailarines. Los cuerpos negros y la pintura blanca brillaban; escudos y lanzas destellaban en contrapunto a la danza.

Después de un rato, Sheena ya no era capaz de saber cuánto tiempo llevaban danzando. Por una vez, su sentido del tiempo estaba embotado por el efecto hipnótico de la música. Ahora vio que había locura en los ojos de los Hombres Espíritu, e incluso Poko Na, normalmente de mente fuerte y cínica, la estaba sintiendo también. Él, en este momento, bailaba más furiosamente que cualquiera de ellos.

Pero los ojos de Sheena estaban fijos en un lugar cerca de la choza del consejo al otro lado del claro. Allí estaba la enorme tina de cerveza cafre y, cerca de esta, las ancianas con las copas que servían a los guerreros. Pero las mujeres no estaban mirando la tina; sus ojos, como todos los demás en la aldea, estaban fijos en la salvaje danza, atrapados por la maligna fascinación de la misma.

De pronto una figura pequeña y peluda apareció en el campo de plátanos más allá de la choza del consejo. Miró a su alrededor con cautela durante un momento, luego se escabulló hacia la tina. Tenía algo en la mano y lo dejó caer en la tina, luego volvió corriendo y se desvaneció en la arboleda de nuevo.

La música y el baile continuaban y Sheena, con todos los nervios casi al límite, se mantenía en silencio y esperaba. Las sombras de los guerreros saltaban como fantasmas sobre el follaje de la jungla más allá. El cántico de la muerte sonaba una y otra vez: "¡Yo, yo, mani sokayo! ¡Yo, yo, mani sokayo!"

De repente, como por una orden extraña y silenciosa, la música se detuvo. Los bailarines se quedaron quietos. Poko Na levantó ambos brazos. "¡Beberemos de las aguas mágicas de nuevo!" gritó.

Las mujeres se apresuraron a rellenar las copas de bambú.

La voz de Sheena, firme y fuerte, sonó de repente a través del claro. "¡Ahora la venganza de los espíritus del bosque llega a los Hombres Espíritu!" exclamó en dialecto bilina.

Eso asustó a Poko Na, luego lo enfureció. Se volvió hacia la jaula de Sheena. La señaló. "¡Sacadla!" rugió. "¡Ella sufrirá la muerte de lanzas a continuación!"

Dos guerreros habían sido suficientes para sacar a la condesa de su jaula, pero ocho de ellos se adelantaron para traer a Sheena. Ella los sorprendió sin luchar. Se fue con ellos serena y tranquilamente hasta el centro del claro.

Poko Na volvió a levantar ambos brazos en el gesto ceremonial. Mantuvo sus ojos en Sheena. "¡Los espíritus de los animales salvajes entran en nuestros corazones!" cantó.

Las mujeres llevaron ahora las copas de bambú a los guerreros. Una vez más, cada bailarín apuró de un trago su ración y arrojó la copa detrás de él.

Poko Na no bebió. Seguía mirando a Sheena. Había triunfó en su mirada, pero también un ligero matiz de incertidumbre, y a Sheena esto no le pasó por alto.

Ella levantó sus propios brazos de repente. "¡Ahora comienza la magia de Sheena!"

Aquello estaba perfectamente sincronizado. Apenas hubo hablado, empezaron a suceder cosas extrañas. Uno de los Hombres Espíritu se llevó de repente las manos al estómago y gimió. Otros miraban a su alrededor con estupidez, perplejos, desconcertados. Un guerrero con melena de león gritó de repente: "¡Agua!" Comenzó a correr hacia la choza del consejo, luego tropezó y cayó.

Algunos de los guerreros empezaron a emitir sonidos ahogados. Otros se agarraban desesperadamente por los dolores de garganta. Uno corrió, gritando, hacia el platanal, cayó y luego comenzó a dar patadas él solo en el suelo de un círculo plano y espasmódico.

Antes de que pasara otro minuto, no había ningún guerrero de pie.

Excepto Poko Na. Su sorpresa inicial había desaparecido. Ahora estaba mirando a Sheena, comenzando a sospechar algo de lo que debía de haber sucedido. Pero Sheena tenía la ventaja de la sorpresa en ese momento y pretendía conservarla. Con frialdad, justo ante los ojos de Poko Na, tomó un machete que uno de los guerreros caídos había dejado caer. Caminó hacia la jaula de Rick.

Rick le sonrió a través de las barras de bambú y dijo: "Sabía desde el principio que harías esto."

Ella sonrió fugazmente, cortó los cierres de la jaula de cuero sin curtir y Rick salió al raso.

"¡Sheena! ¡No puedes olvidarte de mí! ¡Debes liberarme también, Sheena!" gritó Lavic.

Sheena lo miró con disgusto, pero se acercó a su jaula y cortó las correas.

Poko Na rugió de pronto con un terrible sonido de ira y frustración. Levantó su lanza y entornó los ojos hacia Sheena. Ella giró hacia él. No había tiempo para abalanzarse con el machete ni tiempo para levantar una lanza caída del suelo.

"¡Cuidado, Sheena!" gritó Rick. Eso distrajo a Poko Na durante un momento. Él volvió los ojos hacia Rick y, al hacerlo, volvió a ver a Lavic. Lo vio como si fuera la primera vez. Su frente se nubló aún más, como si hubiera una nueva racha tormentosa ya rugiendo. Sus ojillos brillaron en sus profundas cuencas, ese era el hombre que lo había provocado todo, aquí estaba el hombre que había tratado de hacerle quedar como un idiota.

El brazo con la lanza de Poko Na se echó hacia atrás.

Lavic tuvo el tiempo justo para abrir los ojos y gritar: "¡No!"

La lanza avanzó en una ligera curva, casi imperceptible, al salvar la distancia entre los dos hombres. Lavic intentó esquivarla. La pesada punta lo alcanzó en el pecho izquierdo con un sonido como el de un cuchillo al golpear una manzana podrida. La fuerza del arma lo estampó contra la jaula que acababa de dejar. Quedó allí inclinado

durante un instante, mirando estúpidamente el arma dentro de su cuerpo. Luego se hundió lentamente, con los ojos aún abiertos, y un segundo después estaba sentado allí, muerto.

Sheena no tardó un instante mientras sucedía todo esto. Se abalanzó sobre otra lanza caída, luego se enfrentó a Poko Na sosteniendo el arma con ligereza y lista para lanzar.

Él se volvió y la miró fijamente, sus ojos estaban nublados; en ellos estaba la desesperanza de un hombre que lo había perdido todo. Sin embargo, no tenía miedo, cuadró los hombros y sacó el pecho hacia adelante, esperando que Sheena atacara.

Hubo un súbito clamor en la puerta de la empalizada y las mujeres corrieron a abrirla. Mientras observaban, entró K'ando. El gran nativo iba vestido con el traje ceremonial de un jefe bilina. Caminó lentamente por el recinto con la gracia de su curiosa obesidad. También sostenía una lanza. Se detuvo a veinte pasos de Poko Na y mantuvo los ojos en el usurpador. Luego miró a Sheena durante un breve instante. "Dale una lanza también, oh Sheena."

Sheena comprendió. Según el código de la tribu, era necesario que K'ando matara a Poko Na con su propia mano y, por elección propia, K'ando le estaba ofreciendo un combate igualitario. Los bilina recordarían durante mucho tiempo cómo actuó su legítimo jefe en este asunto.

"Haz lo que él dice. Recoge una lanza," le dijo a Poko Na.

Él se movió lentamente con los ojos aún en K'ando. Entonces, sosteniendo sus armas, los dos hombres se enfrentaron el uno al otro, uno largo, musculoso y nervioso; el otro gordo, pero afilado y grácil.

"¡Hai!," dijo Sheena bruscamente, dando la señal.

Poko Na arrojó su lanza desesperadamente y con un movimiento en arco de su largo cuerpo. K'ando apenas pareció moverse. La lanza del alto negro pasó volando al lado de K'ando, fallando por poco su hombro, y la lanza de K'ando alcanzó al líder de los Hombres Espíritu en el centro del torso.

Tres días después, tres personas estaban en la linde de un gran bosque.

"Y ahora el sendero se separa," dijo Sheena.

K'ando asintió y señaló al noroeste: "En esta dirección Rick toma el marfil de los bilinas," y al suroeste: "mientras Sheena regresa a su propio bosque. Sheena se va y se lleva su magia con ella."

Sheena dio una carcajada. "La magia de Sheena es solo la de la jungla. Porque solo la jungla tiene magia. La jungla supo desde el principio que el hombre blanco, Lavic, había venido a robarle y que, por tanto, estaba condenado. Poko Na, quien fue contra la senda de la jungla, también fue marcada por la muerte. La jungla tiene todo lo que necesita para realizar su magia, como la venenosa karatonga que tú fuiste capaz de encontrar y que Chim pudo arrojar en la tina de cerveza cafre."

FIN

Sheena, Reina de la Jungla - Libro 4

Espada de Gimshai

por

Joseph W. Musgrave

___oOo___

A solas, Bob Reilly habría sido presa fácil de aquellos feroces merodeadores tribales bambalas. Pero el destino le ha enviado al interior del campamento de Sheena, la mujer de la jungla —Sheena— quien ya ha escrito con sangre bambala la grandiosa leyenda de la reina guerrera.

Capítulo 1

SHEENA yacía inmóvil sobre el lecho de fragantes hierbas con las manos entrelazadas detrás de su cabeza rubia. Un suave viento del sureste, que soplabá por la puerta abierta de la casa del árbol, la acariciaba con sus dedos y le susurraba sobre una jungla largo tiempo despierta y ajetreada.

Pero esta mañana, los murmullos de la jungla no le interesaban a Sheena. Una sensación de opresión y soledad se había apoderado de ella desde el momento de su despertar.

Una docena de veces desde la salida del sol, su simio mascota Chim había dejado sus ruidosas actividades en las copas de árboles cercanos para mirar con preocupación por la puerta a una ama yaciendo en la cama en un día tan maravilloso. De manera similar, en el claro de abajo, el gran elefante Tamba se agitaba inquieto, impaciente y desconcertado porque la chica a la que él consideraba su propia mascota privada no había aparecido para la ceremonia de nadar, comer y jugar que él presidía regularmente.

Aunque por primera vez, los amigos animales de Sheena no eran suficientes. La alegría habitual que sentía al gastarles bromas, regañarles y sermonearles había desaparecido. Ni siquiera la familiar y profunda tos de Sábór, el poderoso león de melena negra que venía a intervalos del otro lado del río, emocionaba a Sheena. Ella había criado a Sábór desde que este había sido un cachorro y, aunque él se marchaba durante días seguidos, siempre volvía. Como hacía esta mañana después de un merodeo de ocho días, para seguirle los pasos durante un tiempo y causar problemas con las otras mascotas con sus peligrosos celos.

La chica de la jungla había sondeado sin éxito alguna explicación a su depresión. Sabía que los hombres negros a menudo enfermaban, y durante un tiempo se preguntó si podría ser ese su problema, aunque la única enfermedad que había conocido era el dolor de estómago por comer frutos no maduros con demasiado entusiasmo.

Había estado postrada un par de veces con heridas sufridas en

batallas de vida o muerte con las bestias de la jungla, pero sus sentimientos en esas ocasiones había sido totalmente diferentes a como se sentía ahora.

El cabello de Sheena era rubio y largo, sus ojos de un profundo y sorprendente azul; sus labios carnosos, tan intensamente rojos como rubíes tocados por el sol. Su piel estaba bronceada en un tono suave y dorado y ella tenía el ágil porte orgulloso de una mujer verdaderamente hermosa.

Y, sin embargo, Sheena no entendía la belleza en los términos que una mujer civilizada piensa en ella. Su cuerpo la complacía, sí, porque en sus firmes líneas esbeltas, suaves y esculpidas, reconocía las mismas cualidades que admiraba en los grandes felinos y en el antílope veloz como una flecha.

Pero nunca se le había pasado por la cabeza si ella era atractiva para los hombres. Ese femenino criterio básico de la apariencia, la respuesta del hombre, era un criterio hasta ahora desconocido para ella, pues hasta ahora Sheena nunca había conocido a un hombre de su propia raza.

Cuando era más joven, los distinguibles rostros de un hombre y una mujer blancos le había venido a veces en sueños, rostros que le eran familiares y que, sin embargo, estaban fuera del alcance de su memoria. Sus primeros recuerdos eran de los abamas, sobre quienes N'bid Ela, la anciana bruja de la tribu, había predicho que Sheena gobernaría algún día. Para prepararla para esa tarea, N'bid Ela la había llevado a la jungla y la había separado de los chicos y chicas negros como si ella fuese una suma sacerdotisa en formación. Pero desde hacía muchas lunas que N'bid Ela estaba muerta, y una gran y perdida soledad crecía en Sheena.

Anteriormente, no había habido negros en la sección de la jungla de Sheena, pues los abamas vivían cinco soles al sur y seguían obedeciendo el tabú de la bruja muerta de no invadir la privacidad de Sheena. "Ella vendrá a vosotros cuando esté lista," había dicho N'bid Ela.

Pero cinco lunas atrás, los belicosos bambalas habían llegado repentinamente del norte y se había asentado cerca de ella. En su

primer encuentro con ellos, Sheena había escapado por los pelos a la captura. Desde entonces, los negros habían hecho esporádicos intentos de cazarla. No queriendo provocar una guerra tribal, Sheena no les había hablado a los abamas de su problema y recientemente los bambalas la habían dejado en paz, y ella había notado que en una de esas raras ocasiones en las que se encontraba con un cazador, era el negro quien daba media vuelta y huía.

Pero Sheena no pensaba en estas cosas ahora mientras yacía abatida sobre su lecho de hierba. Pensaba en pocas cosas, salvo en que la vida ya no era buena y emocionante.

En el claro debajo de la casa del árbol, el elefante Tamba trompetó impaciente por ella. Los ensordecedores ruidos de su llamada apenas se habían extinguido cuando su simio mascota Chim aterrizó con un fuerte golpe en la puerta de la casa, corrió por la sala y acercó su arrugado rostro de anciano al de ella.

Chim parloteó suavemente, con simpatía al principio. Luego, al no obtener respuesta, quedó en silencio mirando más intensamente con sus ojillos. Dio media vuelta con el corazón roto, haciendo tristes sonidos guturales mientras caminaba abatido hacia la puerta.

"Oh, de acuerdo," murmuró Sheena con cansancio. "Me levantaré si eso te calma los dingos salvajes. Por los ojos rojos de Gimshai, ¿por qué tú y Tamba no podéis ocuparos de vuestros propios asuntos por un día y dejarme en paz?"

La chica de la jungla pronunció el rápido y musical dialecto de los abamas. Al sonido de esa voz, Chim giró en redondo con una expresión de deleite casi humana en su carita negra. Comenzó a botar arriba y abajo como una bola de goma, parloteando con una loca animación.

Sheena se puso en pie, alisando y enderezando sus pantalones cortos y la banda de piel de leopardo que le cubría el pecho. Recogió su cuchillo enfundado de una clavija en la pared y se lo puso. Luego tomó un carcaj lleno de flechas y un arco y se lo colgó para que descansaran cómodamente entre los omóplatos. Frunció el ceño al mono y luego, con una súbita rapidez animal, lo imitó exactamente, incluso con el sonido de su voz.

El simio se congeló boquiabierto con la cabeza inclinada hacia adelante, de modo que la miraba como un anciano que mira por encima de las gafas. Luego, chillando de placer, se volvió y cruzó la puerta como si quisiera contarle a Tamba el elefante el maravilloso chiste.

Sheena salió a la pequeña plataforma que servía de porche para la casa del árbol. Dos pájaros *virini* púrpuras y dorados ascendían zumbando desde una rama cercana hacia el áspero refunfuñar de un loro. A diez metros de distancia, en una gran columna inclinada de luz solar, una nube de mariposas giraba en una interminable y vertiginosa danza.

La chica de la jungla bajó la mirada entre el patrón de ramas que se mecían suavemente hacia donde Tamba, con pesada solemnidad, se estaba rascando la dura piel en un árbol. En el borde de la plataforma había un trozo de liana enrollada, uno de cuyos extremos estaba atado a una fuerte rama.

Con un suspiro, Sheena empujó con el pie la cuerda hacia el vacío. Se inclinó, agarró la liana con las manos y saltó columpiándose de la plataforma. La rápida y segura agilidad con la que se bajó por la liana indicaba una fuerza inusual para una mujer.

Cuando sus pies tocaron el suelo, el elefante la estaba esperando. Tamba la miró desde su gran altura, moviendo las orejas como abanicos gigantes. Luego la rodeó con la trompa y, levantándola, giró hacia el río a veinte metros de distancia.

"No, no, Tamba," protestó ella irritada. "Déjame en el suelo. No quiero ir a nadar esta mañana."

El paquidermo estaba en la orilla del agua antes de notar que Sheena hablaba en serio. La dejó en el suelo, la miró con los ojos notablemente inteligentes de los de su especie, al parecer tratando de descubrir qué iba mal.

La mirada le dio a Sheena una punzada en su conciencia y, tratando de ocultar ese hecho incluso a sí misma, se volvió y miró rígida río abajo. De inmediato soltó un gruñido exasperado. Su mirada se había posado en una pesada figura de melena negra que se abría

paso con cuidado sobre el río utilizando una rama baja como puente. Era Sábtor, el león, que venía a causarle más problemas.

"No voy a tolerar esto," dijo ella con fiereza. "¿Qué se creen estos animales que soy, una esclava?"

Con un tirón de la barbilla, comenzó a cruzar el claro hacia la jungla. Escuchó a Tamba mover los pies, supo que él estaba considerando seguirla. A su derecha, Chim salió de un árbol de un brinco, aterrizó de pie y corrió para alcanzarla.

"¡Déjame en paz!" chilló ella. Y de pronto, ella estaba corriendo, huyendo de sus amigos animales como si los diablos la persiguieran.

Aceleró hacia la camuflante maleza verde sin importarse por las ramas que la arañaban. Corrió y corrió, deteniéndose solo cuando su respiración comenzó a llegar en fuertes jadeos.

Cuando se detuvo y se recompuso, se sintió boba y avergonzada. Sacudió la rubia cabeza con una momentánea humedad en los ojos. ¿Qué le pasaba? ¿Había cogido la extraña locura que a veces se apoderaba de los animales, obligándolos a vivir solos en la maleza, alimentando una enloquecida furia contra toda la jungla?

Sheena miró a su alrededor para orientarse. No había prestado atención al rumbo que estaba tomando y ahora se sorprendió al descubrir lo mucho que se había alejado de su territorio de caza usual. Aunque ciertamente nunca habían llegado a un acuerdo entre ellos, había una vaga línea de demarcación entre su propio territorio y el de los bambalas. Los mismos negros habían trazado más o menos la línea imaginaria en los últimos meses y rara vez la traspasaban.

Normalmente, Sheena habría vuelto de inmediato a la seguridad de sus propias tierras, pero en su estado de ánimo hoy no le importaba el peligro ni cualquier otra cosa. Se sentó pesadamente en un árbol caído y puso la cabeza entre las manos.

El sol avanzó hasta casi la mitad del cielo antes de que la chica de la jungla se levantara por fin. El dolor del hambre la apuñaló, recordándole que no había comido ese día. Aún estaba de pie,

indecisa, cuando una brisa errante le trajo el aroma de la fruta madura.

En su vida en la jungla, su sentido del olfato se había vuelto casi tan agudo como el de un animal. Ella fue directamente al grupo de árboles cargados de grandes ciruelas de piel azul. Cuando el sabor de las ciruelas palideció, se acercó a unos nogales y completó su comida con una pera *panyanox* [29] amarilla.

Justo cuando tiraba el corazón de la pera, Sheena escuchó un distante y resonante rugido como un pequeño trueno. El sonido era completamente nuevo y ella escuchó frunciendo el ceño. Luego, otras dos veces llegó el silenciado trueno, que pareció rodar cerca del suelo.

Abruptamente, toda la jungla a su alrededor estaba escuchando. Los crujiditos en la maleza, tan débiles y continuos que uno casi se olvidaba de ellos, se calmaron de repente. Las ásperas voces de los loros, las notas trinantes y líquidas de los pájaros cantores cesaron en un aterciopelado aplauso de silencio.

El bosque escuchaba sopesando el peligro en el extraño sonido. Luego, cuando el ruido volvió a sonar tres veces y no pasó nada aún, como una caja de música que comienza a sonar lentamente se reanudó la actividad de las pequeñas criaturas. El extraño trueno fue ignorado y luego olvidado por cada animal o ave en el momento en que decidían que no estaban amenazados personalmente.

Pero debido a ese extraño e inquieto capricho en la mente humana, llámese sed de conocimiento o curiosidad insaciable o un simple impulso contrario a entrometerse, Sheena reaccionó de manera muy diferente a los animales de la jungla. ¿Qué significaba este nuevo sonido diferente a todo? ¿Qué lo causaba? ¿Podía ser que hubiera algo en la jungla que ella no conocía?

Con los ojos brillantes de interés, Sheena empezó a correr en dirección a las continuos estallidos de ruido. Se movió con la gracia de un antílope, pareciendo elegir el camino más rápido y fácil por instinto. No había ninguna semejanza entre la carrera centellante de sus largas y bellamente modeladas piernas y ese ridículo intento sin rumbo de correr de la mujer civilizada.

En cuestión de minutos, llegó a un ancho sendero excavado como un túnel poco iluminado a través del asfixiante crecimiento de árboles, arbustos y lianas. Este era uno de los antiguos senderos de elefantes que servían como las autopistas de África. Los estallidos resonantes estaban ahora muy cerca y se acercaban rápidamente a ella.

Sheena comenzó a pasar al sendero, pero sus oídos captaron el sonido de pisadas. Retrocedió fuera de la vista y, sintiendo por primera vez que podría estar corriendo de cabeza hacia el peligro, saltó alto, se agarró a una rama y se subió a un árbol. Encontró una buena posición en las ramas del medio, donde tenía una vista clara del sendero pero ella misma quedaba oculta de la vista mientras permaneciera tumbada en un nido de lianas.

Una figura oscura dobló corriendo una curva lejana en el camino. Un segundo después aparecieron dos corredores más. Luego todo un coágulo de cuerpos que se empujaban y arañaban se derramaba alrededor de la curva.

Sheena entornó los ojos y tensó el cuerpo de repente. Mientras los negros se acercaban por el sombreado sendero, ella notó que eran miembros de una tribu extraña, no los bambalas, sus enemigos. Obviamente estaban aterrorizados, cada hombre luchando por adelantarse a los demás.

Ninguno de ellos tenía aspecto de guerrero, aunque los tres hombres que iban a la cabeza iban armados con lanzas y escudos. La mayoría de los nativos llevaban pesadas mochilas atadas a la espalda y, mientras corrían, se soltaban de las correas de transporte y dejaban que las mochilas cayeran en el suelo. Fuera de vista en la curva, las explosiones sonaban más agudas y claras ahora, cada detonación alentaba a los asustados nativos a correr a mayor velocidad.

Sheena no podía imaginar el horror del que huían los jadeantes y tensos nativos. Entonces, abruptamente, cuando los negros en estampida no estaban a más que a un tiro de lanza corta de ambos lados del camino, estalló el temible grito de guerra de los bambalas, "¡Babalo Aka N'Koto!"

Ese grito frenético se repetía una y otra vez, con tan estridencia

histórica que le evocó a Sheena un torrente de recuerdos de aquella lúgubre mañana cuando habían intentado capturarla por primera vez: saliendo de una emboscada, un centenar de chacales contra una mujer desarmada. Pero en ella habían encontrado los bambalas con un furioso y desgarrador leopardo en lugar de una víctima aterrorizada. Y ese día Sheena había matado por primera vez, había escrito con sangre de los bambalas las primeras líneas de la leyenda de la reina guerrera, que mes tras mes y a partir de ese momento iba a volverse más fabulosa.

"¡Sangre para N'Koto!" ¡Sangre para el dios maligno de los bambalas! Sangre para ese ídolo horrible e hinchado ante el cual los bambalas se humillaban y rezaban antes de salir a cazar inocentes víctimas indefensas.

Sheena gruñó como un gato enojado, sus labios se arquearon hacia atrás para dejar los dientes al descubierto. De la maleza a lo largo del sendero, los bambalas barrían en dos grandes olas. La emboscada había sido perfectamente planeada. A corta distancia, clavaban sus lanzas en su presa y luego, liberando sus espadas, cargaban para completar su espantoso trabajo.

Mientras los guerreros pintados caían sobre los aterrorizados portadores, la mano de Sheena se lanzó hacia su arco. Todo pensamiento sobre su propia seguridad había desaparecido. La rabia, roja y llameante, la abrasaba. Era solo un momento soltar el nudo corredizo que aseguraba el arco sobre los hombros.

Con la velocidad del rayo que viene de la práctica prolongada, ella tensó la cuerda del arco. Saltó erguida sobre la rama, tan perfectamente equilibrada como si sus pies descansaran en tierra firme. Con una tranquila precisión, la chica de la jungla comenzó a lanzar flechas al cerrado grupo de atacantes.

Un guerrero bambala levantó los brazos y, gritando, cayó de rodillas. Otro se desplomó hacia adelante y fue pisoteado. Otros dos colapsaron repentinamente como marionetas a las que se les han cortado los hilos. El quinto se dobló en dos, una flecha le atravesó completamente la cintura y comenzó a correr en círculos como un perro con el rabo en llamas.

Sheena había concentrado su fuego en los bambalas más cercanos a ella, en los que bloqueaban la huida de los portadores. Cuando sacó a esos cinco hombres de la desigual batalla, fue como clavar un cuchillo en una vejiga llena de agua. Los portadores enloquecidos que habían sobrevivido al ataque inicial salieron disparados a través de la abertura que ella había creado. En ciega y despreocupada estampida, salieron de la trampa y se lanzaron por todos los ángulos hacia el bosque.

La masa de bambalas se partió en astillas, grupos de tres a cinco guerreros atacaban a cada uno de los asustados conejos humanos. Los atacantes estaban más furiosos que nunca, ahora que una matanza fácil se había convertido en una persecución difícil.

Pero los guerreros más cercanos a esos hombres caídos por las flechas de Sheena no se unieron a la persecución. Algunos de ellos habían visto las flechas atravesar a sus compañeros y, parloteando agitadamente, señalaban a los demás que el ataque había venido de un nuevo y oculto adversario.

Entonces uno de ellos, considerando el ángulo en el que habían golpeado las flechas, vio a Sheena de pie con las piernas separadas en lo alto de una balanceante rama. Apuntó con el dedo a la delgada figura blanca recortaba entre las hojas de un verde intenso.

"¡Tio Nomi!" gritó. "¡La Mujer del Bosque!"

Un sonido bajo, ronco y tembloroso, como la ráfaga de viento a través de un profundo desfiladero, salió de los bambalas. Había miedo en ese sonido, y también odio. Esta era la mujer a la que habían intentado cazar innumerables veces, sin éxito. A pesar de todos los que eran, todas sus armas, todas sus artimañas, ella los había hecho quedar como unos idiotas.

Claramente, ninguna mujer normal sería capaz de burlar a los guerreros. Y había otras cosas que mostraban que ella no era un ser humano ordinario de carne y hueso. Por ejemplo, ¿no la habían visto hablando con feroces bestias de la jungla, y cazando y jugando con ellas? Ella había demostrado ser inmune a las maldiciones y hechizos de los médicos brujos, inmune al demostrado *yuyu* que marchitaría y mataría a un hombre negro en cuestión de días.

Y al mismo tiempo, muchos sucesos en el *kraal* de los bambalas — como la tormenta de viento fuera de temporada de hacía dos lunas había arrancado los techos de la mitad de las chozas, o la extraña invasión de serpientes durante la noche después de la última lluvia — solo podrían atribuirse a la magia maligna de alguien como la Mujer del Bosque. Seguramente ella era el engendro de los demonios, dotada de un poderoso *yuyu* personal, de lo contrario los mismos diablos de la jungla la habrían devorado hacía mucho tiempo.

El miedo hace cosas diferentes a hombres diferentes. La mayoría de los guerreros quedaron momentáneamente paralizados, atónitos al saber que Sheena, por primera vez, había invadido abiertamente sus tierras y los había atacado. Pero un nativo rechoncho y con pecho de toro fue galvanizado a la acción.

"¡Salvaos a vosotros mismos!" chilló él. "¡Atacad antes de que ella nos mate!"

Sacó una lanza del cuerpo de uno de los porteadores asesinados, con los ojos dilatados y la boca como un enorme agujero gomoso. Avanzó dos pasos corriendo, levantando la lanza para el ataque.

Capítulo 2

LA FLECHA de Sheena alcanzó al lancero en la garganta y lo echó hacia atrás como un pollo descabezado. Pero la acción del hombre rompió el hechizo que retenía al resto de bambalas, quienes fueron a buscar lanzas entre los portadores muertos.

Por rápida que fuera, Sheena no tuvo tiempo de escapar, y contra un ataque masivo de lanzas su arco no podía salvarla. Demasiado tarde notó ella que su odio profundamente arraigado hacia los bambalas la había traicionado a cometer una fatal temeridad.

En ese momento, cuando la muerte estiraba la mano hacia ella, tres hombres rodearon rápidamente el otro lado del sendero detrás de los guerreros. Dos de ellos eran fornidos negros con descoloridos pantalones cortos color caqui. Portaban rifles en sus grandes manos, cartucheras casi vacías golpeaban sus cinturas mientras ellos corrían.

El tercer hombre era blanco, un tipo alto de anchos hombros, con el rápido y dinámico paso de un defensa de fútbol. Tenía un rifle en las manos y una pistola en la cintura. No tenía sombrero, su cabello negro estaba enredado y rebelde. Y aunque la tensión y la fatiga se arrugaban en su rostro de mandíbula cuadrada, dándole a primera vista una apariencia engañosa de madurez, una inspección más minuciosa le decía a Shenna que tenía poco más de veinte años.

Los dos negros vacilaron, quebraron el paso al ver a los bambalas en enjambre entre portadores muertos y moribundos. Ambos, con los ojos repentinamente blancos y brillantes, lanzaron miradas de miedo por encima de los hombros. La voz del hombre blanco los espoleó, los impulsó a dar unos lentos pasos más. Pero el mismo pánico que se había apoderado de los portadores se estaba apoderando de los dos guardias.

Como si cuerdas invisibles los hubieran atrapado, los guardias se detuvieron haciendo pequeños giros y vueltas inútiles sin ni siquiera moverse del sitio. La voz del hombre blanco los azotó de nuevo, con furiosa urgencia.

Uno de ellos negó con la cabeza violentamente, diciendo que no iba a cargar contra los bambalas. El otro no dio señales de haber oído siquiera. Durante un momento desesperado, el hombre blanco vaciló, luego, torciendo la boca con amargura, se abalanzó el solo, disparando su rifle a la altura de la cadera mientras corría.

Sus gritos a los guardias habían desviado la atención que los guerreros bambalas tenían en Sheena. Chillaron como una manada de perros al ver tres nuevas víctimas. Dos de ellos, con las lanzas en alto, saltaron para encontrarse con el blanco que se acercaba.

Luego, el rifle del hombre blanco se estaba encabritando y sacudiendo en su rígido y tenso agarre. A esa distancia, ni siquiera los disparos sin apuntar podían fallar. El estrépito de las explosiones sonó y resonó, eco amontonado sobre eco, en el cavernoso sendero.

Uno de los lanceros atacantes pareció chocar corriendo contra un muro de piedra. A medio paso se estrelló contra la barrera invisible y se tambaleó hacia atrás en una caída de lado. Para cuando cayó al suelo, otros dos hombres en el grupo de nativos detrás de él estaban cayendo y un tercero estaba gritando con un brazo hecho pedazos.

Estos eran guerreros duros de pelar, pero esta era su primera experiencia de enfrentamiento a armas de posta. Aquel terrible palo de fuego rugiente era tan asombroso como una manada de elefantes a la carga. Magia aterradora estaba en un arma que, de un modo inexplicable, escupía muerte a través del aire.

Y la mejor muestra de la magia del palo de fuego era el modo en que el solitario hombre blanco corría directamente hacia ellos. Solo un hombre que se sabía imposible de perder se lanzaría contra tan abrumadores obstáculos. Sí, la carne y el hueso no podían combatir la magia de ese palo de fuego.

Los bambalas no imaginaban el colosal farol que el hombre blanco estaba jugando al correr hacia ellos. Se necesitaba un coraje de hierro para atacar a esos negros y disparar los últimos cartuchos de su rifle sabiendo que estarías acabado si ellos no rompían las filas antes de alcanzarlos.

No era lunática valentía lo que dictaba su acción. La jungla detrás

de él estaba viva de bambalas. La fuerza principal había atacado su safari por la retaguardia, superando a más de la mitad de los porteadores antes de que él pudiera poner sus armas en juego, dejando al resto en la estampida de esta segunda emboscada. Sabía que no tendría ninguna oportunidad contra los sabios negros de la jungla si él giraba hacia la maleza. El sendero que tenía por delante ofrecía la única vía de escape.

Había visto en los primeros momentos de la batalla que los guerreros se mostraban tímidos antes las armas. Luchando una feroz acción de retaguardia, él y los dos negros armados habían tratado de ganar tiempo para que los porteadores escaparan. Pero cuando sus municiones se habían agotado, ellos también se habían visto obligados a correr para salvar sus vidas.

Pensando en sus rifles casi vacíos, el nervio de los guardias se había quebrado al doblar la curva y ver cortada su retirada. El hombre blanco había apretado los dientes y seguido adelante. Había mantenido ingenio suficiente para notar que un ataque frontal podría asustar al grupito de nativos que bloqueaban el camino.

¿Y si fallaba su farol?

Bueno, entonces él solo moriría unos segundos antes que los dos aterrorizados guardias.

Pero su farol no fallaba. Como chacales atacados por un león, los bambalas pusieron de pronto pies en polvorosa. Con una avalancha de pisotones, se dirigieron al interior la maleza, dejando el sendero despejado.

Sheena quedó paralizada en la rama encima del sendero. Ella estaba tan sorprendida por ese atronador palo de fuego como los nativos, pero estaba aún más aturdida por el hecho de que el amo del palo de fuego era de piel blanca. Ella no le temía. Después de todo, le había salvado la vida. La temeraria carga del hombre había apartado de ella las lanzas bambalas en el último momento.

No se le ocurrió que él pudiera ser otra cosa que un amigo y un aliado. Ella juzgaba a los hombres por la única regla que conocía, las costumbres del mundo animal. Entre las criaturas de la jungla,

los iguales corrían con los iguales compartiendo instintivamente los mismos odios, hambres y hábitos.

Temprano en su vida, Sheena había concluido relucientemente que ella era una criatura sola, condenada a pasar sus días sin conocer nunca la compañía de otras personas como ella.

Y ahora, de pronto, le resultaba increíble estar viendo a uno de los suyos, ¡alguien de su propia raza!

Que él era un macho, ella no tenía ninguna duda. Su rostro de mandíbula cuadrada, sus anchos hombros, su profundo pecho y sus finas caderas, su voz profunda y su modo salvaje y feroz de luchar, todo indicaba su masculinidad.

Él frenó, derrapando casi directamente debajo de ella, y se giró con las manos ocupadas con el palo de fuego. Lo que había detenido al hombre blanco era el espantoso empuje ascendente de los gritos bambalas en el sendero detrás de él. Al girar, buscándose a tientas apresuradamente para meter el último de sus cartuchos en el rifle, vio guerreros negros dando media vuelta y saliendo de la jungla a ambos lados de los dos guardias que habían quedado detrás de él.

Levantó el rifle con un tirón y estampó cinco deliberados disparos a la masa del enjambre, pero ni una veintena de tiradores podrían haber salvado a los dos hombres. Los bambalas estaban sobre ellos como lujuriosas bestias, destrozando literalmente en pedazos a los guardias con las manos.

Cuando la masa de garras y gritos se cerró sobre los dos, el dedo del hombre blanco siguió apreatndo el gatillo automáticamente. Pero los cinco proyectiles habían sido los últimos y el martillo golpeó inútilmente una cámara vacía. Cuando por fin el hombre blanco supo lo que estaba haciendo, su mano derecha serpenteó en busca de su pistola, el rostro de fino talle se le tornó blanco de ira bajo su intenso bronceado.

Luego, con la pistola medio desenfundada, recobró el sentido y se percató de la inutilidad de intentar desafiar aquella fuerza abrumadora. Giró abruptamente y, aún con el rifle vacío en la mano, siguió corriendo sendero abajo.

Su acción rompió el hechizo que había mantenido inmóvil a Sheena. Ella lo había visto introducir cinco brillantes tubitos metálicos en el palo de fuego, había oído a este escupir un trueno cinco veces y luego emitir solo vacíos clics. Los cinco cartuchos expulsados yacían en el camino donde el hombre había estado. Su mente rápida unió estos hechos y ella supo de repente que la magia del palo de fuego se había agotado.

Los bambalas, que ya había comenzado la persecución, pronto se darían cuenta también de que la magia de esa arma se había agotado. Y una vez que desapareciera la cautela engendrada por el miedo a esa arma, acabarían con el hombre blanco en poco tiempo.

"¡Oh, no!" exclamó Sheena en voz alta. "¡No puedo dejar que lo atrapen!"

Con dedos voladores, dejó caer la flecha de vuelta al carcaj y se aseguró el arco a la espalda. Luego, con la segura agilidad de una de la gente de los mismos árboles, comenzó a atravesar las ramas del medio.

Era mediante este truco de viajar por los árboles lo que había desconcertado tantas veces a los bambalas, pues la veían desaparecer en el aire justo cuando pensaban que la tenían acorralada. Cuando ella era una niña solitaria, había comenzado a imitar a los monos y simios estrictamente como una cuestión de juego, y mediante interminable práctica, se había convertido gradualmente en una experta en acrobacias aéreas que te dejaba sin aliento.

En persecución del hombre blanco, Sheena se desvió hacia la izquierda a través de la jungla, recordando que el sendero trazaba un prolongado arco. A pesar de su considerable ventaja sobre ella, ella podría interceptarlo tomando el atajo.

Cuando ella llegó a su destino, vio al hombre a cien metros de distancia, acercándose rápidamente a ella. Los bambalas aún no estaban a la vista, pero la claridad con la que se oían sus escalofriantes gritos indicaba que no estaban muy lejos.

Sheena agarró un trozo de liana y se columpió hasta otro árbol para

bajar sobre el sendero. Y luego, con el inminente momento de encontrarse con este extraño macho, una abrumadora timidez se apoderó de la chica de la jungla. Fue consciente de los rápidos latidos de su corazón, del veloz ascenso y descenso de su pecho, y en sus piernas y en la boca del estómago, tenía una inusual sensación de temblor.

Ella vaciló, desconcertada por estas nuevas y totalmente inesperadas sensaciones. Luego, enojada, se dijo a sí misma: "So boba, no te quedes agarrada a este árbol como un lagarto asustado mientras la muerte va en carrera hacia ese hombre valiente."

Y con esto, saltó abandonando la rama, se columpió sobre el sendero. Justo antes de que sus pies tocaran el suelo, se soltó de la liana y echó a correr.

Cuando el hombre vio una figura salir disparada del árbol, derrapó en seco y sacó la pistola de la funda. Sus ojos se abrieron de par en par cuando Sheena salió al sendero, dio tres largos pasos y se detuvo frente a él. El brazo del arma pareció marchitarse al caer lentamente hacia un lado.

"¡Buen señor!" dijo él de forma bastante audible. "¡Una chica blanca!"

Sheena oyó su exclamación de sorpresa y, aunque no entendió las palabras, el sonido de su voz le resultó agradable. También vio que su apariencia lo había confundido y turbado enormemente. Ella no podía saber que, además de su sorpresa al encontrar a una chica blanca en medio de la nada, él estaba frenético ante la idea de que la responsabilidad de la vida de la chica estaba ahora en sus manos mientras no podía confiar en poder hacerse cargo de la suya propia.

El rostro del hombre era trágico mientras contemplaba aquella fresca y joven belleza. En su confusión mental, detalles como su inusual atuendo o la extraña forma en que ella había aparecido no le impresionaron de inmediato. Su mente estaba demasiado llena del horror del ataque de los bambalas como para pensar con lógica. Era la chica más hermosa que había visto en su vida y le puso enfermo darse cuenta de que no podría hacer nada para protegerla de los asesinos negros.

Entonces la chica le hizo señas con un gesto de extrema urgencia. Él enfundó la pistola en la pistolera. Él veía por las maneras de la joven que ella era completamente consciente de los negros que la perseguían, pero no mostraba la menor señal de miedo. Trató de pensar en lo que debía decirle, preguntándose si debía decirle de inmediato cuán escasas eran sus posibilidades de sobrevivir o si debía alentarla con una falsa sensación de seguridad.

Pero antes de que pudiera hablar, ella avanzó corriendo con impaciencia y le agarró la mano. Por un simple instante, sus ojos azules miraron directamente a los grises, pareciendo en su intensidad eléctrica sondear en sus profundidades. Luego dio media vuelta y, agarrando su mano con una fuerza sorprendente, tiró de él y lo puso a correr.

Ella se mantenía un paso por delante de él y él no podía evitar ver el arco y el carcaj de flechas que ella llevaba colgados a los hombros. Frunció el ceño, su mente luchaba despacio con el hecho de que el arco estaba pulido por el uso prolongado y que el primitivo carcaj de piel de antílope estaba desgastado por el mucho manejo. Su mirada se dirigió al largo cuchillo que remontaba la curva de su cadera, notó que el mango de marfil tenía la forma del agarre de una mujer en lugar de los dedos anchos y gruesos de un guerrero negro.

Y de pronto, una serie de detalles inquietantes sobre ella comenzaron a encajar. Volvió a sentir la fuerza de su agarre, observó el juego flexible de músculos firmes bajo su piel aterciopelada, vio el bronceado dorado que cubría su cuerpo. Se fijó en su ropa de piel de leopardo, que aunque operaba con una hermosa suavidad, estaba cortada y cosida con rudeza. Ella iba descalza y no llevaba ni un solo ornamento.

Desde los primeros pasos que él había dado para seguirla, había sentido que no lo estaba guiando en una huida a ciegas. Había una confianza en sus movimientos que le aseguraba que tenía un plan definido. Esto no era en absoluto lo que él esperaba. En lugar de ser una mujer asustada en busca protección, había tomado tranquilamente el mando de su escapada.

Lo condujo unos cincuenta metros por la pista de los elefantes y

luego viró a la derecha hacia lo que al hombre blanco le pareció un muro impenetrable de vegetación. Pero ella se movió con seguridad a través de los arbustos cubiertos de lianas, girando y rodando a derecha e izquierda como por instinto para encontrar un espacio libre. A veinte pasos del sendero principal él ya había perdido todo sentido de orientación.

De pronto se dio cuenta de que el camino era más fácil y descubrió que ella los había llevado a una pequeña y sinuosa trocha de caza. Ella le soltó de su mano y comenzó a correr por la estrecha senda como un antílope.

Las ramas le laceraban la cara y se le enganchaban en el rifle mientras él intentaba seguir el ritmo. Los arbustos le agarraban las piernas, las raíces se le enganchaban en las botas. Se sentía como un ciego mastodonte trillando en la jungla, enfureciéndose consigo mismo al ver con qué facilidad ella se abría paso entre la maleza delante de él.

Se esforzó hasta los más externos límites de su fuerza para permanecer junto a ella. Sudaba como en una inundación. Se le entumecían las piernas y le ardían los pulmones por el esfuerzo. Y como agregado a la humillación de no poder igualar a la chica, al final tropezó con las raíces de un árbol baobab y cayó desparramado por la senda.

Sin aliento, él estaba demasiado débil durante un instante para volver a ponerse de rodillas siquiera. Cuando levantó la cabeza, vio que la chica rubia se había girado y lo miraba fijamente con una mirada interrogante en el rostro.

"Estoy bien," gruñó él tímidamente. "Con estas malditas botas torpes es difícil correr."

Ella ladeó la cabeza ante sus palabras, pero no dijo nada. Él notó entonces que ella no había hablado ni una sola vez, y se preguntó el porqué. Se puso en pie y logró esbozar una sonrisa. No quería que ella pensara que él era un ingrato.

Su débil sonrisa provocó de inmediato una sonrisa de respuesta. Ella le hizo un gesto para que se pusiera en marcha y, como para

reforzar su advertencia de que debía seguir corriendo, los salvajes aullidos de sus perseguidores se elevaron a lo largo del camino. Él vio con qué rapidez el sonido de la manada borró esa sonrisa y supo que los bambalas estaban peligrosamente cerca.

Sus propios rasgos se pusieron serios. "Continúa," dijo él indicándole que se adelantara. "No te quedes atrás porque yo sea condenadamente lento. Tú misma puedes dejarlos atrás con seguridad. Olvídate de mí y deja que me las arregle por mi cuenta."

Sheena lo estudió pensativamente, descifrando su significado. Luego, apretando los labios con firmeza, avanzó y lo agarró del brazo. Era obvio que ella no tenía intención de dejarlo.

"Ohhh," dijo él con desesperación, "está bien, iré. Si no te quedarías aquí hasta que nos pasaran por encima. Pero estás actuando como una total insensata."

Ella comenzó a correr de nuevo, esta vez ajustando su ritmo a su habilidad para permanecer con él. A él le enfureció darse cuenta de esto, parecer un flácido debilucho ante sus ojos, y se esforzó sin piedad en un esfuerzo por adelantarla, pero ella siempre mantenía la misma distancia por delante de él, pareciendo flotar sin esfuerzo por la difícil senda.

Él hacía todo lo posible, pero no era lo bastante bueno. La medida de su insuficiencia era la creciente velocidad con la que los bambalas comenzaban a aproximarse. Pero al carecer del agudo oído animal de Sheena, no se dio cuenta de lo desesperadamente cerca que se había acercado un puñado de negros más veloces detrás de ellos.

Sheena sabía que estos guerreros, los mejores corredores de la tribu, habían dejado atrás a la manada desde hacía mucho tiempo. Sólo el confuso y sinuoso sendero los ocultaba de la vista, de lo contrario habrían estado al alcance de las flechas.

Ella había doblado de nuevo por el sendero que había seguido al entrar por primera vez en el área de los bambalas, con la esperanza de que una vez que cruzara la vagamente definida frontera entre sus tierras y las de ellos, estos abandonarían la persecución. Pero no

había tenido en cuenta la dificultad del hombre blanco para seguirla a través de la maleza.

Debido a su lentitud, los negros se habían cortado la correa. Los bambalas podían saber por el rastro del hombre blanco que él se estaba tambaleando de cansancio. Con su presa casi en sus manos, el frenesí de la persecución sumergió sus nebulosos miedos hacia Sheena. Los bambalas se abalanzaban hacia la frontera sin dudarle, confiando en poder hacer una matanza rápida y fácil y regresar a sus propias tierras antes de que les sobreviniera algún daño.

Cuando los guerreros no dieron marcha atrás, un súbito escalofrío tocó el corazón de Sheena. El hombre estaba condenado. A pesar de todo lo que ella podía hacer, este macho de pelo negro y piel clara de su propia raza sería asesinado.

Aunque a ella le resultaría fácil escapar de los bambalas, toda su astucia en la jungla era inútil para ayudar a este hombre. Ella lo oyó tambalearse y agarrarse a un árbol en busca de apoyo.

Ella se detuvo y dio media vuelta. La cabeza del hombre blanco estaba inclinada hacia adelante sobre el pecho, el rostro contorsionado en una lucha por respirar. Quedó hundido contra el árbol por un momento, como si sus piernas fueran a ceder debajo de él. Luego, entre la humedad de su camisa, ella vio que los músculos de la espalda y los hombros se tensaban antes de que el hombre se apartara del árbol y se acercara a ella. Ella sintió el esfuerzo de voluntad de esa acción.

Los ojos azules de Sheena se oscurecieron por la decisión que había tomado. Ella extendió los brazos y lo detuvo. Él se balanceó bajo la brusquedad de su agarre.

Luego, lentamente, ella se apartó un paso de él, mirando con tristeza el camino por el que llegarían los bambalas. Él dio la vuelta, mirándola mientras ella echaba mano a su arco.

Abruptamente, él lo comprendió. Esta extraña y magnífica chica, en lugar de abandonarlo a su destino, se estaba preparando para enfrentarse a sus perseguidores sin más arma que su primitivo arco.

La ronca protesta que brotó de los labios de él fue ahogada por el ensordecedor rugido de un león. Ante sus asombrados ojos, un enorme león de melena negra surgió de un grupo de hierba, que llegaba hasta los hombros, y se agachó frente a ellos en el camino. La bestia era un gigante entre los de su especie, un macho de garras de acero en su mejor momento y entornados ojos amarillos que brillaban letalidad.

Por una mera fracción de tiempo, el hombre blanco quedó inmovilizado. Fue como si una abrasadora corriente eléctrica lo atravesara desde los ojos amarillos del gato. Luego, con un salvaje grito de advertencia a la chica, su mano derecha se lanzó hacia su pistola.

Capítulo 3

BOB sabía mientras iba por el arma la pequeña posibilidad que tenía de detener al león. Pero su instinto era proteger a la chica, y al menos, los disparos atraerían hacia él la carga del bruto.

Súbita y desconcertantemente, la rubia se abalanzó sobre él y luchó para apartarle la mano de la pistola. Una parte de la mente de Bob registró aturdida el hecho de que ella le estaba gritando en la lengua abama, no en inglés. Él comprendió las palabras fácilmente porque acababa de llegar de una larga estancia con los nubutus, primos de sangre de los abamas, quienes vivían a un mes de camino hacia el oeste.

"¡No no!" dijo ella. "¡No le hagas daño a Sábora! ¡Es mi amigo! ¡Yo puedo controlarlo!"

Él pensó que o bien se había vuelto loco o estaba soñando con el abuelito de todas las pesadillas. Por encima del hombro de la chica, podía ver al gato avanzar con pasos lentos y agachados, sin pestañear unos ojos clavados en su rostro. Se dio cuenta de que el león no estaba haciendo ningún esfuerzo por cargar contra el blanco fácil de la espalda de la chica, sino que se estaba conteniendo, esperando con los músculos tensos a que ella se apartara del camino.

¡Era a él a quien perseguía el león, no a la chica!

La chica le había empujado luchando contra un árbol. Aquello fue demasiado para el hombre confundido y cansado. Dejó de luchar en busca del arma y se hundió en la áspera corteza. En ese momento, ya no le importaba si vivía o moría.

Tan pronto como se relajó, la chica dio media vuelta para enfrentar al gato de melena negra. Manteniéndose entre el hombre y la bestia, la cual se acercaba lentamente, ella comenzó a hablar con voz tranquila y firme. Las orejas del león se movieron para captar sus palabras y, después de un intervalo, su mirada pasó del hombre a la chica.

Cuando tuvo al gato mirándola, Sheena se acercó a él. El león le permitió acariciarlo, los profundos gruñidos guturales cambiaron de tono, convirtiéndose en quejicosos en lugar de escalofriantes. Ella le rascó detrás de las orejas, le pasó el brazo por el cuello y, con una presión gradual, hizo que el gigante gato diera la vuelta por completo en el sendero. Aún manteniendo su brazo alrededor de la peluda melena del bruto, comenzó a caminar alejándolo del hombre. Antes de que hubiera dado cinco pasos, el primero de los negros que la perseguían apareció en el sendero. El guerrero doblaba una curva a un ritmo terrible.

El nativo había abandonado su lanza para lograr mayor velocidad, sintiendo que su espada y su arco eran armas suficientes para lidiar con los dos blancos. Se inclinaba hacia adelante mientras corría, batiendo los brazos, los ojos pegados al sendero.

Sheena apuntó una mano hacia el guerrero, las palabras pigmeas se derramaron de sus labios. El enorme león a su lado se puso rígido y levantó la gran cabeza. De pronto, la cola del gato dio un latigazo, un tremendo rugido estalló en su garganta. Luego, con la cegadora velocidad de un rayo, se lanzó por el sendero hacia el guerrero.

La cabeza del negro se alzó bruscamente al oír el rugido. Sus ojos parecieron triplicar su tamaño, su rostro palideció hacia un gris turbio. Con un salvaje agitar de brazos y piernas, se las arregló para dar media vuelta y empezar a correr de nuevo hacia la curva.

Pero en ese momento, cinco guerreros más corriendo en fila india aparecieron a la vista. El negro que huía chocó con la fila de sus compañeros, cayendo y gritando: "¡Simba, simba!", y echando mano a su espada.

Su grito de "¡León, león!" no fue ninguna advertencia. Lo único que logró hacer fue enviar a los tres primeros hombres tendidos sobre él en un confuso enredo. Los dos últimos negros lograron mantenerse en pie, derrapando hasta detenerse justo a tiempo para convertirse en blancos perfectos para el león que cargaba.

La salvaje mascota de Sheena se disparó completamente sobre los hombres caídos y aterrizó con demoníaca furia encima de los dos últimos guerreros. Las garras y los colmillos desgarradores de Sabor

ya habían hecho jirones a los negros antes de que él los llevara al suelo.

El gran león no perdió el tiempo con sus primeras víctimas. Apenas había tocado la tierra con los pies cuando se encabritó y se lanzó directamente sobre la masa de hombres caídos. Pareció entender que debía atacar antes de que los guerreros pudieran poner sus armas en juego.

El hombre blanco que miraba nunca olvidaría esa horrible escena. Los gritos de los nativos atravesaban los gruñidos espeluznantes del gato enloquecido. La bestia de melena negra estaba en todas partes a la vez, saltando, girando, virando, derribando a los guerreros aterrorizados antes de que pudieran huir.

Y de repente todo terminó y el león manchado de sangre se plantó entre las cosas destrozadas que antaño habían sido hombres y gritó su rabia de rey a la jungla. Su única lealtad era hacia Sheena. Enseñando los colmillos y moviendo la cabeza, lanzó un rugido de desafío a todos aquellos que la quisieran lastimarla.

El hombre blanco se pasó la mano por los ojos y murmuró: "Increíble... ese diablo la obedecía... luchaba por ella...." Pero esta era solo la primera de las asombrosas experiencias que le esperaban.

Todo el ser de la chica había cambiado. Sus ojos ardían de emoción. Ya no era una persona resignada a la muerte. Ella corrió hacia él, olvidando momentáneamente que él había hablado en una lengua extraña.

"¡Ven!" dijo ella exultantemente en lengua abama. "¡Nunca nos atraparán ahora! Tamba seguramente estará cerca. Solo los celos habrían hecho que Sábór me siguiera a esta distancia. Él tenía miedo de que Tamba me apartara de él y recorrería cualquier distancia para evitar que eso sucediera."

"No sé de quién o de qué estás hablando," respondió él con voz ronca, "pero de una cosa estoy seguro, no quiero quedarme aquí con ese león."

Ella estaba tirando de él por el sendero entonces, sus ojos veloces escudriñaban la jungla a su alrededor. Pasó un minuto antes de que ella se diera cuenta de que, a excepción de unas pocas palabras extrañas como "maldición," él le había respondido en el idioma abama. Ella lo miró, una sonrisa como un rayo de sol curvó sus labios carnosos.

"Tú hablas como yo," dijo ella feliz. "Mi corazón se hundió la primera vez que te oí hablar en una lengua extraña porque pensé que eras diferente a mí. Pero somos iguales, la misma piel, el mismo idioma, la misma sangre."

El inquietante asombro ante el misterio de esta extraña chica de la jungla conmovió se nuevo al hombre blanco. Tenía la belleza de una diosa y los modales de una criatura salvaje. Sin duda, era blanca, pero hablaba abama como su lengua materna y parecía no tener ningún conocimiento de su propia raza.

Y ese Tamba del que hablaba, ¿quién era? ¿Otro león? ¿O era algún salvaje descomunal? La idea de que ella perteneciera a algún hombre no se le había ocurrido antes. Descubrió que estaba extrañamente perturbado.

"¿Estás seguro de que esta persona llamada Tamba me dará la bienvenida?" preguntó él.

"¿A Tamba?" dijo, sorprendida. "A él no le importará."

El hombre blanco se humedeció los labios. "Uh, ¿él es tu esposo?" Tenía que preguntarlo.

Ella repitió la palabra abama para esposo en voz baja, como si no estuviera segura de haberla oído bien. Entonces, de repente, una carcajada de alegría brotó de su garganta.

"Oh, no," dijo ella su voz ronca por la risa. "El viejo y astuto holgazán prácticamente se ha mudado conmigo y cree que es mi dueño, pero no es mi tipo para ser mi esposo."

El hombre blanco se aclaró la garganta con nerviosismo, su rostro se volvió más sombrío que nunca. No veía ningún humor en la

situación. Esto era solo una prueba más, se dijo a sí mismo, de lo poco que sabía realmente sobre las mujeres.

Miró oscuramente al suelo, a los árboles, al cielo oscurecido por las hojas, a cualquier lugar para no tener que mirar esos danzantes ojos azules. Un crimen condenable, él hervía en silencio. Una chica joven y así de hermosa. También parecía el retrato de la inocencia. Otra tragedia del entorno, pero probablemente ya era demasiado tarde para hacer nada al respecto.

Su grito de alegría irrumpió en sus pensamientos. "¡Ahí está! ¡Ahí está Tamba! Sabía que no andaría muy lejos."

Él miró sombríamente en la dirección que ella señalaba. Durante un momento, pues estaba preparado para ver a un hombre, su mirada no registró nada más que arbustos verdes con un enorme montículo gris parecido a una roca y vagamente visible detrás de ellos.

Entonces el montículo se movió, se abrió paso entre la maleza hacia la chica con asombrosa velocidad y tranquilidad. Con ojos asombrados, él reconoció a un elefante mamut.

"¿Eso es Tamba?" balbuceó él. Su rostro enrojeció al ser consciente de la mirada risueña de la chica.

"Debemos darnos prisa," dijo ella poniéndose repentinamente seria. "Los bambalas se retrasarán al ver esos cuerpos y Sábór puede atrapar a uno o dos, pero mientras tengan un rastro que seguir, los tendremos detrás."

El elefante se había detenido a unos pasos de distancia y la estaba mirando con un ojo atento y luego con el otro.

"Aquí, Tamba, levántalo," ordenó ella. El hombre blanco retrocedió un paso. "No te hará daño," dijo ella en un aparte. Extendió la mano y le dio una palmada en el hombro al hombre en beneficio del elefante.

"Creo que no puedo moverme," dijo él tenso, "pero si te da lo mismo, prefiero caminar en lugar de esto." Dio otro paso hacia atrás alejándose del gigante del bosque.

Ella sonrió al elefante y dijo en un susurro: "No seas tonto. Es tan gentil como el bebé de un conejo."

"Bueno, ¿por qué estás susurrando entonces?" preguntó el hombre.

"No quiero que se dé cuenta de que tienes miedo," declaró ella. "Podría no respetarte."

"¡Oh, genial!" dijo él, pero bajo su seria, medio suplicante, mirada, se encontró de pie rígido mientras el gigante gris se acercaba, lo investigaba sospechosamente con su trompa. El hombre pensó en un corpulento policía cacheando eficientemente a un personaje sombrío. Tal vez era la imaginación, pero también pensó que Tamba le lanzaba a la chica una mirada bastante agraviada.

"Date prisa, Tamba," espetó Sheena, "te lo explicaré todo más tarde."

Lo siguiente que supo el hombre fue que la trompa del elefante se había ceñido suave pero firmemente alrededor de su cintura y él estaba siendo arrastrado por el aire. En el momento en que él había trepado a una posición segura en el lomo de Tamba, Sheena se estaba instalando sobre la ancha cabeza, deslizando sus largas y bien formadas piernas por detrás de las orejas de la bestia.

Ella tamborileó con los tacones, pronunció una orden rápida y el elefante dio media vuelta y avanzó a un paso sorprendentemente rápido por el sendero. La chica montaba en el gigante del bosque como si estuviera pegada, pero el hombre botaba, resbalaba y se escurriía por todo el balanceante lomo. Su primera experiencia con el ancestral arte de montar en elefante no podía calificarse de exitosa.

Durante lo que pareció una eternidad, él luchó por mantenerse encima de aquel tambaleante lomo. Estaba demasiado ocupado con las dos manos, sosteniendo el rifle, agarrando la piel áspera y suelta y bloqueando las ramas que lo azotaban con puntería diabólica para prestar atención hacia dónde se dirigían.

Cuando Tamba se detuvo, la cabeza del hombre blanco daba vueltas vertiginosamente en una dirección, el estómago en otra.

Los suaves y pequeños sonidos de compasión que hizo Sheena mientras lo ayudaba a bajar tocaron su orgullo masculino. "¿No es genial?" Se dijo a sí mismo enojado. "Aquí estoy yo actuando como una tía abuela soltera, y ella está tan fresca y fuerte como cuando comenzó esta pesadilla."

Ella lo condujo solícitamente hasta donde pudiera sentarse y apoyar la espalda en el tronco de un árbol. Él se sentía casi tan mal como cuando estuvo mareado tras viajar en barco, y se sentó con los ojos cerrados hasta que ella le llevó una calabaza de agua fría a los labios. Él dio cautelosos sorbos de agua y usó el resto para lavarse la cara.

Inmediatamente se sintió mejor. Levantó la cabeza para dar las gracias. Un pequeño rostro negro de negros ojos brillantes y relucientes colgaba boca abajo en el aire a menos de diez centímetros de sus propios rasgos sorprendidos.

"¡Aghhhh!" exclamó él y se golpeó contra el árbol al retroceder.

"Oh, lo siento," se disculpó Sheena. "Solo es Chim. Quería echarte un buen vistazo."

Y avergonzado, el hombre se dio cuenta de que la extraña aparición no era más que un pequeño simio colgando de una rama junto a sus pies.

Contempló el agradable claro a la sombra de los árboles, la casa del árbol muy por encima de él, las frescas y claras profundidades del río.

"¿Tú vives aquí?" preguntó él incrédulo. "¿Y tú sola?"

Ella asintió con entusiasmo.

Chim, aparentemente cansado por fin de su posición cabeza abajo, aflojó su agarre en la rama, dio una vuelta rápida y aterrizó en una posición en cuclillas en el regazo del hombre blanco.

"No puedo ni imaginar cómo te las arreglas," dijo él tratando de no notar el escrutinio severo y sin pestañear del mono. "¿Cuánto tiempo llevas viviendo de esta manera?"

"Vaya, pues siempre," dijo ella con total naturalidad. "¿No viven todos de la misma manera? Por supuesto, yo vivo en una casa en el árbol, mientras que la mayoría de los nativos construyen en el suelo. Aquí hay mucha caza y mucha agua. No creo que nadie pueda encontrar un casa más perfecta."

Él pensó en las grandes ciudades pobladas de América, en los innumerables tipos de tiendas, servicios y establecimientos, las enormes plantas de fabricación, los gigantes de los servicios públicos, las capas y capas de órganos de gobierno. Y esta chica rubia, delgada y con los ojos muy abiertos le preguntaba si no vivían todos de la misma manera que ella. Una existencia como la de ella, y mucho menos una existencia feliz y saludable, se había vuelto inconcebible para las razas blancas del mundo.

"Seguramente te acuerdas de tu familia," aventuró él.

Una sombra pareció atravesar el rostro de la joven. "No," dijo ella. "Murieron cuando yo era un bebé. Los abamas me encontraron, pero no saben decirme nada, excepto que mis padres eran de la Tribu de Dios." La expresión era utilizada por los nativos para describir a los misioneros blancos.

Creciendo de pronto la melancolía en ella, se mordió el labio inferior y miró al otro lado del río. Una oleada de simpatía se apoderó del hombre. Pero el estado de ánimo de la chica pasó rápidamente. Ella se volvió hacia él, tan brillante y vivaz como siempre.

"No me has dicho cómo te llaman," dijo ella tímidamente.

"¡Gran Scot!," exclamó él en inglés, "Vaya modales los míos."

Ella parpadeó hacia él. "¿Ese es tu nombre?"

Él rió. "No no. Mi nombre es Bob Reilly."

Ella lo pronunció con cuidado, como una chica que aprende una nueva frase. Luego, como si hubiera hecho un sorprendente descubrimiento, preguntó: "¿Por qué tienes dos nombres?"

Sin pensarlo, respondió: "¿Y por qué no? La mayoría de la gente

tiene tres."

Ella pareció turbada. "Yo solo tengo uno, Sheena," confesó en un susurro. "¿Es que es malo tener solo un nombre?"

Él notó que ella no estaba bromeando. En su primer roce tentativo con la civilización, él la estaba haciendo sentir ciertas "carencias" en sí misma. Intentó tranquilizarla.

"La razón principal de un nombre es para que te conozcan y te recuerden," dijo. "Una chica tan encantadora como tú no necesitas más de un nombre. Nunca habrá posibilidad de que te confundan con ninguna otra chica. No importa cuántas Sheenas haya en el mundo, una vez que un hombre te vea, el nombre de Sheena nunca se referiría a nadie más que a ti."

Ella consideró seriamente sus palabras. Ese era el primer cumplido masculino que recibía. No se le había ocurrido que su apariencia pudiera tener algún efecto en un hombre. Ella frunció los labios, tratando de averiguar su significado exacto.

"¿Quieres decir," escogió sus palabras lentamente, "que te parece bien mirarme?"

Bob Reilly pasó por un proceso de considerable carraspeo. Debería haber recordado que las mujeres eran absolutamente incapaces de ver ningún asunto en abstracto. Se ocupaban de todo de forma puramente personal. Notó que ella inclinaba la cabeza hacia adelante y se miraba con el ceño fruncido, como si se preguntara qué podía haber en ella que le resultara particularmente agradable.

"Cualquiera diría que eres inusualmente hermosa," dijo él con una calma forzada. Ya estaba, había evitado el ángulo personal con bastante pulcritud.

Ella sonrió. Se podía ver crecer el placer en ella. "Yo... me siento bastante diferente," dijo, "después de que hayas dicho eso."

Él se descubrió observándola con aprensión, y fue con una clara sensación de alivio que la vio alejarse, caminar hacia la orilla del río e inclinarse para estudiar su reflejo.

El mono aún estaba en cuclillas en su regazo. No había pensado que una de las pequeñas alimañas pudiera permanecer callada tanto tiempo. Quizá aquel diablo de rostro congelado estaba tratando de hipnotizarlo. Bob lanzó una mirada furtiva a Sheena y, seguro de que ella no lo estaba mirando, le hizo al mono la cara más cruel y amenazadora que pudo.

Chim no registró absolutamente ninguna reacción. No se movió ni un pelo.

Bob se llevó las manos a los oídos y las agitó en el gesto universal de insulto de los chicos malcriados. Los ojillos intensos de Chim ni siquiera se movieron. Bob enseñó los dientes y emitió horribles sonidos guturales.

Luego, con insultante lentitud, el mono se llevó las manos a las orejas, torció sus pequeños rasgos negros en una mueca lasciva e imitó los gestos del hombre con descarada exactitud. Cuando hubo terminado, Chim emitió un sonido sospechosamente parecido a la risa de un caballo, saltó al suelo y se alejó corriendo por el claro de muy buen humor.

Capítulo 4

BOB se apoyó en el árbol y cerró los ojos. Le habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo. "Si no duermo algo," se dijo a sí mismo, "perderé la chaveta de forma permanente." Le dolía estar consciente porque él no paraba de alejar deliberadamente los pensamientos de la emboscada y de cuál debía ser su próximo movimiento. Pero se dio cuenta de que estaba demasiado confundido y abatido para planificar con lógica. Él era hijo de uno de los hombres más ricos de Estados Unidos. Bob, de veintitrés años, con un sombrero lleno de honores escolares y deportivos y una ansia por salir y demostrar su valía en el mundo, se había enfrentado a años de estudio aún más estériles e innecesarios. Su madrastra, como un medio para sacarlo fuera de su vista, había convencido a su padre de que sería bueno enviarlo al extranjero para una educación superior.

Y el siempre sumiso Bob por fin se había rebelado. En una fea escena con su enojado padre que golpeaba el escritorio, y su madrastra fríamente desdeñosa, afirmó firmemente su independencia y terminó saliendo de la casa con una blanca furia.

Imbuído por el deseo de alejarse de todo lo que representaba su antigua vida, recordó una expedición que estaba organizando uno de sus antiguos profesores para registrar y estudiar las lenguas nativas africanas. Él había demostrado una aptitud inusual para los idiomas en la escuela, y ese talento, junto con su historial académico general y el valor publicitario de su nombre, le había facilitado la tarea de incorporarse como asistente a la expedición.

Después de tres meses en la selva, la salud del anciano profesor se había deteriorado y había tenido que regresar a casa dejando a Bob al mando. En todo caso, el trabajo iba mejor bajo la dirección del joven, y él había comenzado a sentir que iba a demostrarle a su padre que él no era el único Reilly que podía sacar sus propias castañas del fuego en circunstancias difíciles.

Pero su deseo de incluir a las tribus más primitivas y poco

conocidas en su estudio lo había llevado a las profundidades de un territorio inexplorado. Sabía que había peligro y había tomado las medidas que consideró adecuadas para proteger su safari, pero en su inexperiencia no se había percatado de la gran diferencia entre las cualidades de combate de sus largo tiempo subyugados negros costeros y las de las feroces y merodeadoras tribus del interior.

Sus guardias y portadores se habían jactado de su destreza en la lucha hasta que habían llegado los problemas. Entonces habían huido presas del pánico, abandonando tanto las mochilas como las armas. Y así, el intento de Bob de valerse por sí mismo, de hacer algo lo bastante sorprendente como para impresionar a su padre, había terminado en un completo desastre.

"Lo arruiné todo," se dijo a sí mismo. "Soy un fracaso. Ninguna expedición me dará una oportunidad después de esto, y ahora mis padres esperarán que regrese arrastrándome hacia ellos. Y tendré el resto de mi vida las manos manchadas de la sangre de esos hombres asesinados. "

Fueron estos torturadores pensamientos los que Bob trataba de apartar mientras estaba sentado en el claro de Sheena. Por fin, su mismo cansancio acudió en su ayuda. La barbilla le cayó hacia adelante sobre el pecho y él entró en un sueño profundo.

Había caído la noche cuando Bob despertó. Una gran luna plateada yacía baja en el cielo. La luz de la luna bañaba el río con belleza, pintaba patrones cambiantes en el suelo debajo de los árboles altos. El extraño coro nocturno de la jungla se elevaba por todo el claro.

Bob se sentó erguido y alarmado, incapaz al principio de identificar su entorno. Una hoguera reducida a brasas brillaba en el centro del claro. Olió el sabroso aroma de un trozo de carne asándose lentamente sobre el fuego.

"¿Dónde diablos estoy?" murmuró, asegurándose deprisa de que su pistola seguía en su funda.

Nada se movía en el claro. Parecía completamente desierto. Luego su mirada se fijó en una masa oscura encorvada a menos de diez metros de él, junto a la sombra de un tronco de árbol. Contuvo el

aliento y esperó. La masa oscura se movió y, de repente, dos ojos amarillos lo miraron con malicia desde las sombras.

¡Un enorme gato yacía agachado allí, observándolo!

Esa visión barrió las telarañas de su cerebro. Recordó a Sheena y a su salvaje mascota. Si Sheena se había ido y lo había dejado a solas con esa bestia, él no tendría ninguna oportunidad. Sintió un sudor frío corriéndole por la cara.

¿Qué debía hacer? Si la llamaba o se movía, ese diablo podría cargar. Recordó las historias que había leído sobre intrépidos cazadores que se hacían el muerto cuando, por algún accidente, se encontraban a merced de un león.

Pero incluso mientras pensaba en estos héroes de los libros de cuentos, vio a Sábtor aplastarse en el suelo, arrastrarse hacia adelante unos buenos dos metros sobre el vientre. Bob no se sentía intrépido lo más mínimo en ese momento.

"¡SHEENA!" exclamó en voz alta. "¡SHEENA!"

"Estoy aquí." Su voz venía de la dirección del río. "¿Qué problema hay?"

"¡Aleja de mí a este maldito león tuyo! Está listo para saltar."

"Oh, ¿es por eso?," dijo ella obviamente aliviada. "No te preocupes por Sábtor. No te haría daño ahora por nada del mundo."

Al oír la voz de su ama, Sábtor se puso en pie y miró hacia el río. En el instante en que esos ojos amarillos se apartaron de él, Bob se levantó detrás del árbol en el que se había apoyado. Una vez fuera de la vista del gato, corrió hacia otro árbol más alejado. Cuando llegó a salvo, comenzó a abrirse camino hacia el agua con todo el cuidado de un soldado de infantería bajo un intenso fuego.

Llegó a la orilla murmurando. Una rápida mirada sobre el agua barrida por la luna no reveló ninguna señal de Sheena. Miró por encima del hombro. Sábtor avanzaba hacia él con pasos lentos, deteniéndose cada pocos metros para olisquear el aire de la noche.

Bob se volvió hacia el río justo a tiempo para ver la cabeza de Sheena romper la superficie del agua. De todas las mujeres de sangre fría, pensó él. Ella se divierte nadando bajo el agua mientras su mascota asesina de hombres me acecha.

Ella lo vio a la luz de la luna. "Estaba empezando a pensar que no ibas a despertar nunca," dijo ella. "Entra en el agua. Sienta de maravilla. La comida no estará lista hasta dentro un rato de todos modos."

Con Sábtor acechándolo, no había lugar en la mente de Bob para el decoro. En un segundo él se había quitado las botas y los pantalones cortos. A los gatos, incluso a los grandes felinos, no les gustaba el agua. Él estaría a salvo en el río.

Bob dio dos pasos a la carrera y entró en el agua en una carrera en picado. Nadó hacia la mitad de la corriente con suaves y poderosas brazadas, dejando una estela espumosa.

"Qué rápido vas," exclamó ella mientras él nadaba hacia ella. "¡Como los finitos mismos! ¡Oh, ojalá yo pudiera nadar de esa forma! He estudiado todos los animales que he podido, tratando de aprender mejores formas de nadar, pero ninguno de ellos puede igualarte."

Él quiso hablarle sobre Sábtor, pero se descubrió diciendo, casi con moderación: "Tienes que hacer algo con ese león. ¿No te diste cuenta de que se estaba acercando sigilosamente para matarme?"

"Qué pesado," dijo ella suavemente. "En el sendero sí te habría matado. Pero ahora entiende que eres mi amigo. Lleva ahí mirándote desde mucho antes de que oscureciera. Después de todo, nunca ha visto a un hombre blanco antes y está algo interesado. "

"Te aseguro que incluso vino arrastrándose detrás de mí hasta el río," insistió Bob. "No me gusta y yo no le gusto a él."

Sheena dio una carcajada. En la orilla, el león de melena negra tosió irritado. Tanto el hombre como la chica lo miraban. Estaba de pie con la cabeza en alto, mirándolos por encima del agua.

"Bueno, Sábtor probablemente piensa que estaríamos mejor sin ti," confesó ella, "pero le he dicho que me pertenecías y que te deje en paz. ¡Y lo hará!"

La mente de Bob se había detenido en seco con las palabras: «le he dicho que me pertenecías». De repente quedó perplejo. ¿Qué estaba pasando por la cabeza de esta joven pagana salvaje?

Lo siguiente que supo es que ella estaba nadando tan cerca de él que pudo sentir el roce de su pierna desnuda en la suya mientras ella vadeaba el agua.

"He estado pensando en lo que me dijiste esta tarde," declaró ella de repente.

Los ojos de ella eran inquietantemente grandes y luminosos a la luz de la luna.

"¿Qué fue lo que dije?" preguntó él.

"Lo de que me encuentras bien para mirarme," explicó. "Eso me hizo muy feliz. Al principio no pude entender lo que querías decir," continuó Sheena. "Nunca he estado cerca de hombres de mi propia clase, así que no se me había ocurrido que yo, bueno, les gustaría o no."

"Sí. Bastante," dijo Bob con inquietud. "¿No crees que deberías comprobar la comida?"

El rostro de Sheena mostró simpatía al instante. "Oh, lo olvidé," dijo. "No estoy acostumbrada a recibir visitas. Debes de estar hambriento."

Antes de que él pudiera moverse, ella se impulsó en el suelo del río con los pies y se puso de pie. Él fue consciente por primera vez que ella nadaba desnuda, y su repentinamente revelada belleza e dejó sin aliento. Su cuerpo desnudo era una imagen de Afrodita surgiendo del mar.

Sheena se acercó a la orilla. Con la inocencia de una niña, se quedó allí alisando las relucientes gotas de agua de su cuerpo con las manos. Después de ponerse tranquilamente la banda de tela sobre el

pecho y los pantalones cortos, se acercó al fuego e inspeccionó el trozo de carne que se cocinaba sobre las barras transversales.

Cuando Sheena lo llamó para comer, Bob se vistió apresuradamente a la sombra de un árbol y se unió a ella cerca del fuego. La comida estaba deliciosa y él comió grandes cantidades, pero en realidad apenas la saboreó ni supo lo que estaba comiendo.

Nunca en su vida Bob había sentido emociones tan conflictivas por nadie como por la chica de la jungla. No dejaba de mirar a Sheena mientras ella se movía de un lado a otro del fuego, esperándolo, o mientras ella se sentaba con las piernas cruzadas a su lado, comiendo con un gozo no oculto. Ella brillaba de felicidad.

Y de repente se dio cuenta de que él también estaba feliz. Con todo derecho, sentía que debería estar revolcándose en las profundidades de la desesperación. Estaba perdido en las profundidades de una jungla inexplorada, perseguido por miembros de tribus asesinas, sin ningún medio adecuado para protegerse. Sin embargo, nunca se había sentido tan vibrantemente vivo como ahora.

Capítulo 5

LA ESTRIDENTE discusión de unos loros en una rama por encima de él despertó a Bob por la mañana. Había dormido cerca del fuego, encima de una piel de cebra echada sobre hierba recién cortada como cama. En el momento en que se sentó erguido, sus ojos se dirigieron a la casa del árbol muy por encima de él.

Bob se dio cuenta de que sus primeros pensamientos fueron sobre la chica de cabello rubio. "Esto no va a funcionar," se advirtió a sí mismo. "Se supone que soy un adulto serio e inteligente." Se levantó y empezó a pasear por el claro, apartando todo de su mente menos su expedición destrozada. Tenía que decidir qué hacer.

Podía abandonar, descartar la expedición como una pérdida total y concentrarse en tratar de salir del arañazo con toda su piel intacta. Dadas las circunstancias, eso no parecía demasiado ilógico.

Pero Bob no dejaba de recordar que buena parte de los registros de la expedición estaban en esas mochilas abandonadas por los portadores. Los bambalas seguramente habían recogido las mochilas y las habían llevado a su aldea como botín. Hasta que él supiera que esos registros habían quedado destruidos definitivamente, se sentía obligado a intentar recuperarlos.

Así, a pesar de que la cobardía de sus negros había sido la verdadera causa de la debacle, él consideraba que su deber era acudir en ayuda de cualquiera que hubiera sobrevivido al ataque. Los bambalas no los habría masacrado a todos. Una vez que estuvieran seguros de que sus víctimas estaban demasiado aterrorizadas para defenderse, habrían comenzado a tomar prisioneros.

Y después de una hora de pasear y meditar, tomó una decisión. No podría vivir si no hacía un sincero intento de liberar a los portadores supervivientes y recuperar los registros que había reunido con tanto esfuerzo. Aunque había resuelto hacerlo, se sentía condenado al fracaso.

¿Cómo podía él, con un puñado de cartuchos de pistola y una ignorancia abismal de la jungla, esperar asestar algún tipo de golpe contra los salvajes bambalas?

Bob se sorprendió al ver de pronto a Sheena salir de la jungla. Había creído que ella seguía dormida en la casa del árbol. Ella apoyó en un árbol la lanza, se acercó y avivó el fuego.

"Me fui temprano," dijo ella. "Pensé que era prudente comprobar el estado de los bambalas." Se arrodilló y colocó cuatro nuevos palos de madera en las llamas.

"Los bambalas no dieron media vuelta como yo había esperado," dijo ella abruptamente. "Ahora nos están buscando."

Aflojó una bolsa de cuero ceñida a su delgada cintura y la colocó sobre una piedra junto al fuego. Luego, después de seleccionar un palo largo y puntiagudo de una colección guardada en una gran calabaza, metió la mano en la bolsa y sacó un pájaro recién limpiado. Lo sostuvo en alto para que él lo viera antes de espetarlo en el palo para cocinar.

"Pensé que estos pájaros podrían agradarte para el desayuno," dijo ella. Y para que él entendiera que eran algo especial, agregó, "los estuve buscando durante bastante rato."

La chica desconcertaba por completo a Bob. Ella parecía haber descartado de su mente a los guerreros negros. Después de enterarse de que esos demonios asesinos los estaban buscando, ¿cómo podría ir a cazar tranquilamente y regresar para disfrutar de una comida tranquila?

"Los pájaros tienen un aspecto maravillosos," dijo él sin entusiasmo. "Pero, francamente, Sheena, ¿no deberíamos salir de aquí en lugar de pensar en comer?"

"¿Salir de aquí?" dijo ella sorprendida. "¡Esta es mi casa!"

"No se puede luchar contra toda una tribu."

Los ojos de ella brillaron. "Puedo causarles suficientes problemas como para hacerles desear no haber venido. Lo he hecho antes."

"Pero regresarán, Sheena," dijo él con gravedad. "Y seguirán regresando hasta que un día te atrapen."

Ella colocó los pájaros espetados en los soportes bifurcados que los sostenían sobre el fuego. Se puso de pie y se cepilló las manos. La más simple sombra le cruzó el rostro.

"La muerte debe llegar a toda criatura viviente," declaró la chica. "No tendré miedo cuando llegue mi momento." Hablaba con el fatalismo de aquellos para quienes el peligro era una compañía constante.

"¿Hay alguna manera, Sheena," preguntó él de repente, "de que yo evite rodeando a estos guerreros y llegue hasta su aldea? Supongo que la mayoría de los hombres sanos nos están cazando. Esta podría ser mi única oportunidad para entrar en su aldea y tratar de liberar a los portadores capturados. Si hay suficientes y me ayudarán, tal vez incluso pueda recuperar mis registros."

Sheena giró alarmada. Aunque ella había hablado con bastante calma de la muerte con respecto a sí misma, ahora exclamó: "¿Intentas suicidarte? ¡Debes de estar loco para hablar de tal cosa!"

Él la miró parpadeando, desconcertado por su reacción. Ella paseaba rápidamente de un lado a otro frente a él.

"No tengo el menor deseo de acercarme a esa aldea," admitió él con sinceridad, "pero es mi deber hacerlo."

"¿Deber? ¡No conozco esta palabra!" Ella era como un leopardo excitado, ágil y rápido, con una mirada salvaje. "No permitiré que te pongas en peligro. ¡No lo permitiré!, ¿entiendes?"

Bob se rascó la cabeza y frunció el ceño. No había anticipado nada de esto.

"Tú puedes jugar peligrosamente con los bambalas, pero yo no. ¿Es eso?"

Ella dio a su largo cabello rubio una sacudida salvaje. "Yo soy diferente," espetó. "¡Yo soy Sheena!"

Ella extendió una mano hacia él dando pasos rápidos y agitó un dedo en su cara. "Quítate esta idea de la cabeza. No debes acercarte a ese *kraal* de *dangos* [30]."

"Me salvaste la vida, Sheena," respondió Bob gentilmente, "y estoy profundamente agradecido, pero no soy una nueva mascota tuya que va a acatar dócilmente tus órdenes. Hay algunas cosas que un hombre debe hacer."

Y trató de explicarle entonces por qué tenía que intentar ayudar a los porteadores y recuperar el trabajo de muchos meses.

"No les debes nada a esos hombres," le dijo ella con una dura lógica femenina. "Ellos no valoraban su libertad lo suficiente como para luchar por ella. En cuanto a este trabajo del que hablas, no lo entiendo mucho, pero no puede ser tan importante como para perder la vida."

"No obstante, debo ir," dijo él con firmeza.

Ella estaba muy cerca de él. Las cambiantes profundidades azules de sus ojos se suavizaron, perdiendo la tempestad de un momento antes. El cálido aroma femenino de la chica llegó hasta Bob.

Él observó la curva de esos rojos labios carnosos. Sus dientes eran pequeños, finos y blancos. Nunca había conocido a ninguna mujer que lo turbara tanto como ella.

De repente, el férreo control que él había ejercido sobre sí mismo se rompió. Antes de que supiera lo que hacía, la rodeó con sus brazos y le presionó la boca con la suya.

Los ojos de la sorprendida chica se abrieron de par en par. Ella se puso rígida como para luchar o correr. Pero dejó que él la atrajera hacia su abrazo, no hizo ningún intento por apartar la boca de la suya.

De repente él la soltó, pero no pudo apartarse porque ella lo abrazó alrededor del cuello con la rigidez de sus brazos.

"Lo siento, Sheena," murmuró él "no debería haber hecho eso. No era mi intención." Estaba avergonzado y enojado consigo mismo.

"Sólo quería decirte que, aunque desearía no tener que ver a otro bambala, tengo que ir a su aldea."

Sheena deslizó los brazos de su cuello y dio un paso atrás. La extraña expresión de asombro aún estaba en su rostro. Levantó la mano derecha para tocarse la boca.

"¿Por qué has... qué me has hecho?" ella vaciló.

Bob frunció el ceño, momentáneamente desconcertado. Luego se sintió más avergonzado que nunca. Sheena no tenía idea de lo que era un beso.

"Te besé," dijo. Y no supo qué decir a continuación.

"Pero ¿por qué?" exigió ella.

"Uh... bueno, no pude evitarlo." Su rostro enrojeció. "Entre nuestra gente, cuando un hombre..." Eso no sonaba bien. "Es una costumbre. Significa... no, no es eso lo que quiero decir." Continuó dando tumbos en una creciente confusión de frases inconclusas.

"¿Quieres decir," preguntó Sheena, "que entre las personas de piel blanca es como cuando un nativo frota la nariz a una chica?"

"Sí," concedió incómodo. Consideró la rapidez con que el instinto femenino la había llevado al corazón del asunto.

"Los he visto," dijo ella pensativa. Se tocó los labios con los dedos. "Esto es algo extraño, este 'beso', muy extraño." Luego, lentamente, sonrió y asintió. "Pero es mucho mejor que la costumbre de los nativos. Creo que nuestra gente debe de ser muy sabia. Primero el palo fuego que mata a distancia, luego la forma superior de nadar, y ahora este asunto."

"¿Entonces no estás enfadada conmigo?" aventuró Bob.

Ella lo contempló con gravedad. "No," dijo en voz baja. "Me gustaría que lo hicieras de nuevo, ahora que no me sorprendería tanto."

Bob tragó saliva. "Ahora no," declaró. Su respiración se aceleró. "No, no ahora." Puede que él hubiese demostrado ser un desastre de

hombre al haber hecho un lío con su expedición, se dijo, pero que le condenaran si lo lamentaba lo suficiente como para aprovecharse de la inocencia de Sheena. Ella le había salvado la vida. Lo mínimo que podía hacer era comportarse.

Sheena suspiró y se golpeó los dientes con el índice durante unos momentos.

"No te preocupes, Bob. Si debes seguir adelante con esta tontería de los bambalas," dijo en una capitulación inesperada, "Sheena te hará un plan. Siéntate aquí y descansa. Preocuparse no es bueno para ti."

Se sintió aliviado al saber que ella no iba a continuar con su oposición, aunque no se tomó en serio su seguridad de que le iba a proporcionar un plan. Ella era una chica inusual, pero una incursión como la que él contemplaba estaba bastante fuera del ámbito de una mujer. Le divirtió su rápido cambio del papel de una joven damisela ingenua al de una sabia madura haciendo de la mamá de un chico.

Pero más tarde, después de que hubieron comido, cuando él aún no había tenido la más vaga idea de cómo llevar a cabo su proyecto, ella le dijo con calma y confianza cómo se podía hacer el trabajo.

Ella dijo: "Esto funcionará, si es que algo lo hace. Conozco a los bambalas, sé cómo piensan. Y afortunadamente para nosotros, solo las mujeres y los ancianos estarán en el *kraal*."

Bob escuchó asombrado. Ni en mil años se le habría ocurrido un plan tan poco ortodoxo. Pero, por George que podría funcionar. El plan era audaz y peligroso, pero ejecutado correctamente podía aturdir y asustar tanto a los miembros de la tribu que tendría tiempo de liberar a sus portadores y reunir sus registros antes de que le pusieran una mano encima.

Luego, su rostro decayó de repente. Tamba era la piedra angular de todo el plan, y se dio cuenta de que, pensándolo bien, significaba que Sheena estaba apuntándose en el ataque.

"Ah, no," gritó él. "Tú no vas a participar en esto. El plan no funcionará. No voy a arriesgar tu vida por asuntos que solo me

conciernen a mí."

Sheena miró la determinación de su mandíbula y sonrió.

"Te equivocas," dijo suavemente. "La lucha es enteramente tuya. Yo solo quiero ayudarte a prepararte y guiarte a la aldea. Si lo ordeno, Tamba acatará tus órdenes lo bastante bien como para que puedas pasar."

Bob se calmó. "Bueno, eso es diferente," dijo. "No permitiré que corras más riesgos a mi costa. Mira los problemas que ya te he causado."

A lo largo del día, Bob no dejaba de preocuparse y decir que debían abandonar el campamento, pero Sheena se negó a que la apresuraran. Después de varios viajes a la jungla para recolectar una extraña variedad de bulbos y raíces húmedas, ella se había decidido a mezclar una sustancia blanca parecida al pegamento.

"Chim y Sábtor están vigilando a los bambalas," le dijo ella. "Nos avisarán cuando los *dangos* se acerquen demasiado."

Bob no compartía su confianza en las dos mascotas. Y el hecho de que Chim se aburriera cada dos horas y regresara al campamento para ver qué estaba haciendo Sheena no ayudaba a sus nervios. Después de que la chica de la jungla persiguiera al gruñón mono hasta su puesto por tercera vez, ella hizo una nueva confesión para aliviar la tensión de Bob.

"Puse suficientes rastros falsos esta mañana para mantener ocupados a los bambalas hasta el anochecer, a menos que tengan mucha suerte," explicó ella. "Y esparcidas a lo largo de cada sendero hay desagradables sorpresitas para disuadirlos de apresurarse."

Ella no entró en detalles sobre las sorpresitas y él no le pidió que lo hiciera, porque su tono sombrío hizo que se agolpara en su mente la variedad de trampas asesinas que había visto usar a los hombres negros en la caza: pozos camuflados, arcos tensados que se disparaban cuando se tocaba una rama en el camino, astillitas de bambú envenenadas clavadas en la tierra, trampas de cuerda que lanzaban de un adulto a dos metros y medio en el aire y le rompían

el cuello, árboles jóvenes doblados que martillaban a un león hasta convertirlo en pulpa.

Pero la revelación de cómo había estado ocupada la madrugada lo conmovió tanto como la comprensión de que Sabor, mucho más que una mascota, era un arma mortal que ella empleaba contra sus enemigos.

Cuando la miraba ahora, veía a una joven apacible de voz suave, ansiosa por complacer, de risa fácil. Él se sentía a gusto con esta chica. En verdad, se sentía gratamente superior. Luego, abruptamente, ella rompía este molde en el que él la había encajado y le revelaba con alguna acción que era más la hermana de una peligrosa leona que el ser convencional que él intentaba creer que ella era.

¿Cómo podría reconciliar a la chica tímida y de boca suave que había tenido en sus brazos durante un momento esa mañana con la Sheena que podía conocer y superar a los guerreros negros en su propio juego salvaje?

Casi le daba miedo la chica. No se podía uno imaginar lo que sucedía de verdad en esa cabeza suya ni se podía predecir cómo iba a reaccionar en una situación determinada. ¿Cómo podía estar seguro de que ella no se volvería contra él si hacía un movimiento que la molestaba?

Sheena estaba demasiado ocupada para notar algún cambio en él. No fue hasta bien entrada la tarde que ella tapó con hojas arrugadas la última de las cinco grandes calabazas con el líquido espeso y blanquecino. Ella echó un vistazo al sol que yacía bajo y luego se acercó adonde Bob estaba sentado. Se tumbó de costado en el suelo junto a él.

Ella le sonrió, cabeza apoyada en su brazo derecho. "La noche que tenemos por delante puede ser larga," dijo simplemente. "Descansaré hasta que llegue Chim. Él nunca me perdonaría por dejarlo atrás."

Ella cerró los ojos, respiró hondo y lentamente y se durmió de inmediato. Bob parpadeó asombrado. "Esta no es humana," se dijo a

sí mismo. "Incluso duerme como un gato."

Él apretó la mandíbula con firmeza y miró hacia la jungla, pero en menos de un minuto su mirada se había deslizado de nuevo hacia la forma dormida a su lado. Estudió la forma en que el largo cabello rubio caía sobre el rostro y hombros, examinó las largas pestañas que caían pesadas sobre su piel dorada. Observó con algo más que un interés científico la manera en que sus rojos labios se fruncían en el sueño.

La luz del día casi se había ido cuando Bob se dio cuenta con un sobresalto de que los ojos de Sheena estaban abiertos y que durante algún tiempo lo había estado mirando en silencio.

Su confusión no disminuyó cuando ella dijo: "Chim se impacienta con mi pereza."

Como si le hubieran quitado tapones para los oídos, de repente Bob oyó a un mono parlotear y refunfuñar en el árbol sobre ellos. No sabía cuánto tiempo había estado allí aquel diablillo, pero al parecer había sido un período considerable. Y aunque Chim había hecho suficiente ruido para despertar a Sheena del sueño, Rob ni siquiera había sido consciente de su presencia.

"Fue agradable despertar y encontrarte sentado a mi lado," dijo ella poniendo una mano en su brazo. "Pero no pude evitar preguntarme qué estabas pensando que te hizo fruncir el ceño."

Él se levantó rápidamente, evitando su mirada. "Estaba pensando en el ataque," mintió él.

"Oh," dijo ella en voz baja. Y él tuvo la extraña sensación de que ella sonreía por dentro.

Mientras esperaban a que oscureciera por completo, comieron una comida ligera de frutas y nueces. Luego, Sheena llamó a Tamba y le ató las calabazas para que no tintinearán ni se derramaran. Como el retumbar bajo y distante de un trueno, llegó el rugido de un león. Después de un breve intervalo, se oyeron gritos de respuesta desde puntos muy separados en la jungla.

"Los bambalas están cerca, pero no viajarán mucho más esta noche," dijo Sheena con gravedad. "Ese primer rugido fue el grito de victoria de Sábór diciéndole a la jungla que había hecho una matanza fácil. Todos los gatos que puedan oír se dirigirán a esa zona. Creo que ahora podemos movernos con seguridad."

Y así, en la oscuridad total antes de que saliera la luna, Tamba los llevó por senderos secretos más allá de las patrullas de bambalas. Bob, quien se había preocupado por el nervioso y hablador Chim que los acompañaba, notó que el mono se acurrucaba frente a Sheena y no emitía un sonido. Estaba a punto de creer que las mascotas de la chica de la jungla entendían lo que estaba pasando.

Era pasada la medianoche cuando Sheena detuvo al elefante en un claro iluminado por la luna. "Haremos nuestro trabajo aquí," dijo. "El *kraal* está a tiro de flecha."

Ella desató las calabazas, separó dos de ellas y bajó las otras al suelo con cuidado.

"Yo le pintaré la cabeza y la espalda," le dijo a Bob. "Tú las piernas y el estómago."

Media hora más tarde, el paciente elefante había sido untado por completo con el líquido espeso y blanco preparado por Sheena. Pero en la oscuridad, el líquido reveló una propiedad no percibida durante el día. Brillaba con una luz misteriosa y fosforescente.

Bob miró a Tamba. "Por Harry," exclamó, "es el espectáculo más sobrenatural que jamás haya esperado ver. Y ese brillo brumoso y azulado lo hace parecer dos veces más grande. Una criatura como esa asomando en la noche asustaría a cualquiera.. "

"La bruja abama que me crió lo usaba en su magia," explicó Sheena. "A menudo yo la ayudaba a reunir los materiales y a mezclarlos."

Bob se miró las manos, brillaban con la luz de la mezcla que había untado sobre el elefante. "Creo que esto puede funcionar," declaró emocionado, "si los bambalas son tan supersticiosos como dices."

"Esperemos que así sea," dijo la chica en voz baja. "Habrá suficiente

peligro en el mejor de los casos."

Sheena había recogido la cuerda de la liana que se había utilizado para atar las calabazas en Tamba. Mientras hablaba, jugaba distraídamente con esta, formando espirales sueltas en el suelo con un extremo, girando y recogiendo el otro extremo en un patrón extraño.

"Bueno, esto termina tu parte del trabajo," dijo Bob. "Es maravilloso que me hayas ayudado."

Trató de decirle lo agradecido que estaba, pero de repente pareció torpe con las palabras y su voz adquirió una brusquedad antinatural.

Terminó sin convicción diciendo: "Será mejor que me pinte a mí mismo ahora. Y luego, tan pronto como parta con Tamba, quiero que te alejes de aquí y te mantengas alejada. Ya te has arriesgado demasiado por mí."

Sheena no lo miró. Mantuvo la cabeza gacha, dedos trabajando nerviosamente con la cuerda. "Sí, Bob," dijo ella.

Parecía pequeña, femenina y terriblemente desamparada a la luz de la luna. La vista de ella atrapó el corazón de Bob y lo retorció. Había sido un desgraciado y miserable al pensar en ella como lo había hecho esa tarde.

No podía dejarla de esta manera. Tenía que tomarla en sus brazos, decirle lo que sentía por ella. Dio dos pasos hacia ella. "Sheena," dijo con voz ronca, "antes de irme..."

Como si su mente se hubiera vuelto hacia adentro y no lo hubiera oído, ella lo interrumpió. "La pintura, Bob, debe estar seca antes de que subas a Tamba. Extiende las manos y déjame ver si se está secando correctamente."

Su tono tenso y profesional, tan fuera de armonía con el estado de ánimo que se había apoderado de él, detuvo a Bob en seco. Casi enfadado, extendió las manos para que ella las inspeccionara.

En cuanto a lo que sucedió a continuación, tuvo que intentar

muchas veces recordar exactamente cómo sucedió. Pero nunca estuvo completamente seguro de nada de eso.

Sheena se inclinó como para inspeccionarle las manos. Lo siguiente que supo es que la cuerda de la enredadera que ella había estado tocando distraídamente apareció alrededor de sus muñecas. "¿Qué diablos?" exclamó él.

Antes de que él pudiera darse cuenta de lo que ella estaba haciendo, Sheena saltó hacia atrás, la cuerda atravesó sus manos con la velocidad de una serpiente que golpea. Luego tiró la cuerda, dio un fuerte tirón y los pies de Bob salieron disparados debajo de él.

Un extremo de la liana estaba amarrado alrededor de sus muñecas, el otro alrededor de sus tobillos. Había habido una planificación cuidadosa detrás de todo aquel manejo despreocupado de la cuerda mientras hablaban. Los lazos que ella había arrojado al suelo con aparente descuido eran los que movía hacia arriba para atarle los tobillos y hacer que se estrellara contra el suelo.

A pesar de la impresionante fuerza de la caída que recibió, Bob se debatió salvajemente, tratando de liberarse. Después de lanzarse para sacarle la pistola de la funda, Sheena se quedó a una distancia prudencial, mirándolo luchar. Él luchó como una bestia enloquecida, su cordura fragmentada momentáneamente por el terrible impacto de aquella traición.

Pero las ataduras se mantuvieron y por fin él se quedó jadeando, con los músculos temblando por la violencia de sus esfuerzos. Sólo entonces la miró, dejando que el ácido amargo de su ira se derramara en palabras.

"Y pensar que creía en ti, que confiaba en ti," gruñó él. "Debería haber sabido que te volverías contra mí como un animal si eso te convenía."

La boca de Bob era una hendidura cruel, sus ojos estrechos balsas de odio. Su arma hizo un ruido sordo cuando ella la dejó caer a sus pies.

"Me engañaste," continuó Bob. "Me tragué todos tus trucos sin

sospechar que me usarías para pagar tu propia seguridad. ¡Muy inteligente! Me entregaste a los bambalas y así tenerlos fuera de tu propio rastro. Se estaban acercando demasiado para tu comodidad y te preocupaba que si yo asaltaba su *kraal* y les hacía algún daño, nunca te perdonarían por haberme ayudado."

Sheena se pasó las manos nerviosamente por el abdomen, con el rostro inexpresivo excepto por los ojos que parecían brillar en la noche. Finalmente, su mano derecha se deslizó hacia el cuchillo en la curva de su cadera. La hoja brilló con frialdad cuando la sacó de la funda.

Capítulo 6

BOB quedó abruptamente quieto al ver el acero desnudo en la mano de la chica de la jungla. Luego, con un fulminante desdén, dijo: "No pierdas la cabeza, preciosa. Los bambalas no pagarán tanto por mí muerto como vivo. ¡Esos también disfrutaban del placer de matar!"

Un profundo ceño de dolor surcó la frente de Sheena. Ella lo había previsto todo en su planificación, excepto la reacción de Bob. La terrible amargura de sus palabras la tomó por sorpresa.

"Sí, te la jugué," dijo ella tranquilamente. "Pero lo hice para salvarte la vida, no para quitártela."

Ella le dio la espalda. El tronco gris de un árbol muerto estaba al borde del claro, a unos treinta pasos frente a ella. Sheena cubrió con pasos rápidos la mitad de la distancia hasta el árbol. Entonces levantó el cuchillo, lo envió reluciente por el aire para que se clavara de punta en la madera muerta.

Bob se había levantado con dificultad hasta sentarse. Vio cómo ella arrojaba el cuchillo al árbol y se apresuraba a regresar a donde esperaba Tamba.

"¿Qué has querido decir con salvarme la vida?" demandó él.

Ella recogió la media calabaza restante de pintura fosforescente, la vertió literalmente sobre su cabeza y hombros, reservando la suficiente para empapar a Chim, que estaba protestando. Luego pintó tanto su lanza como su arco.

"¡Quiero decir que yo voy en tu lugar!" espetó ella untándose rápidamente de pintura uniformemente. "Bobo como es, Tamba nunca aceptaría tus órdenes, y además, yo sé mucho más sobre el trato con los bambalas que tú."

Él la miró horrorizado cuando ella le indicó a Tamba que la levantara a Chim y a ella. "¿Pretendías hacer esto desde el principio?"

"Por supuesto," dijo ella, "si tus hombres y mochilas pueden ser arrebatados a los bambalas, lo haré. Si fallo, entonces aún habré podido salvarte a ti."

"¡No!" estalló él indignado. "¡No lo permitiré!"

Él movía torpemente los dedos para aflojar las ataduras de los tobillos. Como Sheena le había atado las manos por delante, no tenía problemas para llegar hasta los pies.

"Te até para que tuvieras que permitirlo," dijo ella con calma. "Y no desperdicies tus fuerzas tratando de deshacer esos nudos. Necesitarás mi cuchillo para liberarte. Para cuando hayas llegado a ese árbol y hayas soltado el cuchillo, será demasiado tarde para que interfieras en el *kraal*."

Sheena levantó a su simio mascota, lo dejó caer al suelo,

"Sin embargo, pensándolo bien dejaré a Chim para que ayude a cuidar de ti. El ruido que está haciendo me haría daño, pero su voz y su apariencia deberían protegerte de cualquier cosa, menos de un rinoceronte."

Ella trató de forzar una desenfadada alegría en su tono, pero el intento no fue del todo exitoso. "¡Me voy ahora!" Dijo abruptamente levantando su lanza en un extraño y rápido saludo.

Entonces Tamba pasó junto a Bob y llevó a Sheena a la jungla. Él le suplicó que no fuera, más cerca de las lágrimas en su absoluta impotencia que en cualquier otro momento desde su niñez. Sheena, sentada con la espalda recta como una estaca, no miró hacia atrás.

Cuando el oscuro follaje verde se cerró detrás de ella, la voz de Bob se fue apagando. Pensó en las cosas que le había dicho con ira y se sintió avergonzado y miserable. Ella iba a ir a ese pueblo por él y solo por él.

La había llamado animal, atribuyéndole inmediatamente los motivos más bajos. Recordó la expresión de dolor y sorpresa en ese rostro cuando había oído sus acusaciones. Sin embargo, ella ni siquiera lo había reprendido.

En ese momento, la certeza cristalizó en él de que nunca volvería a ver a Sheena. ¡Ella estaba viajando hacia su muerte!

Con esfuerzo, Bob se puso en pie. Tenía que liberarse y llegar hasta ella. Tropezó, con las piernas tan fuertemente atadas que no podía mantener el equilibrio.

Para no caer, empezó a saltar hacia adelante, cada salto torpe más rápido y más desesperado que el anterior. Pero sus convulsivos esfuerzos por recuperar el equilibrio estaban condenados al fracaso. No avanzó más de cinco metros antes de estrellarse pesadamente contra la tierra dura.

La caída lo dejó sin aliento, pero luchó de inmediato con los codos y las rodillas. Oyó un extraño galimatías sonando usto en su hombro. Giró el talón y vio a Chim agachado sobre manos y rodillas a su lado. El simio, con su rostro inquietantemente brillante y aparentemente envuelto en un deleite diabólico, estaba tratando de asumir la misma posición que Bob.

El temperamento del hombre angustiado explotó. "Ya te enseñaré a burlarte de mí," gritó. Y se incorporó sobre sus rodillas, levantando los brazos atados para hacer rodar al mono de un empujón.

Pero Chim adivinó su propósito al instante. Con un chillido de alarma, el simio saltó hacia atrás y huyó a través del claro como un pequeño demonio incandescente. Bob agitó sus puños entrelazados con rabia inútil.

Chim literalmente volaba sobre el suelo, su cabecita giraba a derecha e izquierda en busca de un refugio seguro. Los contornos grises del árbol muerto llamaron su atención como lo había hecho Sheena al buscar un lugar para plantar el cuchillo. El simio se dirigió al árbol. Trepó por el tronco a toda prisa, dejando el cuchillo atrás hasta llegar a las ramas inferiores.

No fue hasta entonces que se detuvo para mirar atrás. Su estallido entrecortado reveló sorpresa por que el hombre no se hubiera movido. Guardó silencio, considerando el asunto. Luego, al decidir que estaba bastante a salvo, cambió por completo su actitud y comenzó a bajar lentamente del árbol, anunciando grandiosamente

su indignación por ser tratado como un individuo común.

Cuando Chim llegó al cuchillo, detuvo su diatriba. Reconoció el olor de su amada ama. Lanzó un grito de alegría y tiró del cuchillo para liberarlo.

Él sonrió al arma. Era de Sheena. Se la devolvería a Sheena y ella estaría complacida con él. Ella siempre estaba muy orgullosa de él cuando le devolvía algunas pertenencias que encontraba. De hecho, si se supiera la verdad, a menudo él le robaba las pertenencias para poder devolverlas y hacerla complacida con él.

Su encuentro con Bob había desaparecido tan completamente de la errática mente de Chim como su recuerdo de que Sheena se había ido. Su cabeza no se molestaba muy a menudo en tratar de retener más de una noción a la vez.

Se dejó caer del árbol y corrió feliz hacia Bob. Estaba a tres metros del hombre cuando se dio cuenta de que Sheena no estaba a la vista. Chim había estado demasiado enojado por la pintura blanca que le habían derramado como para prestar atención a la partida de Sheena, y después de eso, las payasadas de Bob lo habían absorto tanto que aún no se había dado cuenta de que lo habían abandonado.

De repente se dio cuenta de que su protectora se había ido y que la terrible noche tan temida por la gente de los árboles le impedía encontrarla. Chim se asustó de repente. Miró a los árboles oscuros, imaginando enemigos temibles mirándolo.

Bob no tenía idea de lo que pasaba por la voluble mente de Chim. El hombre blanco se puso de rodillas, respirando con dificultad. El mono tenía el cuchillo. Eso era lo único que importaba.

Desde el momento en que Chim sacó el cuchillo del árbol y se dirigió hacia él, Bob había tenido miedo de hablar o moverse. Tenía que quitarle el arma al pequeño diablo. Pero ¿cómo? Después de la forma en que había tratado al mono, una palabra o un movimiento de él probablemente enviaría a Chim huyendo hacia el bosque.

Se humedeció los labios con nerviosismo, "¡Aquí, Chim! Buen chico,

dame el cuchillo." Pronunció las palabras como una oración. "Buen chico. No voy a hacerte daño."

Chim, que se había agachado hasta formar un pequeño bulto brillante, levantó la cabeza y miró con tristeza al hombre blanco. Luego agachó la cara y se estremeció.

Bob siguió hablando en un tono suave y persuasivo. El mono no se movía. Bob se armó de valor y avanzó unos centímetros. Sin siquiera levantar la cabeza, Chim retrocedió una distancia igual.

Bob gimió. Nunca conseguiría el cuchillo, nunca en el mundo. El pequeño tonto entendía y obedecía cada palabra que Sheena decía, pero en este momento, cuando tanto dependía de ello, no prestaba atención a una sola cosa que Bob le decía.

Y luego, de repente, Bob se dio cuenta de que, en su entusiasmo, había estado hablando en inglés. Con la voz temblorosa de emoción, cambió a la lengua bambala.

Chim se enderezó, ladeando la cabeza para escuchar. Pareció sentirse mejor de inmediato. Comenzó a charlar y se acercó cautelosamente al hombre.

Bob tuvo cuidado de no hacer movimientos bruscos. No fue hasta que el simio se acurrucó en él cuando alcanzó suavemente el cuchillo. Para su alivio, Chim parecía realmente feliz de entregar el arma. Bob tenía la cara y las manos bañadas en sudor y temblaba mientras cortaba los nudos de la cuerda.

Se metió el cuchillo bajo el cinturón y corrió hacia donde Sheena había dejado caer la pistola. Luego, pistola en mano, corrió hacia el punto donde la chica de la jungla había dejado el claro, rezando para ser capaz de seguirla en la oscuridad.

Tuvo suerte por una vez. Tamba había dejado un rastro claro donde se había abierto paso a través de la maleza y, a una distancia de veinte metros, Bob se encontró con un ancho sendero. Desde el ángulo en el que el elefante se había inclinado hacia el sendero, no había duda de la dirección que Sheena había tomado.

Cuando empezó a correr, un parloteo histérico estalló detrás de él. Chim, negándose a ser abandonado, salió disparado de la maleza y, con un salto asombroso, se agarró a la espalda de Bob. Se abrazó encima del hombre blanco con tanta fuerza, con corazoncito latiendo de miedo, que Bob no se atrevió a quitárselo de encima.

"Está bien," gruñó Bob. "Puedes montar a caballito hasta que veamos el *kraal*. ¡Entonces volverás por tu cuenta!" Y con eso, corrió por el sendero con redoblado esfuerzo.

Después de que Sheena dejara a Bob atado en el claro, ella dedicó toda su mente a la tarea que tenía por delante. Cuando llegara al *kraal* de Bambala, se perfeccionarían los detalles finales de su plan.

La aldea amurallada yacía en silencio y durmiendo a la luz de la luna menguante. Si había centinelas apostados, descansaban apáticos fuera de la vista, arrullados por las largas y monótonas horas de la madrugada. Las fogatas se habían convertido en carbones blanqueados por las cenizas. Sheena había seleccionado cuidadosamente este como el momento más propicio para su incursión.

La chica de la jungla instó a Tamba directamente hacia la gran puerta principal. En estos primeros momentos, la audacia sería su arma más valiosa. Cuando el elefante aminoró el paso delante de la puerta, sin comprender aún lo que se esperaba de él, Sheena tamborileó con los talones detrás de sus orejas y lo empujó de frente contra la masiva barrera.

"Adelante, oh, el más poderoso de los elefantes," lo animó ella. "Deja que estos chacales conozcan tu fuerza."

Hubo un impacto de astillas. Por un momento, el gran elefante pareció vacilar. Luego, la gran puerta se desprendió de las barras transversales y de las bisagras y cayó hacia adentro con un poderoso estruendo.

Y Tamba, regocijado por la hazaña, levantó la trompa y barritó un desafío ensordecedor a todos los presentes mientras llevaba a su ama al *kraal*.

Dos guardias que habían estado dormitando en una pasarela junto a la puerta, estaban congelados de rodillas. Sus ojos brillaron en la oscuridad como grandes bombillas circulares mientras miraban la aparición fantasmal que se colaba en el *kraal*.

"¡Tembald, malditos!," Gritó Sheena haciendo un gesto hacia ellos con su lanza, "¡Pues la maldición de la condena está sobre vosotros! ¡Yo, que soy el sirviente de Gimshai, el temible dios de la muerte, proclamo esta condena sobre Bambala!"

De todas las terribles deidades de la jungla, el todopoderoso Gimshai infundía el mayor terror en los corazones de los hombres negros. Y como todos los nativos sabían, los sirvientes de Gimshai aparecían en millar de millares de formas diferentes y atacaban a sus víctimas elegidas de innumerables formas.

El terror de uno de los guardias fue tan grande que, después de oír las palabras de Sheena, cayó sin sentido en la plataforma. El otro hombre, con todos los músculos temblorosos, se incorporó de golpe en la plataforma. Enervantes gritos desgarradores salieron de su garganta.

El hombre se zambulló literalmente fuera de la pasarela, golpeó el suelo con una fuerza para romper huesos. Pero el miedo anestesió cualquier daño físico que sufriera, y él se puso en pie y corrió de inmediato por la dirección principal del *kraal*.

Los gritos del guardia arrancaron la manta de sueño de la aldea. Órdenes, gritos, el sonido de pies corriendo bullían desde los oscuros grupos de chozas. Hombres y mujeres aturdidos salían a raudales de puertas estrechas y cubiertas de piel.

Y en medio de este hormiguero repentinamente despertado, cabalgaba Sheena. Continuó por el camino principal de la aldea sin mirar ni a derecha ni a izquierda, ella era la única persona completamente tranquila y serena en toda aquella multitud aullante.

Ella y el inmemso elefante parecían envueltos en un remolino de luz azul blanquecina. Tamba parecía aún más inmenso de lo que realmente era, y el estruendo de su constante trompa, inspirado por

la excitación y el aroma de los bambalas, era en verdad como el sonido de la fatalidad.

Cuando los negros, que se apiñaban para conocer la causa del alboroto, vieron esa figura blanca con forma de estatua que era Sheena, el fuerte furor se desvaneció como un eco desvaneciente. Un gemido grave y aterrorizado, que podría haber sido el lamento del viento sobre un páramo, se extendió una y otra vez a través de la masa de nativos.

Entonces se oyó la voz de Sheena, áspera y salvaje. "Desde el Agujero Negro de la Muerte, desde el Trono de la Calavera del mismo Dios Terrible, os traigo la maldición de Gimshai."

"¡Miradme, miembros de una tribu de chacales! Miradme y temblad, pues yo soy la Mano con Garras de Gimshai. Yo soy la Red del Devorador de Almas. Yo soy la Espada del Dios de la Muerte."

Sus palabras penetraron en la mente de los bambalas como dardos envenenados. Si hubiera ensayado su discurso a Bob Reilly, él habría pensado que era una tontería suicida. Pero Sheena sabía cómo abrir las compuertas del miedo en su audiencia.

Toda la existencia de estos nativos salvajes y primitivos era una red de supersticiones. Cualquier fenómeno extraño o inexplicable lo atribuían a dioses o demonios. Y su hiperactiva imaginación se apoderaba de cada evento adverso y ellos lo bordaban con un significado sobrenatural.

Incluso ahora, mientras observaban a la extraña diablesa blanca como la tiza, sus imaginaciones rápidamente agregaron una variedad de detalles a lo que creían ver. Algunos vieron en la blancura de su rostro los claros contornos de una calavera. Otros vieron su cabello largo, rígidamente incrustado con un líquido blanco, como una masa de serpientes pálidas que se retorcían. Algunos dirían después que sus ojos eran cuencas negras huecas, otros que eran rojos carbones de fuego.

Se diría que la lanza en su mano se retorció como un ser vivo, que la extraña aparición similar a un elefante que ella cabalgaba no era más que una niebla a través de la cual se podía ver riachuelos de

llamas frías manando hacia afuera a lo largo del suelo allí donde se colocaban los pies de la criatura.

La audiencia de Sheena era especialmente impresionable en esta noche cuando prácticamente toda su fuerza de lucha estaba ausente. Emocionados por su triunfo del día anterior, todos los guerreros habían buscado ansiosamente unirse a la caza de Bob Reilly y de la chica de la jungla.

Dejados atrás en el *kraal* estaban los jóvenes inexpertos, los hombres demasiado viejos o enfermos para caminar por los senderos, y la masa de mujeres y niños que se asustaban fácilmente.

Sheena había contado con la ausencia de los verdaderos guerreros como una gran ayuda para llevar a cabo su colosal farol.

Ahora, cuando escuchó los gemidos de las mujeres, vio a la multitud alejarse de ella, cabalgó audazmente hacia el claro central, abandonando cualquier esperanza de retirada. Sabía que la multitud se concentraría alrededor del espacio abierto, y si la descubrían, ese muro de humanidad le impediría llegar con vida a la puerta.

Era costumbre de los bambalas que tanto los prisioneros como el botín ganado en su ataque al safari de Bob se exhibieran en el claro. Los miserables porteadores estaban apiñados como animales en un sucio e improvisado corral, y apilados cerca del recinto estaban las mochilas que una vez habían llevado.

La gran fiesta y la ceremonia de reparto del botín que siempre seguía al triunfo de una batalla se habían retrasado hasta que Bob y Sheena fueran capturados.

Sheena dirigió al elefante hacia el corral, queriendo liberar a los prisioneros y sacarlos del *kraal* antes de que los atónitos miembros de la tribu pudieran recobrar el juicio.

Pero, de repente, dos de los grandes fuegos para cocinar del claro se encendieron. Lenguas de llamas amarillas se extendieron por los bordes de la madera seca que se había arrojado apresuradamente sobre las brasas. Sheena comprendió entonces el propósito de las órdenes que habían sonado en el primer alboroto de su entrada,

porque a la luz creciente se veía un cuadrado hueco de guardias armados agrupados en torno a dos hombres, los dos hombres más importantes de la tribu.

Uno era Babuli, el inmensamente gordo jefe de los bambalas, un tirano brutal y autoindulgente. El otro era Nyag-Nyag, un hombre alto, delgado, tuerto, con cara de hacha y la postura encorvada de una comadreja agachada.

Nyag-Nyag era el médico brujo bambala y, más que cualquier otro miembro de la tribu, tenía motivos para odiar a Sheena, pues una y otra vez la magia más potente que podía hacer contra ella había resultado ineficaz.

Capítulo 7

SHEENA quedó turbada al instante ver a los dos líderes tribales con las hileras de duros guardias a su alrededor. Ciertamente no había contado con su presencia. Al improvisar para enfrentar este peligro inesperado, cambió rápidamente de planes y dio el alto a Tamba.

Gesticulando desdeñosamente con su lanza, gritó: "¡Ja! ¡Así que ahora miro a los dos chacales jefe!"

Claramente, el elefantino Babuli estaba más conmovido por su apariencia fantasmal que el médico brujo. "¿Por qué... por qué has venido aquí?" preguntó él débilmente.

Sheena guardó silencio durante un largo y siniestro momento. Luego, como el chasquido de un látigo, su voz lo azotó. "¡Vengo a llevarme tu alma a un tormento eterno! ¡En este mismo momento Gimshai espera con ira tu llegada!"

El gigantesco jefe retrocedió un paso, su gran vientre temblaba. La dura confianza con la que ella había hablado hizo que su sangre se congelara.

"Hay un terrible error," se estremeció él. "¡Nunca de palabra ni de hecho he faltado al respeto a Gimshai! ¡Sí, él es el más grande de los dioses! En toda la jungla, nadie le ha enviado más almas que Babuli."

"Demasiado tarde para mentir," dijo Sheena con gravedad. "Solo honráis a un dios, N'Koto, dios de la guerra, y es él quien os ha llevado a la ruina. Hace dos soles, hicisteis un cobarde ataque contra el safari de alguien que tiene el favor especial de Gimshai. El Arrebatador de Almas extendió la mano y salvó a este hombre blanco, diciendo que por la destrucción que habíais causado pagaríais con la vida. ¡Y así yo he venido a exigir el pago!"

Babuli pareció ahogarse. Sus ojos destacaban como redondas y rojas perlas. Envenenado por toda una vida de superstición, sintió que la fuerza vital ya estaba siendo succionada de su cuerpo, que el aleteo

en su garganta era su alma luchando por escapar.

"¡Habla con ella! ¡Aplácala!" jadeó Babuli hacia el médico brujo. "Tú sabes más de dioses y demonios que yo. Promete cualquier cosa, cualquier cosa para que ella me deje vivir."

Con su único ojo bueno, el médico brujo había estado mirando con furia a Sheena. Él no era tan ingenuo como Babuli ni tan supersticioso como los demás miembros de la tribu. Había practicado demasiados trucos y engaños, había servido demasiadas patrañas como magia para dejarse engañar fácilmente por los trucos de Sheena.

Sentía algo familiar en aquel intruso fantasmal, notaba también que ella trataba de mantenerse alejada de la luz del fuego. Le parecía que cada vez que un salto de las llamas especialmente alto iluminaba su montura, el misterioso resplandor blanco azulado de la misma desaparecía.

Sin embargo, debido a que era un hombre astuto y un cobarde, Nyag-Nyag procedió con cuidado.

Se abrió paso entre las filas de guerreros, recogió un palo en llamas del fuego. Levantó la antorcha en alto como para iluminarse claramente para los ojos de Sheena.

"Escúchame, oh, La Que Camina en la Noche," dijo con una falsa voz adulatora. "No ruego por mi ser inútil y sin importancia, pero sí ruego por el noble Babuli."

Se acercó más a Tamba mientras hablaba, observando de cerca el efecto de la luz de la antorcha en la brillante blancura del elefante.

"Nunca Babuli ofendería a sabiendas al temible Arrebatador de Almas," continuó. "Si Babuli ha cometido un daño, está listo para hacer cualquier regalo, ofrenda o sacrificio que el dios decreta. Intercede por nosotros, oh, Grandiosa, y los bambalas te honrarán sin fin. ¡Ayúdanos a corregir nuestro error! Solo tienes que hablar."

El alivio se apoderó de Sheena mientras escuchaba la abyecta súplica de Nyag-Nyag. La sensación de que había triunfado

disminuyó su cautela, por lo que no pudo adivinar el propósito del médico brujo al acercarse tanto.

"Gimshai es misericordioso, al igual que sus sirvientes," dijo con altivez. "Si tienes el coraje de acompañarme al Agujero Negro de la Muerte para defender tu caso ante el dios mismo, puedes hacerlo, pero recuerda que si fallas, no habrá regreso."

Nyag-Nyag pareció debatir antes de murmurar: "Tengo el valor."

Sheena lo miró fijamente. "Pero debes acercarte a Gimshai con las manos limpias." Hizo un gesto hacia los portadores encarcelados y hacia el botín apilado. "Debes entregar el botín de tu cobarde ataque. Debes liberar a los portadores y devolverles sus armas y debes proporcionar hombres para llevar estas mochilas a su destino."

El jefe de barriga enorme, que estaba bañado en sudor mientras esperaba la respuesta de Sheena, literalmente gritó su aceptación de sus términos. Solo le preocupaba su propia seguridad y no le importaba un ápice que pudiera estar enviando a un gran grupo de sus seguidores a la muerte.

"¡Todo será como dices!" gritó Babuli con voz ronca, no queriendo darle tiempo al médico brujo para retractarse de su trato. Luego se volvió hacia sus guardias con la misma prisa frenética, gritando: "¡Liberad a los prisioneros! ¡Reunid hombres suficientes para llevar las mochilas! ¡Rápido, malditos!"

Pero incluso mientras el jefe hablaba, Nyag-Nyag saltó hacia atrás alejándose de Tamba, haciendo girar la antorcha alrededor de su cabeza. "¡No!" rugió. "Que ningún hombre se mueva."

Babuli estaba tan horrorizado que tardó un rato en encontrar la voz. Su cuerpo se estremeció de indignación ante esta traición. "Yo soy el jefe aquí," graznó.

"Eres un tonto, Babuli," gruñó el médico brujo; "¡Tan ciego y tonto como todos los demás!"

Nyag-Nyag pensó que, después de esa noche, nunca más tendría que

doblar la rodilla ante el gordo jefe. Lo que estaba a punto de hacer convertiría a Babuli en el hazmerreír de la tribu, al mismo tiempo que mejoraba su reputación como mago.

"Porque me estoy divirtiendo jugando con esta farsante," dijo el médico brujo señalando a Sheena, "No te tomes en serio mi actuación. Ella no es un demonio, no es una sirvienta de Gimshai."

"¿Qué estas diciendo?" chilló el jefe viendo que sus posibilidades de salvación se hacían añicos ante sus ojos.

Nyag-Nyag se rió, dejando al descubierto sus dientes amarillos. "Estoy diciendo que este supuesto demonio es simplemente Tiotto Nomi, la Mujer del Bosque. Estoy diciendo que se necesitan más que trucos infantiles para engañar al mago más grande de la jungla."

La consternación había puesto a Sheena en posición rígida. Pero su reacción no fue diferente de la que sacudió a Babuli y a los miembros de su tribu. Las palabras del médico brujo habían estallado con la violencia de un rayo.

"¡Estás loco!" gimió Babuli. "Vas a hacer que nos mataran a todos. Sabes tan bien como yo que nuestros guerreros están persiguiendo ahora a Tiotto Nomi por toda la jungla."

Nyag-Nyag se había acercado a los guardias. Arrojó su antorcha, tomó una lanza y un escudo de uno de los negros. Luego salió corriendo al espacio abierto entre Sheena y los guerreros.

"Mira esta prueba, mi simple Babuli," se burló. "Y no necesitas desmayarte de terror, porque el riesgo recae solo en mí." Todo su estilo era sumamente confiado. "Mil escudos no me protegerían de un sirviente de Gimshai, porque tal sirviente podría matar con una mirada, una señal, un pensamiento."

La fea risa brotó de sus labios de nuevo. Después de esta noche, su nombre resonaría a través de la jungla.

"Pero un escudo es suficiente protección contra Tiotto Nomi," dijo, "porque su única arma es su lanza. Ella no tiene poderes mágicos. ¡Mirad mientras lo demuestro! Y estad listos, guardias, para

derribarla cuando se traicione a sí misma al tratar de usar su única arma insignificante."

Sheena estaba sentada estupefacta, con un nudo de pánico creciendo y extendiéndose en su pecho. El astuto *dango* tuerto la había descubierto. Buscó en fútil desesperación algún medio de escape, sabiendo muy bien que el juego había terminado.

Nyag-Nyag saltaba y bailaba frente a ella, siempre con cuidado de protegerse detrás del grueso y pesado escudo de piel de rinoceronte. "Rápido, Tíoto Nomi," se burló, "Suelta tu terrible magia. ¡Mátame con una mirada! ¡Mátame con un pensamiento!"

Un silencio sofocante se apoderó del *kraal*. En las sombras alrededor del claro central, los hombres negros se agacharon, temerosos de respirar. Babuli se inclinó hacia adelante, su rostro era como pasta gris, su boca colgaba laxa y abierta.

"Ven, oh, Supuesto Demonio," se burló el mago encabritado, "Estoy esperando a que golpees. ¿Por qué dudas? Pon a prueba mi paciencia, haz que me canse de esta farsa."

La boca de Sheena estaba seca como el polvo. La muerte de la que había tratado de salvar a Bob Reilly iba a ser suya. Y ahora estaba perdida finalmente y para siempre.

Mientras un siniestro murmullo agitaba a los negros que observaban. La burla de Nyag-Nyag estaba surtiendo efecto. Los guardias ya estaban avanzando con las manos tensas en sus lanzas.

El propio brazo de la lanza de Sheena se tensó. Su farol había terminado. Al menos se llevaría algunos de ellos con ella. Apretó los dientes preparada para enviar a Tamba a la carga contra los guardias.

La risa de regodeo de Nyag-Nyag sonó fuerte. "Escúchame, Tíoto Nomi," chilló. ¡Te escupo a ti ya tus padres! ¿Qué mayor insulto se puede dar?"

Sus cabriolas y sus gritos agudos fueron demasiado para Tamba. El enorme elefante levantó la trompa y barritó con una violencia

ensordecidora. El mismo aire se estremeció con el furioso sonido.

Nyag-Nyag alzó la mirada sorprendido. Entonces sucedió algo muy extraño. El mago con cara de hacha dio un extraño salto hacia atrás como si le hubieran dado un golpe poderoso. Su rostro se contrajo de dolor y se tambaleó.

Dejó caer la lanza de los dedos y el peso del escudo hizo que su brazo izquierdo bajara lentamente hacia el costado. Sus fibrosos músculos comenzaron a temblar y a contraerse.

Su único ojo se llenó de terror. Luego, sus largas y delgadas piernas comenzaron a doblarse. De repente, su boca se tensó y una gran cantidad de sangre brotó de sus labios.

Ese fue el final. Nyag-Nyag cayó de bruces y se yació inmóvil.

Tamba quedó en silencio casi en ese mismo momento. Era increíble que un *kraal* nativo pudiera estar tan quieto. Y en ese profundo silencio, se podía sentir el terror barriendo como un viento negro sobre los aturcidos nativos.

Sheena estaba tan sorprendida como los miembros de la tribu. Ella miró fijamente al mago muerto. Ella no había movido ni un músculo para hacerle daño, pero allí yacía el odiado Nyag-Nyag, rígido en la muerte.

¿Qué milagro era este? ¿Qué poder invisible se había acercado en su hora de necesidad para derribar a este *dango* humano?

Pero a la chica de la jungla no se le dio tiempo para meditar en ese misterio. Los gritos histéricos de Babuli la pusieron alerta. El jefe gordo como un cerdo se había derrumbado de rodillas y le suplicaba que no lo matara, que no lo culpara por las blasfemias de Nyag-Nyag. Los miembros de las tribus de todo el claro se arrastraban en abyecto terror.

¡Creían que ella había matado al mago!

Sheena actuó rápidamente para aprovechar la situación. Aunque ella misma estaba tan alterada que apenas podía evitar que le temblara la voz, Sheena repitió con severidad las demandas que

había hecho antes. Y esta vez los prisioneros fueron inmediatamente liberados y los guardias desarmados de Babuli se apresuraron a cargar con las mochilas robadas sin pensar en oponerse a Sheena.

Babuli se derrumbó lloriqueando, pero Sheena delegó en cuatro de los portadores para que lo ayudaran a ponerse de pie con sus lanzas. A los portadores restantes ella los colocó a ambos lados de los bambalas cargados de mochilas.

"Ahora caminad," gritó ella. "Y cualquier hombre que cause problemas se unirá a Nyag-Nyag en su tormento eterno."

Su amenaza envió a la columna a través del *kraal* a trote tambaleante. Toda idea de resistencia había desaparecido de los bambalas. Mientras ella urgía a Tamba a ir detrás de los portadores, los nativos pegaron los rostros a la tierra, temerosos de mirarla.

Una vez fuera del *kraal*, ella se dirigió a la cabeza de la columna para guiarla por el sendero hacia donde había dejado a Bob Reilly. Pero antes de que hubiera ido muy lejos, oyó un frenético parloteo, vio una figura pequeña brillante y misteriosa que se acercaba deslizándose por el oscuro sendero hacia ella.

"¡Chim!" gritó ella sorprendida y, con una orden rápida, hizo que el elefante balanceara al pequeño simio a su lado.

Chim saltó a sus brazos, farfullando de alegría al encontrar de nuevo a su ama. Entonces, los agudos oídos de Sheena escucharon otro sonido. Miró hacia adelante para ver a Bob avanzando desde la oscuridad. Su pensamiento inicial fue que aún podría estar enojado con ella.

Pero había un alivio indecible, no enojo, en su voz cuando él exclamó: "¡Gracias a Dios que por fin estás fuera de ese lugar! Fuiste una loca por arriesgarte, pero fue lo más maravilloso que he visto en mi vida. "

"¿Quieres decir que viste lo que sucedió en el *kraal*?" preguntó ella, sorprendida.

"No solo lo vi, gracias a Chim no a ti," dijo, "sino que formé una pequeña parte en el proceso. Debo admitir francamente que nunca podría haber logrado el engaño que tú hiciste."

Entonces le contó que había llegado al *kraal*, el médico brujo acababa de empezar a burlarse de ella. Como todos los nativos estaban concentrados en el centro de la aldea, pudo entrar por la puerta sin ser visto. Se había acercado sigilosamente al claro y trepado a una pila de leña junto a una choza.

Con su pistola, había disparado contra Nyag-Nyag. El sonido del disparo había sido tapado por el airado trompeteo de Tamba. Y el miedo profano que se había apoderado de los bambalas al ver morir a su médico brujo les había impedido sospechar que cualquier mano, excepto la de Gimshai, había matado a Nyag-Nyag.

"Así que fuiste tú quien me salvó a mí," dijo ella asombrada.

Bob dio una carcajada. "Creo que yo podría decir lo mismo de ti."

Habían avanzado un kilómetro por el sendero y el falso amanecer estaba oscureciendo el cielo cuando Sheena dio el alto al elefante.

Bob se sentó detrás de ella en la espalda del gigante del bosque. "¿Que hacemos ahora?" preguntó él.

Ella le dirigió una mirada larga y escrutadora. "Te llevarás contigo a Babuli y a sus guardias y harás que sean castigados. No tendrás más problemas con los bambalas, por lo que podrás llegar fácilmente al país de los blancos con tus registros."

"¿Tú... tú... no vas a salir conmigo?" Bob estaba sorprendido y confundido.

"Esta es mi propia tierra," dijo ella haciendo un gesto con la mano hacia la selva oscura. "Hay muchas cosas que yo puedo hacer para que sea una tierra mejor. Esta noche me he encontrado a mí misma, como profetizó una vez la anciana bruja."

Ella levantó la cabeza y miró hacia el cielo brillante.

"Pero no puedes quedarte aquí, una chica sola," dijo Bob. "Te he

tomado mucho cariño, Sheena. Quiero que vengas conmigo. Pensé que tú y yo..."

"Aunque lo deseara," lo interrumpió ella gentilmente, "yo no podría ir contigo. Soy una sacerdotisa y más para los abamas. Han estado esperando el día en que estuviera preparada para liderarlos. Y ahora estoy preparada. Significaría tu muerte segura si intentaras llevarme contigo."

Y así fue como un hombre infeliz, y con el ceño fruncido unos minutos más tarde, observó a Sheena alejarse sola hacia el *kraal* de los abamas. Él se quedó allí con la suave calidez de su beso de despedida en los labios, jurando que, con guerreros abamas o sin ellos, volvería tan pronto como terminara su viaje a la costa.

FIN

Notas de esta versión

Libro 1 - Capítulo 1

[1] **árbol de ajap:** puede que se trate de la especie [Baillonella toxisperma](#) (también llamado *pearwood* africano o *moabi*). Es una especie de árbol de Angola, Camerún, Gabón, Nigeria y las Repúblicas del Congo. La oleosa nuez del moabi es un componente clave para la subsistencia de varios pueblos indígenas.

[2] **veld:** (del afrikáans y neerlandés) se denomina [veld](#) a las praderas, desprovistas de grandes árboles, de la República de Sudáfrica, las cuales se extienden por el norte y el nordeste del país.

[3] **eland:** eland común o alce de El Cabo ([Taurotragus derbianus](#)), especie de antílope de gran tamaño y con una gran papada que contribuye a disipar el calor. Los machos pueden llegar a pesar hasta 1.000 kg, presentan cuernos rectos de hasta 120 cm, con caña en espiral y terminados en una afilada punta.

[4] **Kloof:** (del afrikáans) [kloof](#) significa barranco o cañón.

[5] **kraal:** (del afrikáans y suajili) [el kraal](#) es un asentamiento de las tribus sudafricanas que consiste en dos empalizadas concéntricas: dentro del cerco exterior se ubican las viviendas, y en la interior los animales de crianza. El término también se ha extendido a los campamentos militares o asentamientos masái del este de África, que pueden ser *kraales* temporales o permanentes.

Libro 1 - Capítulo 4

[6] **majuti:** puede que se trate de *makuti* (del suajili) hojas del cocotero.

[7] **kopjies:** *kopje* o *koppie* (del afrikáans), es un [inselberg](#) o "monte isla". En geomorfología y geología, es un término que describe un relieve aislado (colina o pequeño macizo) que domina una llanura o una meseta subhorizontal (pedimento).

Libro 1 - Capítulo 5

[8] **kopji**: (del afrikáans) kopje. Ver nota 7.

[9] **boma**: (de las [lenguas bantúes](#)) recinto. Según el "Diccionario de la lengua suajili" (1882): «[...] empalizada o cerca que sirve como rudimentaria fortificación para pueblos y aldeas [...] puede consistir en piedras o estacas o en una impenetrable maraña de espinos.»

Libro 1 - Capítulo 6

[10] **vorslaag**: vorschlag (del alemán), en esgrima, primer ataque de iniciativa. Término de la [jerga de combate alemana de finales de la Edad Media](#): El *vorschlag* es el primer segmento de un ataque en dos partes diseñado para ganar el centro y así allanar el camino hacia una apertura.

Libro 1 - Capítulo 7

[11] **biltong**: (del neerlandés) es un tipo de carne seca originaria de la [cocina sudafricana](#). Se emplean en su elaboración muchos tipos de carnes, que van desde la de res hasta cualquier carne procedente de la caza. Se suele elaborar de filetes en tiras. Es muy similar a la cecina, excepto que está especiada, seca y mezclada con diversos ingredientes para modificar el sabor.

[12] **veinte fraslas**: (unidad somalí de masa). Una [frasla](#) equivale a unos 16,5 Kg. Veinte fraslas son unos 330,6 Kg.

[13] **Wallai**: Wallaahi (del árabe) ¡Por Dios!

[14] **In sha Alah**: Inshala (del árabe) ¡Amén!

Libro 2 - Capítulo 1

[15] **krantz**: (del afrikáans) en sudáfrica, pared de roca vertical, acantilado o precipicio.

Libro 2 - Capítulo 2

[16] **¡mbali sana, sana!**: (del suajili) ¡muy muy lejos!

[17] **Lobitos**: (en español en el original) en este contexto es el gentilicio de Lobito, ciudad angoleña costera situada muy cerca de Benguela, casi en el punto medio de la costa atlántica entre Luanda y Namibe.

[18] **dotis**: (del suajili) un *doti* es una prenda de ropa de unos dos metros de largo que se ajusta a la cintura.

[19] **Dingaan, Moselekatse**: nombres de líderes africanos. **Dingane kaSenzangakhona**, comúnmente conocido como Dingane o Dingaan (1795 - 1840), rey zulú que estableció en 1829 tanto su capital real como uno de los numerosos campamentos militares (*kraal*) en la ladera de Singonyama (Colina del León). **Mzilikazi** (El Sendero de la Sangre o El Gran Camino), también llamado Mosilikatze o Moselekatze (1790 - 1868), rey sudafricano que fundó el reino de los matabele en la región que hoy en día es Zimbabue. Después del rey zulú Shaka, es considerado uno de los grandes líderes militares sudafricanos.

[20] **impis**: (del afrikáans) un *impi* es un grupo de guerreros batúes (zulúes u otros), un regimiento de hombres armados.

[21] **dik-dik**: **Madoqua** es un antílope africano de tamaño muy reducido (parecidos a cervatillos), llamado normalmente dik-dik o dic-dic por el sonido que emiten cuando están asustados.

Libro 2 - Capítulo 3

[22] **kroos**: puede que se trate de una capa o túnica abierta larga que se echa sobre los hombros.

Libro 2 - Capítulo 4

[23] **plantas de ratán**: en este contexto, se refiere a las plantas **Calamus Laccosperma robustus** con cuyas fibras se fabrican **muebles y utensilios** de aspecto similar al mimbre. La palabra *ratán* está en vías de entrar pronto en el DLE.

Libro 2 - Capítulo 5

[24] **induna**: en Sudáfrica, una autoridad o vicerrey tribal.

Libro 2 - Capítulo 6

[25] **haba de Calabar**: [Phyostigma venenosum](#), el haba de Calabar o nuez de *eseré* (nombre africano) es una planta originaria del África tropical cuya semilla es extremadamente venenosa, aunque también medicinal. El nombre de Calabar lo recibe del puerto nigeriano desde donde se exportaba a mediados del S. XIX como medicamento para tratar el glaucoma. Masticar una sola haba es suficiente para causar la muerte, aunque es posible sobrevivir si se ingiere entera, pues sus efectos eméticos provocan el vómito y permiten escapar así del envenenamiento.

Libro 2 - Capítulo 7

[26] **bolsa de dacca**: puede que se trate de una bolsa hecha de [tela de dhaka](#), un tejido de algodón fabricado a mano en Nepal y muypreciado en la Europa de la época colonial.

Libro 3 - Capítulo 3

[27] **cafre**: pagano (del portugués, y este del árabe clásico *kafir*). Adjetivo relativo a la antigua colonia inglesa de Cafrería, en Sudáfrica.

[28] **kaross**: coraza (del khoikhoi, y este del portugués o del neerlandés *korás*) capa sin mangas que se lleva sobre los hombros. Los jefes principapes de las tribus de sudáfrica llevaban [karosses](#) de piel de leopardo, puma o caracal.

Libro 4 - Capítulo 1

[29] **panyanox**: puede que se trate de una palabra ficticia. Aparece en obras de ciencia ficción de la misma época. En "Mundo quimera" (*Chimera World* de Wilbur S. Peacock, 1944) por ejemplo, la palabra alude a tipo de zumo de frutas.

Libro 4 - Capítulo 5

[30] **dangos**: raza indígena de perro africano, también llamado dingo.

Fuentes:

- WikiDictionary
- DLE: Diccionario de la Lengua Española
- *A handbook of the Swahili language, as spoken at Zanzibar.* (Edward Steer, 1875)
- Wikipedia
- deanimalia.com
- chivalricfighting.wordpress.com
- 10decoracion.com
- bbc.com
- sciencedirect.com
- newscientist.com